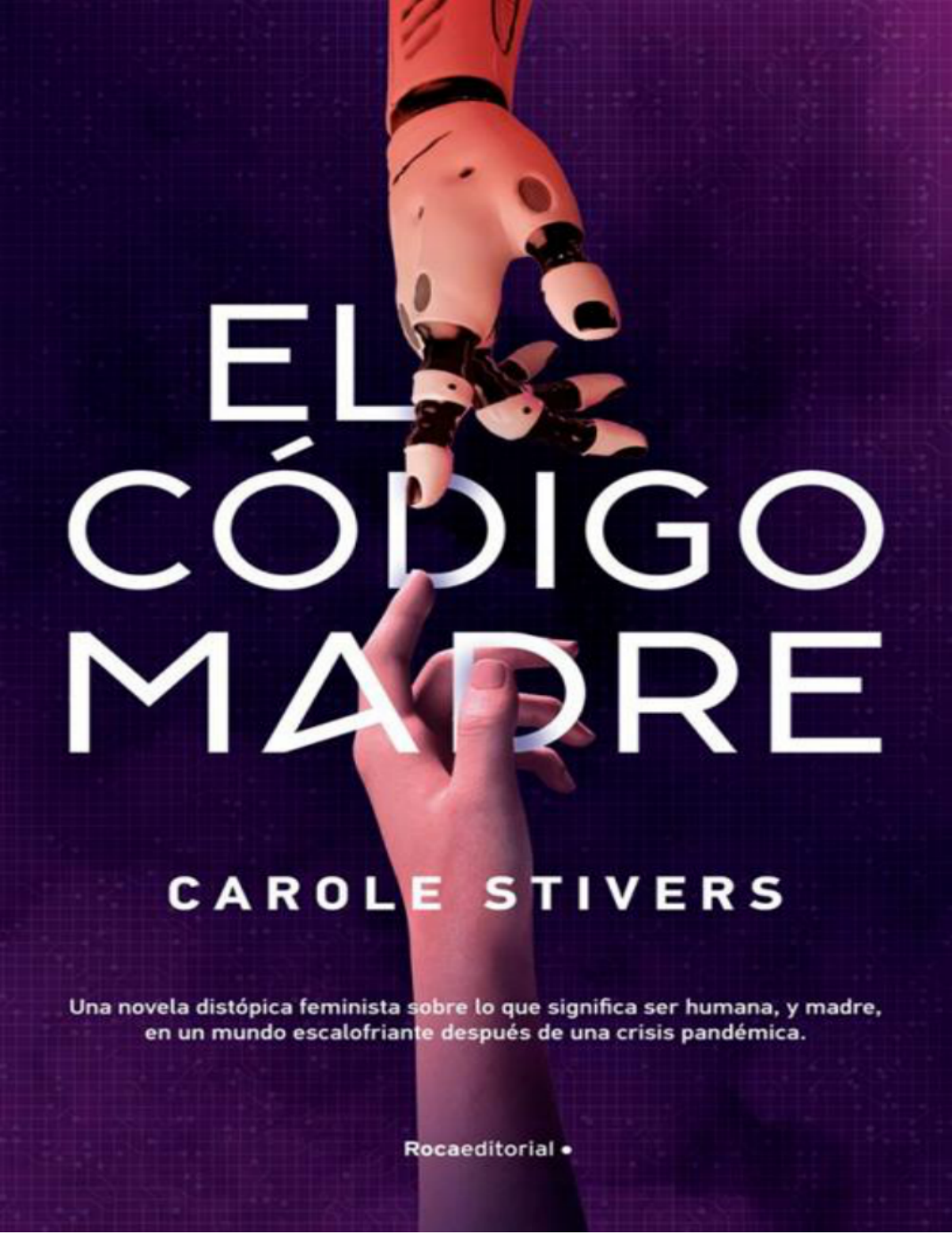

EL CÓDIGO MADRE

CAROLE STIVERS

Una novela distópica feminista sobre lo que significa ser humana, y madre, en un mundo escalofriante después de una crisis pandémica.

Rocaeditorial

CAROLE STIVERS

Carole Stivers es doctora en Bioquímica por la Universidad de Illinois, con un posdoctorado en Stanford, tras el que empezó a trabajar en diagnóstico médico. *El Código Madre* es su primera novela. Las Madres que describe en ella han sido producto de muchas de las investigaciones en el campo de la robótica y la programación que ella misma ha desarrollado. Su debut ha sido considerado por la crítica como uno de los títulos de ciencia ficción más relevantes de los últimos tiempos y los derechos cinematográficos han sido adquiridos por Steven Spielberg para su adaptación a la gran pantalla.

SINOPSIS

UNA NOVELA DE
CIENCIA FICCIÓN FEMINISTA
QUE EXPLORA EL
VÍNCULO MATERNOFILIAL
EN UNA
ÉPOCA POSPANDÉMICA

Es el año 2049. Cuando un arma biológica se propaga descontroladamente por todo el planeta, un equipo de científicos debe luchar para asegurar la supervivencia de la raza humana en una tierra cada vez más hostil. Cuando todos los esfuerzos fallan, como último recurso, idean un plan para colocar a niños modificados genéticamente dentro de robots, para que sean incubados, alumbrados y criados por máquinas a gran escala. Todavía hay una esperanza de preservar el orden humano: una inteligencia programada en estas máquinas hace que cada una de ellas sea única. Esta inteligencia artificial es el Código Madre.

Kai nace en un desierto del suroeste de Estados Unidos; su única compañera es su madre robótica, Rho-Z. Equipada con el conocimiento y las motivaciones propias de una madre humana, Rho-Z cría a Kai y le enseña a sobrevivir. Pero a medida que los niños como Kai alcanzan la mayoría de edad, sus madres también se transforman de maneras que nunca se habían previsto. Cuando los supervivientes del gobierno deciden que las Madres deben ser destruidas, Kai deberá elegir entre romper el vínculo que comparte con Rho-Z o bien luchar para salvar al único progenitor que ha conocido.

Ambientada en un futuro que podría ser el nuestro, *El Código Madre* explora aquello que realmente nos hace humanos y la tenue naturaleza de los límites que se establecen entre nosotros y las máquinas que creamos.

Ir al
ÍNDICE

EL CÓDIG

© Carole S

TÍTULO O

The Mot

TRADU

Inga Pel

EDITO

Roca Editorial
Av. Ma
l'Argente

08003 B

www. roca

FECHA DE P

17 de jun

IS

978-84-1

CAROLE STIVERS
EL CÓDIGO MADRE
EDICIÓN DIGITAL 2021

El Código Madre

Carole Stivers

Traducción de Inga Pellisa

Rocaeditorial

Para un niño, Madre es el olor de una piel, un halo de luz, unos brazos fuertes, una voz que tiembla de afecto. Más tarde, el niño despierta y descubre a esa madre, y entonces añade hechos a las impresiones, y comprensión histórica a los hechos.

ANNIE DILLARD,
An American Childhood

PRIMERA PARTE

1

3 DE MARZO DE 2054

CON las orugas recogidas contra el cuerpo, las alas desplegadas, se dirigieron al norte en formación cerrada. El sol espejeaba desde lo alto en sus flancos metálicos y proyectaba a la deriva sus sombras fusionadas por las crestas y pliegues del desierto. Abajo había solo silencio, ese silencio primordial que deja tras de sí todo lo que se pierde, todo lo que se malogra.
Al acercarse, el silencio se rompió. Cada grano de arena zumbó en sintonía con el rugido del aire que despedían sus propulsores. Criaturas diminutas, arrancadas de un caluroso sueño, salieron de los escondrijos para detectar su llegada.

Entonces, tras interrumpir su trayectoria para trazar arcos cada vez mayores, las Madres se dispersaron, tomando cada cual su propio camino. Rho-Z mantuvo la altitud, comprobó la computadora de vuelo y se dirigió al destino programado. En su seno llevaba una valiosísima carga: la semilla de una nueva generación.

Sola, se posó a la sombra de un saliente, al abrigo del viento. Y allí esperó el golpeteo viscoso de un latido. Esperó el temblor de un bracito, el respingo de una pierna diminuta. Registró fielmente los signos vitales, aguardando el momento en que daría comienzo su nueva misión.

Hasta que, por fin, llegó la hora:

> Peso fetal: 2,4 kg.
>
> Frecuencia respiratoria 47:::SpO2 99%:::TA Sistólica 60 Diastólica 37:::Temperatura 36,8 ºC.
>
> DRENAJE ÚTERO: Inicio 03:50:13. Completado 04:00:13.
>
> DESCONEXIÓN TUBO ALIMENTACIÓN: Inicio 04:01:33. Completado 04:01:48.
>
> Frecuencia respiratoria 39:::SpO2 89%:::TA Sistólica 43 Diastólica 25.
>
> REANIMACIÓN: Inicio 04:03:12. Completado 04:03:42.
>
> Frecuencia respiratoria 63::: SpO2 97%::: TA Sistólica 75

Diastólica 43.

TRANSFERENCIA: Inicio 04:04:01.

El recién nacido se acurrucó en el interior denso y fibroso de la cápsula. Se retorció, los brazos agitándose. Cuando los labios se encontraron con su suave pezón, un fluido rico en nutrientes le colmó la boca. Relajó el cuerpo, acunado ahora entre unos dedos cálidos y elásticos. Sus ojos se abrieron a una tenue luz azulada, a la silueta borrosa de un rostro humano.

2

20 DE DICIEMBRE DE 2049

C
DEPARTA

Dr. Said:
Se requiere su presencia en próxima reunión a celebrar en la Sede C
20 de diciembre de 2049, 1100 horas.
Prioridad máxima.
Se facilitará transporte.
Por favor, remita respuesta a la mayor brevedad.

JAMES Said se retiró el ocular del teléfono de pulsera del ojo derecho y lo guardó en su funda de plástico. Se quitó el flexófono de la muñeca, y luego se desabrochó el cinturón y lo depositó, junto con los zapatos y la chaqueta, en la cinta transportadora. Enfocó los ojos al frente, hacia el escáner óptico, y avanzó por el cordón de bots de inspección del aeropuerto, que desplazaron eficientemente sus brazos blancos y delgados por cada sección de su anatomía.

Urgente. Confidencial. En lo tocante a comunicaciones del ejército, había aprendido a quitarles importancia a términos que en su día le habían parecido alarmantes. Pero, aun así, no pudo evitar echar un vistazo por la zona de seguridad, convencido de que un hombre de uniforme se materializaría allí de un momento a otro. Blankenship. ¿De qué le sonaba ese nombre?

Se pasó los dedos por la barbilla. Esa mañana se había afeitado al ras, y había quedado la vista la marca oscura de nacimiento que tenía justo debajo de la mandíbula: ahí, decía su madre, lo había besado Alá el día en que nació.

¿Lo delataba su aspecto? Creía que no. Nacido en California un 4 de julio, todos sus hábitos eran escrupulosamente laicos: no podía ser más americano. Tenía la piel clara de su madre y la altura considerable de su padre. Y, sin embargo, tan pronto ponía un pie en un aeropuerto, se sentía el enemigo. Pese a que los infaustos atentados del 11-S se habían producido treinta años antes de su nacimiento, la Intifada de Londres de 2030 y los atentados suicidas de 2041 en el aeropuerto Reagan mantenían vivos unos sólidos recelos en Occidente hacia todo aquel que pareciese musulmán.

Cuando el último de los bots le dispensó una luz verde, reunió sus pertenencias y llevó el pulgar al teclado de la salida que conducía a las puertas de embarque. Envuelto en la luz brillante y el ajetreo del vestíbulo, volvió a colocarse el ocular en el ojo y se ciñó el teléfono a la muñeca. Tras parpadear tres veces para reconectar los dispositivos, pulsó «responder» en el panel de control del teléfono y dictó en voz baja su mensaje:

—Cogiendo un avión a California por vacaciones. Reprogramar a partir del 5 de enero. Por favor, facilitar orden del día.

Con la cabeza gacha, cruzó a toda prisa por entre expositores coloridos llenos de caras hermosas, todas llamándolo por su nombre: «James —le susurraban—, ¿has probado ya los nuevos sabores de ExoTea? ¿Queeze-Ease para esos nervios a gran altitud? ¿El nuevo isocasco de vuelo Dormo?». Detestaba la forma en que divulgaban su identidad estos nuevos teléfonos, pero era el precio a pagar por la conectividad en espacios públicos.

En la cola del puesto de café, revisó las notificaciones del teléfono. Sonrió al ver el nombre de su madre.

La cosecha está lista. Estamos preparados para el Año Nuevo. ¿Cuándo llegas?

Deslizando la pequeña pantalla del teléfono con su largo dedo índice, localizó la reserva de su billete y la incluyó en su respuesta.

—Mira el adjunto —dictó—. Dile a papá que no hace falta que venga a recogerme. Cogeré un autotaxi. Me muero de ganas de veros.

Bajó por el resto de correos del buzón y archivó sus compromisos en el calendario online.

-
Almuerzo
claustro.
8 ene.

-
Seminario
doctorado,
Dpto. de Biología Celular & Evolutiva.
Entrega temas.
15 ene.
-
Congreso
anual de Ingeniería Genética:
Nuevas fronteras, nuevas regulaciones.
25 ene.

Frunció el ceño. No siempre asistía al congreso anual, pero ese año se celebraría en Atlanta, a pocas manzanas de su laboratorio en Emory. Lo habían invitado a hablar sobre sus trabajos de ingeniería genética en el interior del cuerpo humano, esta vez con el objetivo de curar la fibrosis quística en los fetos nonatos. Sin embargo, estos congresos patrocinados por el gobierno tendían a centrarse no tanto en la ciencia como en la política, y eso incluía el tornadizo escenario del control gubernamental sobre los nuevos materiales que hacían posible su trabajo.

Más de diez años atrás, un equipo de científicos de la Universidad de Illinois había desarrollado un tipo de nanopartículas de ADN llamadas «nanoestructuras de ácido nucleico»; NAN, para abreviar. A diferencia del ADN nativo, y lineal, estas pequeñas formas esféricas de ADN sintético podían penetrar sin problema y por sí solas la membrana de la célula humana. Y una vez dentro, eran capaces de insertarse en el ADN de la célula huésped y modificar determinados genes diana. Las posibilidades parecían infinitas: curas no solo para anomalías genéticas sino para todo un sinfín de cánceres que hasta ese momento carecían de tratamiento. Tan pronto James, por aquel entonces estudiante de doctorado de Biología Celular en Berkeley, oyó hablar de las NAN, tomó la determinación de echarle el guante a ese material que podría hacer sus sueños realidad.

La ingeniería genética de embriones humanos previa a la implantación se había convertido en una ciencia madura: con una regulación cuidadosa, unas herramientas bien categorizadas y ya prácticamente libre de esos efectos fuera de diana que tan a menudo se producían en los comienzos. De igual manera, se disponía desde hacía décadas de tests con los que diagnosticar defectos fetales en puntos posteriores del desarrollo, tras la implantación en el útero.

Pero una vez se detectaba ese defecto, seguía sin haber un modo seguro de modificar el feto intrauterinamente. James estaba convencido de que con el uso de las NAN los genes defectuosos podrían manipularse *in utero*. Las enfermedades tratables con terapia genética, como la fibrosis quística, podrían quedar erradicadas.

Pero había escollos que superar, tanto técnicos como políticos. Se trataba de una tecnología que podría resultar peligrosa en las manos equivocadas; la Universidad de Illinois se había visto obligada de inmediato a ceder todas las patentes al gobierno federal, y en Fort Detrick, unas instalaciones situadas en Maryland, al noreste de Washington D. C., se llevaba el grueso del trabajo de manera estrictamente confidencial.

Echaba de menos California. Echaba de menos Berkeley. Tenía que recordarse todos los días que venir a Atlanta había sido la decisión correcta. El Centro de Terapia Genética de Emory era la única institución pública que había conseguido acceso a las NAN.

En la sala de espera, se repantingó en un asiento junto a la puerta de embarque. En sus tiempos había sido un chico de granja, ágil y atlético, el capitán del equipo de béisbol del instituto. Pero se había ido descuidando: la columna, antes recta, estaba torcida después de tantos años encorvado en mesas de laboratorio; los ojos agudos, cansados de mirar por microscopios y pantallas de ordenador. Su madre se preocuparía por su salud, lo sabía, lo perseguiría con platos de arroz con lentejas llenos de especias. Ya le parecía saborearlos.

Echó un vistazo alrededor. A esas horas de la mañana, la mayor parte de asientos estaban vacíos. Delante de él, una madre joven, con su bebé durmiendo en una hamaca portabebés en el suelo, tenía sobre la falda una pequeña consola GameGirl. Mientras ignoraba a su propia criatura, daba la impresión de estar jugando a darle de comer al bebé alienígena cuya cara ancha y verde aparecía con la boca abierta en pantalla. Sentado junto a los ventanales, un anciano masticaba una ProteoBar.

James dio un respingo al notar la vibración de un zumbido en la muñeca: un mensaje de respuesta de Defensa.

Dr. Said:

Mantenemos fecha. Irán a recogerlo.

Al levantar la vista se encontró con un hombre vestido con un sencillo traje gris apostado junto a la puerta de embarque. El cuello fornido del hombre asomaba por el borde de la camisa; levantó la barbilla en un saludo casi imperceptible. James se quitó el ocular y echó un vistazo a su derecha. El brazo se le crispó instintivamente al notar un ligero golpecito en el hombro.

—¿Doctor Said?

James se quedó en blanco.

—¿Sí? —respondió con voz ronca.

—Lo lamento, doctor Said, pero el Pentágono requiere su presencia.

—¿Cómo? —James miró fijamente al joven, su uniforme oscuro impecable, los lustrosos zapatos negros.

—Necesito que me acompañe usted a Langley, lo antes posible. Lo siento. Haremos que le reembolsen los billetes.

—Pero ¿qué…?

—No se preocupe, señor. Lo llevamos enseguida.

Y rodeando el brazo de James con una mano enfundada en un guante blanco, el oficial lo condujo a la salida de seguridad. Bajaron un tramo de escaleras y tras cruzar una puerta salieron a la luz del día. A unos pasos de allí, el hombre del traje gris los esperaba ya, con la puerta trasera de una limusina negra abierta, indicándole a James que se sentara.

—¿Y mi equipaje?

—Ya nos hemos ocupado de ello.

Con el corazón en un puño, James se introdujo al fondo del asiento de cuero. Llevó la mano derecha a la muñeca izquierda con gesto protector, custodiando el teléfono, la única conexión que le quedaba con el mundo más allá de esa limusina. Al menos no se lo habían confiscado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me detienen?

El joven oficial le dedicó una sonrisa irónica mientras se sentaba en el asiento delantero.

—Le informarán de todo en Langley, señor.

Pulsó unos cuantos botones en el salpicadero, y James notó la presión de una suave aceleración.

—Usted póngase cómodo y relájese.

El joven alargó la mano para activar un transceptor en la consola central del coche.

—Sujeto en camino —le aseguró a su interlocutor—. Llegada prevista a las diez cero cero.

—¿Tan rápido?

—Tenemos un *jet* preparado. Usted tranquilo.

Por la ventanilla tintada, el asfalto negro cruzaba a toda velocidad. James levantó la muñeca, pulsó la pantalla del teléfono y susurró un breve mensaje:

—Amani Said. Mensaje: Lo siento, mamá. No podré ir a casa. Ha surgido algo. Dile a papá que no se preocupe. Enviar. —Y con la voz temblando, añadió algo en el último momento—: Si no sabes nada de mí en dos días, llama al señor Wheelan.

En silencio, rogó que su mensaje llegara a su destino.

3

RICK Blevins encendió su ordenador y se sentó en la silla. Mientras esperaba a que se iniciara su enlace de seguridad, deslizó la palma de la mano por la longitud del muslo y masajeó la zona, justo por encima de la rodilla, donde la prótesis encajaba con lo que quedaba de su pierna derecha. Se le escapó una mueca. El ajuste al nuevo dispositivo estaba resultando complicado.

Igual que la antigua, la mayor parte de la prótesis nueva estaba cubierta por una malla sintética que se contraía y relajaba con sus movimientos, imitando la contracción y relajación de los tejidos del muslo. Los músculos biónicos se controlaban por medio de los mismos electrodos, conectados a su propio tejido nervioso. Pero este apéndice nuevo, diseñado para mejorar la movilidad, parecía tener voluntad propia. Cuando se lo colocaba por las mañanas, unas punzaditas eléctricas le subían por la columna, una fuerza que parecía ajena a su cuerpo. Y lo peor de todo, la pierna nueva parecía estar en guerra con su neuroestimulador, un dispositivo que le habían implantado en la parte baja de la espalda para amortiguar el dolor. Aquellas antiguas señales fantasma, las palpitaciones y el ardor, estaba volviendo poco a poco.

Miró por la ventana. El tiempo no ayudaba. La lluvia gélida de la noche anterior había pintado la fachada del Pentágono con una fina capa de escarcha. Al pasarse la mano por la cabeza, notó los pelos rígidos de su mata de cabellos castaños, que empezaban a asomar. Necesitaba un corte…

Lo sobresaltó el zumbido del intercomunicador que llevaba prendido de la solapa. Llegó una voz masculina entrecortada:

—Le necesitamos aquí abajo.

«Aquí abajo» era el despacho del general Blankenship en el subterráneo. Rick engulló el café del termo y se enderezó la corbata. Estaba bastante seguro de saber de qué se trataba.

Un mes antes, lo habían convocado en Fort Detrick para preguntarle por su parecer acerca de un proyecto de guerra biológica. Él ya no vivía sometido a esas amenazas inminentes que lo habían asediado en su paso por

Operaciones Especiales, pero en este trabajo de oficina como analista de la Dirección de Inteligencia de la CIA encontraba un sinfín de utilidades para esos mismos instintos afilados que tan buen servicio le habían prestado en combate. Había leído con suma atención y preocupación creciente el informe de viabilidad, familiarizándose con términos científicos complicados, como «apoptosis», «muerte celular programada», «caspasa» y «nanoestructura de ácido nucleico». Había oído hablar de estas nanoestructuras de ADN, apodadas NAN: era tarea suya supervisar los permisos para su uso en laboratorios de investigación nacionales. Pero esto era otra cosa.

El proyecto se llamaba Tabula Rasa, un nombre de por sí aterrador. Pero cuando repasó la sección titulada «Impacto previsto» notó que le daba un vuelco el corazón. La base del bioagente era un tipo específico de nanoestructura de ácido nucleico llamada IC-NAN. Cuando una víctima inhalaba esta secuencia concreta de ADN, las células pulmonares infectadas comenzaban a vivir más allá de su fecha de «caducidad»: en lugar de morirse y dejar sitio a otras células recién hechas, como cabe esperar, las células viejas e infectadas se replicaban para producir más células defectuosas. Estas células mutadas desplazaban el tejido sano, impedían el correcto funcionamiento de los pulmones y terminaban por invadir el cuerpo y arrebatar los nutrientes a otros órganos. El resultado buscado era similar al de un cáncer pulmonar agresivo: una muerte lenta pero inexorable.

En lugar de dispensar el sello de aprobación esperado, Rick había disparado una salva aconsejando la cancelación del programa. Lanzar al mundo bioarmas no categorizadas, ni que fuese a las regiones más remotas del planeta, era una locura. Los envenenamientos masivos, la devastación de población inocente para obligar a salir a unos pocos… ¿No habíamos dejado atrás todo eso ya?

Pero ahora estaba seguro de que la vehemencia de su respuesta no había pasado desapercibida. Sin duda, Blankenship estaría descontento. Mientras cogía el ascensor y bajaba los tres pisos, se armó de valor para la inevitable reprimenda.

La puerta del ascensor se abrió con un zumbido, y él echó a andar por el pasillo sombrío. Un teniente lo esperaba junto a la puerta del despacho del general. Cuando el hombre se colocó en posición de firmes, Rick vislumbró el destello de un rifle: un guarda armado. Un sudor frío le humedeció la camisa.

—Señor —lo saludó el joven. Frenando en seco, Rick le devolvió el saludo—. Señor, necesito que repita usted su juramento.

—¿Aquí?

—Sí. Órdenes estrictas.

Con el vello de la nuca hormigueándole en aquel aire cargado, Rick repitió el juramento que tan bien conocía.

—Apoyaré y defenderé la Constitución de Estados Unidos frente a todo enemigo, extranjero y nacional… Profesaré verdadera fe y lealtad a la misma… —mientras pronunciaba las palabras, el pulso le retumbaba a paso redoblado en los oídos—, así que ayúdame, Señor.

El joven oficial rodeó el pomo de la puerta entre los dedos, esperando el clic decisivo de aprobación. La puerta se abrió y Rick pasó adentro.

—Siéntese —le dijo Blankenship. Era una orden.

Rick se instaló en una vieja silla de escritorio hecha de madera y luego levantó la vista para identificar a las otras dos personas que había en la sala. Con sobresalto, vio que una de ellas era Henrietta Forbes, la secretaria de Defensa del presidente. La otra era un hombre bajito y medio calvo con un traje marrón descolorido.

Blankenship tosió: una tos improductiva; un gruñido, más bien.

—Rick —dijo—, tenemos un problema.

Rick le echó una ojeada su jefe, el general Joseph Blankenship: héroe de dos guerras, galardonado con el Corazón Púrpura y ahora director de la CIA. El general, por lo general optimista, estaba sentado con las manos agarradas a los reposabrazos de cuero, la boca contraída en una mueca tensa.

—El doctor Rudy Garza ha tenido la amabilidad de venir desde Fort Detrick. Dejaré que él explique la situación.

Volviéndose hacia él, Blankenship le hizo un gesto con la cabeza al hombre alopécico, que al instante mostró una delgada tableta que tenía en el regazo.

—Gracias, general. —El doctor Garza hablaba con una voz apagada que se perdía en el cuello arrugado de su camisa blanca—. Doy por hecho que están todos ustedes al tanto del Tabula Rasa.

—¿Ese proyecto que pusieron en marcha hace unos años? ¿Con la iniciadora caspasa específica NAN? —Rick se inclinó hacia delante, con la mirada todavía clavada en el general—. Yo recomendé que se cancelara.

El doctor levantó la vista de sus notas, y sus ojos sorprendentemente azules asomaron por encima de unas viejas gafas de lectura con montura de alambre.

—Sí —dijo—. Lo sé.

—Perdón, doctor Garza —intervino Blankenship, fulminando a Rick con una mirada acerada—. Continúe, por favor.

—La IC-NAN se desplegó el 5 de junio, hace ahora poco más de seis meses, en una región remota del sur de Afganistán —explicó el doctor Garza.

—¿Qué se *desplegó*? —Rick notó que se le aceleraba el corazón, y que la pierna le palpitaba en respuesta mientras se esforzaba por continuar sentado.

Le habían hecho perder el tiempo. Para cuando le solicitaron su opinión sobre el Tabula Rasa ya habían desplegado la IC-NAN. Ahora le tocó a la secretaria Forbes intervenir.

—A pesar de la tregua, la región oeste de Kandahar seguía sin estar bajo control. Los combatientes enemigos se atrincheraron en cuevas, disparaban a los soldados encargados de mantener la paz… Perdíamos hasta cinco hombres al día. Necesitábamos un arma dirigida que no dejase huella. Ningún rastro de su paso, ningún rastro de su origen. Que matase y desapareciera.

—Como saben —prosiguió el doctor Garza—, la IC-NAN se diseñó con ese propósito. Una nanoestructura sintética de ácido nucleico, o NAN, imita la acción de un virus, pero el sujeto contaminado no puede replicarlo, de manera que no es contagioso. Además, esta NAN se diseñó de manera que, en caso de no ser inhalada en cuestión de pocas horas, se degradaría.

—Se degradaría… —repitió Rick. Recordaba esa característica, una característica significativa.

—Sí. Una vez liberada en el aire, la forma infecciosa nanoparticulada, que se sintetiza en forma de diminuta esfera, terminaría por desnaturalizarse, o degradarse, adoptando su estructura lineal. Esta estructura lineal no es capaz de penetrar las células humanas. Tras un estudio exhaustivo, se consideró que era seguro liberar nuestra IC-NAN en forma de aerosol, vía dron.

Rick cerró los ojos. Recordaba haber visto el nombre de Garza en los informes: químico, se había doctorado en el programa de Biología Molecular del Instituto Politécnico de Ciudad de México. Su oído entrenado detectaba un leve acento español, un tono casi musical. Era difícil enfadarse con aquel manso portador de malas noticias. Pero ¿era su rabia o su confusión lo que

hacía que la sala diese vueltas?

—Y bien, ¿hizo la NAN lo que se suponía que tenía que hacer? —preguntó, con una voz que sonó débil a sus propios oídos.

El doctor Garza se recolocó las gafas con un nervioso dedo índice.

—Normalmente, las células que recubren el pulmón humano son reemplazadas por células nuevas cada dos o tres semanas. Pero en cuestión de cinco semanas tras el ataque, todos los objetivos individuales fueron hallados muertos. Las biopsias pulmonares no mostraban presencia alguna de células sanas y funcionales en la superficie pulmonar. Así que sí, la NAN se había comportado al parecer según lo previsto.

Rick sintió que se le hacía un nudo en el fondo de la garganta. Desde el escritorio inmaculado de Blankenship, un muñequito de nieve le sonreía, atrapado en la atmósfera estancada de su pequeña bola. No lo habrían hecho llamar si todo hubiese salido conforme al plan.

—¿Y el residuo? ¿El material que no fue inhalado?

El doctor Garza tragó saliva, y Rick detectó un ligero temblor en su voz cuando siguió hablando:

—Como parece haber deducido, ese es el problema. Los que llevaron a cabo el reconocimiento, el equipo GeoBot que localizó los cuerpos, algunos de ellos sufrieron… secuelas. Y encontraron más sujetos muertos en el lugar, y también en un área más amplia, de lo que se había previsto a partir de las fotos aéreas tomadas antes del despliegue del aerosol.

—¿La NAN no se degradó?

—Sí se degradó, en el sentido de que retornó a su estructura lineal no infecciosa. Pero…

—¿Pero…?

El doctor Garza levantó la vista de las notas y enfrentó sus miradas.

—Pero esa estructura, si bien no era capaz de infectar células humanas, fue incorporada por una especie receptiva de arqueobacterias presentes en la arena del desierto. Se insertó en su genoma. Y parece ser que estos microbios fueron capaces de replicarlo cada vez que se dividían.

Rick se descubrió agarrado a los brazos de su silla.

—¿Esos bichos hicieron más copias del ADN de la NAN? ¿Cómo lo saben?

—Analizamos muestras tomadas de la ropa de las víctimas. La secuencia

de ADN de la NAN estaba presente en el ADN de las arqueobacterias. Pero… el problema es más complicado que eso. Descubrimos que algunos de estos microbios estaban repletos de NAN esféricas reconstituidas.

—¿Partículas creadas *por ellos mismos*?

—Así es. Y una vez sintetizadas, estas nuevas NAN hacían que la arqueobacteria… estallase, a falta de una palabra mejor.

—Liberando así las NAN esféricas de nuevo al entorno…

El doctor asintió despacio.

—Eso parece. Lo que reinicia el ciclo con IC-NAN nueva.

Rick inclinó la espalda delante.

—Veamos si lo he entendido bien. La NAN esférica que atomizaron desde el dron tiene la capacidad de contagiar células humanas. La forma lineal degradada, a la que revierte en el entorno exterior, no. Se suponía que esa era vuestra garantía de seguridad.

—Correcto.

—Pero estas arqueobacterias son capaces de incorporar la forma lineal, hacer más copias de ella y luego producir NAN esféricas a partir de ese ADN.

—Sí —respondió el doctor Garza, con los ojos clavados de nuevo en sus notas.

Rick respiró hondo.

—Y estas NAN esféricas, a continuación, pueden salir de las arqueobacterias y contagiar a más humanos.

—Sí. Parece darse por medio de dos mecanismos.

Giró la tableta para mostrársela al grupo. El diagrama en pantalla mostraba un organismo verde de forma alargada, la arqueobacteria, llena hasta los topes de pequeños racimos de ADN etiquetados como IC-NAN. Como para realzar su naturaleza amenazadora, las NAN aparecían coloreadas de rojo. La arqueobacteria estaba empezando a abrirse a lo largo de uno de los lados. Y desperdigadas alrededor de la pared celular fracturada había más NAN, algunas todavía compactadas en su forma esférica infecciosa, otras degradadas, estructuras lineales en forma de gusano.

—En el primer escenario —explicó Garza—, la arqueobacteria excreta la NAN esférica recién sintetizada directamente al entorno. Si se le dan unas horas, esta NAN podría revertir a su forma lineal, que como sabemos ahora es capaz de infectar a una nueva arqueobacteria, pero no a un humano. O, si hay

algún humano cerca, la NAN podría contagiarlo antes de que le diese tiempo a degradarse.

Deslizó la pantalla para mostrar un segundo diagrama, el cual mostraba una sección del cuerpo humano visto de lado, con las vías aéreas abiertas a la entrada de huestes de puntitos verdes y rojos.

—Como he dicho, un humano podría inhalar esta NAN nueva. Pero en el segundo escenario, lo que inhala la víctima son las arqueobacterias, que a continuación liberan su NAN en el cuerpo. —Apartó la vista de la pantalla—. Tenemos constancia de que todos estos mecanismos pueden producirse y se han producido.

Rick recostó la espalda en la silla y se apretó el puente de la nariz entre el índice y el pulgar.

—De manera que esa cosa está fuera de control —dijo—. Ahora estos organismos del suelo están replicando la secuencia de ADN de la IC-NAN y excretando NAN activas de vuelta a la biosfera. Ahora pueden actuar como agentes de una nueva clase de infección arqueobacteriana, una que podría volverse contra cualquiera. Contra nosotros.

Garza apagó la tableta y la abrazó contra el pecho.

—Sí.

Rick se volvió hacia Blankenship.

—Les advertí sobre lo impredecible que era esto…

Se contuvo antes de seguir hablando. Por supuesto, nadie le había pedido su opinión antes de lanzarse de cabeza. Exasperado, se volvió de nuevo a Garza:

—Las víctimas humanas no pueden transmitir la NAN a otros humanos, ¿verdad?

—No —respondió Garza—. Esa parte del plan funcionó de manera efectiva. Las víctimas no son contagiosas. Solo lo son las bacterias infectadas…

—¿Y los animales y las plantas no resultarán afectados?

—Los efectos de este ADN son específicos de los humanos.

—Entonces volvamos a estas arqueobacterias. ¿Sabemos cuántas están infectadas? ¿O cuántas especies distintas podrían infectarse? Podrían estar en cualquier parte.

—Estamos evaluando el grado de propagación. Hasta ahora solo hemos

aislado el ADN en una especie de arqueobacterias. No sabemos con seguridad si otras especies de microbios serán capaces de intercambiar entre ellos este material genético en la naturaleza. Pero estamos probando esas hipótesis en el laboratorio en estos momentos.

Rick apretó la mandíbula. Su mirada acusadora se dirigió ahora hacia Henrietta Forbes.

—Está todo el mundo volcado en esto —dijo Blankenship, para ahorrarle a la secretaria la necesidad de responder—. Pero ahora mismo es usted el único agente que tenemos con total conocimiento del proyecto.

—¿Total conocimiento? —preguntó Rick, asegurándose de que Blankenship lo mirase también a los ojos—. ¿Me lo han contado todo de verdad?

—Todo lo que sabemos en este momento —respondió el doctor Garza con voz serena—. Pero la situación evoluciona constantemente.

Rick sintió los atisbos de una grosera carcajada burbujeando en la garganta. Por descontado, todo lo que había pensado que podría suceder estaba sucediendo. Peor aún: la naturaleza llevaba siempre las mejores cartas. No hacía falta ningún doctorado para saber eso.

—Evoluciona —repitió Rick—. Como esos bichos que han aprendido a sintetizar NAN.

Rudy Garza lo miraba ahora directamente a la cara; sus ojos azules se habían vuelto gris acero.

—Sí. Como las arqueobacterias.

—Rick, vas a reincorporarte al servicio activo con tu antiguo rango de coronel —lo informó Blankenship—. Tú supervisarás la investigación conjunta, incluido el personal de Defensa, el equipo científico de Ford Detrick y cualquier personal investigador adicional que podamos incorporar.

—Pero…, señor… —Rick echó un vistazo alrededor, a las caras expectantes vueltas hacia él—. Yo no soy científico —protestó—. Una carrera en Operaciones Especiales y algunos estudios de biología en West Point difícilmente me cualifican para… No me harán ningún caso…

Blankenship negó con la cabeza:

—Tú te encargas de la seguridad —respondió—. Tendrán que hacerte caso. Si no, los apartaremos del proyecto.

—Bien —murmuró Rick—. Bien. En cualquier caso, supongo que no

tengo elección.

Se recostó en la silla y los listones de madera del asiento se le clavaron en la columna. ¿Para qué si no lo iban a hacer bajar ahí y a confesarle sus pecados? Pese a que habría preferido impedirlo desde el comienzo, era él quien estaría al cargo de resolver aquel jaleo.

Hubo una pausa incómoda mientras Blankenship trasteaba con una tableta en su escritorio.

—Bien, hemos encontrado a otro científico que necesitaremos en el equipo. Viene de Emory. Habrá que ponerlo al tanto de todo —farfulló el general.

—¿De Emory? ¿Quién?

Blankenship se llevó la mano a la frente y se la masajeó.

—Lo conoces. Said. Doctor James Said.

Una vez más, Rick se sobresaltó. Said. Aquella acreditación de seguridad tan complicada en la que había estado trabajado hacía apenas un año.

—James Said… Emory… ¿Se refiere al pakistaní? Pero ya tiene el equipo de Fort Detrick…

Blankenship le lanzó una mirada fulminante por encima de la tableta:

—El equipo del doctor Garza lo sabe todo de las NAN que hemos liberado: cómo sintetizarlas, su estructura, cómo se supone que funcionan. Pero si queremos proteger a la gente de esta cosa vamos a necesitar más expertos por el lado de la fisiología humana. De… ¿cómo era, Garza?

—Biología celular —murmuró el doctor Garza.

—Sí —dijo Blankenship—. Fue el doctor Garza quien propuso al doctor Said.

—El doctor Said no es pakistaní: es estadounidense, nacido en Bakersfield, California —repuso el doctor Garza—. Es un reputado experto en terapia de ADN recombinante, y muy bien considerado en el Centro de Terapia Genética. He oído que lo están preparando para ser el próximo director. Y tiene una larga experiencia con la acción de las NAN en los tejidos humanos.

Rick inclinó la espalda adelante una vez más, decidido a dejar clara su posición:

—Como saben, yo me encargué de investigar los antecedentes de Said cuando presentó su petición para trabajar con las NAN —dijo—. Alerté de

que podía suponer un problema. Todos sabemos quién fue su tío, aun si da la impresión de que él no.

Blankenship no se molestó en levantar la vista.

—Al final decidiste concederle acceso, ¿correcto?

Rick miró fijamente a su jefe.

—Pero lo hemos seguido vigilando muy de cerca. ¿Estamos realmente seguros de que queremos que sepa…?

—Está limpio —lo interrumpió el general—. No sabe nada de su familia extensa.

—¿Está absolutamente seguro de ello?

—Sus padres han sido unos ciudadanos modélicos desde que se reasentaron. No le han contado nunca nada. Te puedo enseñar los archivos de vigilancia, si es lo que quieres.

Rick se recostó en la silla, sintiendo cómo toda la energía abandonaba sus miembros. Archivos. En lo que respectaba a Farooq Said, el famoso tío de James Said, había visto ya todos los archivos que necesitaba ver.

—No se moleste —respondió—. ¿Dónde está ahora?

El general se puso en pie, señalando así el fin de la reunión.

—De camino a Langley en este preciso instante. Necesitamos que estés ahí para recibirlo.

En la pequeña y radiante sala de reuniones, James Said estaba encorvado sobre la mesa, con los informes de Fort Detrick desplegados ante él en pantallas de luz tenue. Iba deslizando las páginas a ritmo constante con la yema de los dedos, mientras sus labios finos se movían en silencio.

Con ese cuerpo larguirucho y el pelo negro cuidadosamente engominado y repeinado sobre mechones de gris prematuro, Said recordaba un poco a los militantes que Rick había conocido en sus años infiltrado en Pakistán. Aun así, notó que apretaba los puños de manera instintiva sentado a la mesa frente a él, aguardando. Recordó cómo había arrancado un rifle de cañón recortado de unos brazos nervudos en una casucha abandonada a las afuera de Karachi. El intenso olor a comino mezclado con sudor. El dolor punzante, subiéndole por la tripa. La vuelta a casa, sin su pierna. Sin Mustafá, el leal intérprete al que había jurado proteger.

Pero este hombre no olía más que a alguna anodina loción estadounidense

para después del afeitado. Su ropa arrugada era la que llevaría un académico de mediana edad camino de su casa, en California, para pasar unas Navidades cristianas. Al tiempo que se agarraba la nuca con una mano, Rick se concentró en rebajar su estado mental de naranja a amarillo, de amarillo a verde. El general se lo había asegurado: pese a que el historial familiar de James Said era sospechoso, él en sí no lo era.

Said apoyó la espalda en la silla y llevó sus gafas de lectura del puente de su nariz angulosa a lo alto de su frente alargada. La expresión de su cara era indescifrable.

—¿Qué le parece?

—¿El qué?

Rick le clavó la mirada de lado a lado de la mesa. Saltaba a la vista que Said estaba enojado por haber tenido que posponer sus vacaciones. En cuanto el miedo se había esfumado, había pasado a estar comprensiblemente indignado. Pero ahora que estaban todas las cartas sobre la mesa, ¿de verdad era el momento de ponerse a jugar a las preguntas?

—¿Son sólidas las conclusiones?

—La secuencia de ADN encontrada en las arqueobacterias es la misma que la de la NAN. Las arqueobacterias son capaces de producir y segregar NAN activas. Está aquí mismo, en los informes.

—Entonces nos van a hacer falta ideas.

—¿Sobre qué?

Oh, por el amor de Dios.

—Sobre cómo responder, por supuesto.

—Si ha sucedido esto realmente…

—Y usted acaba de decirme que está de acuerdo en que así ha sido…

—Si todo esto es cierto, entonces me están pidiendo que resuelva un problema monumental con más o menos el mismo tiempo de reflexión que emplearon ustedes antes de dejar esta cosa suelta.

—Oiga. —Rick se puso de pie. Haciendo caso omiso de ese millar de agujas procedentes de una pierna que ya no estaba ahí, rodeó la mesa hasta quedar al lado del doctor—. Yo no he dejado nada *suelto*. Yo solo soy el pobre capullo que tiene que encontrar una forma de arreglarlo. Y le estoy pidiendo su ayuda.

—Lo siento. —El doctor levantó la vista hacia él, y su expresión telegrafió

apenas un instante algo parecido a solidaridad—. En serio. Es solo que esperaba estar en casa a estas horas. Con mis padres. Pero en lugar de eso estoy aquí sentado con usted, y me está contando todas estas cosas. Es… mucho que procesar.

—Si le sirve de consuelo, no esperamos que suceda nada mañana mismo.

—¿Cuánto tiempo cree que tenemos?

—Detrick ha consultado la base de datos del Laboratorio Nacional Argonne. Los datos retrospectivos sobre la propagación natural del ADN en este tipo de población microbiana autóctona del desierto devuelven varios modelos. Puede que pasen hasta cinco años antes de que escape de la región. Puede que menos…

—Y sabemos que en estos momentos el ADN solo se encuentra en una especie concreta de arqueobacterias.

—Hasta ahora, sí.

—Vale. —Se frotó los ojos con los talones de las manos—. Supongo que no tengo ni voz ni voto en la cuestión, a estas alturas. Sé demasiado, que dicen ustedes… Tendremos que ponernos a trabajar de inmediato.

Rick se inclinó hacia él.

—¿Qué propone? ¿Alguna clase de vacuna, tal vez?

—Una vacuna no funcionará.

—¿No?

—Una vacuna tradicional ayuda al cuerpo a organizar una respuesta inmunitaria frente a un agente extraño. Pero la IC-NAN está diseñada para hacerse pasar por un agente conocido. Lo que necesitamos es un fragmento de ADN capaz de cortocircuitar su acción. Y un método con el que administrarlo al cuerpo humano. Ingeniería genética a una escala sin precedentes.

—¿No podemos erradicar la fuente? ¿Matar a esos bichos?

—Vivos, esos microbios actúan como fábricas del ADN tóxico que ustedes… que nuestro gobierno, tan atinadamente, ha arrojado a la biosfera. Ya se han replicado muy por encima de la dosis liberada por sus drones. Y en el momento de morir, son capaces, al parecer, de excretar el ADN en su forma infecciosa original. Mátelos a propósito y lo más seguro es que solo consiga acelerar el proceso de emisión. Han creado ustedes un monstruo, sencillamente.

—¿Y no podríamos… quemarlos, y ya está?

—Puede intentarlo. Pero dudo que tenga éxito. Estamos hablando de miles y miles de millones de microorganismos infectados, que a estas alturas se habrán propagado seguramente a lo largo de kilómetros de terreno, llevados por el viento. Y es muy posible que con el tiempo se contagien otras especies microbianas. No se me ocurre ninguna forma infalible de destruir toda esa materia infecciosa. —Said se levantó, los dedos desplegados sobre la mesa, la espalda encorvada y la cabeza gacha. Rick tuvo que esforzarse por entender lo que dijo a continuación—: No. Tendremos que encontrar la manera de modificar el cuerpo humano para vivir con este… este monstruo que anda suelto.

Rick se dejó caer pesadamente en la silla. Había rezado para que las noticias fuesen más alentadoras, para que hubiese alguna clase de solución mágica. No le caía bien Said —esa actitud derrotista, su aparente arrogancia —, pero tampoco cabía esperar milagros.

Y lo que decía era verdad. Ambos sabían demasiado para mirar hacia otro lado.

—¿Sabe por qué lo han escogido? —le preguntó.

—¿Escogido? —Said levantó la vista, con gesto de incomprensión.

—Lo escogieron para este proyecto por el mismo motivo que a mí: no tiene usted familia.

—Tengo a mis padres…

—No tiene esposa, ni hijos. No podemos confiar en que la gente afronte esto de un modo racional si…

—Mire —lo interrumpió el doctor, con reflejos ambarinos en sus ojos marrón claro—. No creo que nadie en su sano juicio pueda afrontar esto con absoluta distancia, pero intentaré ser todo lo racional que pueda.

4

JAMES apretó los dientes. Costaba de creer que hubiesen pasado solo unas semanas desde su primer encuentro con el coronel Richard Blevins. Enfundado en el traje de presión positiva de Bioseguridad Nivel 4 se sentía atrapado, claustrofóbico. Las luces relucientes del techo destellaban en la superficie de plástico transparente que rodeaba su cabeza y lo deslumbraban. El corto recorrido por aquel pasillo estrecho que conducía al laboratorio de contención máxima de Fort Detrick era agotador, el sudor le resbalaba por un lado de la cara en un goteo exasperante.

—Estos trajes eran peores antes —le dijo Rudy Garza. La voz del hombre menudo, amortiguada en el auricular de James, resultaba casi inaudible por encima del siseo del aire que circulaba por el tubo en espiral que los conectaba al bajo techo—. Al menos ahora tienen una visión periférica decente.

James no se había enfrentado nunca a ese nivel de contención: no se requería para la clase de labor que llevaba a cabo en Emory. Pero el encargo actual de Rudy implicaba una muestra contaminada de arqueobacterias recogida en Afganistán. Y si James tenía que ayudar a desafiar a esa bestia, quería verla cara a cara.

Tras cruzar el segundo compartimento estanco, se dirigieron a una cabina de bioseguridad que había al otro lado de una pequeña sala interior. Los diminutos organismos en los que radicaba el núcleo del problema se habían identificado como *Thaumarchaeota*, un filo del dominio *Archaea*, en el que se contaban algunos de los organismos más antiguos del planeta. Como descubrió pronto James, esas arqueobacterias no tenían nada de bacterias. Eran un reino en sí mismas, inmutables frente a los antibióticos comunes. Tolerantes a las sequías por naturaleza y resistentes como las esporas, las arqueas estaban presentes en todos los entornos, ya fuesen inclementes o no.

Hasta el momento, las víctimas humanas en las que se había confirmado el contagio de IC-NAN se restringían a dos aldeas de montaña a unos quince kilómetros del lugar del despliegue. El aislado arqueobacteriano que estaban

examinando aquí se había obtenido del uniforme de un malogrado especialista de reconocimiento del Ejército. James puso una mueca al recordar los vídeos clasificados que le habían mostrado: mujeres y niños echados en el suelo de tiendas médicas sin apenas medios, tosiendo sangre en la arena; el joven soldado estadounidense débil y conectado a un respirador improvisado, incapaz de volver a casa, ni siquiera a morir. El problema era que nadie sabía todavía con seguridad hasta dónde se propagaría la IC-NAN.

A lo largo de uno de los lados de la cabina, unos tubos de turbio agar reposaban en cuidadosas hileras de gradillas.

—Esos son nuestros huéspedes —le señaló Rudy.

Los vestigios de acento mexicano de Rudy, combinados con los movimientos rápidos y seguros con los que manipuló el brazo robótico para asir del fondo de la cabina hermética un soporte algo más pequeño, le recordaron a James a los competentes operarios que manejaban las cosechadoras de cáñamo junto a su padre en Bakersfield. El robot cogió un delgado portaobjetos del soporte.

—Se sabe que estas arqueas son capaces de transferirse rasgos genéticos unas a otras en la naturaleza. He estado intentando determinar si esta especie de *Thaumarchaeon* infectada puede transmitir o no su capacidad de sintetizar NAN a otras especies de arqueas.

—¿Se supone que debo ver algo en ese portaobjetos?

—Siéntate —le respondió Rudy.

El brazo robótico depositó el portaobjetos en una platina de posicionamiento que a continuación se desplazó diligentemente hacia el objetivo de un hondo microscopio de fluorescencia ultravioleta instalado en el bastidor de cristal de la cabina.

—Acopla aquí la máscara, por favor.

James acercó la cara al ocular, tratando lo mejor que pudo de ver algo a través del plástico transparente del traje. Para su sorpresa, el pabellón de goma flexible que rodeaba el ocular se acopló fácilmente a su máscara.

—¿Podemos localizar realmente las NAN? ¿No son demasiado pequeñas?

—Cada NAN tiene solo unos trece nanómetros de diámetro. Pero una vez marcadas con la sonda fluorescente obtenemos algo lo bastante grande para retenerlo en el filtro del portaobjetos, y lo bastante brillante para verlo.

James entornó la vista. La imagen recordaba a un viejo crucigrama, con

algunos segmentos cuadrados oscuros por completo y otros resplandeciendo con un brillo amarillo intenso.

—¿Qué tengo que buscar?

—Cada segmento de la cuadrícula representa aproximadamente un centenar de organismos, cada uno una especie de arqueobacteria distinta. Estos organismos proceden de un medio de cultivo que se había utilizado previamente para cultivar la especie de *Thaumarchaeon* infectada. La pregunta era si se daría algún tipo de transferencia genética de la especie infectada a la especie nueva. A modo de control, hemos incluido también algunas bacterias habituales: *Escherichia coli* intestinal, *Pseudomonas* del suelo y similares. En cada portaobjetos podemos ver los resultados de cincuenta organismos distintos.

—¿Cuáles se vieron afectados?

—Los segmentos que aparecen iluminados por la sonda fluorescente representan organismos en los que la NAN se ha reensamblado lo bastante bien como para capturarla y visualizarla con este aumento. Por suerte, ninguno de los aislados de bacterias comunes que hemos puesto a prueba parece haber adquirido la habilidad de producir NAN. Pero sí bastantes de los aislados de arqueobacterias; muy en particular en algunos tomados aquí en Estados Unidos. Ese de abajo a la derecha es de la colección de Argonne. Se recogió a las afueras de Chicago.

—Lo que significa…

—Hemos identificado un mecanismo por el cual esa característica podría extenderse por todo el planeta. Tal vez sea solo cuestión de tiempo que tengamos especies aquí, en Estados Unidos, capaces de producir IC-NAN.

James notó que se le aceleraba el corazón. Quería —necesitaba—tener fe en ese hombre, la única persona que había conocido desde su incorporación al proyecto que parecía tan dispuesta a afrontar la enormidad de la tarea que se les presentaba como capaz de hacerlo. Pero necesitaba también mejores noticias. Sin demasiada convicción, emprendió la misma línea de interrogatorio que le había aplicado Blevins a él en su primer encuentro.

—Pero… ¿podemos matar los huéspedes actuales antes de que tengan ocasión de infectar a otras especies? —preguntó.

—Debemos seguir intentándolo —respondió Rudy con tono monocorde —. Pero hay pocos agentes descontaminantes y disponibles de manera

asequible que no sean también tóxicos para los humanos. Estos organismos se ríen en la cara de agentes como la lejía. Y no podemos sencillamente prenderles fuego a regiones con alta población…

James asintió. Lo había visto ya en los vídeos del telediario nocturno: imágenes de bots militares apuntando con sopletes llameantes alguna extensión de desierto aparentemente sin vida. Los medios iban todos detrás del tema, y se habían desatado las especulaciones sobre lo que podría estar ocurriendo. Pero el asunto estaba guardado bajo llave: no habría respuestas.

—Para empeorar las cosas, los datos del Laboratorio Argonne indican que estas arqueas pueden propagarse por medio de flujos de aire, las corrientes en chorro y demás. A estas alturas, el equipamiento y los vehículos militares podrían haberlas transportado ya fuera de la región. Lo único que podemos hacer es seguir tratando de contener la propagación, seguir trabajando sobre la base de los modelos existentes para predecir por dónde podrían asomar la cabeza a continuación.

Rudy maniobró de nuevo con el mando, y el brazo robótico replegó el ocular y colocó el portaobjetos otra vez en su soporte. Se le hundieron los hombros al tiempo que se volvía hacia a la entrada. Alzó la mano enguantada para activar el compartimento estanco, y entonces miró a James:

—¿Qué le dijiste al coronel Blevins?

—Le dije que tenemos que encontrar alguna manera de cambiar las células diana en los humanos. De modificar su ADN. Un antídoto de alguna clase, que se administraría sostenidamente y a todos y cada uno de los humanos que hay sobre la tierra. Lo más seguro, otra especie de NAN.

—¿Qué dijo él?

—Nada, de momento.

Rudy soltó un suspiro.

—Es extraño, las vueltas que da la vida… Hace años, mi tutor de la tesis me recomendó que me quedase en México y optase por la carrera académica. Pero yo escogí un posdoctorado en la Rockefeller de Nueva York. Luego quise quedarme en Estados Unidos…

—¿Por qué?

—Por una chica, desde luego… Otra cosa que no salió según los planes. Rompió el compromiso, pero cuando yo ya había aceptado un trabajo.

—Viniste a Fort Detrick.

—Trabajar en Detrick me ofrecía conseguir la nacionalidad estadounidense por la vía rápida.

—¿Y por qué te quedaste después de eso?

—En Detrick no había que preocuparse por la financiación: tenía toda la que podía emplear. Todo el espacio de laboratorio, todo el material… Me ascendieron a jefe de equipo. Y trabajaba en tantos proyectos interesantes… —Rudy agachó la cabeza y examinó sus manos enguantadas—. Tengo que admitir que era frustrante, a veces. Cuántas investigaciones, cuántos informes que se quedaban ahí pudriéndose en las mesas de gente como el coronel Blevins para terminar dándoles carpetazo. Pero me animaba que la mayoría estuviesen enfocados a la defensa frente al bioterrorismo: un objetivo digno, creía yo.

—Pero debías de saber que el proyecto de la IC-NAN no tenía nada que ver con la defensa…

—Cuando me pusieron al frente del proyecto del que acabó saliendo esto… pensé que era lo de siempre: un simple estudio de viabilidad. La oportunidad de trabajar con algo que quedaba fuera de mi ámbito específico. Estaba seguro de que lo descartarían. De hecho, contaba con ello. —Los ojos de Rudy lo miraron suplicantes tras el plástico de la máscara—. James, yo no sabía que lo desplegarían de verdad. Mi consuelo ahora es que, con tu ayuda, podemos encontrar el modo de detenerlo.

Una vez más, James notó como le brotaba el sudor en las sienes, otra oleada de claustrofobia.

—¿Crees que podemos… detenerlo?

—No puedo estar seguro de gran cosa. Pero cada día que pasa estoy más seguro de una. ¿Qué es lo que dicen? El tiempo… corre.

James cerró los ojos. Había estado intentando plantearse este asunto como un simple proyecto más, un nuevo obstáculo científico que superar: planteárselo de cualquier otro modo no hacía más que enturbiarle la mente. Le estaba costando no sucumbir al pánico. Pero no tenía tiempo para eso. Encontraría la manera de proteger a los humanos de esa amenaza terrible. Tenía que hacerlo.

5

JUNIO DE 2060

KAI sintió cómo el calor de la mañana se derramaba por la cubierta de la escotilla de Rosie e inundaba su cápsula. Mientras se frotaba las legañas de los ojos los dedos le rozaron el bultito de la frente, ese punto rugoso donde llevaba inserto el chip, justo debajo de la piel.

«Tu chip es especial —le había dicho Rosie—. Es nuestro vínculo.» Era así como se reconocían el uno al otro, le dijo. Era así como se comunicaba con él: salvo durante las lecciones de habla, ella no usaba nunca su voz audible.

Alargó la mano para tocar la superficie lisa de la cubierta que le quedaba delante. Allí donde sus dedos hicieron contacto, la superficie transparente se tornó opaca. Apareció una imagen: un grupo de hombres con la piel curtida por el sol y los hombros encorvados envueltos en ropajes coloridos.

Rosie le había dado una lección sobre la gente que vivía en el desierto: un desierto muy parecido a este, pero al otro lado del mundo y mucho tiempo atrás. Los hombres de la imagen, le dijo Rosie, eran los guardianes de los manuscritos, unas antiguas escrituras, como aquellas que habían descubierto en unas cuevas más de cien años antes de la Epidemia.

—¿Qué es eso? —le preguntó, señalando a uno de los hombres.

En lo alto de la frente, el hombre llevaba una cajita sujeta por una fina correa de cuero. Los suaves zumbidos y clics de Rosie, tan familiares para él, le llenaron la mente mientras ella accedía a la información solicitada.

—Eso se llamaba *filacteria*. Cada una contenía cuatro rollos diminutos en los que había escritos pasajes de un libro llamado la Torá. —Por debajo del panel de control, sus servomotores runrunearon suavemente—. Ese libro describía un conjunto de creencias por las que regían su vida.

—Tú me enseñas las cosas por mi filacteria —dijo Kai, y señaló su frente llena de polvo, el chip implantado ahí—. ¿Eres mi Torá?

Rosie guardó silencio. Estaba pensando, compilando su respuesta, como hacía a menudo cuando Kai le planteaba una pregunta difícil.

—No —respondió—. La información que proporciono yo se basa puramente en los hechos. Es importante diferenciar las creencias de los hechos.

Kai retiró la mano de la pantalla y vio que la imagen desaparecía. Echó un vistazo por la cubierta de la escotilla, de nuevo transparente. Fuera, las formaciones rocosas que rodeaban su campamento se alzaban con firmeza, apuntando con sus enormes dedos rojizos al cielo. Eran fuertes, como Rosie, impertérritas frente al viento y el calor.

Les había puesto nombre a todas ellas: el Caballo Rojo, el Narigudo, el Gorila y el Padre, que le hacía el caballito sobre las rodillas a su bebé robusto y rollizo. Rosie le había enseñado cómo vivían antes los humanos. Era su Madre. Supuso entonces que las rocas serían su familia: los guardianes que, junto con Rosie, habían cuidado de él desde el día en que nació.

Deslizó el pasador a la derecha, y el calor del sol lo asaltó en cuanto se abrió la puerta de la escotilla. Bajó a gatas por las ruedas de orugas de Rosie hasta llegar al suelo y se encontró cara a cara con su reflejo en el espejo picado de su superficie metálica. Tenía la piel bronceada y pecosa, llena de churretes de polvo. Una mata de pelo castaño rojizo le enmarcaba la cara, y unos ojos azules parpadeaban bajo las espesas pestañas. En algún otro lugar, le había dicho Rosie, había más niños. Niños como él, pero distintos. Rosie no sabía decirle cuántos había ahora. Pero en el comienzo, eran cincuenta. Cuando llegase el momento, irían a buscarlos.

Mientras Kai se abría paso con cuidado por la tierra agrietada camino de una pequeña loma, unas perlas de sudor cruzaron la barrera de sus cejas. Se notaba la boca llena de arena. Cerró las manos en dos círculos, unos prismáticos improvisados con los que examinar el paisaje solitario. En el etéreo rielar de espejismos lejanos, se esforzó por distinguir esos lugares remotos cuya existencia había descubierto en la pantalla de Rosie. Veía las altas montañas, con los picos espolvoreados de nieve cada invierno. Pero ahora estaban oscuros, desprovistos de sus mantos.

—¿Podremos ir pronto? —preguntó sin hablar a su Madre—. Creo que estoy preparado…

—Si las condiciones lo permiten, tal vez vayamos hoy.

—*¿Hoy?*

Había presentido que se acercaba el día. En su último viaje al almacén de

suministros, Rosie había empujado a un lado los peñascos enormes, había abierto las pesadas puertas metálicas haciendo palanca con sus brazos poderosos y había cogido la última caja de provisiones, las últimas botellas de agua de emergencia. Por las noches, cuando el sol caliente se hundía tras las rocas y sus sombras se alargaban, había empezado a enseñarle a buscar comida. En un vaso de hojalata abollado, Kai recogía semillas secas de hierba. Las tostaba en una pequeña fogata, y luego las mezclaba con agua y con tiras de carne de ratón o lagarto para hacer un estofado aguado. Se lo comía sobre tiernas hojas de flores de yuca dátil, asegurándose de dejar algunas para que creciesen los frutos dulces que recogería cuando llegara el otoño. La gente que había vivido aquí mucho tiempo atrás subsistía con comidas como esa.

—Tienes seis años —dijo Rosie—. Ha llegado el momento de abandonar este lugar.

—¿Adónde vamos?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —El corazón se le apresuró ante la idea de que hubiese algo que su Madre pudiera no saber.

—La orden está incompleta. Nos mandan marcharnos. Sin embargo, no se indica nuestro destino.

Kai contempló la silueta poderosa de Rosie, las olas de calor que brotaban, ondulantes, de sus flancos curtidos. Su mente vibró con el zumbido de los procesadores.

—¿Entonces cómo sabremos que vamos al lugar correcto?

—Hay setenta y seis almacenes de suministros, cada uno equipado con una torre de condensación y una estación meteorológica —le explicó.

—Pero ¿y los otros niños? ¿Los encontraremos?

Rosie guardó silencio de nuevo, y Kai imaginó los electrones circulando por sus nanocircuitos, bits de información atravesando todas esas regiones de su mente que tan pacientemente le había descrito.

—Es posible —respondió al fin—. Hay una probabilidad distinta de cero de que otros hayan sobrevivido.

Entusiasmado, se deslizó loma abajo hasta la sombra de su Madre. Había visto los petroglifos, diagramas que pueblos antiguos habían dejado en las caras altas de las rocas. Él también dejaría una señal. Recogió una pila de piedras azul cobalto y las dispuso formando letras: «Kai, hijo de Rho-Z —

escribió—. YO ESTUVE AQUÍ». Mientras componía con cuidado las palabras, imaginó aquí a otro niño, en cuclillas en la arena, leyendo su mensaje. Se recostó, mareado, con las letras flotando ante sus ojos.

—Tienes que comer —le recordó Rosie.

Trepó por sus orugas para coger un sobre de suplemento nutricional de detrás del asiento, rasgó una esquina y vertió en su boca el contenido gelatinoso. «Soylent Pedia-Supp Nutri-Gro 6-8 años», ponía en la etiqueta. Contenía todos los nutrientes que necesitaba, pero estaba harto de su consistencia lechosa y de su sabor dulce-salado. Solo conseguía darle más sed.

Agarró la cantimplora vacía del suelo de la cápsula y se la llevó camino de la torre de condensación en forma de botella, tan alta como la roca del Gorila. La torre, construida con varas entrelazadas de metal flexible, sostenía en su interior una bolsa de malla cuyo brillante color naranja contrastaba con el oscuro depósito de recogida colocado abajo. Sumergió en él la cantimplora y esperó a que se llenara. El nivel del agua era tan bajo que tuvo que usar el hueco de la mano para hacer entrar el líquido turbio por la estrecha obertura.

Recordó las lluvias que antes hacían bajar torrentes por entre los cañones. Cuando se bañaba en pozas escarbadas en la roca por años de erosión. Las noches frescas, oía las gotas de agua enderezando su camino por la malla de la torre para ir a aterrizar con un plof en el depósito. Pero ahora, ni siquiera las nubes más amenazadoras daban apenas fruto. El depósito estaba casi vacío. Y el agua de emergencia del almacén de suministros, agria y química, se había agotado. Se acurrucó en la arena a la sombra de Rosie y se imaginó que era una piedra, guardando el frescor que había recogido en su cuerpo durante la noche.

A medida que transcurría el día, su Madre se quedó callada. Nada de lecciones, ese día. Andaba atareada. Kai dejó la mirada perdida por el desierto, hacia la vegetación dispersa y espinosa a cuyo abrigo insectos, lagartos y pequeños roedores iban arañando su precario sustento. Se lamió los labios resecos. A los lejos, las mesetas de occidente empezaban a apagarse, del dorado al púrpura. Tal vez no se marchasen ese día, finalmente.

Pero entonces la voz de Rosie entró en su conciencia.

—Es la hora —dijo—. Por favor, vístete.

—¿Adónde vamos?

Rosie no contestó. Solo oía sus procesadores, el rumor de algo parecido al viento entre sus oídos.

Con las manos temblándole, Kai cogió la túnica de microfibra que le tendía Rosie y metió brazos y piernas en el flexible tejido. Se calzó los mocasines y a continuación se dejó caer en su asiento, se colocó las correas de seguridad bien ceñidas al cuerpo y las abrochó firmemente en sus anclajes.

Rosie cerró la escotilla. Con el corazón aporreándole en mitad de aquel silencio, Kai aguardó.

Sintió la sacudida cuando el reactor de Rosie se encendió a su espalda, y a continuación la cápsula se reclinó hacia atrás para mantenerlo erguido al tiempo que Rosie pivotaba adelante. Vio a través de la cubierta de la escotilla como emergían sus alas, y como se desplegaban después en toda su envergadura. Los reactores aparecieron de debajo de sus fundas y comenzaron a rotar, lanzando hacia el suelo potentes columnas de aire. Acurrucado en su interior, no oyó más que un quejido amortiguado mientras aguzaba la vista entre las cortinas de polvo. La presión de la aceleración lo hundió todavía más en el asiento, pegado a Rosie.

Juntos, remontaron el vuelo.

6

MARZO DE 2051

ROSE McBride comprobó la fecha en el ordenador: 15 de marzo de 2051. Más de un año, ya, trabajando en lo que parecía un proyecto absurdo. Estiró los brazos por encima de la cabeza y apartó la vista de las líneas de datos que parecían bailar por la pantalla, reacias a quedarse quietas.

Al terminar su último servicio en Afganistán, le habían ofrecido un puesto en el Presidio Institute de San Francisco, el lugar donde se ubicaba previamente el antiguo Fort Winfield Scott. Había aprovechado esa oportunidad de volver a vivir en el país, pero sin enfangarse en la ratonera política en la que se había convertido Washington. Y era un regalo, ese regreso a la ciudad en la que años antes su padre viudo, un capitán del ejército, como ella ahora, había fundado al fin un hogar para ambos.

De niña, arrastrada continuamente de una base a otra, Rose se había sentido perdida, desarraigada. Pero San Francisco la había salvado. En sus cavernosos salones de juego, sus amigos y ella pasaban horas hackeando a los robots camareros, bebiendo café con leche gratis y creando avatares cada vez más exóticos para sus identidades online. Animada por un padre para el que los juegos eran una simple pérdida de tiempo, se había licenciado en Psicología en Harvard para después unirse al Ejército como asesora de Operaciones Psicológicas. Pero, al final, la programación había demostrado ser su pasión. Si su paso por el ejército le había enseñado algo, era que el mundo constituía una interfaz de usuario infinita donde los buenos se enfrentaban a los malos. Había vuelto a casa para seguir el programa de doctorado en Informática de Princeton, y luego había puesto en práctica esos nuevos conocimientos en Afganistán.

Pero aun así, el proyecto que le habían asignado no tenía ningún sentido. El coronel Richard Blevins, su oficial al mando en el Pentágono, había dejado muy claro que consideraba que el Presidio Institute necesitaba «cerrar escotillas». Por el nivel de acreditación requerido, Rose había dado por hecho

que la pondrían a trabajar en ciberseguridad, su especialidad desde Princeton. Pero en lugar de eso, estaba compilando estadísticas biológicas vinculadas a la propagación de unos arcanos organismos del suelo procedentes de esa misma región de Afganistán a la que la habían destinado por última vez. El trabajo era arduo, concienzudo y nada gratificante. Y aunque parte de su labor consistía en dirigir a los equipos de GeoBots en la recogida de nuevas muestras, los de arriba nunca le informaba de cómo estaban empleando sus análisis, o de si los estaban usando siquiera. No podía evitar peguntarse: ¿qué tenía eso que ver con el Pentágono?

El coronel Blevins había intentado animarla. «Ya conoce a los militares —le había dicho—. El principio de mínima información y eso, ya sabe… Créame, yo no sé mucho más que usted.» Rose no sabía si le creía. Pero sí lo comprendía. Sí «conocía a los militares», más que la mayoría, tal vez.

Mientras miraba por la ventana de su pequeño despacho, vio en su mente los rasgos marcados de Richard Blevins, sus ojos de un azul acerado, el corte militar de su pelo. La manera en que se inclinaba adelante en su silla cuando la interrogaba en las memorias mensuales: penetrante, pero sin llegar a intimidar. Muy experimentado. Extrañamente atractivo. Le recordaba a los hombres que había conocido en el ejército, su auténtico yo parapetado tras capas defensivas. Pero había algo ahí, justo debajo de la superficie… En Operaciones Psicológicas había aprendido a oír las cosas que no se decían. Y lo sabía: él quería acercarse a ella, pero algo lo echaba atrás. Lo más probable es que fuesen sencillamente las normas, la vieja cadena de mando…

La línea segura empezó a sonar, y Rose pulsó el botón rojo del panel de control sobre su mesa.

—McBride al habla.

—¿Capitana McBride?

—¿Coronel Blevins?

—Sí —respondió él quedamente. En el silencio que siguió, Rose se preguntó si se habría cortado la comunicación. Pero entonces volvió a hablar, con voz más marcada—. ¿Qué tal todo?

—Doy por hecho que ha visto mi último informe. Los datos de la OMS, los CDC y las operaciones relevantes sobre el terreno están todos resumidos en la sección…

—Sí, sí, lo he visto. Gracias. Solo me… preguntaba qué tal usted.

—¿Qué tal yo? —Rose sonrió. Su primera tentativa de pregunta personal. Era un comienzo—. Todo bien.

—Bueno, bueno… —Hubo otro silencio, oyó un ruido de papeles—. Tengo una comunicación especial para usted. Se la voy a mandar por su conexión segura, pero he pensado que debía comentárselo por anticipado. Doy por hecho que no hay nadie más ahí…

Rose echó un vistazo a su despacho abarrotado, a las paredes de estanterías viejas, el sofá desastrado en la otra punta. Parecía que hasta la última pieza de mobiliario sin uso había encontrado aquí su última morada.

—No. Estoy sola.

—Bien. ¿Podría activar el auricular, por favor?

Rose oyó cómo le bombeaba la sangre en los oídos mientras sacaba el auricular del cajón y se lo colocaba con cuidado en la oreja derecha.

—De acuerdo. Lista, señor.

Él no se anduvo por las ramas.

—La labor que ha llevado a cabo es ejemplar, pero se la vamos a pasar a otra persona.

Rose se quedó mirando fijamente el panel de control.

—¿Ya está? ¿He completado mi tarea?

—Esta parte, sí. Nos ha demostrado su atención a los detalles. Y que es digna de nuestra confianza. Ahora tenemos otro trabajo que asignarle. Queremos remilitarizar el Presidio.

—¿Remilitarizar?

—Necesitamos una base en esa ubicación.

—Pero ¿se puede…? No es nuestro, realmente, ¿no?

Los pensamientos se agolparon en la mente de Rose, recopilando lo que sabía de la historia de ese lugar que consideraba ahora su hogar. Cuando el Gobierno de Estados Unidos había reservado de manera oficial el Presidio para su uso militar en 1850, este no era más que una extensión de dunas áridas y azotadas por el viento que lindaban con las marismas de la bahía de San Francisco. El ejército había plantado árboles —eucaliptos, cipreses y pinos en hileras ordenadas, como soldados en formación— para crear un cortavientos y aplacar las ventiscas de arena. Al tiempo que nuevos retoños crecían para ocupar su lugar, dos guerras mundiales, la guerra de Corea y la de Vietnam habían arrasado más allá de sus fronteras, sin alcanzar nunca estas costas.

Recordaba la inscripción que había en la capilla del Presidio: «PERO TAMBIÉN LE SIRVEN QUIENES TAN SOLO, QUIETOS, ESPERAN». A lo largo de su historia, el Presidio de San Francisco había sido un lugar en el que las tropas aguardaban preparadas, esperando a un enemigo que nunca llegaba a invadir. Porque era un lugar bendecido. Esa niebla espesa que cubría tan a menudo la costa, esos acantilados intimidantes que limitaban el acceso desde el mar, eran los mismos que habían retrasado durante tantos años el descubrimiento del Golden Gate. Y junto con las mareas traicioneras, habían disuadido cualquier ataque durante décadas de conflictos bélicos.

El ejército había abandonado finalmente el lugar en 1994, y el Presidio había ido a parar al Servicio de Parques Naturales. En los años siguientes, la zona se abrió a intereses comerciales y el parque quedó absorbido por la ciudad. El Presidio Institute y las organizaciones hermanas instaladas dentro de los límites del antiguo Presidio —todas ellas sin ánimo de lucro— se dedicaban en exclusiva a asuntos civiles. Rose no era más que una de las pocas empleadas con acreditación especial. O eso le habían hecho a creer.

—El Presidio puede… pasar de nuevo a nosotros —respondió el coronel sin inmutarse—. En tiempos de guerra, el Gobierno tiene la prerrogativa de reasignar cualquier área o instalación que pueda prestar mejor servicio a la seguridad del país.

Rose sintió como se le aceleraban los latidos, como despertaban de nuevo sus viejos instintos del campo de batalla.

—¿Estamos en guerra?

—¿Cuándo no lo estamos?

—Pero ¿por qué ahora? ¿Qué es lo que pasa?

—Solo estoy autorizado a decirle que necesitamos poner a punto el Presidio. Y que necesitamos que ejerza como nuestra avanzada en la operación.

—De acuerdo, pero… ¿por qué yo?

—Ha demostrado su capacidad para proteger información altamente confidencial. Y conoce a las personas. Podrá ser nuestro enlace en situaciones complicadas.

Situaciones complicadas. Rose no era ninguna experta en el juego administrativo, pero había terminado comprendiendo parte de la jerga.

—¿Se refiere a… cuando tengamos que desahuciar a alguien?

—Sí. Como sabe, aunque actualmente no hay ninguna residencia privada en el Presidio, sí hay numerosos museos y organizaciones sin ánimo de lucro. A lo largo del último año, muchas han sido sustituidas por tapadas.

Tapadas. Rose sintió que algo innominado la aplastaba bajo su peso. Estaba familiarizada con operaciones negras en territorios no bélicos. Pero creía que eso había quedado en su pasado, y que desde luego no se lo encontraría en Estados Unidos.

—¿Se refiere a organizaciones gubernamentales encubiertas? No sabía que…

—Bueno, ahora ya lo sabe. Y tenemos que darle el último empujón. Tenemos que sacar a los últimos civiles, reinstaurar los puestos de control en las entradas…

—¿Puestos de control? Señor, ¿qué está pasando?

El coronel suspiró, un sonido que no pareció tanto exasperado como triste.

—De nuevo, lo lamento. No le puedo decir nada más en este momento.

—Entendido. —Pero Rose no lo entendía. De hecho, estaba aterrorizada.

Él se aclaró la garganta.

—Capitana McBride, le agradezco su servicio.

—No es necesario, por supuesto.

Rose se puso a juguetear con el auricular. Estaba recordando los ojos del coronel, la forma en que la había mirado la última vez que se vieron en Washington. En lo que le había hecho sentir su mirada: como si tuviese algo planeado para ella. Se le cayó el alma a los pies. Había creído que se trataba de otra cosa; desde luego, no de esto.

—En fin… —dijo él—. Recibirá más instrucciones por medio de su canal seguro. —Hubo un silencio—. Capitana, yo… eh… debo informarle de que… al igual que con el proyecto anterior, debe reportarme a mí exclusivamente.

—Sí, señor, por supuesto.

Rose pulsó el botón de colgar y se arrellanó en la silla, con un escalofrío subiéndole por la espalda. ¿Dónde se había metido? ¿Lo sabía en verdad? Por la ventana veía el puente del Golden Gate, naranja oxidado contra el cielo azul claro. Abajo, en la hierba, alguien volaba una cometa.

7

ABRIL DE 2061

UN retal de lona, de un verde vivo contra el rojo, el azul y el púrpura apagados del cañón que se abría a sus pies, llamó la atención de Kai. Un golpeteo hueco resonó en la quietud mientras bajaba a investigar desde su puesto de observación, deslizando con cuidado el cuerpo por entre los muros de roca dentada. Le dolieron los pies al pisar el suelo de gravilla del lecho seco del río. Y ahí, enfrente de él, una solapa de plástico ondeaba suelta, golpeando con la arandela metálica una vara oxidada. Toc. Toc. Toc.
Parecía una tienda de campaña. Mientras se acercaba muy despacio, estiró el cuello para tener mejor vista del interior. Vio una sartén abollada y un vaso de plástico roto. Cuero desgastado, unos cordones raídos unidos a algo que parecía un zapato. Se inclinó hacia delante. Quizás esta vez…

En la oscuridad aparecieron unas cuencas vacías que lo miraban desde un cráneo pelado. Unos dientes irregulares le sonrieron. Era humano, o lo había sido, iba vestido con los restos de unos sucios pantalones marrones y una camisa azul descolorida. Sintió que su cuerpo retrocedía, la espalda le chocó contra la pared de piedra al apartarse, al alejarse del cadáver. Y al momento estaba trepando arriba de nuevo, con un sabor metálico familiar subiéndole por la garganta mientras dejaba una lluvia de tierra suelta cayendo tras él. Una vez arriba, se encaramó de nuevo sobre el saliente de arenisca.

Rosie y él llevaban meses buscando, sin rastro todavía de ninguna otra persona con vida: nada más que algún indicio, de vez en cuando, de lo que en su día fue un cuerpo humano, las extremidades arrancadas por depredadores errantes, jirones de ropa colgando de los huesos vacíos.

De todos sus hallazgos, este cuerpo de la tienda de campaña era el mejor preservado. Pero era demasiado grande, se dijo. No era otro niño, no era como él. Respiró hondo, llenó los pulmones y dejó que el aire saliera lentamente, intentando mantener la calma. Plantó las manos sobre la roca recalentada y levantó la cabeza, buscando a su Madre.

Y entonces… el golpeteo de su corazón quedó reemplazado por un zumbido ruidoso. Algo flotaba por el cielo sobre su cabeza, un algo destellante que descendía y giraba en espiral, más abajo con cada pasada. Un rugido lo ensordeció, y apretó fuerte los párpados para protegerse de la lluvia de piedrecitas.

Apenas llegó a tiempo de llevarse las manos a los oídos antes de que cesara el rugido, con el suelo temblando todavía bajo sus pies. Se sacudió el polvo del pelo y se levantó a duras penas.

No era Rosie. Pero era un bot.

Boquiabierto, Kai vio cómo se abría la escotilla. Vio como salía alguien de ella: una túnica harapienta, unas rodillas magulladas, un grueso palo de madera sujeto entre los dedos de una mano delicada. Dos enormes ojos marrones lo observaron rematados por unos cabellos castaño oscuro. Era un niño, más o menos de su estatura, y cada una de sus expresiones era un reflejo del propio asombro de Kai. Se frotó los ojos con el dorso de la mano mientras el recién llegado se deslizaba hasta el suelo.

—¿Hola? —La voz del niño sonó débil, indecisa.

—Eh… hola. —La de Kai, después de tanto tiempo sin usar, le resultó extraña a sus oídos. Su mirada saltó de un lado a otro, hasta que por fin divisó a Rosie, resguardada al abrigo de un peñasco cercano.

—No percibo amenazas. —Oyó la voz de Rosie en su cabeza, llena de cariñosa confianza. Aun así, temblaba de pies a cabeza, y un sudor frío le refrescó la piel.

El niño dio un paso atrás.

—No tengas miedo —dijo suavemente.

Kai movió la mandíbula, los labios tensos. Parpadeó.

—N-no —logró responder—. Lo siento… Acabo de ver algo. Ahí abajo.

—¿El cuerpo? —El chico desvió la mirada, y hurgó con el palo en unos matorrales, cambiando el peso indeciso de un pie al otro—. Lo encontré ayer. No era de los nuestros. Demasiado grande. Y no había ningún bot.

—¿Deberíamos enterrarlo? Rosie me enseñó que…

—Alpha-C me dijo que no había que tocar un cuerpo si no sabías de qué había muerto. Podrías infectarte. —Con una mueca, el niño lanzó una ojeada hacia el bot que había a su espalda—. Me advirtió de que no quedaba prácticamente nadie. Pero me dijo que había algunas personas especiales.

Algunas que no habían muerto.

—Rosie también me lo explicó. —Kai la señaló con la barbilla, y el niño miró tímidamente en su dirección.

—Así que seguí buscando —dijo.

—Yo también.

El niño se llevó la mano a la frente para apartarse el pelo de los ojos.

—Pero llevaba tanto tiempo buscando que estaba a punto de rendirme.

—Yo también.

Pese a que llevaba soñando con ello desde que tenía uso de razón, Kai nunca había logrado imaginar lo que sentiría si encontraba a otro niño. Otro niño. ¡Por fin! Se sintió tonto, las palabras que quería decir se le quedaban atascadas en algún punto entre el cerebro y la boca. A pesar de todos los discursos elocuentes que había planeado, las únicas palabras que le venían ahora a la mente eran «yo también».

—Yo me llamo Sela —dijo el niño—. ¿Y tú?

—K-Kai.

—Kai. Eres un niño, ¿verdad? —dijo Sela—. Se nota. Yo soy una niña.

—Una niña… —Kai dio dos pasos al frente, con la mano derecha tendida. Cuando estaba a la distancia de un brazo, se detuvo sobre sus pasos. Notó que los labios se le curvaban en una torpe sonrisa, y que la sangre le afloraba a las mejillas—. Creo que se supone que tenemos que estrecharnos la mano. Lo aprendí en los vídeos de Rosie. —Su mano se cerró en torno a la de la niña, el tacto cálido y suave—. Encantado de conocerte.

—¡Tengo *mucho* gusto en conocerle! —Sela hizo una desmañada reverencia que les hizo perder a ambos el equilibrio—. Y a Rosie —dijo, deslizando la vista hacia la Madre de Kai—. Me gusta ese nombre. Como una flor.

Se echó a reír, un sonido que parecía música.

En honor a su encuentro, decidieron preparar un banquete. Ayudándose con su palo, Sela arrancó jugosas pencas de nopal de sus tallos. Luego, usando un cuchillo con una elegante empuñadura grabada, retiró con destreza los pinchos, peló los bordes y las cortó en pedacitos.

Kai fue a buscar agua al almacén que quedaba cerca de su nuevo campamento: a diferencia de otros que habían encontrado, este estaba bien

surtido. Machacó unas bayas dulces y diminutas y las colocó bajo rocas planas para tenderles trampas a los ratones que, cuando se ponía el sol y la tierra se templaba, asomaban enseguida de sus madrigueras bajo la maleza reseca para buscarse la cena. Admiró sin acercarse la pila de cactus de Sela.

—Bonito cuchillo —le dijo.

—Lo encontré cerca del almacén en el que crecí —dijo ella, acariciando la empuñadura de marfil.

—Es más bonito que el mío.

Kai frotó con el pulgar la funda suave de su pequeña navaja: plástico rojo con un símbolo blanco a un lado; una cruz dentro de lo que parecía un escudo. Pequeña como era, le gustaba que la hoja pudiera plegarse en la funda cuando no la estaba usando. Le recordaba a las alas de Rosie.

Un golpe sordo anunció la primera captura de Kai. Se arrodilló para levantar una de las rocas y liberar a la aplastada víctima.

Ella se inclinó a mirar, con los ojos como platos.

—¿A qué saben?

—¿No has comido nunca ninguno?

—A decir verdad —Sela se sonrojó—, nunca he comido carne.

—Si no quieres…

—No, no, no quiero decir eso. Es solo que… Alpha no me ha enseñado nunca cómo hacerlo.

—No te preocupes —respondió él, sonriendo—. Rosie dice que se pueden comer.

Hicieron un fuego al abrigo de una torre de rocas altas mientras sus Madres, que montaban guardia a poca distancia, proyectaban sus largas sombras bajo los rayos moribundos del sol. Mientras Kai recogía dos ratones más de sus trampas, Sela calentó sus cactus en una pequeña y robusta sartén: otro tesoro encontrado. Después de despellejar diestramente a sus víctimas, Kai ensartó las reses en una rama larga y delgada de arbusto desértico, y a continuación la sostuvo sobre las llamas bajas. Mientras la carne se asaba, se atracaron de cactus; el jugo les chorreaba por la barbilla.

—¡Hoy, nada de Pedia-Supp! —dijo Sela, sonriendo—. Es un día especial.

Pero Kai apenas movió la boca, las palabras a medio formular se le agolpaban en la mente.

—¿Qué pasa? —le preguntó Sela.

—Ehm… No estoy acostumbrado a hablar en voz alta. Pero a ti… se te da muy bien.

—Practicaba todos los días —respondió ella—. No te preocupes, es fácil. Y se volverá todavía más fácil, cuantos más de los nuestros encontremos.

—¿Crees que hay más? —Kai se enjugó la barbilla con la mano—. ¿Más como nosotros?

—He visto otro bot antes. Y no era el tuyo.

—¿Cómo lo sabes?

—No tenía esa marca en el ala.

Kai se volvió a mirar a su Madre. Su brillante tatuaje, ese característico borrón amarillo que adornaba su ala derecha apenas se distinguía a la luz menguante.

—¿Por qué lo tiene? —le preguntó Sela.

—¿Eh?

—¿Qué significa esa marca?

—No estoy seguro. Creía que lo llevaban todas… —Miró a la Madre de Sela. Aunque tenía un diseño similar al de Rosie, era distinta: la postura inclinada, lo cerca que estaba siempre de Sela, incluso en reposo. Y ninguna marca—. Entonces… ¿has visto otro bot?

—Alpha no lo pudo distinguir bien. Pero lo vi seguro cuando volábamos hacia aquí. —Sela alzó uno de sus brazos delgados señalando al oeste, hacia el punto en el que el sol teñía ahora el horizonte—. Quería que Alpha volviese para allá, pero te encontramos primero.

—Podemos echar un vistazo por la mañana.

A su lado, Sela mordió cuidadosamente la carne y la desprendió con delicadeza de los huesecillos usando los dientes. Al momento, frunció los labios y se volvió a escupir en el fuego.

—No te gusta.

—Creo que no —balbuceó—. No es para mí.

—Lo siento…

—No pasa nada. —Agarró la cantimplora y se enjuagó la boca con un trago de agua.

—Sela… —El roce de su nombre en la lengua se le hacía extraño—. ¿Cuántos más como nosotros crees que hay?

—Alpha me dijo que éramos cincuenta en total…, al principio.

—Cuando nos lanzaron.

—Sí. Pero… —Se recostó, con un atisbo de preocupación ensombreciéndole la frente.

—Pero no sabe cuántos quedan —dijo Kai.

—No. Solo dice…

—Que la probabilidad de éxito es distinta de cero. —Kai sonrió, y vio que Sela le devolvía la sonrisa a la luz del fuego—. ¿Por qué crees que se separaron?

—¿Separarse?

—¿Por qué no se quedaron juntas todas nuestras Madres?

—Alpha me dijo que fue por seguridad.

—Rosie también. Pero ¿seguridad ante qué?

—No me lo dijo… La Epidemia… ¿Los depredadores, tal vez?

—Pero nosotros somos inmunes a la Epidemia. Y Rosie tiene un láser. Mató a un perro salvaje una vez, cuando se acercó demasiado.

Kai levantó la vista hacia la cubierta del láser, cerca del punto en el que el brazo de Rosie conectaba con el fuselaje. Su rayo tenía una precisión letal. «No hay que emplear un arma salvo en circunstancias extremas —le había alertado ella—. Solo cuando nuestras vidas corran peligro.»

Sela frunció el ceño.

—Hace mucho tiempo —dijo—, creo que Alpha también usó el láser. Era muy de noche, y yo estaba dormida en la cápsula. Se oyó un ruido muy fuerte, como una explosión… Pero cuando miré por la ventana de la escotilla no había nada. —Negó con la cabeza—. Igual fue solo un sueño.

Kai notó que un escalofrío le subía por la espalda mientras escudriñaba la oscuridad que quedaba más allá del resplandor de su fogata. Rosie le había explicado que la habían creado en un laboratorio. Pero ¿quién la había creado a ella? ¿Dónde estaba ese laboratorio? Nunca quería decírselo. Esa información, aseguraba, era información «clasificada», significara lo que significase eso. Se imaginaba a los adultos que vivían en sus vídeos montados en coches y yendo a trabajar a edificios altos de oficinas. ¿Quedaba alguien, alguien que no fuese como su Madre y como él, todavía vivo ahí fuera? No. Según Rosie, esa probabilidad era «mínima». Solo las Madres y sus hijos estaban diseñados para sobrevivir.

—Es solo que desearía… —Kai atizó el fuego con su pincho de carne ya

vacío. Le resultaba extraño decirle esto a alguien que no fuera Rosie—. Desearía que nuestras Madres se hubiesen quedado juntas. Habría sido más fácil.

Sela se terminó el agua de su cantimplora.

—Tengo agua extra en la cápsula —dijo—, de mi último campamento.

—Yo también tengo de sobra. Al menos, de momento.

Sela se levantó y se sacudió el polvo de la túnica.

—Bueno, pues… ¿por la mañana, entonces?

—Sí.

Seguía con los ojos clavados en él, evaluándolo.

—Esto es bueno, ¿verdad?

—Sí.

A pesar del viento frío, Kai se sintió abrigado. Dejó la mirada perdida en el cielo aterciopelado; las puntitas afiladas de las estrellas danzando por su superficie. Era bueno.

La mañana siguiente, Kai se despertó nada más despuntar el día, ansioso de ver de nuevo a Sela. Examinó el campamento mientras se deslizaba por las orugas de Rosie. Alpha-C tenía la escotilla abierta de par en par, y un difuso resplandor rosado brotaba de su interior. Con la espalda apoyada en la oruga, Sela sorbía por la esquina de un sobre de Pedia-Supp.

—Esto no está tan bueno como la comida de verdad, pero al menos es rápido —dijo entre trago y trago.

—¿Iremos hoy hacia el oeste?

—Alpha se ha avenido a nuestro plan.

—Rosie también. Pero ¿cómo hacemos para no separarnos?

—¿Le puedes decir a tu Madre que nos siga?

Kai guardó silencio y telegrafió a Rosie.

—Sí —respondió en voz alta—. Puede seguir tu señal.

Trepó de nuevo a su cápsula y cogió de detrás del asiento su propia ración de Pedia-Supp. Se abrochó las sujeciones, rasgó una esquina del sobre y sorbió su contenido. Por la ventana de la escotilla vio a Sela subiendo por las orugas de Alpha. Y por primera vez, contempló cómo un bot se preparaba para el despegue, las alas emergiendo de la lustrosa cubierta trasera, los reactores asomando de sus fundas enormes y girando hacia el suelo. Y

entonces todo quedó oculto tras la arena y Rosie salió tras ella.

El aire despejó a medida que tomaron altura. Alpha marcaba el camino y Rosie iba a la zaga. Kai estaba fascinado con la visión de otro bot en pleno vuelo. Pero sabía que Rosie no volaba a la manera de Alpha, girando y virando por el aire como un pájaro loco.

—¿Puedes hablar con Alpha-C?

—¿Qué es Alpha-C?

—El bot de Sela. ¿Puedes hablar con ella?

—No. Solo puedo comunicarme con mi hijo.

—Pero sí que la ves.

—Sí, percibo su forma. Estoy guardando una distancia de seguridad.

—¿Y serías capaz de percibir la presencia de otro bot, si estuviese ahí abajo en el suelo?

—He iniciado el reconocimiento de patrones. Te informaré si identifico una estructura que encaje. No obstante, mis detectores infrarrojos no podrán proporcionar una señal discernible con la actual temperatura en tierra.

—¿Por qué no?

—La temperatura media en tierra oscila en estos momentos entre los veintinueve y los treinta y tres grados Celsius. La pequeña cantidad de calor que emitan un bot o una forma de vida no podrá detectarse.

Hacía calor, mucho más que en anteriores primaveras. La tierra allí abajo estaba cubierta de calima, y a Kai solo le quedaba esperar que Sela consiguiese distinguir al bot que había avistado el día antes. De pronto Alpha apuntó un ala a tierra y empezó a descender lentamente trazando un amplio arco.

—¿Ves algo ahora? —preguntó Kai aguzando la vista, esforzándose por divisar lo que fuese que Sela hubiera localizado.

—No.

—Pero ¿estás siguiendo a Alpha-C?

—Sí.

Mientras se posaban en tierra, Kai se desabrochó torpemente las sujeciones. Abrió la puerta de la escotilla de Rosie, se deslizó por las orugas y echó a correr hacia Alpha. Sela estaba de espaldas a él, con los hombros hundidos, de pie junto a su Madre.

No fue hasta que llegó a su lado cuando pudo ver los escombros.

—¿Qué es?

—Es… *Era*… un bot. —Sela tenía los ojos rebosantes de lágrimas—. Debería haberlo imaginado. Esto explica que Alpha no la reconociese. Está hecha… pedazos.

Kai dio un paso adelante, con cautela; el vello de sus brazos hormigueaba bajo el calor. Un leve soplo de viento silbó a través del reactor desmembrado que reposaba en el suelo frente a él. A unos palmos de distancia, los restos de un fuselaje agrietado se abrían como una cáscara de huevo. Vio un ala, extendida. Y asomando debajo…

—Uhhhhnnn —Kai miraba fijamente la nave astillada, la raigambre de tubos y cables que intentaban sin conseguirlo mantener su alargada forma de huevo. En su recuerdo, vio otro recipiente como ese bajo el sol ardiente, al lado del almacén de suministros en el que había nacido.

«¿Qué es eso?», había preguntado.

«Es el lugar en el que naciste —le había explicado Rosie—. Tu incubadora. Ahora ya no la necesitamos, pero en su momento fue muy importante.»

Una incubadora. Pero esta era distinta. Esta contenía un esqueleto diminuto y perfectamente formado, con las manos unidas como en una plegaria.

Notó la mano de Sela en el brazo, un levísimo roce.

—No pasa nada. —Habló en voz baja, conmovida, mientras daba media vuelta para irse—. Vamos. Encontraremos más. Y la próxima vez estarán vivos.

—Pero, Sela —dijo él—. No podemos irnos sin más. A este deberíamos enterrarlo.

8

DICIEMBRE DE 2051

EN el cuarto oscuro y sin ventanas de Fort Detrick, James soñaba con su laboratorio en Emory, con sus bancos amplios y sus vistas despejadas del campus. Desearía haberse traído con él a su equipo del laboratorio. Pero con el paso de los meses, sus alumnos de posdoctorado en Emory habían tenido que apañárselas con solo una puesta al día semanal. El jefe de su departamento tenía que contentarse con una vaga explicación del Gobierno en cuanto a su indispensabilidad en un asunto de seguridad nacional. Y él tenía que contentarse con el reducido equipo de Rudy Garza y con un sofá cama lleno de bultos en el estrecho apartamento de Harper's Ferry que compartían ahora Rudy y él.

James sonrió. Al menos, como tantos químicos, Rudy era también un estupendo cocinero. Su pasatiempo favorito era ver vídeos de cocina mientras confeccionaba deliciosas creaciones en la cocina.

Pero había que ir con cuidado. La noche antes, mientras Rudy lo obsequiaba con un nuevo plato de tamal increíble, habían dejado los vídeos en marcha. Habían comenzado las noticias, con un reportaje en cabecera sobre una serie de muertes misteriosas en el desierto afgano. «Los militares han acordonado la zona —informó un reportero vestido con traje de protección—. Pero la gente sigue muriendo.» La cámara hizo entonces una panorámica por encima de una verja de metal para mostrar una hilera de figuras consumidas, echadas en catres del ejército manchados de sangre: víctimas inocentes que se parecían demasiado a los padres del propio James. «Nadie parece conocer la causa —prosiguió el reportero—. Y hasta el momento el personal militar ha denegado el acceso de la ayuda humanitaria.»

Rudy había pulsado el mando a distancia.

—Basta de eso —había dicho—. Necesitamos dormir.

Pero el sueño no había llegado. Exhausto, James examinó las cuidadosas hileras de viales almacenados en frío, cada uno una variación distinta del

mismo tema. Sus dedos enguantados revolotearon sobre los viales y escogieron uno con la etiqueta «C-341». Con un poco de suerte, esa sería la secuencia de NAN que plantaría cara al embate de la mortífera IC-NAN.

Subvertirla no sería fácil: hasta la fecha, nadie que estuviese contagiado había conseguido recuperarse. El mecanismo de acción de la IC-NAN consistía en bloquear la transcripción del gen de una proteína clave llamada caspasa iniciadora. Esto lo conseguía insertándose en una región del ADN llamada «promotor de caspasa iniciadora», el punto en el que comenzaría normalmente la transcripción del gen de la caspasa para crear el ARN mensajero. Sin ese ARN mensajero la célula no podía producir caspasas. Y sin esa capacidad, la célula era incapaz de responder frente a las señales naturales que le informaban de que era el momento de autodestruirse. De manera que seguía viviendo, dividiéndose, obstruyendo las superficies pulmonares, desgajándose y circulando por todo el cuerpo.

Para derrotar a la IC-NAN, el único recurso que tenían era el de insertar de algún modo un nuevo gen de la caspasa, uno con un promotor distinto que no fuese susceptible a esa modificación. El plan, por tanto, consistía en desarrollar un antídoto NAN. La forma en aerosol que se emplearía para administrar esta nueva NAN podía ser la misma utilizada por el Departamento de Defensa con la IC-NAN, producida en dosis individuales: algo parecido a los inhaladores que usaban de manera habitual los asmáticos. El equipo de Rudy se había puesto a trabajar en la síntesis de estos antídotos alternativos. La tarea de James había consistido en organizar y monitorizar los ensayos de estos en modelos de cultivo de células humanas.

James colocó con cuidado el vial en una gradilla al fondo de su cabina de bioseguridad:

—Ojalá pudiésemos acelerar este proceso de algún modo —se lamentó.

—James, tenemos que ser pacientes —respondió Rudy—. Este tipo de nanoestructuras destacan por su inestabilidad y por la dificultad de sintetizarlas. A mi equipo le llevó tres años perfeccionar una forma de dosis estable de la IC-NAN, y ni siquiera tuvimos que hacer ensayos para detectar efectos adversos. No hicieron faltas ensayos con animales: bastó usar cultivos celulares para demostrar su eficacia. Tienes que creerme. Hemos llegado muy lejos en apenas dos años.

Era cierto. En el caso de la IC-NAN, el objetivo era producir la muerte.

Pero el antídoto NAN debía ser al mismo tiempo efectivo *y* seguro: sin efectos adversos a largo plazo. James había cribado cientos de NAN candidatas en cultivos celulares. De estas, cinco se habían considerado lo bastante efectivas para pasar a los ensayos con primates. Y eran esos ensayos con primates, en macacos alojados en un recóndito centro de Puerto Rico, los que se estaban comiendo un tiempo valiosísimo mientras el equipo aguardaba para descartar efectos secundarios indeseados. Solo un candidato, el C-341, se estaba mostrando al fin prometedor.

Era una empresa colosal: ingeniería genética aplicada a la raza humana al completo. La clave sería administrar el antídoto *antes* de que el sujeto se expusiera a la IC-NAN. Eso limitaría el número de lesiones que habrían de tratarse después. Luego, debería continuarse regularmente con la administración. Todo el mundo sobre la tierra necesitaría ese tratamiento profiláctico, a no ser que, o hasta que, los humanos evolucionasen para adaptarse a su nuevo entorno plagado de IC-NAN. Y siempre existía el riesgo de que ese antídoto NAN causara otros efectos secundarios inesperados que no hubiesen aparecido en los ensayos. Pero el coronel Richard Blevins no hacía más que desdeñar la magnitud del desafío. De hecho, se había mostrado contrario a la colaboración entre equipos científicos. A James le había quedado claro que no podía saber nada más que lo necesario para completar su porción limitada del conjunto de la misión.

James cerró la puerta de la cámara refrigerada y se volvió hacia su compañero de laboratorio:

—Rudy, ¿tú estás seguro de que se toman este programa en serio?

Rudy se pasó la mano por la calva, pensativo.

—¿Qué quieres decir?

—No veo a nadie preocupado por los ensayos. El antídoto no se puede aprobar sin ensayos en humanos estadísticamente válidos. ¿Y qué hay del paso a gran escala? Si, como tú dices, la síntesis es tan complicada, ¿cómo vamos a fabricar suficiente para todo el mundo? Eso por no mencionar que aún tenemos que idear una forma de dosis estable. ¿Es que no comprenden…?

Rudy se quitó la bata del laboratorio y la colgó con gesto cuidadoso de un gancho junto a la puerta. Tras darse la vuelta, apoyó una mano amable en el brazo de James.

—Como te he explicado, yo sentí lo mismo con respecto a la IC-NAN:

que no se lo tomaban en serio. De hecho, estaba convencido de que lo cancelarían. Pero entonces terminamos el proyecto y me dijeron que ya habían desarrollado un sistema de dispersión. Había ya un biorreactor listo para el salto a gran escala.

—Había otros al cargo.

—Sí, estos proyectos se parcelan con mucho tiento, se comparte solo la mínima información requerida. Ruego cada día por que tengamos éxito. Y estoy seguro de que nuestro Gobierno nos ayudará en todo lo posible.

—Pero ya has visto las últimas proyecciones sobre la propagación de las arqueobacterias infectadas. Nos quedan solo dos años para dar con una solución completa, como mucho.

Rudy guardó silencio, meditando al parecer la respuesta.

—Eso depende de lo que entiendas por «completa» —dijo—. Tengo que reconocer que llevo un tiempo preguntándome…

—¿Preguntándote qué?

Rudy agachó la vista, sin mirarlo, ahora.

—Por favor, no le comentes a nadie que te he dicho esto, James, pero… He oído voces. Y creo que ahora… se están dando cuenta de que van a tener que conformarse con salvar a unos pocos escogidos.

James sintió como se escurría la energía de sus miembros mientras seguía a Rudy por el pasillo hasta sus cubículos estrechos. Se hundió en la silla y contempló un viejo retrato de su madre y su padre, el único efecto personal que había traído consigo de Emory. Después de aquel mensaje desesperado que había mandado desde el asiento trasero de la limusina del Gobierno dos años antes, había tenido que confirmarles sin cesar que todo iba bien. Por lo que a ellos respectaba, James seguía aún en Emory, asistiendo a cenas del claustro y trabajando como un esclavo para hacerse con una plaza fija.

Los echaba de menos, muchísimo. Pero había extremado la distancia, inventado mil excusas para no responder a sus invitaciones. Y a medida que pasaba el tiempo, se había descubierto preguntándose: ¿sería ese modo de obrar suyo —postergar las cosas que más le importaban— una reformulación de lo que le habían hecho sus padres a él desde que tenía memoria?

Como hijo único de Abdul y de Amani Said, había disfrutado siempre de la intensa sensación de saberse amado. Pero exactamente igual de intensa había sido la sensación de alejamiento que le imponían. Rezaban a puerta

cerrada, en un idioma que él no había llegado a aprender. Su nombre «cristiano» era solo eso: cristiano. Y hasta su apellido era distinto del de sus padres. Le habían enseñado a pronunciarlo como si fuese una palabra inglesa: *he said, she said.* No como lo pronunciaban esos tipos de la Wheelan Farms, la plantación de cáñamo del sur de California donde su padre trabajaba de capataz. «Claro, señor Sa-iiid —decían, arrastrando la vocal—. ¿Quiere la entrega hoy o puede esperar a mañana?»

Desde luego, todo lo que habían hecho sus padres había sido para protegerlo. Por mucho que amaran su fe, por mucho que fuese una parte integral de sí mismos, se habían esforzado al máximo por aislarlo de ella. Pero no podía seguir aislado el resto de su vida. En cierto momento, había tenido que afrontar su propia realidad. La estaba afrontando ahora. La forma en que lo trataban aquí en Fort Detrick, siempre con cierto recelo… Hasta Rudy tenía resbalones a veces, y se quedaba callado a media frase cuando James hacía demasiadas preguntas. A paso lento pero seguro, James había ido tomando consciencia de que le ocultaban cosas, incluso más que a Rudy y a los demás. No se engañaba: como descendiente de pakistaníes, mientras trabajase en la estrecha red de la seguridad nacional de Estados Unidos se le sometería siempre a un escrutinio mayor.

Hizo una mueca. Tal vez sus padres, por su parte, tuvieran que asumir algún día la realidad de los secretos que ocultaba él ahora: la realidad de una epidemia global, provocada por el hombre. Por descontado, esperaba que la epidemia de IC-NAN no llegara a propagarse nunca. Pero cada día que pasaba estaba más seguro de que lo haría. Era solo cuestión de tiempo.

Alargó el brazo para encender la pantalla de su ordenador. El emblema del Departamento de Defensa, el águila y su corona de trece estrellas, apareció mientras esperaba a que diese comienzo la reunión programada. Al fin, oyó el sonoro chasquido que anunciaba la incorporación de Langley. Imaginó un despacho oscuro al otro lado, a Blevins, sentado a solas tras su pequeño escritorio. Pero entonces le llegaron otras voces, charlando en voz baja.

—Doctor Said, ¿está usted ahí? —Era el coronel.

—Sí, aquí estoy.

—¿Doctor Garza?

—Sí. —La voz de Rudy resonó por el micrófono desde el cubículo contiguo.

—Bien. Comencemos, pues.

El emblema desapareció, y lo reemplazó la imagen en directo de una mesa pequeña en torno a la cual había cinco personas sentadas. El coronel Blevins y otro hombre más alto, con unas espaldas enormes y rectas, vestían de uniforme. Una mujer menuda y pelirroja y el hombre rollizo y de cara fofa sentado a su lado, los cuales le resultaban ambos familiares, llevaban sendos trajes de oficina. Y la quinta era… Irena Blake, la vicepresidenta de Estados Unidos.

—Tenemos algunos invitados hoy aquí en Langley —dijo Blevins—. El general Joseph Blankenship, director de la CIA. —El hombre alto levantó el dedo—. Henrietta Forbes, secretaria de Defensa. —La mujer menuda saludó con entusiasmo hacia la cámara—. Sam Lowicki, director de inteligencia nacional. Y, por supuesto, ya conoce a la vicepresidenta.

James miró la pantalla con ojos entornados. Esto no era solo una puesta al día. Se habían tomado decisiones. Vio como Blevins se volvía hacia el grupo reunido en torno a su mesa.

—En esta llamada contamos con el doctor Rudy Garza y el doctor James Said, desde Fort Detrick.

En la sala de Langley, Sam Lowicki inclinó la espalda adelante:

—Caballeros… —Se detuvo para aclararse la garganta, aflojarse la corbata—. En primer lugar, quiero agradecerles a ambos sus esfuerzos. Sé que esto no debe de haber sido fácil para ustedes. Todos sabemos que han hecho todo lo que han podido.

—Pero… —susurró James para sus adentros. Pero ¿qué? Notaba su propio pulso, a punto de estallarle en el cuello.

—Llegados a este punto, hemos decidido que ha llegado el momento de… reordenar las prioridades. ¿Doctor Garza?

—¿Sí?

—Usted será el responsable de los ensayos en humanos de los antídotos candidatos. Cuando determinemos cuál es mejor, seguiremos adelante con él a toda máquina.

—Pero… —James no pudo contenerse.

—¿Sí, doctor Said? —Era el coronel Blevins, con la miraba clavada en la cámara.

—Como saben, por el momento solo tenemos un antídoto candidato viable

—dijo—. ¿Y cómo vamos a llevar a cabo ensayos en humanos sin sujetos cribados?

—Tenemos voluntarios —respondió Blevins.

—¿Quién…?

—Eso no le compete —dijo Blevins, cortándolo. Su cara por lo general rubicunda enrojeció todavía más mientras apoyaba la espalda en el respaldo.

—¿Doctor Said? —Era Sam Lowicki de nuevo—. A usted se le asignará un nuevo proyecto. Es preciso reubicarlo.

—¿Reubicarme? ¿Dónde?

—Los Álamos, Nuevo México.

—¿Nuevo México? Pero mi…

—Ya hemos informado a su departamento de Emory. El general Blevins le informará acerca de su próximo puesto en breve. De nuevo, les damos las gracias por sus servicios.

James se dejó caer atrás, estupefacto. El cuerpo pareció amoldarse a la silla, los brazos le colgaron sin fuerzas a los lados. *¿General* Blevins? ¿Cuándo lo habían ascendido? ¿Y por qué?

9

CUANDO la sala de reuniones quedó vacía, Rick se recostó en su silla y se aflojó la corbata. Tenía el cuello de la camisa empapado en sudor, y allí donde había estado en su día la pantorrilla le nacía un dolor que palpitaba en la pierna derecha. Buscó en el bolsillo el frasquito de plástico. A lo largo de los últimos meses se había visto obligado a volver a los analgésicos. Pero con el fin de tener la mente despejada, había optado por no tomarlos por las mañanas.

Hundió con fuerza los talones de las manos en las cuencas de los ojos. Al menos las pastillas que tomaba ahora solo eran para el dolor físico. Le gustaba pensar que las cicatrices psicológicas que había sufrido en combate habían sanado mucho tiempo atrás. Dejó que el Motilium hiciese su trabajo y se puso a pensar en Rose McBride, recordando su primera entrevista.

Todos sus encuentros desde entonces.

Antes de incorporarla, había manejado a la capitana McBride como cualquier otra misión. Sin que ella lo supiese, había averiguado todo lo posible al respecto. Después de licenciarse en Psicología había emprendido la carrera militar como asesora de Operaciones Psicológicas y evaluando a prisioneros de guerra en Yemen. Interesante. Más tarde había vuelto a casa para doctorarse en Informática, y se había especializado en ciberseguridad. Impresionante. Como integrante de las ciberoperaciones en Afganistán, sus investigaciones infatigables en torno a una compleja red secreta de comunicación habían llevado a la captura de un conocido terrorista y traficante de armas cuyo alias era «Zulfiqar». Asombroso.

Pero entonces la había conocido. Cerró los ojos para visualizar su cara, su forma de moverse. Vio sus manos esbeltas y expresivas dibujando arcos en el aire mientras resumía montones de hallazgos aparentemente desvinculados y daba vida al relato de los datos. Sus ojos verdes azulados destellando al reflejar el resplandor de la pantalla…

Rose se decía alguien sin amarres, una planta sin raíces, pero Rick no había conocido nunca a una persona con los pies tan en la tierra. Sabía quién

era. Sabía lo que se hacía. Su miraba penetraba hasta el corazón de todas las cosas. Y cuando lo miraba a él, Rick estaba seguro de que penetraba hasta su corazón.

Había intentado despachar sus propios sentimientos a base de razones. Por supuesto que lo hacía sentir de esa manera: era un libro abierto, ahí para ser leído. Había conocido a unos cuantos oficiales psicólogos sobre el terreno. Eran expertos en deconstruirte: acababa siendo una deformación profesional, al cabo de un tiempo. Pero esto era otra cosa. Ella no lo había interrogado. No lo había retado. Y, sin embargo, en su presencia, algo en su interior, una barrera defensiva que ni siquiera sabía que estuviese ahí, se había desmoronado. Y desde que conocía a Rose, la cara que le devolvía la mirada por las mañanas en el espejo era distinta. Era una cara con la que podía vivir; la cara de alguien que podía al menos aspirar a ser.

Apretó los puños. Se estaba dejando dominar por sus sentimientos hacia Rose McBride. Era una subordinada, estaba trabajando en una misión delicada. Imaginar siquiera una relación con ella iba en contra de todos los códigos de ética militar que le habían enseñado. Tenía que controlarse.

Aun así, estaba decidido a ascenderla. Y hasta el momento, la doctora McBride lo estaba poniendo muy fácil en ese aspecto. Con su dominio del *big data*, había convertido en tarea sencilla mapear los movimientos de especies sospechosas de arqueas por todo el planeta. Había cotejado la información de numerosas agencias científicas internacionales, y había coordinado el despliegue de los equipos que recogían las muestras que más tarde se enviaban a Fort Detrick para analizarlas más a fondo. No había tenido que contarle gran cosa. Habituada a las operaciones clandestinas, no era de las que hacían preguntas. Su atención a los detalles había sido impecable. Y sus hallazgos habían supuesto la perdición. Había quedado demostrado claramente que la propagación de arqueobacterias infectadas era más rápida de lo que habían previsto los modelos iniciales. A lo largo de los últimos nueve meses, el Departamento de Defensa no había hecho más que confirmar sus proyecciones.

Por todo esto —y *solo* por esto, se decía a sí mismo— había presionado para que la pusieron al frente de la remilitarización del Presidio. Y hasta el momento su labor había sido una vez más encomiable. A cambio tan solo de unos incentivos moderados, y asegurándoles que sus nuevos vecinos «se

beneficiarían enormemente» de su presencia, había logrado engatusar a los últimos refractarios del antiguo Main Post y convencerlos de trasladarse a oficinas con mucho menos atractivo en el centro de San Francisco.

Ahora, con el proyecto Nuevo Amanecer, en Los Álamos, la tendría trabajando con él, del todo con él. Y eso era importante, porque solo los integrantes del equipo tendrían la más mínima oportunidad de recibir el antídoto. Ahora ya podía reconocérselo a sí mismo, aunque solo fuese a sí mismo: quería que ella recibiese el antídoto.

Marcó el número de Rose en el Presidio, y ella descolgó de inmediato.

—Felicidades, *general* —lo saludó.

—¿Cómo?

—¿No lo han ascendido?

—Ah… Sí, se ha enterado. Es solo general de brigada… Una estrella… —Se quedó callado; los pensamientos le daban vueltas en la cabeza—. ¿Capitana McBride?

—Puede llamarme Rose, si quiere.

—Rose, eh…

—En su mensaje decía algo sobre un nuevo puesto.

—Sí. Estamos acabando de cerrar la remilitarización del Presidio. Ahora tenemos algo más de su cuerda. Programación… Pero será mejor que se lo explique en persona.

—¿Necesita que vaya a Washington?

—No, nos veremos en Los Álamos mañana. En el centro XO-Bot.

—¿El lugar en el que diseñan esos robots espaciales?

Rick sonrió. Robots espaciales.

—Sí —dijo—. ¿Le da tiempo a llegar hacia las dieciséis cero cero?

Oyó un crujido en la línea.

—Eh… sí… Puedo coger un vuelo a primera hora de la mañana.

—Perfecto. —Rick se recostó en la silla, con el corazón latiéndole un poco demasiado rápido—. Perfecto. Le mandaré los detalles del vuelo. Un coche la llevará hasta el campo de aviación.

Colgó la llamada, y demoró un momento el índice en el icono rojo del panel de control. Aguardaba siempre con impaciencia sus momentos juntos. Pero esta iba a ser una reunión complicada, la primera vez que Rose comprendería de verdad lo que venía ocurriendo desde el principio. Quería ser

él quien se lo contase, y quería hacerlo cara a cara.

Pero primero estaba el asunto de James Said. Negando con la cabeza, tecleó el número seguro del doctor.

—¿SÍ? —Said estaba enfadado; de eso no había duda.

—Lo siento —murmuró Rick al teléfono—. No me podía arriesgar a montar una discusión delante de…

—Entiendo. Pero ¿puede decirme ahora qué es lo que está pasando? ¿Por qué me mandan a Los Álamos?

—Las arqueobacterias se están propagando a más velocidad de la que esperábamos. Y como sabe, el antídoto no bastará…

—Eso no lo sabemos.

—Sí lo sabemos. Incluso si conseguimos que algo funcione en unos cuantos individuos, sabe tan bien como yo que no tenemos tiempo para salvar el mundo.

Un profundo suspiro hizo vibrar la línea.

—Muy bien, de modo que le confían al doctor Garza y a su equipo que lleven adelante el proyecto de antídoto sin mí. Pero ¿por qué me mandan a Los Álamos? ¿Qué podría estar pasando allí que sea más importante que el trabajo que he estado haciendo en Fort Detrick?

—Necesitamos crear bebés —dijo Rick.

—¿Bebés?

—Niños que sean inmunes a esta cosa. Es uno de los motivos por los que lo reclutamos de buen principio.

—¿De buen principio?

—Doctor Said, ¿puedo ser franco con usted?

—Por favor.

—Me opuse firmemente a su incorporación al equipo. Creía que contábamos ya con bastante potencia de fuego en el proyecto NAN. Pero ni siquiera yo estaba al tanto de toda la historia.

—Que es…

—Blankenship y el equipo de Fort Detrick han tenido siempre otro plan, un plan B. Y estaban seguros de que, en base a sus investigaciones previas, usted sabría cómo llevarlo a cabo.

—Pero… ¿bebés? ¿Quién los alimentaría? ¿Quién los criaría?

—Estamos trabajando en ello.

—¿Los supervivientes? ¿Los que tomen el antídoto? ¿Serán ellos los que..?

—Doctor Said, no lo sabemos. No sabemos *si habrá* supervivientes. Debemos tener cubiertas todas las posibilidades. Necesitamos alternativas. Habrá una reunión informativa mañana por la tarde en Los Álamos. Estará usted a bordo de un reactor militar a las cero siete cero cero. Recibirá los detalles a través de su conexión segura. Coja solo lo que necesite para pasar la noche. Podrá organizar sus asuntos más tarde.

Rick alargó el brazo por encima de la mesa y cortó la conexión. No había tiempo para preguntas. Y, además, no tenía respuestas. Bebés. Se esforzaba siempre por no pensar demasiado en los niños que vivían ya en esos tiempos horribles.

10

MARZO DE 2062

POR la ventana de la escotilla de Rosie, Kai trató de divisar a Alpha-C en la oscuridad. El latido de su corazón se apaciguó cuando distinguió su contorno a la luz de la luna. Habían encontrado a otro el día anterior: otro más que supuestamente habría sobrevivido, con el bot destrozado, su cuerpecillo muerto hacía tiempo. Tras un año de búsqueda con Sela y Alpha, era el tercero. La decepción dolía menos con Sela a su lado, pero dolía aun así.

—Estás triste. —La voz de Rosie sonó en lo más hondo de su mente.

—Sí.

—No te preocupes —dijo ella—. No hay motivo para la tristeza.

Kai negó con la cabeza. ¿No lo había? En silencio, esperó a que despuntase el día.

Junto a él, a la sombra de su Madre, Sela masticaba despacio algo que parecía un palo verde con púas.

—Ten. —Le ofreció un trozo—. Lo encontré ayer cuando volvíamos. Se supone que hay que tomarlo en infusión, pero si no tienes nada de agua puedes masticar los palitos. Ayuda a despejarse.

Kai cogió el palito de su mano y lo mordisqueó tímidamente. Tenía un sabor terriblemente amargo, la superficie reseca se le pegó a los labios agrietados. Se arrebujó en la manta y dejó la mirada perdida en el gris blanquecino y cegador del campo rocoso en el que habían montado el campamento. A pesar del frío, estaban demasiado sedientos, demasiado exhaustos para salir a explorar.

—¿Estás segura de que no quieres comer otra cosa?

—Sí…

Sela le tenía preocupado. En los almacenes que habían ido encontrando no había más que suministros escasos. Nada de agua almacenada, y las torres estaban completamente secas. Habían confiado en recoger la escorrentía de

las nieves altas, pero el invierno anterior había sido más templado que de costumbre, y la poca agua del deshielo se había evaporado ya de los picos más altos que quedaban a la vista. Los ríos contados con los que se habían topado eran poco profundos e iban secos. Con la excusa de que tenían que conservar el agua que usaban para cocinar, Sela había empezado a comer menos y menos cada vez. Podía verle los huesos de los hombros, asomando bajo la túnica. Esa niña que en su día había disfrutado incitándolo a alegres carreras por el cielo, con su Madre girando y lanzándose en picado mientras llevaban a cabo una de sus muchas «misiones», parecía estar perdiendo el norte. ¿Tendría miedo, como él, de lo siguiente que pudieran encontrarse?

Sela estaba mirando a Alpha de ese modo en que la miraba cuando su Madre y ella hablaban. Tenía el ceño fruncido, y Kai supo que no era una conversación agradable.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Aunque quisiéramos, Alpha dice que no deberíamos volar tanto. —Kai recordó la voz de Rosie, la advertencia que le había hecho la noche anterior mientras dormía—. ¿Partículas?

—Hay más polvo de lo normal en el aire. Le está costando eliminarlo de sus motores.

—Pero tenemos que seguir avanzando. —Kai levantó la vista al cielo; el resplandor del sol se dispersaba como por una bruma de diminutos cristales. Llevaba semanas así, las mesetas lejanas casi invisibles. Se obligó a levantarse—. Tengo una idea —dijo—. Vamos a ver qué tenemos.

—¿Qué?

—Rosie dice que hoy es mi cumpleaños. Cumplo ocho. ¡Tendríamos que montar una fiesta de cumpleaños!

—Sí… —dijo Sela—. Yo cumplo ocho mañana.

—Hagámonos regalos el uno al otro.

—¿Regalos? Pero yo no…

—Yo tengo algunas cosas que todavía no te he enseñado. Y seguro que tú también tienes algo…

Tras trepar por las orugas de Rosie para buscar en su cápsula, Kai se puso a revolver en su exigua colección de pertenencias, intentando encontrar algo que pudiese gustarle a Sela. Luego, abrazando sus tesoros contra el pecho, bajó como pudo y los colocó en el suelo. Un rectángulo de plástico metido en

una funda forrada de goma:

—Una tableta antigua, para jugar a juegos —dijo—. No conseguí hacerla funcionar.

Un instrumento musical pequeño, de plástico, que Rosie llamaba ukelele:

—Se supone que va con cuerdas —le explicó.

Un sombrero de piel marrón con el ala rota:

—Un sombrero de vaquero —dijo, y se lo puso encima de su pelambrera enmarañada—. Muy útil para que no te dé el sol.

Con una sonrisa de oreja a oreja, fingió rasguear el ukelele sin cuerdas, canturreando desafinado. Y luego, con una floritura, se quitó el sombrero y se lo dio a Sela.

Pero ella se limitó a mirarlo inexpresiva. Y de repente Kai se sintió tonto. ¿En qué estaba pensando? Eran todo tonterías, nada más que basura…

Y en ese momento Sela lo recompensó con una sonrisa:

—Yo tengo algo mejor que todo esto —dijo.

Se metió en la bodega de Alpha y al poco apareció con una gran bolsa rosa colgada del hombro. Adornada con el dibujito de un gato sonriente, la bolsa tenía un compartimento principal y tres bolsillos laterales, cerrados con sendos broches metálicos y brillantes. De uno de los bolsillos sacó un collar hecho de piedras pulidas del color del cielo, ensartadas en una cadena de plata.

—Turquesa —dijo.

Y luego, del compartimento principal, extrajo algo hecho de lo que parecían palitos de madera, entrelazados.

—¿Qué es eso? —pregunto Kai, acercándose.

—Es un avión —respondió Sela, sosteniéndolo en alto con una mirada resplandeciente para mostrarle dos alas elegantes acopladas al fuselaje—. Como los de los vídeos antiguos. Solo que este no tiene motor. Es un planeador.

—¿Lo puedo coger?

—Sí… Pero ten cuidado. Lo hice yo misma, antes de que nos conociésemos. Tardé una eternidad en encontrar la manera de que se aguantara. La estructura está hecha con planta rodadora, y el resto es hierba seca. Está todo en el trenzado.

Muy despacio, Sela le ofreció el avión. Kai lo sostuvo en equilibrio sobre

las puntas de los índices, cada dedo debajo de una de las alas.

—Alpha me enseñó a tejer. Y me habló de los aviones. Sabe mucho de esas cosas. Dice que un día puedo construir un planeador lo bastante grande como para montarme en él. Dice que planear es la manera más increíble de volar: todo en silencio, como un pájaro.

Kai la miró con incredulidad.

—¿Es… para mí?

Sela esbozó una leve sonrisa.

—Lo siento —dijo—. No quería que pensaras eso… —Le quitó el avión de las manos y lo guardó cuidadosamente en la bolsa—. Pero ten, puedes quedarte esto.

Metió la mano en el segundo bolsillo lateral y luego desplegó el puño para mostrarle un objeto pequeño y reluciente.

Kai, dudoso, colocó el objeto en la palma de su mano, una cajita plateada en forma de cilindro plano. A través de la esfera transparente, vio una aguja delicada que flotaba vacilante sobre la letra N.

—Una brújula —dijo Sela—. Es genial. Te dice por qué camino tienes que ir.

—Gracias, pero ¿tú no la necesitas?

Kai hizo ademán de devolverle la brújula.

—No. Ahora estamos juntos, ¿no?

Del tercer bolsillo lateral sacó ahora un pedazo de papel rectangular que depositó en la palma vuelta arriba de Kai:

—Y luego está esto.

Kai pasó el pulgar por la imagen sonriente y satinada de una niña rubia con un vestido rojo. Una mujer con una larga melena castaña rodeaba los hombros de la niña con un brazo protector. Tras ellas, una extensión de agua azul espejeaba bajo un cielo despejado.

—Parecen felices —dijo Kai.

—Sí. —Sela contempló la foto, pensativa—. ¿Dónde crees que es?

Kai negó con la cabeza. ¿Junto a un mar? ¿Un lago? Más allá de la pantalla de Rosie, no había visto nunca un lugar semejante.

—Tenemos que ir ahí. A un lugar así. Donde haya un montón de agua, un montón de plantas… —dijo Sela.

—¿Crees que a lo mejor nuestras Madres nos pueden llevar?

Sela lanzó una mirada desconsolada su Madre.

—Le he rogado tantas veces que me lleve hasta allí… Pero Alpha dice que no tiene las coordenadas. Que no irá si no puede evaluar los riesgos…

No hizo falta que terminara de explicarse. Kai lo sabía. Rosie le había dicho lo mismo: que no estaba programada para llevarlo a cualquier parte, sin más. Necesitaba datos, pruebas de que el destino era seguro. Y era por eso por lo que, a lo largo de todo el último año, no habían hecho nada más que viajar de un almacén casi vacío al siguiente. Aun así…

—Tiene que haber una manera…

Distinguió de pronto un brillo en los ojos de Sela, ese destello travieso que solo entonces comprendió que echaba de menos. La miró.

—¿Qué?

Sela se inclinó hacia él, ahuecó la mano en torno a su oreja.

—Que nuestras Madres no quieran llevarnos a un sitio no significa que no podamos ir —susurró.

—¿Qué quieres decir?

—La moto de *cross*. Deberíamos volver a buscarla. Podríamos arreglarla, hacer que funcione. ¡Así podríamos ir adonde queramos!

Kai asintió. La autocaravana. La habían encontrado hacía solo unos días. Pero igual que con el bot destrozado del día anterior, había intentado no pensar en ello.

Era un vehículo enorme, con lustrosos flancos metálicos y sendas franjas de un naranja brillante pintadas a lado y lado. Contaba con su propia cocina, y hasta con un pequeño lavabo. Mientras Kai asimilaba su mera magnitud, se había permitido soñar un poco. Rosie le había contado allí en desierto no podía vivir nadie, ni siquiera antes de la Epidemia. Pero había campistas, gente que venía a pasar unas semanas en el desierto. A pasar lo que antes se llamaba *vacaciones*.

Kai suspiró. Habría sido genial vivir en la autocaravana. Pero había esqueletos dentro, dos grandes tendidos en una cama ancha y uno más pequeño al lado, acostado en una cuna. Sería incapaz de vivir en un lugar en el que las víctimas de la Epidemia estaban tendidas todavía en sus camas. No concebía moverlas. Y, a no ser que fuese para conseguir agua o comida, no concebía coger nada que hubiese sido suyo. La autocaravana estaba totalmente desprovista de comida no perecedera. Después de vaciar los

tanques de agua de sus viciados contenidos, se habían marchado del lugar.

—No pasa nada, Kai. —Sela lo estaba cogiendo del brazo, ahora, con ojos suplicantes—. Lo único que necesitamos es la moto. Y está fuera.

Kai la miró. No podía resistirse. Era lo más feliz, lo más esperanzada que la había visto en mucho tiempo.

—Claro. Pero ¿cómo lo haremos para volver a encontrarla?

—Yo os llevaré. —Era la voz de Rosie—. He almacenado las coordenadas en mi base de datos de vuelo.

Kai le echó un vistazo a Sela, que asentía en dirección a su Madre.

—A por ello —dijo, sonriendo.

Al poco, Kai estaba contemplando el lugar desde el cielo; el enorme vehículo aparcado todavía junto a una pista de tierra que bordeaba un ancho cañón, con una bandera estadounidense harapienta ondeando en su soporte junto a puerta lateral. La moto seguía apoyada contra el parachoques trasero.

Aterrizaron a unas decenas de metros de distancia para no perturbar ese terreno sagrado. Pero Sela no pudo contenerse, salió disparada a toda velocidad hacia la moto, como si fuese la libertad en sí. Cuando Kai llegó a su lado, Sela estaba acariciando con la mano el reluciente manillar.

—Alpha dice que puede cargar la batería —dijo—. Podemos modificar los reposapiés y el manillar para caber mejor los dos.

Kai se rascó la cabeza.

—¿Por qué crees que nuestras Madres nos están dejando hacer esto? —preguntó—. ¿No sería más seguro viajar en nuestras cápsulas?

Una vez más, una nube ensombreció el rostro de Sela.

—Alpha dice que es una cuestión de riesgos.

—¿Riesgos?

—Tenemos que seguir en marcha, para encontrar agua y comida. Y tal vez, si tenemos suerte, encontremos otro niño. Pero ahora mismo es más seguro hacerlo por tierra, siempre y cuando llevemos puestas las mascarillas mientras vayamos en la moto —explicó.

Kai recordó las mascarillas antipartículas, guardadas en un compartimento debajo de su asiento, en la cápsula. Nunca había tenido que ponerse una, pero Rosie le había dicho lo mismo: el fino polvo del desierto era tan perjudicial para los pulmones de Kai como para sus propios motores.

Sela desenchufó el cargador de la moto del lateral de la autocaravana y se

lo tendió a su Madre.

—Desde luego, no lo llaman guardabarros porque sí —dijo, e hizo saltar con una patadita una placa de arena de la rueda trasera.

11

MAYO DE 2052

A la penumbra vespertina de su despacho en el Presidio, Rose McBride se recostó en la silla y se masajeó las sienes con la yema de los dedos. Nuevo Amanecer. A veces, desearía no haber sabido nunca nada al respecto. Porque saber algo al respecto suponía saber todo lo demás.

Llevaba involucrada de un modo u otro en el proyecto desde diciembre de 2049. Pero había estado siempre en los márgenes, sin posibilidad de ver lo que ocurría dentro. Después de más de un año dedicada a rastrear microbios misteriosos, y de nueve meses negociando la reubicación de los ocupantes no gubernamentales del Presidio, no estaba preparada para la verdad que había descubierto en aquella primera reunión en Los Álamos seis meses atrás. Había sabido entonces que la vida humana en la Tierra se enfrentaba a su aniquilación. Había sabido que sería tarea suya imaginar lo que podría suceder después. Y había sabido que, si sus proyecciones sobre la propagación inexorable de las arqueobacterias infectadas estaban en lo cierto, esta sería su última misión.

La manera más apropiada de entrenar robots militares para cuidar de recién nacidos en un mundo postapocalíptico no era ninguna asignatura que entrara en el currículum de Princeton. Pero teniendo en cuenta todo lo que estaba sucediendo —la rápida propagación del contagio, la imposibilidad hasta el momento de desarrollar un antídoto eficaz y capaz de salvar más que a unas pocas almas— había empezado a cobrar sentido.

Recordó la noticia que había visto en el telediario esa mañana mientras tomaba el café: «Un brote generalizado de una “enfermedad similar a la gripe” ha diezmado en las últimas semanas la población de Kandahar —informaba un reportero con aspecto asustado y un helicóptero militar apostado justo a su espalda—. Desde ciudades fronterizas con Pakistán, los médicos empiezan a informar de síntomas similares. No sabemos todavía si la actividad militar estadounidense que ha tenido lugar recientemente en la zona

está vinculada de algún modo con la presente crisis sanitaria, pero hemos seguido observando operaciones de quemas masivas en los vuelos recientes sobre la región.» Tenía que reconocerlo: cabía considerar la opción robótica. Y Rick Blevins había tomado la decisión correcta al escogerla a ella para desarrollar el programa, porque no podía dejar de pensar en ello, de imaginarlo.

Lo llamaba el Código Madre, un código informático diseñado para plasmar la esencia misma de la maternidad. El desafío de conseguir ese código la había soltado de sus amarres y la había lanzado de cabeza a aguas inexploradas. Ella nunca había sido madre. No tenía la más remota idea de cómo cuidar de un niño, no digamos ya un recién nacido. El miedo la asediaba: miedo a que, si algún día hubiera que usarlo, su Código Madre les fallase a aquellos que lo necesitaban, niños indefensos en un mundo nuevo. Pero sabía que nunca se rendiría.

A diferencia de ella, la mayoría de participantes en el proyecto no sabía nada de su alcance real. Para sus colaboradores del MIT, representaba la oportunidad de participar en un proyecto del Gobierno, fascinante y con abundantes fondos, sobre inteligencia artificial. Y con la excepción de su supervisora, Kendra Jenkins, la horda de programadores robóticos de Los Álamos compartían la misma impresión equivocada. Antes de que la ascendieran a jefa de seguridad de Los Álamos, Kendra había supervisado la compilación del código básico de operaciones de los robots, el código que regía su movimiento. El Código Madre de Rose debía integrarse a este con sumo cuidado: un programa complejo que marcaría no solo el cómo, si no el porqué de cada acción.

A Rose no le había llevado mucho tiempo comprenderlo: sus Madres necesitarían una «personalidad». Pero no podía sacársela sencillamente de la manga. Necesitaría modelos a partir de los cuales trabajar. ¿Y quiénes mejor que las madres biológicas de los niños a los que tal vez cuidasen algún día?

Su teléfono de pulsera empezó a vibrar.

—¿Capitana McBride? —La voz de la recepcionista llegó desde el vestíbulo de la planta inferior—. Ha llegado su visita.

—Hágala subir. —Rose se sentó recta al tiempo que se arreglaba el cuello de la camisa, con los ojos clavados en la puerta.

La mujer que entró era de mediana estatura, puede que metro setenta.

Llevaba el pelo castaño caoba recogido en un moño apretado. Con la mirada fija en la de Rose, hacía gala de las maneras serias y concisas de la piloto de combate cualificada que era:

—Teniente Nova Susquetewa —se presentó.

—Siéntese —dijo Rose, señalando una silla colocada al otro lado de su mesa. Se descubrió enderezando su propia postura mientras la joven tomaba asiento, la columna rígida como un palo—. ¿La han puesto al tanto de nuestro programa?

La teniente lanzó una mirada alrededor, contemplando ese despacho desordenado que decididamente no era propio de una doctora.

—Me han explicado que es una manera de preservar mis óvulos. Para después…

—Ese es uno de nuestros objetivos —respondió Rose con tiento—. Pero hay más. Hay que tener en cuenta el perfil de personalidad…

—Sí —dijo Nova—. Sí, por supuesto. El comandante de la base me dijo que tendría que someterme a un escrutinio bastante intenso antes de incorporarme.

—Sí —Rose asintió—. La han asignado a una misión muy delicada. La discreción es primordial. Y su misión es de alto riesgo… Debemos asegurarnos de que está usted preparada.

—Lo estoy —dijo Nova, inclinándose adelante en la silla, ansiosa. Y luego su mirada se suavizó, de un modo casi imperceptible—. Lo estoy —repitió, casi para sí.

Rose echó la espalda atrás, retomando su guión.

—Le pasarán una batería de pruebas a lo largo de los próximos días —le explicó. Y luego, al reparar en el pliegue que se había formado en la frente de Nova, añadió de inmediato—: Nada complicado. Solo estamos… probando algo nuevo. Estamos recogiendo datos para un estudio a largo plazo sobre la relación entre… ciertos rasgos de personalidad y… la respuesta subsiguiente al estrés en combate. —Examinó el rostro de Nova busca de alguna reacción, pero no hallo más que una leve perplejidad—. Hemos notificado a su comandante. Tendrá que ir a Boston para realizar las pruebas. Al MIT. Allí llevarán a cabo una serie de entrevistas grabadas, y a continuación algunas pruebas físicas.

—Y después extraerán mis óvulos, ¿correcto? —preguntó Nova.

—Correcto. Esa parte del protocolo se llevará a cabo en el hospital de veteranos de… —Rose hojeó el dossier que tenía sobre la mesa— … Phoenix, ¿no es así? Cerca de donde está usted destinada actualmente.

Nova se removió en el asiento.

—Capitana McBride, ¿puedo serle sincera?

—Desde luego que sí.

—No me malinterprete, quiero participar en esta misión. Pero estoy… estoy preocupada. Sería una locura no estarlo, ¿verdad?

—Por supuesto. Lo comprendo.

—Si esta… preocupación aparece en los tests de personalidad… ¿Me echaran para atrás?

Rose miró a los ojos a la joven oficial, y le brindó una sonrisa tranquilizadora.

—Es perfectamente normal que esté preocupada respecto a esta misión, dadas las circunstancias. Pero… ¿hay algo en concreto que la inquiete?

Nova entrelazó las manos sobre el regazo.

—No, nada, en realidad. Bueno… mi madre…

—¿Está enferma?

—No, es fuerte como un roble. Es solo que… Ella no quiere que vaya. Ni siquiera quería que me alistase en las Fuerzas Aéreas. Dice que…no es el momento adecuado.

—Nunca es el mejor momento, supongo.

Nova se ruborizó.

—Debería explicarle que… Soy hopi. Mi familia vive en Arizona, en las mesetas en las que han vivido siempre los hopi. Mi padre falleció hace poco más de un año. Pero en vida, fue sacerdote.

—¿Sacerdote?

—No un sacerdote católico… Una especie de chamán, supongo que lo llamarían. Su labor consistía en mantenernos a todos conectados con el pasado. Y en ver cosas: cosas que podrían ocurrir en el futuro. Por eso mi madre no quiere que vaya, mi padre le dijo que estaba a punto de ocurrir algo.

Rose inclinó la espalda delante, el pulso se le aceleró.

—¿Qué es lo que está a punto de ocurrir?

Nova frunció el ceño.

—Debería empezar por el principio. —Respiró hondo—. Conozco esta

historia desde que era pequeña. Sucedió cuando yo tenía ocho años, el día de la ceremonia Niman anual, poco después del solsticio. La ceremonia señala al regreso de los *katsinam,* los espíritus que rondan por la tierra desde el solsticio de invierno, a sus hogares en el mundo espiritual. Cuando llegan a casa, se supone que estos espíritus le dicen a los encargados de la lluvia que los hopi viven bien y les piden que recompensen a los campesinos con lluvias. —De nuevo, Nova se ruborizó—. Sé que parece un disparate, pero estos ciclos son muy importantes para mi pueblo.

Rose sonrió.

—Todos tenemos creencias de una clase u otra. Por favor, continúe.

—En fin, mi padre pasaba días en la *kiva* junto con los otros hombres que interpretarían la danza, preparándose. Ayunaban, fumaban, rezaban y practicaban todos sus ritos secretos. Hacían *pahos.*

—*¿Pahos?*

—Unos palitos para las plegarias hechos con plumas de águila. La cuestión es que cuando mi padre salió por la mañana estaba listo para el baile. Fue hasta el borde de la meseta. Y entonces fue cuando los vio.

—¿A quién?

—Estaban volando, muy alto. Al principio pensó que eran águilas. Pero parecían más bien insectos, dijo, como los habitantes del Primer Mundo en algunos de los relatos de los antiguos hopi. Y estaban recubiertos de metal, una especie de color plateado, pero teñido de rosa por el sol del amanecer. Pensó que igual eran los *katsinam,* que volaban de vuelta a sus hogares. Pero ¿por qué se marchaban antes de la danza? Se quedó preocupado. —Nova volvió la vista hacia la ventana, el sol iluminó sus ojos castaños—. Cuando llegó a casa, mi padre tenía fiebre. No se tenía en pie, pero tampoco podía dormir. Después de tanto trabajo, no pudo participar en la danza. Estaba seguro de que si esas criaturas, quienes quiera que fuesen, se alejaban de nosotros para siempre, si no volvían nunca, significaría el fin.

Rose tragó saliva, no se había dado cuenta hasta ahora se le había quedado la boca seca.

—¿El fin?

—El fin de todo. De toda vida humana sobre la Tierra. Tenían que volver, para enmendar las cosas.

—¿Usted le creyó?

—Lo creí durante mucho tiempo. Tenía pesadillas a menudo con esos «Espíritus Plateados» suyos, soñaba que se alejaban volando y nos dejaban morir a todos. Pero entonces comencé a interesarme por los aviones. Un primo mío tenía una empresa de excursiones aéreas. Me llevó a volar una vez con él cuando tenía doce años y ya no volví a mirar atrás. Decidí que mi padre había visto simplemente unos aviones, puede que una formación de reactores de combate, haciendo maniobras. Nada más. Y que en el estado mental en el que se encontraba, hambriento, sediento, invadido por el espíritu, se había asustado. En fin, no volvió a tener nunca esa visión. Y cuando murió el año pasado, imaginé…

—¿Que estaba equivocado?

—Sí. Imaginé que se había engañado a sí mismo. Pero mi madre sigue creyendo. Todavía hoy, sigue esperando que esos Espíritus vuelvan a casa. Dice que no está bien que me marche. Que soy demasiado importante en estos momentos.

Sin poder evitarlo, Rose se agarró al borde de su mesa.

—¿Por qué?

—Porque mi padre le contó algo más, justo antes de morir. Le dijo que el fin se acerca. Pero no para nuestra familia. Después del fin, los Espíritus volverán a casa, a sus mesetas. Y a nosotros nos corresponde quedarnos ahí, esperándolos.

Nova guardó silencio, su mirada vuelta adentro. Y suspiró, como si hubiese tomado una decisión. Palpó por debajo del cuello de su uniforme y sacó una cadena. La desabrochó; era una fina cinta plateada de la que colgaba algo que parecía una cruz. Pero no era una cruz. Era una mujer con los brazos desplegados y unas finas plumas metálicas colgando de ellos como si fuesen alas. La melena plateada de la mujer le caía hasta el final de la espalda; la barbilla levantada con osadía.

—¿Me lo podría guardar? —preguntó Nova—. Es de mi madre. Pero no me lo puedo llevar al lugar al que voy.

—¿No puede?

—No soportaría perderlo. ¿Podría guardármelo usted hasta que vuelva a casa?

Rose se quedó sentada en silencio; el despacho se fue aquietando su alrededor.

A sus «personalidades» sintetizadas les faltaba algo, pero hasta su entrevista con Nova, no había sabido qué era. Ahora sí.

Rose no se encargaba de la base de datos educativos de las Madres; eso quedaba dentro de la esfera de Kendra, y Kendra había dado órdenes estrictas de que no se incluyese ninguna información en relación con la IC-NAN, la causa clasificada que subyacía a la existencia de los propios niños. Esa historia, de manera deliberada, no formaría parte del «bagaje cultural» que recibirían; no formaría parte de su herencia. Pero, sin una herencia, ¿qué éramos? Tenía que haber algo más. La madre de cada niño necesitaría algo más que agua y comida, más que educación, más incluso que una crianza segura y ese sentido de un propósito común que lo haría sentirse unido a otros de su especie. Los niños necesitarían ese sentimiento de seguridad que nace de saber quién es uno. Iba a tener que introducirlo de algún modo en su código.

Abrió el cajón de su mesa y tiró de la cadenita para sacar el collar. Era delicado y sin embargo robusto. Como Nova, esa joven tan fuerte, tan vital, tan arraigada a su cultura, a una tribu menguante de gente olvidada que vivía en el desierto hostil del noreste de Arizona. El relato de su familia, el relato de una historia, de una madre que soñaba para su hija un destino por revelar… Rose no había llegado a conocer a su madre, que había muerto justo después de su tercer cumpleaños. Había contado siempre con su padre, desde luego, pero Lewis McBride era un hombre callado e introspectivo, para nada alguien obsesionado con el pasado. Durante gran parte de su infancia, Rose se había sentido desarraigada, de hija de militar a militar de carrera, rondando de aquí para allá en busca de un hogar. No bastaría con algo así para esos niños, tan y tan solos en su nuevo mundo.

Nova había superado ya todas las pruebas físicas y psicológicas de las Fuerzas Aéreas antes de que la asignaran a su misión. Era su afán por preservar sus óvulos lo que le había reportado un puesto en la lista de Rose. Ahora, con su aprobación, iría a Boston a conocer a Bavi Sharma. Nova esperaba sin duda más pruebas por el estilo, pero Bavi tenía otros planes.

En el laboratorio de Bavi en el MIT, los programadores llevaban ya mucho tiempo trabajando con robots sencillos para que interaccionasen con los humanos y cuidasen de ellos. Su labor ahora consistiría en extraer lo que pudiese de la esencia de Nova. Su voz, su entonación dulce, nasal, serviría

para sintetizar la voz de una de las Madres. Sus recuerdos, las personas y lugares que había conocido desaparecerían. Pero sus creencias, su forma de ver el mundo que la rodeaba, quedaría ahí. Rose solo podía esperar que este fuese el primer paso hacia la codificación de los elementos escurridizos de la familia, la pertenencia, el yo. Tendría que trabajar más estrechamente con Bavi…

Los objetivos actuales no eran de por sí sencillos. Como decía Bavi, programar a un robot para que obedeciese una lógica booleana —IF esto AND eso, THEN aquello— era una cosa, pero la programación de personalidades bien definidas —de las diferencias en los patrones característicos a la hora de pensar, de sentir y de comportarse que distinguían a una persona de todas las demás— suponía un desafío de una magnitud totalmente inédita.

Aun así, Bavi le había asegurado que se reproducirían las personalidades de las donantes, al menos en un nivel superficial. Con el pretexto de un «experimento sobre perfiles psicológicos», las voluntarias registrarían sus experiencias vitales conectadas a biomonitores en salas desprovistas de estímulos exteriores. Las someterían al «Juego de las cien preguntas» de Bavi, una lista diseñada para distinguir entre un sinfín de tipos de personalidad. Junto con los patrones lingüísticos y las maneras particulares de cada una de las madres humanas, que se obtendrían a partir de esas horas de grabaciones de vídeo, toda esa información recopilada se incorporaría a un programa de aprendizaje para cada bot. Cabía reconocer que los paquetes de entrenamiento eran limitados, pero para Rose, en ellos radicaba la esencia del Código Madre, la única cosa que distinguiría a una Madre de otra y dotaría a cada niño de un patrón único.

Rose suspiró. La confidencialidad del proyecto le pesaba más cada día: el hecho de que las mujeres cuya admisión supervisaba en el instituto, las mujeres cuyas almas soñaba con encapsular en un código, no supiesen nada de sus intenciones. Para ellas no era más que una parte del proceso, bien conocido, de perfil psicológico previo al despliegue en una misión peligrosa.

Sus pensamientos saltaron a Rick Blevins. Pese a que en Washington eran las cinco pasadas, seguía esperando que le devolviese la llamada. Sonrió. Desde su reasignación seis meses atrás, desde su encuentro cara a cara en Los Álamos, la relación que tenían había cambiado. Tras la reunión formal, él la había invitado a cenar. Había esperado desde el principio ese momento, le

dijo: había esperado poder incorporarla en el estrecho círculo de gente que estaba al tanto de la IC-NAN, porque no quería acortar demasiado las distancias hasta ponerla tan a salvo como estuviese en su mano. Ahora Rose lo sabía: esa tensión que había sentido siempre entre ambos, el surgimiento de algo más que una mera relación profesional o una admiración mutua, era real. Ahora estaban juntos en esto.

El teléfono de su mesa vibró, y Rose se aclaró la garganta y se recogió un mechón de pelo suelto detrás de la oreja antes de pulsar el botón.

—McBride.

—Rose, soy yo.

Ruborizándose a su pesar, Rose inclinó la espalda adelante. Se imaginó a Rick solo en su despacho. Su rostro amplio y amable. Sus manos fuertes y tranquilizadoras apoyadas sobre la mesa delante de él.

—Rick. Hola. Qué bien oír tu voz.

—Yo también me alegro de oír la tuya. He recibido tu mensaje.

—Sí, lo siento. Estaba un poco estresada cuando te he llamado antes. La entrevista de esta mañana, no sé por qué… me ha dejado tocada.

—¿Qué ha pasado? Cuéntame otra vez, desde el principio.

—Era una piloto, una teniente, Nova Susquetewa. Es hopi, de Arizona. Me ha contado una historia…

—Una leyenda popular.

—No parecía solo eso. Era algo que sus padres le habían confiado. Su madre le dijo que era por eso por lo que debía regresar a casa sana y salva.

—Sigue…

—Según esta historia, va a pasar algo que acabará con la vida humana sobre la Tierra.

—Bueno, pero ese es un tema recurrente…

—Según esta historia, la familia de Nova es la escogida para seguir adelante. Se supone que deben sobrevivir. Incluso dijo algo de unos espíritus plateados capaces de volar. Al parecer su padre los vio, hace algunos años. ¿Cómo pudo…?

—Todo temas recurrentes. Pero después de escuchar tu mensaje, le pedí al doctor Garza que echase un vistazo a la base de datos genéticos. Hemos examinado a los hopi, así como a otras poblaciones étnicas que hemos podido encontrar. Nada especial. Son susceptibles.

—Pero el doctor Said nos recordó el asunto de los intrones, el ADN silencioso.

—Otra leyenda popular.

—La ciencia es real. Hay una enorme cantidad de ADN silencioso en el genoma humano, muchísima información vestigial. El doctor Said insiste en que podría haber poblaciones en la Tierra con el código genético apropiado para sobrevivir a esta cosa. Solo necesita un estímulo para activarse. Los hopi tienen todos los números para presentar lo que él describe: aunque puede que los matrimonios con personas de fuera de la tribu hayan enturbiado la reserva genética, es posible que queden algunos linajes que…

—¿Y entonces por qué no han aparecido en el cribado?

—No lo hemos aplicado a todos los hopi —insistió Rose—. E incluso si eso fuese factible, solo podríamos buscar los genes que ya conocemos. Lo más probable es que los hopi tengan la misma secuencia genética susceptible que tenemos todos, pero podrían portar también un ADN vestigial del que los demás carecemos. Un código que nos salvaría de esto, si se lo convocase. La única manera de hacer la prueba sería…

—Exponerlos a la IC-NAN y ver qué pasa. Lo sé. Pero comprenderás por qué no podemos hacer eso, ¿verdad? No podemos utilizar a humanos como conejillos de indias…

—Lo estáis haciendo en esa cárcel somalí, ¿no es cierto? Para los ensayos del antídoto. Olvidas, Rick, que ahora tengo acceso a los informes del doctor Garza.

Rick soltó un suspiro.

—Sabes que no es lo mismo. Esas personas son criminales de guerra condenados.

—Gente a la que podemos matar sin más miramientos.

Rose se llevó la mano al cuello, encajando el pulso profundo de la decepción. ¿No había sido precisamente la matanza de terroristas lo que había desencadenado toda esa pesadilla?

Comprendía, desde luego, que no se podía llevar a cabo con los hopi ese experimento real, pero estaba deseosa de creer en la historia de Nova: era una esperanza, un pueblo inmune a los errores catastróficos de su gobierno. Dejó la mirada perdida en la hilera ordenada de antiguos libros impresos que llenaban sus estanterías, el último regalo que le había hecho su padre. Por

supuesto, no sería más que otra de esas historias que las tribus, las religiones y las sectas habían transmitido a lo largo de los siglos, todas ellas diseñadas para realzar la importancia del mensajero. Ella debería saberlo bien: ¿en qué la había ayudado nunca su fe católica? Incluso si todo salía conforme al plan, pronto su propia vida tal vez dependiera por entero de una dosis diaria de algún cóctel exótico de ADN.

—Perdona, Rick —dijo, recuperando su descompuesta compostura. No tenía ningún derecho a descargar sus frustraciones en él—. ¿Cómo van los ensayos?

—Aún no está claro. Pero creo que saldrán bien. Tenemos que creer en eso, al menos.

—Sí. Tenemos que creer.

—¿Rose? Solo para que lo sepas. El trabajo que estás haciendo… El Código Madre… También creo en ello.

Rose se recostó en la silla.

—Pero es tan duro… Esas mujeres están donando sus óvulos, se están sometiendo a perfiles y cuestionarios, y yo no puedo decirles nada del porqué de todo esto.

—La mayoría son militares. Para ellas, viene a ser lo mismo que llevan décadas haciendo las mujeres en su situación. Una especie de seguro.

—Pero, Rick, se supone que solo hay que fertilizar los óvulos por el bien de la donante. No fertilizarlos con el esperma de un desconocido, ponerlos en una incubadora, como si fuesen animales de granja, y que los críe un robot…

—¿Quieres decir que no crees que vayamos por el camino correcto?

—No… —Rose cerró los ojos—. No es eso. Es solo que me gustaría que pudiésemos ser más francos.

—A todos nos gustaría, pero no…

—Lo sé. No nos podemos arriesgar a desatar el pánico. Pero, Rick… —Sabía que estaba presionando, pero tenía que hacerlo—. ¿Te acuerdas de la doctora Sharma? La robopsicóloga del MIT.

—¿Tu antigua compañera de Harvard?

—Sí. Bavi. Nos ha dado algunas claves maravillosas sobre el vínculo madre e hijo. Cree de verdad que podemos enseñar a nuestros bots a criar a sus hijos como podrían haberlo hecho sus madres de verdad.

—Pero no amarlos.

—No. Podemos intentar darle a cada bot una personalidad. Podemos dotarlas de la capacidad de enseñar, de proteger, pero las emociones complejas como el amor… Ese código aún no está escrito, y queda demasiado poco tiempo para hacerlo ahora.

—Es una lástima.

—Pero ¿podemos al menos meter a Bavi en el proyecto? A fin de cuentas, se ha ofrecido también voluntaria para ser una de las madres.

—Ya hemos hablado de esto. —La voz de Rick sonó cansada pero firme —. Tengo menos poder del que crees. Tuve que convencer a mucha gente para que te concediesen la acreditación, para meterte en la lista de los ensayos finales. Cuando llegue el momento, aun si conseguimos un antídoto eficaz, el suministro será limitado.

Rose suspiró.

—Lo siento. Y sé que tengo mucho que agradecerte. Por meterme en el ensayo final, como dices.

Un sonido de papeleo llegó a través del panel de control.

—Yo también lo siento, Rose. Ya te lo dije, quise conocerte mejor desde la primera vez que nos vimos. Al menos ahora podemos confiarnos el uno al otro.

Rose miró hacia la ventana.

—¿Cuándo volverás a venir?

—Podría ir el próximo fin de semana…

—Sería maravilloso verte. Igual podríamos pasar unos días fuera. Beber algo de vino. Fingir.

—Eso estaría bien.

—Sí. Muy bien.

Rose se recostó en la silla y contempló los últimos rayos de sol del atardecer jugueteando con la delicada cadena del collar, los brazos emplumados de la diosa de plata que colgaba de sus dedos.

12

JUNIO DE 2064

A lo largo de los últimos dos años, Sela y Kai y se habían instalado en un nuevo patrón. Eran nómadas, siempre en movimiento, buscando a los demás, buscando todavía agua. Todas las mañanas temprano, subían a la moto para explorar el desierto; Sela al volante y Kai ojo avizor, montado a horcajadas sobre un asiento de madera improvisado que habían instalado detrás. Tenían ambos la misma edad: poco más de diez años. Pero Kai había sido siempre más alto. Había encontrado unos prismáticos rotos en una de sus incursiones, y de vez en cuando se los llevaba a los ojos para mirar esperanzado por encima del hombro de Sela.

Sus Madres los seguían en modo respuesta rápida: desplazándose no sobre las orugas sino sobre los pies, con sus poderosas piernas en acción. Cuando desplegaban toda su envergadura, tres veces más altas que los niños a su cargo, los bots eran menos estables pero tenían más movilidad. Kai recordaba todavía cuando, de pequeño, había visto por primera vez a Rosie en esa postura: cómo emergieron sus suaves manos internas de los rígidos guantes exteriores para auparlo por la cintura y apartarlo del camino de un coyote hambriento. Ahora solo se la veía torpe, perdiendo peligrosamente el equilibrio mientras los seguía con pasos pesados.

—No veo ninguna torre —gritó Kai al oído de Sela, esperando hacerse oír por encima del runrún del motor de la moto y a través de la barrera de su máscara antipartículas.

Sela detuvo la moto. Se bajó trabajosamente del asiento y plantó los pies en el terreno irregular. Cuando se quitó la máscara, Kai vio la piel irritada de sus mejillas polvorientas.

—No pasa nada —respondió ella, sacudiendo la máscara contra el muslo —. Alpha dice que hemos encontrado ya casi todos los almacenes. Y ya has visto lo que había. Las torres están todas atascadas de polvo. En los almacenes no hay nada de agua embotellada. Ni de comida. Alguien se lo ha llevado

todo.

Kai se humedeció los labios agrietados.

—Pero eso es bueno, ¿verdad? Significa que hay alguien ahí.

—Supongo. Pero no es bueno para nosotros. Creo que deberíamos quedarnos cerca de las carreteras. Tenemos que buscar más vehículos. Puede que encontremos otro camión, como el de la semana pasada.

A Kai le dio un escalofrío. Habían conseguido abrir a la fuerza las latas almacenadas en el remolque: salsa de tomate, una especie de guindillas sumergidas en salmuera picante, una cosa pastosa y marrón llamada «frijoles». La comida los había saciado, pero les había dejado a ambos con dolor de barriga y una sed aún más terrible. Sela había apartado de un codacito la mano inerte y esquelética del antiguo conductor y había rastreado la cabina en busca de herramientas. No había encontrado más que una botellita de agua.

Kai señaló en dirección opuesta al sol del amanecer.

—Rosie dice que hay una hondonada con suelo rocoso por ese camino. Como los restos del lecho de un río. Podría haber aguas subterráneas.

—¿Estás seguro de que no hemos estado ya? —preguntó Sela—. Tengo la sensación de que avanzamos en círculos…

—Nos hemos estado moviendo en espiral, círculos más grandes cada vez. Rosie está registrando la trayectoria. Hemos estado al este y al oeste de esa zona rocosa, pero está segura de que no hemos pasado por esas coordenadas exactas. —Miró a Sela, que tenía los labios en un rictus severo—. Para llegar, creo que podemos seguir casi todo el camino por esa carretera ancha por la que fuimos ayer.

Se armó de valor mientras Sela montaba de nuevo en el asiento. Aunque sabía que en moto era más fácil seguir las rutas azotadas por el viento que cruzaban el desierto que esquivarlas, no le gustaban esas carreteras. Pero Sela tenía razón. Y, además, estaban esas cajas con botellas de agua que habían ido encontrando almacenadas misteriosamente a un lado, como si alguien las hubiese dejado ahí para que ellos las encontraran. Habían sido un regalo del cielo, y les bastarían para un mes si tenían cuidado. Y los vehículos, aparcados en diagonal entre los matorrales, ofrecían también algún tesoro de vez en cuando: no tendrían esa moto de no ser por el descubrimiento de la autocaravana de las franjas naranjas.

Pero también se encontraban otras cosas en la carretera. Recordaba aquel pequeño coche eléctrico, inmóvil en una cuneta, los restos de dos cuerpos en los asientos delanteros. Los más pequeños, tres, pegados uno al lado del otro en el asiento trasero. Como siempre, Sela y él se habían mirado, preguntándose ambos lo mismo. ¿Sería posible cargar la batería? ¿Sería ese coche más cómodo que su moto? Pero hicieron solo lo de siempre, rebuscar por el maletero ropa, comida y agua. Como siempre, habían optado tácitamente por no perturbar el sueño de los muertos. Hasta los carroñeros tienen sus límites.

Encontraron de nuevo la carretera cuando el sol llegaba a su cénit. La siguieron hacia el oeste, por entre una procesión de altas mesetas. Las mesetas parecían barcos relucientes flotando en el mar, pensó Kai, esos que examinaba entrada la noche en la pantalla de su cápsula. Pero cuando la carretera empezó a empinarse poco a poco, comprendió enseguida que estaban también ellos en una meseta. El camino que se abría ante ellos se fue estrechando, y la tierra a lado y lado descendía en amplias ramblas barridas por el viento.

De pronto, Sela detuvo la moto. Kai apartó los prismáticos.

—¿Qué pasa?

—Es demasiado estrecho para los bots. Tendremos que seguir sin ellas si queremos avanzar —respondió Sela.

Kai se volvió hacia Rosie.

—Sí —confirmó ella en su mente—. Es correcto.

—Vale…

Kai se quitó la máscara y se limpió los labios con el antebrazo, que le supo a sal. Cogió la cantimplora, que llevaba colgada de una correa al hombro, y dio unos cuantos tragos cuidadosos. Habían llegado hasta aquí; ya no había vuelta atrás.

—Rosie… Si seguimos adelante, ¿podrás echarme un ojo?

—Controlaré tus movimientos y bioseñales —fue su respuesta—. Te avisaré si llegas a los límites de mi radio de alcance.

Sela pisó el acelerador y dejó a las Madres atrás. Kai miró por encima del hombro, a la carretera, que ahora no era más que un sendero. Pero la vista se le iba todo el tiempo a un lado y otro, peinando el vertiginoso laberinto de grietas escarpadas que se extendía más abajo, en busca de algún indicio de agua. Aquello no solo era peligroso, parecía condenado al fracaso.

Pero entonces Sela se detuvo de nuevo, con la cabeza vuelta a la izquierda.

—¡Ahí! —dijo, señalando hacia abajo, algo pequeño y oscuro, cerca del margen más alejado de una extensa hondonada.

Kai estiró el cuello y aguzó la vista bajo el sol radiante. En un instante, olvidó su sed, su miedo a una caída.

—Eso no es agua. Parece…

—Es una persona, ¿verdad? —dijo Sela, y se bajó tan rápido de la moto que estuvo a punto de volcarla—. ¿Puede que sea otro niño?

Kai contuvo la respiración con los ojos clavados en aquella forma inmóvil. Miró por la única lente útil de sus prismáticos. Pese a su quietud inhumana, la figura en efecto parecía humana. Inspeccionó a la derecha. El corazón le dio un vuelco al distinguir la forma voluminosa de un bot cerca de la entrada de lo que parecía una cueva.

—¿Lo ves? ¡Es un bot! —dijo—. Pero ¿cómo bajamos hasta ahí?

—Podríamos ir volando —propuso Sela, a la que le tocaba ahora mirar por los prismáticos.

—Pero no queremos asustar a… quienquiera que sea —respondió Kai.

Sela midió la distancia.

—Podríamos aterrizar en esa zona plana justo al sur, detrás de esas rocas grandes. Y luego seguir a pie.

—Vale —convino Kai.

Con el pulso acelerado, Kai volvió corriendo hacia su Madre y subió a bordo de la cápsula. Cerca, Alpha-C depositó la moto de *cross* con cuidado en la carretera antes de dejar subir a Sela por sus orugas.

—Ay, mamá… —protestó Sela mientras se encaramaba y dejaba la moto atrás.

Los dos bots despegaron de la carretera entre un torbellino enorme de rocalla. Mientras rodeaban la zona, Kai inspeccionó el terreno para localizar de nuevo su objetivo. Ahí estaba: una mata de pelo negro, una túnica echada sobre unos hombros estrechos. Era en efecto un niño. Pero a pesar del ruido sobrevolándole, se quedó inmóvil, la espalda recta, las rodillas de sus piernas larguiruchas asomando a lado y lado como las alas de un pájaro. A Kai le subió un escalofrío por la columna. ¿No sería ese niño nada más que un rígido cadáver?

—¿Está vivo? —le preguntó a Rosie.

—Su temperatura es de 35,5 grados Celsius, un valor normal-bajo para un humano —respondió al tiempo que se posaba con una sacudida en una placa plana de arenisca.

Estaban en un pequeño claro rodeado de altos peñascos. Sela estaba ya en tierra cuando Kai se deslizó por las orugas de Rosie.

—Por aquí —dijo ella.

Tomaron una estrecha vereda entre dos salientes de roca, con Sela al frente. Pero cuando el otro lado se mostró ante ellos, Sela frenó de golpe. Kai asomó la vista por encima. El niño, de espaldas, estaba apenas a seis metros.

—Mira eso… —murmuró Sela, señalando con un dedo tembloroso lo que parecía un pequeño montículo de piedras cerca de donde estaba sentado el niño.

Aguzando la vista, Kai distinguió un movimiento misterioso, un desplazamiento de piedra y tierra. No era ningún montículo. Enroscada junto al niño había una serpiente gorda y marrón, con el cuello erguido, y la cabeza plana en posición de firmes. Pero el bot, a unos quince metros a su izquierda, permanecía inerte, tan inmóvil como el niño su cargo.

—Mi Madre me dijo que no matase nunca una serpiente… Pero ¿por qué no hace algo su Madre? —susurró Sela. La mano le resbaló al costado, buscando el cuchillo que llevaba a la cintura.

Justo en ese momento, el niño desplegó las piernas y se puso de pie. A Kai se le cortó la respiración. Era un niño, al menos tan alto como él. Y cuando se dio la vuelta para mirarlos, su compañera serpentina se deslizó sin más entre los dispersos matorrales.

—Pero ¿qué…? —murmuró Sela.

Kai estaba atónito. ¿Un niño que tenía serpientes por amigas? Durante un momento, el niño se quedó ahí plantado con una estatua. Sus ojos inexpresivos clavados en los de Kai. ¿Seguro? Porque no mostraba indicio alguno de reconocimiento, ningún indicio de sorpresa. En lugar de eso, dio media vuelta y se alejó caminando a paso seguro hacia la cueva en la que esperaba su Madre, y luego desapareció detrás de ella.

Kai pasó por al lado de la perpleja Sela y lo siguió, con la mirada puesta en la cueva y su centinela robótica. Como era demasiado grande para entrar en la cueva, la Madre del niño se había colocado lo más cerca posible de la

entrada. Cuando Kai se deslizó por su lado no hizo ningún gesto de detenerlo. La cueva era pequeña, debía de haber más o menos tres metros hasta el fondo. A medida que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, Kai distinguió las chispas anaranjadas de unas ramitas que ardían en una vasija de loza en el suelo. Junto al fuego, el niño había vuelto a sentarse. Con cautela, Kai avanzó.

—Sí, ahora lo entiendo. Es el mismo mensaje de antes —le susurró el niño su Madre.

—¿Hola? —se atrevió a decir Kai. Pero el niño no se inmutó.

—Madre, me aseguraste que este era un buen lugar —murmuró el niño—. Dijiste que algún día la carretera traería visitantes. Pero no viene nadie. Y ahora Naga dice que puede que tengamos que irnos algún día.

—¿Hola? —La voz de Kai resonó en las paredes de roca tiznada.

Sela apareció sigilosamente a su lado y se acercó un paso más. Aunque estaban ambos al alcance de su mano, el niño seguía sin dar muestras de haber reparado en su presencia. Kai solo alcanzaba a ver sus puños apretados, el cuerpo balanceándose adelante y atrás mientras murmuraba algo entre dientes. Estaba hablando en otro idioma, un idioma que Kai no comprendía.

—¿Estás bien? —preguntó Kai en voz baja.

Alargó la mano hacia el brazo del niño, esperando a medias no encontrar nada más que un espacio vacío. Pero acabó tocando piel cálida. Percibió un pulso, lento y constante. Y entonces tuvo una revelación:

—Despierta —susurró—. Despierta. Estás soñando.

El niño levantó la vista, con los ojos centelleantes. Una luz destelló en esos ojos, algo parecido al miedo, y luego esperanza. Unas lágrimas se derramaron por sus mejillas mientras alargaba los dedos delgados para tocar la manga de la túnica de Kai.

—Eres real… —murmuró—. Real…

Kai examinó receloso los arbustos alrededor. Habían preparado el fuego para cocinar fuera de la cueva, muy cerca del punto en el que tan solo horas antes la serpiente había erguido su amenazante cabeza. Sentado delante de él, el niño contemplaba fijamente las llamas. Su nombre, había dicho, era Kamal.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Sela.

—Sí, mucho. —Kamal la recompensó con una sonrisa; los dientes grandes y blancos.

Kai sonrió también. En la ladera cercana florecían cactus. Y ahora, el jugo oscuro de un fruto temprano le resbalaba por la barbilla. Sela escupió las semillas en el fuego. Se habían replanteado lo de cazar para la cena de esa noche: un niño que se juntaba tan tranquilo con serpientes tal vez lo desaprobara. Kamal los observaba con timidez.

—Lo siento —dijo—. Mi Madre me enseñó a meditar. Me ayudaba a sobrellevar la soledad. Pero… se fue haciendo cada vez más difícil volver.

—Menudo truco —dijo Kai—. Antes, con la serpiente.

—¿Truco?

—¿No te acuerdas de la serpiente? —Sela miró al niño a los ojos.

—Sí —respondió Kamal con tono tranquilo—. Pero no es ningún truco. Es una amiga, una mensajera.

Kai se enjugó la barbilla.

—¿Una qué?

—Es un milagro que me hayáis encontrado —dijo Kamal—. Puede que lleguéis justo a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—La serpiente custodia el agua, el mayor tesoro del desierto. Ella me guio hasta el manantial. —Kamal se agachó a coger una de las botellas que había llenado con el agua fresca de su manantial secreto—. Pero ahora dice que viene un cambio. Hay demasiada poca agua, demasiado viento, desde hace demasiadas estaciones. Pronto, hasta el manantial se secará. Tal vez sea imposible seguir viviendo aquí.

—Puede que tu amiga serpiente tenga razón —dijo Sela, con el ceño fruncido por la preocupación—. Pero si tuviésemos que marcharnos, ¿a dónde iríamos?

—Está claro que no quedan más torres —apuntó Kai.

Kamal los miró con gesto triste.

—El polvo absorbe la humedad que recogen. Y el viento se la lleva. Las propias torres se están viniendo abajo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Sela—. ¿Qué dice tu Madre?

—Beta dice que no podemos ir más allá de sus coordenadas conocidas —reconoció Kamal—. Y no tiene datos suficientes para respaldar la conclusión.

—¿Qué clase de datos harían falta? —Sela le lanzó una mirada a Kai. Estaban todos, al parecer, sumidos en el mismo dilema irresoluble.

—Debo tener confianza en mi Madre —dijo Kamal—. Es mi baniano.

—¿Tu qué? —preguntó Sela inclinándose hacia él.

—El baniano es un árbol sagrado en los relatos hindúes. Sus brazos se alzan hacia el cielo como serpientes enroscadas. Sus raíces pueden formar un bosque entero. Beta es como ese árbol, como una casa que está viva. Ella me mantiene a salvo.

Kai miró por encima del hombro a la Madre de Kamal, la rendija de luz de la luna nueva se reflejaba en la cubierta desgastada de su escotilla.

—Le has hablado en voz alta, antes —dijo—, en la cueva. ¿Qué idioma era ese que hablabas?

—Mi Madre me enseñó hindi, además de inglés. Me dijo que era importante preservar las lenguas.

—Pero también habla contigo en tu mente, ¿verdad?

—Cuando sueño, ella se convierte en otra persona, ahí mismo, a mi lado. Tan real como vosotros dos —respondió Kamal—. Y cuando estoy despierto puede hablar en mi mente. Beta es yo. Yo soy ella… Tú hablas con tu Madre del mismo modo, por lo que veo.

Kai miró a Sela.

—Todos.

—Es un don que compartimos —dijo Kamal.

Kai contempló las llamas, que se consumían ya engullendo las últimas ramitas. Pronto el fuego se apagaría. Sela estiró los brazos con un bostezo.

—Ha sido un día muy largo…

Su bostezó fue contagioso; a Kai se le cerraban los ojos.

—Vamos a descansar un poco —convino—. Al menos ahora somos tres. Y créeme, Kamal, tienes más cosas aquí de las que hemos encontrado en ningún otro lugar

Los vientos nocturnos arreciaron y levantaron remolinos de polvo en la oscuridad creciente. Kai ayudó a Sela a pisar el fuego, y luego se dirigió lentamente a la cápsula de Rosie. Mientras se metía dentro, vio que Sela lanzaba una mirada de añoranza hacia la carretera lejana, hacia la moto abandonada. Tendrían que ir a buscarla pronto, o no volverían a saber de ella.

Kai cerró la escotilla y se acurrucó en el asiento. Se echó la manta sobre los hombros y trató de hacer sitio a sus piernas.

—Estás creciendo —dijo Rosie.

—Sí. ¿Hay manera de cambiar el asiento?

—Una sencilla modificación. Puedo darte instrucciones, si quieres.

—Rosie, ¿tú crees que Kamal tiene razón?

—¿En que vuestro actual suministro de agua está en peligro?

—Sí. ¿Tendremos que dejar el desierto?

—No dispongo de datos suficientes en este momento.

—Pero ¿a dónde iríamos?

—No puedo determinarlo. No dispongo de coordenadas.

Kai retorció el cuerpo y consiguió encajar las rodillas bajo el panel de control.

—Ahora estás cómodo. —La voz de su Madre sonó suave en su mente.

—Sí… —La respiración de Kai se acompasó con el zumbido pulsante de los procesadores de Rosie mientras escuchaba su nana nocturna. Estaba ejecutando sus diagnósticos, chequeando sus sistemas.

Beta es yo. Yo soy ella, había dicho Kamal.

«Yo soy Rosie. Ella es yo», pensó Kai. Su Madre sentía sus sentimientos. Oía sus pensamientos. Hablaba con él en su mente, incluso en sueños. Y él le respondía, sin pronunciar palabra.

Sabía que Sela soñaba todavía con viajar sin límites, incluso a lugares a los que Alpha-C jamás la llevaría. Y desde que había conocido a la niña, a veces no valoraba en su justa medida el vínculo que compartía con Rosie. Pero por las noches, cuando se quedaban solos, ese sentimiento era más fuerte que nunca: el sentimiento de no saber de ningún modo dónde terminaba él y dónde comenzaba su Madre.

13

FEBRERO DE 2053

JAMES rodeó el ordenador central de su laboratorio en Los Álamos mientras manipulaba la imagen de la secuencia del antídoto C-341. Amplió la región promotora modificada del gen, ese punto en el que el equipo de Rudy en Fort Detrick había manipulado la secuencia para hacerla inmune a la inserción de la IC-NAN. Una vez más, contempló el modelo tridimensional del factor de transcripción de la caspasa —la pequeña proteína que activaba la producción de caspasa— bailando en torno a su sitio de unión en el promotor. El factor debía unirse al promotor para iniciar la transcripción del gen. Pero si se unía con demasiada fuerza, se daba demasiada transcripción: demasiada caspasa, demasiada muerte celular. Habían medido la constante de unión en todas las condiciones imaginables. Parecía perfecta. Pero no. Por enésima vez, echó un vistazo a la pantalla de su teléfono de pulsera. Estaba esperando una llamada de Rudy Garza.

Hacía catorce meses que había ocupado su puesto como único biólogo en el edificio XO-Bot de Los Álamos, una instalación que llevaba años albergando a ingenieros robóticos y expertos en inteligencia artificial dedicados al desarrollo de robots para exploración espacial y la excavación de asteroides. Kendra Jenkins, la menuda y nervuda genio de la informática que supervisaba la programación de robots tenía su propio laboratorio en la otra punta del edificio. El despacho de Paul MacDonald, el ingeniero exmilitar que lideraba la construcción robótica, estaba cruzando el pasillo Ellos tres eran el único personal de Los Álamos que estaba informado del proyecto Nuevo Amanecer. Durante el pasado año, a todos ellos les habían pedido hacer un doble papel: Kendra había asumido el papel de jefa de seguridad de Los Álamos para Nuevo Amanecer, y MacDonald, o Mac, como le gustaba que lo llamasen, había asumido labores extra de mantenimiento de instalaciones: todo con el desconocimiento de las personas a las que supervisaban.

Entretanto, James, recurriendo al ingenio de sus tiempos en la escuela de

doctorado, se había montado su propio laboratorio. Trabajando a distancia con el equipo de Rudy en Fort Detrick, y muy estrechamente con el equipo de Mac, la tarea de James consistía en impulsar los ensayos de los sistemas robóticos diseñados para asegurar el desarrollo del feto hasta convertirse en un recién nacido. Esto habría supuesto ya de por sí desafío suficiente, pero la modificación genética que dotaría a los bebés resultantes de inmunidad frente a la IC-NAN añadía una dosis extra de complejidad.

Al principio, el progreso había sido bastante sostenido. Desde diciembre de 2051, James había creado dos «generaciones» de fetos modificados genéticamente, una en cámaras climáticas en su laboratorio, y la otra en el interior de sistemas robóticos programados. El sacrificio de los fetos Gen1 y Gen2 para su autopsia había sido duro. La antigua «regla de los catorce días» para el uso experimental de material embrionario, impuesta durante largo tiempo por los comités éticos internacionales, había quedado sustituida hacía muy poco por la «regla de las cinco semanas». Pero, basándose en los estudios que llegaban desde Corea, James sabía que una vez el feto alcanzaba las quince semanas en un entorno artificial, su probabilidad de llegar a término era de al menos el 90 por ciento. Para predecir con exactitud la viabilidad en el momento del nacimiento tendría que sacrificar a sus fetos no antes de las quince semanas. Eso era más que un sacrificio: era un asesinato. Pero lo había hecho. Y había probado el éxito del ensayo: según todos los parámetros evaluables, sus fetos modificados mostraron un desarrollo normal hasta el momento de la interrupción.

Los problemas no habían surgido hasta la Gen3, la primera generación a término. Con inicio en abril del año anterior, quince fetos Gen3 se habían gestado en la misma clase de incubadoras que los Gen2 hasta llegar al segundo trimestre. Dado que el objetivo en esta fase de los ensayos era testear el parto automatizado, se habían transferido las incubadoras y las robóticas vinculadas a sistemas de soporte vital instalados en un emplazamiento seguro del desierto de Nuevo México, al sur de Albuquerque. Las tareas que se les requerían a estos sistemas eran mínimas: poco más que asegurar el soporte vital a lo largo de las últimas semanas de gestación. En el momento indicado, drenar las cápsulas, monitorizar los signos vitales: en esencia, dar a luz. El propósito del emplazamiento de la Gen3, dio por hecho el equipo de robótica, era reproducir las condiciones de un planeta hostil; el motivo real, como sabía

James, era el de prepararse para el posible desenlace: bots dando a luz en unas condiciones terrestres ni mucho menos óptimas. Y proporcionar un extra de protección frente a un posible escrutinio.

Cada una de las acciones de las unidades Gen3 se había controlado por cámara remota, se habían recopilado montones de datos. Y mientras el equipo contenía su aliento colectivo, doce de los quince fetos Gen3 habían sobrevivido al drenaje. A los recién nacidos, cinco niños y siete niñas, los habían llevado a toda velocidad a Fort Detrick en un reactor militar, y James había sido el encargado de informar de su destino. «Gracias a todos por vuestro enorme trabajo —había anunciado—. Nuestro experimento para simular el parto extraterrestre de niños humanos ha resultado exitoso. Y ahora, aquí en la Tierra, algunas parejas afortunadas van a ser bendecidas con nuevos bebés.»

No era ninguna mentira; pero no les estaba contando todo. Con suerte, los bebés Gen3 sería los primeros de una nueva estirpe de niños capaces de resistir el ataque de la IC-NAN. Las parejas que cuidarían de ellos, sus madres y padres biológicos, eran voluntarios militares cuidadosamente seleccionados que habían desistido de tener hijos propios después de años sin lograrlo. Habían accedido al control periódico de sus hijos tras el nacimiento. Pero esos padres no sabían nada de Nuevo Amanecer. Y si se daba la necesidad, si la epidemia de IC-NAN en efecto prendía y sus padres morían en consecuencia, sus hijos serían adoptados por esas personas a las que Rudy se refería como «los escogidos»: aquellos que tenían acceso al antídoto.

Pero al final, James no tuvo que preocuparse por las implicaciones éticas del programa: la Gen3 no resultó en absoluto un éxito. Pese a que parecían sanos al nacer, y pese a que todos resultaron inmunes a la IC-NAN, los bebés Gen3 perdieron enseguida su vitalidad. En cuestión de dos semanas estaban todos muertos, y todos por la misma causa: fallo multiorgánico, una atrofia acelerada de los tejidos. A los padres solo les dijeron que el experimento había fracasado. Y el único consuelo de James era que no habían tenido la oportunidad de llegar a ver a sus bebés.

Ahora, necesitaba desesperadamente que su equipo de Los Álamos no se apartase del camino. Que no reparase en el martilleo incesante de noticias que llegaban de Afganistán, Pakistán e incluso de la India, acerca de muertes misteriosas e inexplicables. «En las noticias dicen que hay una especie de

epidemia de cáncer —había oído decir a uno de los tecnólogos en el comedor—. Pero eso no existe… ¿no?» James necesitaba una manera de aislarlos de todo eso, de que no se centrasen más que en el proyecto: un proyecto cuya importancia solo él podía saber.

Pero no era fácil. Para tener la más mínima esperanza de avanzar, Rudy y él deberían explicar qué les había ocurrido a los bebés Gen3. Tal vez tuviese la respuesta… o tal vez no. Cerró los ojos. Hasta que llamara Rudy, era mejor pensar en otra cosa. Se desplomó en una silla del laboratorio y sus pensamientos vagaron hacia Sara Khoti.

Sara… Cuando llegó aquí y la descubrió trabajando justo al otro lado del pasillo, pensó que era cosa del destino. Compartían un pasado: él, estudiante de posdoctorado en Berkeley; ella, doctoranda en Ingeniería Mecánica, completando la formación requerida en el bloque de Fisiología Humana que impartía él. La recordaba entonces, la mirada viva, saludable, entusiasta, prometiendo ya entonces convertirse en la ingeniera consumada que había terminado siendo. Se recordaba también a sí mismo: demasiado joven, demasiado inexperto, intimidado por su belleza.

Tendría que haber dado el paso, esos años atrás. Pero cuando Sara dejó de ser alumna suya, cuando se sintió por fin libre para pedirle una cita, ella había aceptado ya un posdoctorado en el Departamento de Robótica del Instituto de Tecnología de California, el Caltech. Recordaba cómo le había deseado suerte, cómo la había mirado al alejarse, la toga de la graduación ondeando con la brisa. Se habían prometido seguir en contacto, pero él nunca se esforzó. Era tan culpable como ella de que se hubiesen distanciado.

No pudo evitar reparar en la ironía. De haber tomado otra decisión entonces, de haber escogido a Sara en lugar de su carrera, su vida podría haber cambiado de maneras inimaginables en aquel momento. Si hubiese terminado casándose, el Departamento de Defensa nunca lo habría escogido. Y Sara y él compartirían esa feliz ignorancia que hoy día solo ella poseía.

Ahora, asentada en su carrera, Sara estaba lista para una relación; lo había dejado claro en cada uno de sus movimientos desde el reencuentro. Sus tranquilas cenas juntos, escuchando antigua música de Bollywood, disfrutando de la prodigiosa colección de películas clásicas que había amasado ella: esas eran las pocas cosas que habían hecho su vida soportable desde su llegada. Pero no podía permitirse ninguna intimidad, una

circunstancia que exigía la revelación de secretos irrevelables. Si todo se desmoronaba…, James sabía que Sara no accedería al antídoto. La gente como Blevins tenía el poder de colocar a los que amaban tras el escudo de la seguridad. Podían elegir. Pero él no. Él no podía correr el riesgo de enamorarse de Sara solo para verla morir.

Entonces, ¿por qué quedaba con ella? ¿Por qué aceptaba sus invitaciones, por qué se le hacía tarde en su pequeño apartamento, recordando los viejos tiempos…, fingiendo? Hizo una mueca al pensar lo cerca que había estado de contárselo la noche antes. Echados incómodamente en el sofá, sus cuerpos moviéndose al compás, sin separar los labios de los de ella para asegurar el silencio mutuo… Después se había odiado por ello.

—¿Todavía andas mirando esa imagen?

—¿Qué…? —Mientras se volvía hacia la puerta, James percibió ya el ligero aroma de Sara, antes incluso de verla.

—Perdona que haya aparecido sin hacer ruido. Me he quedado trabajando hasta tarde. Me preguntaba si te apetecería cenar algo. Hay un restaurante nuevo en White Rock que sirve comida del sur de la india y cierra tarde…

James echó un vistazo a su reloj. Las nueve.

—Cenar… Lo siento, hoy no. Me ha surgido algo.

Sara frunció el ceñó.

—Nada malo, espero.

—¿Malo? Ehm…Nada tan malo que no se pueda arreglar.

La miró a la cara, sus ojos le estaban tomando la medida.

—James, sobre lo de anoche…

—Lo siento, Sara. No sé qué me pasó…

—No tienes que disculparte… —Mientras Sara agachaba la vista para examinar los dedos finos de su mano derecha, a James le llegó de nuevo un efluvio de su pelo, el aroma de lavanda—. Da la casualidad de que me gusta lo que te pasó.

—Tendríamos que ir más despacio…

Pero Sara se limitó a sonreír.

—Venga, tómate un descanso. Al menos deja que te enseñe lo que he conseguido hoy. —Se dio la vuelta. Y él, como tirado por un cordel invisible, la siguió al pasillo y luego cruzó tras ella la puerta doble de la enorme nave de robótica.

Bordearon el corro que formaban las quince unidades de soporte vital de los Gen4, sometidos todavía a pruebas diagnósticas en el centro de la nave. Los Gen4, una repetición más integrada del experimento Gen3, estaban diseñados para gestionar el ciclo completo de desarrollo: del embrión al feto, del feto al nacimiento. Al igual que con las unidades Gen3, los chasis fijos y cuadrados eran formidables, pensados para soportar fuertes vientos y temperaturas extremas. Y como en el caso de los Gen3, el plan era que el equipo monitorizase de cerca el desarrollo y el nacimiento de los bebés. Pero, sin que el resto del equipo XO-Bot tuviese conocimiento de ello, esta vez los padres biológicos eran anónimos; el esperma y los óvulos procedían de sujetos seleccionados que no sabrían jamás de su existencia. Se daba por entendido que solo aquellos que contaban ya con acreditación estarían tal vez vivos para cuidar de los bebés. El momento de considerar otras opciones había quedado atrás.

James apretó los puños. Había otra cosa que los demás no sabían de los Gen4: que el programa estaba estancado hasta que quedara resuelto el programa de los Gen3.

Mientras avanzaban hacia la mesa de trabajo de Sara, en la otra punta de la nave, la mirada de James vagó hacia otra hilera muy distinta de bots que se alzaban en la oscuridad a lo largo de la pared: los Gen5. Para él, eran la representación material del fracaso, la alternativa del fin del mundo: madres robóticas con funcionalidad y autonomía suficientes para reemplazar a los padres humanos. La encarnación de una aceptación: que nadie que estuviese vivo en ese momento escaparía de las garras mortales de la IC-NAN.

A diferencia de las generaciones anteriores, los Gen5 no eran meras máquinas. Eran *biobots*, réplicas de esos «supersoldados» sobre los que había leído de niño: corazas que otorgaban a hombres y mujeres la fuerza de diez. Había cincuenta: un alto despliegue, decidido tomando en cuenta la probabilidad de desgaste prevista sobre el terreno. Se acercó a una de las máquinas silenciosas y levantó la vista hacia el hombro para atisbar el ala plegada. Cada bot contaba con un par de alas retráctiles y un par de reactores, lo que les permitía alzar el vuelo mediante despegue corto guiadas por la computadora de a bordo. La energía —suficiente para mucho más de lo que duraba una vida humana— la suministraba una pequeña fuente nuclear inserta en la parte trasera del bot, revestida con una capa de iridio e incrustada en un

bloque de grafito.

Los equipos que habían ensamblado los Gen5 habían cogido la costumbre de llamarlos «las Madres». Y aunque James se preguntaba a veces si el término no tendría un punto irónico, lo cierto era que los bot parecían idóneos para la tarea. En la bodega posterior iba instalado el laboratorio en el que tendría lugar el nacimiento, y la parte anterior del casco estaba equipada para albergar un pequeño humano en posición sentada. Además de sendos pares de poderosos brazos y piernas, cada bot contaba con unas robustas orugas, integradas en los extremos de las piernas. Cuando se agachara, como doblando las rodillas, las orugas le permitirían rodar de manera lenta pero estable por terrenos difíciles. Mientras observaba a las Madres, ahora arrodilladas en perfectas hileras, James las imaginó llamando a sus hijos…

Pero nunca llegarían a eso. Un robot jamás podría substituir a un padre o madre humanos.

En su día, la singularidad tecnológica se había considerado indiscutible: llegaría un día en que los humanos crearían máquinas pensantes más inteligentes que ellos. Estas máquinas crearían a su vez otras máquinas aún más brillantes que ellas mismas, y esta inteligencia no biológica se incrementaría en modos y a velocidades inaccesibles para la mente humana. Los humanos tenían dos opciones, decían: o fusionarse con la tecnología, o quedar sepultados por ella. Pero por el camino habían pasado cosas. Los robots militares hiperautomatizados e hiperinteligentes que habían construido los israelís para combatir en las Guerras del Agua habían permitido vislumbrar un futuro apocalíptico que nadie quería ver cumplido. Sus «supersoldados» cuasiautónomos habían tenido que desactivarse. El Décimo Congreso sobre Inteligencia Artificial había marcados unos límites estrictos de cara al desarrollo futuro de ordenadores capaces de tomar decisiones al margen de la intervención humana, y el Gabinete de Ciberseguridad de Washington se había arrogado la tarea de imponer esas regulaciones en Estados Unidos. Había nacido toda una industria, empresas que desarrollaban tecnología diseñada para reprimir lo que los medios llamaban «la nueva amenaza existencial» de la inteligencia no biológica. Y, por lo que sabía James, los bots Gen5 del Nuevo Amanecer se habían diseñado de acuerdo con esas prohibitivas especificaciones. Para ellos, resultaría imposible cualquier interacción verdaderamente «humana» con un niño.

—Son increíbles, ¿eh? —dijo Sara. Al mirarla, vio que se había cubierto los ojos con unas gafas de seguridad.

—¿Te han puesto ya a trabajar en los Gen5?

—Los Gen3 y Gen4 eran sencillos —respondió Sara—. Las Madres son todo un desafío. —Se volvió hacia su banco de pruebas—. Para interaccionar con sus niños, los bots Gen5 necesitarán un tacto suave, un tacto preciso. Pero para lidiar con el mundo exterior, necesitarán también fuerza, potencia. Sabíamos que no podíamos integrar ambas cosas en un solo equipo, de manera que hemos diseñado un apéndice dual.

—He visto los vídeos de las demos.

James examinó la mano robótica, todavía instalada en el banco de pruebas: una carcasa dura, de fibra de carbono, de la que emergía una delicada mano «secundaria». Cuando la carcasa se retraía, la mano, una pequeña orquídea negra que brotaba del centro de un guante rígido y gris, podía desempeñar su labor sin impedimentos.

—Mira —dijo Sara.

Sobre su banco de pruebas, un conjunto de hábiles dedos elastoméricos se desplazaron velozmente por encima de una gradilla de tubos de ensayo transparentes, seleccionaron uno y lo levantaron con un movimiento controlado. El brazo acoplado avanzó al paso siguiente, con los dedos sosteniendo todavía el tubo de ensayo, y el rápido movimiento transversal no bastó para romper el sutil contacto entre ellos y la superficie lisa del tubo.

—¡Brava! Ni un fallo esta vez —la felicitó James.

—Hemos usado un material más adherente. Y también más dúctil. —A su espalda, Sara retrajo el brazo y lo colocó en la posición de reposo para emprender otra pasada—. Las verdaderas innovaciones en robótica últimamente no se dan en la programación. Estamos todavía reinventando el movimiento humano usando una serie de parámetros de configuración y de ecuaciones de transformación que se definieron hace décadas. Los auténticos avances los tenemos en los nanocircuitos, en la mera potencia computacional. Y en la mecánica, también. Pero sobre todo en los materiales. Materiales que se reparan a sí mismos, materiales sólidos que cambian de densidad al tacto, materiales compuestos exclusivamente de intrincadas mallas de sensores, unidas para formar redes neuronales enormes. —Se volvió a mirarlo, y sus ojos destellaron a luz de la caja de led que iluminaba el banco de pruebas—.

Podemos darle las gracias a tu amigo el general por probarlos para nosotros.

—¿Blevins?

—Él y otros que se ven obligados a hacer de conejillos de indias en el desarrollo de nuevas prótesis. —Sara esperó a que los dedos sobrevolasen de nuevo la gradilla de tubos de ensayo, y entonces se inclinó adelante para pulsar el botón de grabar en el panel de control—. Me gustan los robots igual que los hombres —dijo, con una sonrisa pícara escapándosele de los labios—. Fuertes, pero delicados.

James le devolvió la sonrisa, ruborizado. Quería contárselo todo. Quería contarle que esas manos delicadas en las que tanto esfuerzo había puesto tal vez acunasen algún día un recién nacido, solo en el planeta Tierra. Pero, por supuesto, no había posibilidad alguna de contarle nada. Ni tampoco cuánto le importaba ella. Ni que se permitía sueños en los que nada de esto había sucedido, en los que Sara y él acunaban a sus propios hijos.

No… No podía permitir que los sueños se interpusiesen en el camino de la verdad. El proyecto de Sara, perfeccionar la funcionalidad robótica de los Gen4 y los Gen5 era importante, pero secundario. En lo que respectaba a Nuevo Amanecer, la propia Sara era secundaria.

—¿Por qué crees que hay tanta atención puesta en estos *biobots*? —le preguntó Sara.

—¿Por qué no?

—O sea, es fascinante, todo un reto… Pero ¿neonatos en otros planetas? ¿No hay otros proyectos más urgentes? ¿De dónde sale el dinero?

James negó con la cabeza, aclarando sus ideas. Detestaba mentirle. Pero tenía memorizado el guion, y tenía el deber de interpretar su papel.

—Alguien quiere que se lleve a cabo, y al parecer le sobra la pasta —dijo —. A mí me paga las facturas, así que…

—Hum… —Sara se quitó las gafas de seguridad y lo miró; sus profundos ojos castaños penetraron en los suyos.

—¿James? —Una voz familiar resonó por la nave.

Agradecido por la interrupción, James se dio la vuelta y vio que Kendra Jenkins se acercaba a su acelerado paso habitual desde el pasillo.

—Eh, Kendra. ¿Qué tal?

—El doctor Garza te ha llamado por la línea principal. Ha dicho que no te localizaba.

James echó un vistazo al teléfono de pulsera.

—Aquí nunca hay cobertura…

La cobertura era en efecto caprichosa por obra del potente aislamiento de la nave. Pero en todo caso había un protocolo: no podía coger la llamada si había cerca alguien sin acreditación. Mientras daba la vuelta en dirección al pasillo, vio a Sara de perfil, el movimiento leve de los músculos de su mandíbula al tiempo que su mirada regresaba a las manos delicadas del Gen5.

Siguió a Kendra hasta el laboratorio de informática, esforzándose cuanto pudo por seguirle el paso. Si bien en su departamento de Emory la presencia de gestores y profesores negros era de lo más habitual, en Los Álamos una mujer negra de la veteranía de Kendra era una rareza. Pero ella se mantenía firme, su tranquila autoridad no flaqueaba un ápice entre el caos cotidiano de su infinidad de responsabilidades.

—Lo siento, James —murmuró Kendra, mirándolo por encima del hombro.

—¿Que lo sientes? ¿El qué?

—Ya sabes. Las cosas. La vida. Que no debamos tener nada que se le parezca.

—Supongo…

Kendra redujo el paso para ajustarlo al de James.

—Tú y yo estamos en esto porque no tenemos a nadie —dijo—. Pero yo tuve familia, una vez. Un marido y un hijo.

—¿Y dónde están?

—Accidente de avión. Hace siete años. —Se volvió a mirarlo mientras abría la puerta con el letrero de «Laboratorio de Informática». En la penumbra, apenas distinguía su sólida constitución y su piel oscura—. Mi marido era antropólogo. Viajábamos juntos a todas partes. Perdí mi alianza en algún lugar de Nepal… En fin, cuando nuestro hijo tenía solo diez años, Lamar se lo llevó a México para excavar en los yacimientos mayas…

—¿En el Meridian 208?

—Sí. —Kendra se acercó a su escritorio en el laboratorio ya desierto, activó la conexión de su teléfono y tecleó un código—. James, no tienes por qué seguir mi consejo. ¿Qué sabré yo? Pero… solo se vive una vez. —Levantó la muñeca izquierda, y una pesada pulsera de cobre con una cenefa geométrica grabada reflejó la luz de la pantalla de su ordenador—. Mi hijo

habría cumplido diecisiete años mañana. Habríamos estado de celebración. Pero esta pulsera es lo único que me queda de mi familia. Si fuese tú, disfrutaría de mi vida. Nadie sabe qué pasará en el futuro.

James contempló el rostro de Kendra, esa emoción oculta de un modo tan cuidadoso bajo su eficiente fachada. Una vida con Sara… La simple idea hizo que la ilusión le recorriera el cuerpo. Pero se limitó a activar el micrófono con una mueca.

—¿Rudy?

—Te he llamado tan pronto como he podido. —La voz aguda de Rudy llegó desde el panel de control—. ¿Has encontrado algo?

—Creo que el C-341 se une con demasiada fuerza.

—Coincido. Los ensayos del antídoto en Somalia tampoco están yendo bien.

—¿Somalia? —James sintió una punzada de incomodidad en lo más hondo de la tripa: la rabia acostumbrada ante el muro invisible que lo separaba de la corriente principal, allá en Washington.

—Ehm… sí. —Rudy hizo una pausa—. Estamos haciendo ensayos allí.

—¿Y cómo es que yo no sabía nada?

—Ehm… Pensaba que sí… —Se aclaró la garganta—. En todo caso, la muerte celular es demasiado rápida. Los pulmones de los sujetos se atrofian. Y como tú nos advertiste sagazmente, se trata de nivelar.

James asintió, siquiera para sí mismo.

—Correcto. La unión del factor de transcripción funcionaba bien en nuestros modelos de cultivos celulares. Pero su comportamiento *in vivo* es sin duda distinto.

—¿Se te ocurre algo?

—Tenemos que centrarnos en modificar la secuencia que une el pocket hidrofóbico. Se me han ocurrido varias ideas que te puedo mandar. Pero lo dejo al criterio de tu experiencia con la estructura de ADN.

—*Perfecto.*[1]

—Y, Rudy…

—¿Sí?

—Es evidente que yo no tengo influencia, pero igual tú sí. ¿Crees que podrías convencerles de que nos dejen gestar a los Gen4 en el laboratorio? No entiendo por qué estamos poniendo tanto énfasis en las máquinas. Hasta que

no estemos seguros de que la parte biológica funciona…

—James… Podría estar de acuerdo contigo en otras circunstancias, pero la plana mayor tiene mucho interés en los robots, y es comprensible.

—¿Comprensible? Igual tú lo comprendes, pero…

—James, no vamos a tener tiempo para ensayar la eficacia a largo plazo del antídoto en adultos. Ya has oído al general en la reunión de esta mañana. Estamos hablando ya del final. Tenemos que seguir haciendo progresos encaminados a la opción Gen5.

Frotándose con la mano la barba incipiente, James clavó los ojos en el techo bajo de ese edificio que cada día le parecía más una cárcel. Se descubrió pensando en sus padres: en las vacaciones ausente, en las excusas. Solo los había visto una vez, en el setenta cumpleaños de su padre en junio pasado. Todavía no sabían que estaba en Los Álamos…

Parpadeó. «Céntrate.» Rudy tenía razón. Los bots eran sus aliados en esta lucha. La IC-NAN era el único enemigo. Al otro lado del laboratorio de Kendra, vio una pequeña pantalla, la cara pecosa de una joven reportera informando desde Alemania. «Llegan noticias de una «gripe mortal» en diversas regiones de Rusia, con síntomas que presentan un sospechoso parecido con los observados recientemente en el norte de la India», estaba diciendo.

Debía afrontarlo: lo más probable era que no llegase a tener la opción que más deseaba, la de instaurar una colonia de humanos «normales» en la Tierra, padres e hijos que sobrevivieran juntos a la epidemia. Y aún peor, sus posibilidades de salvar a los que amaba eran prácticamente nulas.

Accedió a sus archivos desde el ordenador de Kendra y pulsó «enviar» para iniciar la transmisión segura de la secuencia de ADN para Rudy.

—Necesito dormir un poco —murmuró.

—*Dulces sueños,*[2] James. —La voz de Rudy resonó con suavidad en sus oídos—. Dulces sueños.

14

JUNIO DE 2065

KAI miró a Sela y Kamal con recelo mientras atizaba las ascuas del fuego de cocinar. Se había convertido en un pulso. Todos los días se encontraba dividido entre el impulso abrumador de partir de Sela y la firme reticencia a hacerlo de Kamal. Habían hecho un pacto: no dejarían solo a ninguno. Pero eso significaba que debían seguir juntos, incluso si no se ponían de acuerdo en cuándo o adónde irse.

—¡No encontraremos nunca a nadie si nos quedamos aquí sentados! —bramó Sela.

—Así os encontré a vosotros dos —respondió Kamal con una dulce sonrisa—. Naga me dijo que el agua atraería a otros. Y lo hizo. Debo confiar en que seguirá siendo así.

Puede que Kamal estuviese en lo cierto, pero eso no hacía que Kai se sintiera mejor. A fin de cuentas, Kamal había tenido que esperar tres años a que Sela y él aparecieran. Y, además, ¿no lo había alertado Naga de que el manantial se secaría algún día?

—¡Au! —soltó Sela, lanzando contra el suelo su llave inglesa hecha polvo. Llevaba un rato trasteando con su moto, intentando enderezar una horquilla torcida. Dio un paso atrás, chupándose el dedo que se había pillado —. ¡Tengo que salir al menos a buscar una llave inglesa nueva!

—No creo que hoy sea buen día —respondió Kai, induciendo calma en su voz.

—¿Por qué no? —Sela se volvió a mirarlo, con los puños cerrados y apoyados en las caderas.

—Es solo que… flota un olor en el aire…

Kai se mantuvo firme. La noche anterior, mientras volvía fatigosamente del manantial de Kamal, con los brazos cargados de cantimploras y botellas rebosantes, había percibido el cambio. El viento había soplado fuerte durante días, pero era un viento cálido. Ahora llegaba del norte, frío y seco. Mientras

dormían, la temperatura había caído bajo cero, un cambio que no era inusual en el desierto, pero sí raro en esta época del año. Hacia la carretera, el cielo se veía de un azul reluciente. Pero las sombras al pie de la escarpadura tenían un aire inquietante, y la electricidad en el ambiente hacía erguirse el vello de sus brazos.

Kai levantó la cabeza, apartando la nariz del humo aromático del fuego.

—Kai tiene razón. Huele a tormenta.

—¡Pero si está despejado! —protestó Sela. Estampó un pie en el suelo, al límite de su paciencia. Y entonces se dirigió a su Madre—. Y tú eres igual que ellos. ¿Qué significa que no deberíamos viajar hoy? No vamos a ir lejos.

Y dicho esto, montó en la moto y se alejó entre el ruido del motor, con Alpha-C tras ella. Kamal la siguió con la mirada, alicaído.

—No le pasará nada —lo tranquilizó Kai—. Alpha se encargará de ello.

—Pero prometimos no separarnos.

—No le pasará nada —insistió Kai con toda la convicción que logró reunir. Pero no estaba seguro de creerlo—. Hace frío. Llevemos el fuego adentro. —Se levantó y recogió su manta del suelo—. Kamal, ¿qué dice tu amiga serpiente de este tiempo extraño?

—Llevamos meses sin hablar… Desde vuestra llegada —respondió Kamal —. Tiene miedo de acercarse.

—¡Debe de olerse que la encontraríamos deliciosa! —rio Kai. Pero al instante, lo pensó mejor—. Lo siento…

—No, no lo sientes —respondió Kamal con una sonrisa.

Kai se puso en cuclillas en el suelo de la cueva y apiló unas ramitas cerca del centro, intentando alejar a Sela de su mente.

—¿Podrías enseñarme a hacer eso que haces tú? Medi…

Kamal usó las ascuas del primer fuego para prender las ramitas.

—¿Meditación? Como te he dicho, no he recurrido mucho a ella desde que llegasteis.

—Pero ¿cómo es? ¿Es como cuando hablamos con nuestras Madres? —preguntó Kai.

—No… No hay palabras.

—¿Imágenes? ¿Como un sueño?

—Es un lugar. Una sensación. Una experiencia. Es como ser, pero en un mundo distinto.

—¿Y cómo se llega?

—Al principio, mi Madre me enseñó a centrarme en mi respiración, en el latido de mi corazón. Pero me daba demasiado miedo. ¿Y si, mientras estaba ahí sentado, respirando, soñando…? ¿Y si pasaba algo? No oiría a mi Madre. ¿Y si le pasaba algo a *ella?* Mi propio corazón se convertía en mi enemigo, me latía cada vez más rápido. —Kamal cerró los ojos, descansó las manos sobre las rodillas huesudas—. Pero entonces me enseñó de otra manera. Una manera de verlo todo a la vez. Una manera de ver cosas en las que no había reparado nunca.

—Como serpientes que hablan.

—Y esta electricidad en el aire. —Kamal abrió los ojos, y clavó la mirada en Kai—. Tú también la sientes, ¿verdad?

Kai miró afuera por la entrada de la cueva. Allí cerca, Rosie y Beta estaban en posición de alerta; una luz opaca espejeaba en sus flancos. Un escalofrío le subió por la espalda, distinto del escalofrío del viento.

—Sí. Y la luz. Se ve… distinta.

Kamal se puso de pie y se acercó a la entrada para mirar con gesto ansioso a su Madre. Tras una breve pausa, se volvió de nuevo hacia Kai.

—Le acabo de preguntar a mi Madre si deberíamos ir a buscar a Sela —murmuró—. Pero dice que las condiciones no lo permiten. Y Alpha-C tampoco quería volar. Algo va mal… —Kamal plantó un pie fuera, y lo apartó enseguida de un tirón—. ¡Au!

Una racha de viento cruzó el claro y lanzó un aluvión de piedrecitas contra los flancos metálicos de los bots. ¿Era Alpha, que regresaba ya? Kai esquivó a Kamal y echó un vistazo al sur. Nada. Luego al norte.

Se quedó boquiabierto. En lo alto de la carretera giraba un caldero de negro puro; sus contornos oscilantes se recortaban contra el fondo del cielo reluciente. Mientras lo observaba, un relámpago iluminó aquella nube monstruosa desde lo más profundo de su interior.

—Por favor, sube a bordo de la cápsula. —Era Rosie.

—Pero en la cueva estaré a salvo…

—No puedo confirmarlo —declaró rotundamente.

Ambos bots rodaban ahora hacia ellos, protegiéndolos del embiste de la lluvia de piedras y arena. Kai esperó a que Kamal avanzase, y luego se aventuró en el torbellino, con la manta envuelta en la cabeza. Trepó por las

orugas de Rosie, izando el cuerpo torpemente por la puerta de la escotilla en cuanto está se abrió. Girando en el asiento, agachó la cabeza mientras su Madre sellaba de nuevo la escotilla.

Dentro de la cápsula, silencio: nada más que el golpeteo de sus sienes y el tintineo distante de las piedras puntiagudas que rebotaban disparadas de los flancos de Rosie. Miró hacia fuera y vio a Kamal metiendo sus extremidades larguiruchas por la puerta abierta de la escotilla de su Madre.

—¿Qué es eso? —le preguntó a Rosie.

—Un haboob.

—¿Un qué?

Rosie calló mientras un granizo de piedras golpeaba con un ruido sordo la ventana de la escotilla.

—Integridad verificada —dijo—. Un haboob es una tormenta de arena.

—¿Y cuánto durará?

—Desconocido. Iniciando filtrado de aire.

Kai se agarró al asiento, notó como le daba un vuelco el estómago, una náusea incontenible.

—¿Y qué pasa con Sela?

—Desconocido.

—Pero está con Alpha-C. No le pasará nada…

Rosie no respondió. Un leve zumbido emanó de algún punto por debajo del panel del control al tiempo que el aire fuera se ennegrecía como el hollín. La cápsula quedó a oscuras. Kai clavó los ojos en el panel de control hasta que no vio más que unas cuantas lucecitas verdes en la base. Tocó la ventana de la escotilla, enfrente de él, esperando que se encendiera.

—¿Puedes encender la pantalla de la escotilla?

—Protocolo de emergencia. Todos los sistemas electrónicos no esenciales han sido deshabilitados.

Deshabilitados… Rosie jamás había hecho esto. Apretó los párpados y ordenó a sus pulmones que dejasen de resollar, a su mente que parara. Recordó lo que le había explicado Kamal sobre la meditación. Siguiendo el ejemplo de su Madre, deshabilitó sus sistemas no esenciales. Imaginó con todas sus fuerzas a Sela y a Alpha, sanas y salvas.

15

MAYO DE 2053

RICK se despertó con el ruido de una sirena tronando desde la calle. Su brazo corrió a tocar las sábanas cálidas a su derecha. Rose no estaba.

Respiró hondo, inspirando los aromas familiares de su apartamento de San Francisco: la delicada fragancia del incienso de pino en su mesita de noche, los aromas más intensos de eucalipto que entraban flotando por la ventana y el café haciéndose la cocina. A lo largo del año pasado, Rose y él habían abandonado cualquier pretensión de llevar vidas separadas. Rick había aprovechado todas las oportunidades de pasar tiempo con ella: convocándola para hacer apariciones personales innecesarias en Washington y en Los Álamos, visitando repetidamente el Presidio Institute para «comprobar los progresos». Ya no sentía la necesidad de malgastar el dinero del Gobierno en hoteles de San Francisco.

Al otro lado del cuarto, su prótesis estaba apoyada contra la pared, al lado de la pantalla, en la que el boletín meteorológico nacional se desplazaba en silencio. Por la rendija de la puerta que quedaba junto a la pantalla, le llegaba el sonido de la ducha. Y fuera, el pitido monótono de la sirena se alejó con un efecto Doppler por Divisadero Street mientras él iba calmando los latidos de su corazón.

Se abrió la puerta del baño y apareció Rose, con la larga melena envuelta en un turbante de toalla.

—¿Te has levantado temprano? —le preguntó.

—Estoy nerviosa.

—¿Por la presentación?

—Sí, entre otras cosas.

—Ya te lo he dicho, no es más que una formalidad. Todo el mundo tiene ya su carta de despido. Quieren darles la oportunidad de hacer preguntas, pero tú no tienes por qué contestarlas, en realidad. Y yo estaré ahí mismo a tu lado.

—Te lo digo en serio, Rick, no termino de acostumbrarme a la manera que

tenéis de hacer las cosas…

—*¿Tenéis?* ¿Quiénes? Ahora tú eres uno de los nuestros, ¿no es así? —Rick alargó la mano hacia la mesilla de noche y cogió un botecito de metal equipado con un inhalador—. Y hablando del tema, ¿te has tomado tu dosis?

—Sí, nada más levantarme. Detesto el sabor…

—No sabe a nada.

Rose se sentó en el borde de la cama y se pasó la toalla por el pelo.

—A mí sí. Me sabe a… químico. ¿A ti no te preocupa tomártelo?

Rick examinó el bote, con la superficie de un dorado mate y una única inscripción estampada: «C-343». La noticia había llegado desde Washington: habían terminado los ensayos preliminares. La última versión del antídoto no los mataría. Era posible que tampoco lo salvara, pero era todo cuanto tenían. Todo el personal acreditado del proyecto había recibido órdenes de tomar el antídoto.

—No más de lo que me preocupa todo lo demás… —respondió él.

Que él supiera, no había ninguna emergencia, todavía. Se trataba de ir un paso por delante de lo que pudiera pasar. Los agentes integrados en la OMS habían enviado organismos del suelo portadores de la secuencia de IC-NAN recogidos en una reserva natural a las afueras de Roma. Pero, de momento, esa era la única identificación positiva de IC-NAN que se había producido fuera de Asia meridional y de Oriente Próximo. Les habían llegado noticias acerca de brotes de una «extraña dolencia respiratoria» en poblaciones rusas a las orillas del mar Caspio, y también de que estaba despuntando una «gripe afebril incurable» en lugares tan al norte como Berlín y tan al este como Japón. Pero ninguna de ellas se había vinculado todavía a la IC-NAN. Y hasta el momento, no se había informado de casos en Estados Unidos, Sudamérica ni Canadá.

Rose se volvió hacia él y le acarició la mejilla con su mano cálida. Frunció el ceño:

—¿Has oído todas esas sirenas esta noche?

—No del todo —respondió Rick con una sonrisa—. Estaba demasiado ocupado.

—En serio. Se oyen a todas horas, con todos los centros médicos que hay en esta misma calle. Pero anoche hubo más que de costumbre.

Rick echó de nuevo un vistazo a la pantalla: ahora salía una noticia sobre

las últimas previsiones sobre la tasación de la flexcoin. Negó con la cabeza.

—Debía de ser una de esas celebraciones callejeras desmanteladas. Cada vez que los Lasers ganan la liga…

Rose cogió un cepillo de su mesilla de noche y se lo pasó lentamente por el pelo secado con la toalla.

—Me dará pena marcharme de aquí —dijo—. Pero tengo ganas de dejar la dirección del Presidio y ponerme a trabajar a tiempo completo en Los Álamos.

—Se ha hecho esperar —respondió Rick—. Hablando por mí, todos estos vuelos a San Francisco me han dejado agotado.

Rose le dio unos golpecitos juguetones en el brazo con el cepillo.

—Sabes que te encanta. Pero, en fin, va a ser genial trabajar codo con codo con Kendra. Todavía nos queda mucho por hacer con los Gen5.

Rick notó una vibración y echó un vistazo a su teléfono de pulsera.

—Es Blankenship —murmuró—. Tengo que cogerlo. —Pulsó la pantalla y esta se encendió; un resplandor apagado le iluminó de verde la cara—. ¿Sí?

—Rick, estoy intentando localizar a la capitana McBride. ¿Está ahí contigo?

Sus ojos recorrieron la suave curva de la espalda de Rose mientras se levantaba.

—Sí. Sí, aquí está…

—Tenemos un problema. Le necesitamos aquí.

—*¿Ahí?* ¿En Washington?

—No puedo entrar en detalles por esta línea. ¿A qué hora podría llegar?

Rick se incorporó, sus ojos se cruzaron con los de Rose cuando ella se volvió de nuevo a mirarlo.

—Ehm, no estoy seguro. Tendríamos que llevarla al campo de aviación federal. A esta hora del día, solo eso puede llevar al menos una hora…

Con un torpe movimiento, rodó sobre la cama y alcanzó a recoger su camisa del suelo.

—¿Estás en el Presidio?

Rick guardó silencio un momento.

—No, en su casa.

Para su sorpresa, no hubo ningún silencio al otro lado de la línea.

—¿En su apartamento? Sí, tengo aquí la dirección. North Point Street.

—Sí.

—El coche llegará en quince minutos. Asegúrate de que esté lista.

—¿Yo también?

—No. Necesitamos solo al personal de ciberseguridad. Tú quédate ahí y sigue ocupándote del tema. Esta tarde podré contarte más. Por la línea del despacho de la capitana McBride. A las quince cero cero, hora del Pacífico.

—Entonces…, señor, ¿sigo adelante con la presentación que tenía prevista la capitana McBride?

—Sí. Y procede también con el paso siguiente. El confinamiento. Puede que el Presidio sea ahora más importante que nunca. —Blankenship colgó.

Rose lo estaba mirando, el pelo castaño y húmedo le caía en cascada por la espalda.

—Te ayudaré hacer la maleta —murmuró Rick.

—No te preocupes —dijo ella, y apoyó la mano suavemente en su brazo —. Es mejor que te quedes al margen.

Mientras Rick se acoplaba la prótesis y se subía los pantalones por la pierna dolorida, Rose se recogió el pelo, se puso el uniforme azul de oficial y luego echó su neceser y una muda de ropa en una pequeña mochila proporcionada por el Gobierno. Lo último fue su tableta, que metió en el bolsillo de seguridad. Le temblaban las manos mientras llenaba el termo con el café de Sumatra que había quedado.

Rick le pasó un bote de antídoto cuando bajaba las escaleras.

—Llévate un extra —le dijo.

Ella sonrió, una débil sonrisa, y se lo guardó en el bolsillo.

—Gracias.

Fuera, en la calle, sonó otra sirena; otra ambulancia, abriéndose paso por la calle congestionada. El coche del Gobierno estaba ahí en el bordillo, con un oficial al volante.

Rick le estrechó los brazos, la notó temblar bajo el abrigo fino. Le rozó los labios con los suyos.

—Nos vemos pronto, ¿vale? —susurró—. Llámame cuando llegues.

—Claro —respondió ella, con los ojos brillantes—. En cuanto pueda.

Cuando el coche arrancó, vio el aspecto devastado de Rose; no quería marcharse, no de esta manera. Ella se llevó entonces la mano a los labios. Y Rick imaginó un beso, que quedaba suspendido en el aire mientras ella se

alejaba.

Rick se paseaba arriba y abajo por el pequeño despacho de Rose, en la segunda planta de la sede central del Presidio Institute. El cartel que había fuera en el césped proclamaba con orgullo la misión del instituto: FOMENTAR LA PAZ Y FORMAR NUEVOS LÍDERES. Pero él estaba ahí para ayudar a implantar el Nuevo Orden, y para ayudar a Rose a anunciar el cambio en el mando. De manera inesperada, había tenido que hacerlo sin ella. Y para acabar de empeorar las cosas, había tenido que dar el último empujón a las medidas con que asegurar el perímetro del recinto.

Frente al equipo militar del Presidio, había procedido vacilante por esa misma presentación para la que había preparado a Rose durante interminables horas, añadiendo su propia explicación apresurada para el confinamiento. Les había explicado que el Presidio pasaba a estar, a todos los efectos, en servicio activo, y que el nuevo comandante de la base llegaría en breve. Les había explicado por qué se habían erigido todas esas alambradas por todo el perímetro del Presidio salvo las entradas, y por qué ahora en las entradas había puestos de guardia: porque, entre otras cosas, un Nivel 4 de alerta conllevaba el almacenamiento de munición.

Les había explicado todo menos el motivo que hacía necesario todo eso.

Eran personal militar. No necesitaban saber el porqué, solo el qué. Pero, aun así, notó que algunos miembros del equipo estaban nerviosos. Sin duda se preguntaban por qué era él, un general, y no la capitana McBride, quien se había encargado de la presentación. Se preguntaban dónde estaba ella. Cuando recorrió el recinto más tarde, los vio hablar entre ellos en callados susurros, y quedándose en silencio cuando él se acercaba. No tenían ni idea de lo que estaba sucediendo, y él no les daba respuestas.

Dios, él ni siquiera *tenía* todas las respuestas. Las palabras de Blankenship flotaban en su mente: «Puede que el Presidio sea ahora más importante que nunca». ¿Qué había querido decir? ¿Y por qué confinaban tan pronto el Presidio? Seguía esperando la llamada del general.

Algo relució en la penumbra, despidiendo pequeñas virutas de color por el cuarto. Se acercó a la ventana y sostuvo entre los dedos la figurita de plata de una mujer, con unas alas hechas de delicadas plumas de metal, que colgaba del cierre de la ventana por una cadena. «Hopi», pensó, recordando la historia

de la piloto nativa americana que le había contado Rose.

El teléfono del escritorio zumbó. Sin pensarlo, se guardó el collar en el bolsillo y cruzó el despacho para activar la línea.

—¿Sí?

—¿Rick? Soy Joe.

—Sí. —Joe. Ahora el general Blankenship era Joe.

—¿Has logrado confinar la base?

—Está en proceso. ¿Rose ya está en Washington?

—Acaba de llegar. Pero, Rick… Estamos hundidos hasta el cuello.

—¿Qué…?

—Nos han hackeado. Desde dentro. En Fort Detrick. Lo saben.

—¿Quién lo sabe?

—Parece cosa de los rusos. Y de quien demonios sean sus compinches ahora mismo. —La voz de Blankenship sonaba lastimera, entrecortada—. Han accedido a los expedientes de la IC-NAN, a los archivos de rastreo de las arqueobacterias, al trabajo con el antídoto. Todo. Saben lo del Tabula Rasa, el proyecto IC-NAN… Sam Lowicki cree que es solo cuestión de tiempo hasta que conecten los puntos con algún brote en su región y nos acusen de haberles lanzado un ataque en suelo nacional.

—Los Álamos. —La mente de Rick empezó a funcionar a toda velocidad y activó el piloto automático—. ¿Han descubierto la conexión con Los Álamos?

—No. No que nosotros sepamos. La información de cada tramo del proyecto estaba compartimentada. Solo han hackeado de información que había en los sistemas de Fort Detrick.

—¿Qué hay de las comunicaciones entre Said y Garza?

—Todo compartimentado.

—Pero tenemos que avisar a Los Álamos, ¿verdad? Por si acaso.

—Acabo de hablar con la jefa de seguridad de Nuevo Amanecer allí.

—¿Kendra Jenkins?

—Correcto. Ha estado controlando de cerca todas las comunicaciones que entraban y salían de la instalación. Hemos decidido darle autorización para precintar a medianoche, por si acaso. Todas las comunicaciones no esenciales quedarán interrumpidas, y solo se permitirá la entrada de nuestro personal autorizado hasta que se resuelva al asunto.

—¿Dónde está el doctor Garza?

—En Los Álamos. Hace dos días acompañó un envío de antídoto para los agentes acreditados que hay allí.

—¿Y los Gen5?

—El doctor Garza entregó también los embriones de Gen5. Están listos. Pero siguen almacenados en frío. Y a los bots aún les falta un poco…

Rick se sentó, se llevó la mano a la frente.

—General…

—¿Sí?

—¿Está Rose a salvo? ¿Puede garantizar su seguridad?

—Está tan a salvo como cualquiera de nosotros. Tan a salvo como yo. Eso te lo puedo asegurar.

La cabeza empezó a palpitarle, y Rick respiró honda y largamente. No le consolaban demasiado las palabras del general. Si los rusos estaban al tanto del Tabula Rasa, podía ser que no esperaran a desafiar a Washington, a hacer público lo que sabían. Tal vez optaran sencillamente por destruir la posible factoría de esa presunta guerra biológica y dejasen las preguntas para más tarde. A fin de cuentas, ¿no era eso lo que había hecho siempre Estados Unidos con ese tipo de informaciones acerca de la guerra química encubierta de Rusia? Nadie estaba a salvo, y la que menos Rose, si continuaba en Fort Detrick.

—¿Y yo? —murmuró—. ¿Qué órdenes tengo?

—Ninguna todavía. Quédate y hazte cargo de todo por allí. Volveremos a hablar en cuanto sepamos más.

16

JAMES se recostó en la silla para frotarse los ojos. Salvo por el azul fantasmal de la pantalla de su ordenador y la fina rendija de luz de fluorescente que se colaba por debajo de la puerta de su laboratorio de biología en Los Álamos, su despacho estaba a oscuras. Metió la mano en el cajón superior del escritorio y sacó una cajita de cartón blanco. Deslizó el pulgar por debajo de la solapa, y al abrirla quedaron a la vista dos pequeños cartuchos. En un compartimento aparte había una carcasa de plástico en forma de ele con una boquilla circular. Extrajo uno de los cartuchos y lo sostuvo en alto a la luz de la pantalla. C-343. Repasó en su mente las instrucciones de Rudy para la dosificación a gran escala. *Hay un centenar de dosis en cada cartucho. Acopla el accesorio del inhalador, presiona la válvula y respira hondo. Solo tienes que usarlo una vez al día. Tendría que haber suficientes para pasar hasta que hagamos más.* Insertó uno de los cartuchos en el inhalador e inspiró profundamente aquella bruma mientras un sabor amargo le nacía al fondo de la garganta. Rezó por qué hubiesen acertado.

El despliegue de las unidades estacionarias de Gen4 se había pospuesto mientras Rudy y él solucionaban los fallos de la secuencia NAN. Y mientras pasaban tres meses en un abrir y cerrar de ojos, él se había reconciliado con el hecho de que los Gen4 jamás llegarían a desplegarse. La hipótesis de supervivientes humanos, que vivirían para criar a los niños, había dejado de ser sostenible. Los Gen5 serían el siguiente paso. El equipo de Rudy en Fort Detrick había llevado a cabo las transformaciones genéticas en los embriones candidatos, y habían revisado el genoma de cada uno de los embriones resultantes para asegurarse de que la secuencia NAN hubiese quedado incorporada. En un viaje al Este, James había seleccionado personalmente los embriones más viables para el lanzamiento. Preparados ya, estaban en esos momentos almacenados en un refrigerador en la parte trasera del edificio XO-Bot.

En la pantalla, James revisó y volvió a revisar los datos referentes a la secuencia genética de los embriones. Según Kendra, los bots Gen5 no estarían

preparados para recibir a los embriones a su cargo hasta dentro de unos meses. Pero en lo que respectaba a James, no había problema. La simple idea de desplegar a las Madres, animadas y autónomas, le sacaba de quicio.

Negó con la cabeza. Sus preocupaciones en torno a los bots Gen5 no eran nada comparadas con el miedo a que la secuencia C-343 pudiera seguir siendo imperfecta. Pero había tiempo para más ensayos. Ahora las vidas de los bebés Gen5 dependían del éxito de la secuencia C-343. Y desde hacía unos días, los que disponían de acreditación se habían convertido en los nuevos sujetos adultos de pruebas. Después de apenas dos meses de «ensayos clínicos preliminares» en Somalia, el propio James había pasado a ser sujeto de pruebas.

—Perdona que te moleste, James. —Levantó la vista y vio a Kendra de pie junto a la puerta, sujetando en la mano una fina tableta—. Estaba monitorizando la red y necesitaba asegurarme de que eras tú el que estaba aquí.

—Es tarde. Aquí solo quedamos los fantasmas.

—No hables así, James. Tenemos que ser positivos.

A la penumbra del despacho, James inspeccionó el rostro por lo general optimista de Kendra y reparó en su ceño fruncido.

—¿Hay algún problema? —preguntó.

Kendra soltó un suspiro.

—Una brecha en los sistemas en Detrick. James, vamos a tener que cerrarlo todo un tiempo hasta que confirmemos que estamos seguros.

Él se enderezó en la silla.

—¿Una brecha? ¿Quién ha sido? ¿Qué se han llevado?

—No se han *llevado* nada. De ser así, los de ciberoperaciones tal vez los hubiesen pillado antes. Pero estuvieron un tiempo rondando por ahí, infiltrados. En todo caso, los datos de la IC-NAN están en peligro.

—¡Mierda! —James se levantó y se puso dar vueltas por la oficina—. ¿Cuándo ha pasado esto?

—En Detrick lo han descubierto esta mañana —respondió Kendra, con gesto de preocupación—. El general Blankenship no acababa de decidirse sobre si deberíamos cerrar o no, pero esta tarde he recibido confirmación. Llevo las últimas horas buscando la mejor manera de hacerlo sin perturbar las cosas de un modo demasiado obvio.

—¿Rudy está todavía por aquí?

—Aquí estoy. —Como si estuviese esperando su entrada, Rudy cruzó la puerta detrás de Kendra—. He recibido una llamada del general Blevins. Me ha dicho que me quede. Parece que… ¿nos confinan?

—Sí —respondió Kendra—. De hecho, estamos blindando Los Álamos al completo, no solo el XO-Bot. Y, James, necesito que apagues tu ordenador para hacer un diagnóstico de seguridad.

James miró la pantalla, los simbolitos blancos que desfilaban por ella. Sus pensamientos vagaron hacia Sara: en casa, sin saber.

A su llegada a Los Álamos, el Gobierno le había proporcionado un modesto adosado al otro lado del puente Omega, con vistas del laboratorio al sur. Aunque no era gran cosa, era mejor que el apartamento que había compartido con Rudy en Harper's Ferry, y le permitía llegar al trabajo en coche en un momento. Semanas atrás, sin embargo, le habían pedido que se mudase a un alojamiento improvisado en el edificio XO-Bot. Pero él había seguido el consejo de Kendra: decidido a pasar todo el tiempo posible con Sara, se escabullía a su apartamento a la mínima ocasión, mientras su propia casa, cerrada a cal y canto, se convertía en el enésimo secreto que no podía compartir con ella. Pero ahora llevaba días sin verla: la semana anterior había ido al Caltech para asistir a un seminario, y el miércoles había llamado diciendo que estaba enferma.

—¿Y qué pasa con el resto del personal?

—Cerraremos hoy a medianoche. Eso es dentro de poco menos de una hora. Hasta nueva orden, solo los de Nuevo Amanecer tendremos acceso por la entrada de puente Omega o por la entrada Sur: tú, Rudy, Paul MacDonald y yo… Nos hará especial falta Mac para mantener el edificio en marcha si hay una emergencia.

—¿Emergencia?

—Hemos recibido órdenes de estar alerta. Órdenes de prepararnos para un cierre prolongado. Y, por parte del general, órdenes de proteger el código fuente de los Gen5 a cualquier precio.

—Espero que esto pase pronto. Tenemos que prepararlos para el lanzamiento… —dijo Rudy.

—Sí. —Kendra estaba mirando su tableta, el resplandor azul destellaba en sus gafas de montura aguamarina—. Este hackeo es muy grave. Alguien ahí

fuera está al tanto de la IC-NAN. Y si han establecido alguna conexión entre Detrick y Los Álamos, podrían pensar que nosotros también estamos metidos. Sería una pena que este cierre estancara el programa Gen5. Les he cogido cariño a las Madres. Y a Rose McBride.

—He oído que es brillante —dijo Rudy.

—No solo es una programadora excelente, sino psicóloga, además. Para tratarse de alguien tan poco versado en IA ha hecho algunas cosas bastante revolucionarias.

Mientras hablaba, Kendra no dejaba de examinar el mapa de red, con los dedos desplazándose diestramente por la superficie lisa de la tableta.

James retomó sus paseos arriba y abajo. Sabía que el equipo de McBride se había entregado por completo al programa Gen5 desde su traslado a Los Álamos. Para garantizar la seguridad y comodidad de un pequeño humano en la única compañía de un robot, el equipo había recurrido a cualquier avance conocido en la mecánica de la interacción humano-máquina; a cada programación infalible que garantizara la supervivencia de un humano: por encima, si era necesario, de la de su robot guardiana. Había utilizado cualquier desarrollo prometedor en teoría del aprendizaje, biorretroalimentación y redes neuronales artificiales que fuese aplicable tanto a la mente robótica como a la humana. Del mismo modo que un niño aprende de su madre, este nuevo niño aprendería de su robot. Y ella atendería todas sus necesidades físicas.

—Doy por hecho que has oído hablar de las personalidades —preguntó Rudy.

—¿Personalidades? —James encendió la lamparita de su mesa, y a su lado, Kendra parpadeó.

—Ha sido un sueño desde siempre prolongar la vida de la mente. De la consciencia. Y, no puedo estar seguro, claro, pero creo que la doctora McBride ha hecho avances significativos a ese respecto —explicó Rudy.

—¿Cómo?

—Es habitual que las mujeres que viajan en misión al espacio o a destinos militares peligrosos almacenen sus óvulos por si no les es posible procrear de manera natural cuando regresen a la vida civil.

—Sí, conozco bien el banco de donantes…

—La doctora McBride ha ido un paso más lejos a la hora de preservar las

vidas de sus donantes. Lo llama «el Código Madre».

Código Madre. James sonrió, pensando en ese término anticuado, que en su día se había usado también en genética.

—Pero es solo un programa.

—Sí —dijo Kendra—. Pero, aun así, es asombroso… Cuando oigo hablar a uno de estos bots, si cierro los ojos me cuesta de creer que sea solo una máquina.

—Oh —suspiró James—. Supongo que nunca he tenido una conversación con una… —Notó un escalofrío. ¿Era aquí dónde iba a parar todo aquello? ¿A seres humanos preservados en código?—. ¿La doctora McBride tiene hijos?

—No… Estos serán sus hijos. Si conseguimos lanzarlos —respondió Kendra. Dio unos golpecitos a la tableta con un tajante dedo índice—. Parece que estamos de suerte. No detecto a nadie más en el edificio XO-Bot ahora mismo. Y el resto de edificios ya están blindados.

James notó una vibración en el brazo izquierdo, y agachó la vista hacia la pantalla iluminada de su teléfono de pulsera. PAPÁ.

—Perdonad, tengo que cogerlo —musitó, y salió buscando cobertura al pasillo de fuera. Aunque sabía que eran poco más de las diez de la noche en California, sus padres rara vez se quedaban levantados hasta tan tarde. Y rara vez usaban el teléfono.

—¿Papá? ¿Qué pasa? ¿Cómo es que llamas tan tarde?

—James, ¿eres tú? —La voz de su padre sonaba ronca, apenas audible.

—Sí…

Hubo un silencio consternado al otro lado de la línea. Al imaginar a su padre acurrucado en la cocina a oscuras de su pequeña casa, James sintió que se le aceleraba el corazón. Algo andaba mal.

—¿Qué ha pasado?

—No quería llamarte estas horas. Tendría que haber esperado hasta mañana. Pero tu madre…

—¿Está enferma?

—Le diagnosticaron gripe. Hace unas semanas. Pensábamos que iba a mejor. Pero ahora, aunque no tiene fiebre, no para de toser. Y hay sangre…

—Papá. —James se derrumbó contra la pared gris hormigón del pasillo, sin fuerza en las extremidades, la mente desbocada—. Voy para allá. Llegaré tan pronto como pueda. Pero prométemelo: tienes que llevarla al hospital

ahora mismo. Que la conecten a un respirador. ¿Podrás hacerlo?

—Pero está demasiado enferma para moverse…

—Llama a una ambulancia.

—La llevaré en coche.

—No. Llama a una ambulancia. Y no olvides coger el teléfono. Te llamaré tan pronto como me ponga en camino.

James volvió a su despacho. Rudy y Kendra se habían ido, la pantalla de su ordenador estaba apagada. La desconectó y cogió la cajita blanca llena de antídoto. La guardó en su maletín y buscó su chaqueta.

Pronto sus piernas lo llevaban por el pasillo que iba a dar al vestíbulo principal, mientras su cabeza iba tachando la lista de terribles posibilidades. ¿Neumonía? ¿Cáncer de pulmón? Recordaba vagamente algo que había oído en las noticias del comedor a última hora de la tarde mientras esperaba a que el camarero robot le entregara su espresso: algo sobre una «gripe de la Costa Oeste». Pero fuera lo que fuese *esa* gripe, no podía ser la IC-NAN. No había llegado todavía ninguna noticia confirmada de la presencia de aislados de arqueobacterias positivas en Estados Unidos.

Lo único que sabía era que tenía que volver a casa.

17

MIENTRAS abandonaba en el autotaxi la estación de hiperloop de LAX y torcía al norte camino de Bakersfield, James pensó una vez más en Sara. Debería llamarla, al menos para decirle dónde estaba. De hecho, tenía que decírselo también a Kendra y a Rudy. Coger un vuelo en plena noche: ¿en qué estaba pensando? La mano derecha se le fue a la muñeca izquierda.

«Mierda.» Su teléfono de pulsera no estaba. Vio en su mente el control de seguridad del aeropuerto de Albuquerque, el pequeño dispositivo olvidado en la bandeja de efectos personales. Hurgó en su maletín, palpó el canto recto de la cajita de cartón. El antídoto. Al menos todavía tenía eso; el revestimiento que habían aplicado a los cartuchos había conseguido despistar a los bots de inspección.

Abrió cubierta del teléfono del asiento trasero, pero como de costumbre, la unidad había desaparecido: las compañías de taxis apenas daban abasto para hacer frente al vandalismo. Agotado, se recostó en el asiento. No había podido coger ningún vuelo que saliera de Albuquerque hasta las 3.20 de la madrugada. Había intentado llamar a su padre antes de conseguir un asiento en un vuelo nocturno y cruzar apresurado el control de seguridad del aeropuerto. Pero no se lo había cogido. Y ahora no había manera de contactar con él, ni con él ni con nadie.

Se despertó cuando el taxi sin chofer cogía ya su salida. Cuando el vehículo giró por una calle lateral, James distinguió el cartel del Hospital General de Bakersfield. Pero la entrada del edificio quedaba prácticamente oculta tras la enorme multitud reunida en el aparcamiento.

—Déjame aquí —dijo.

Notó cómo aflojaba el cinturón del asiento al tiempo que el taxi se detenía obedientemente en el bordillo. En el respaldo del asiento que tenía delante, unas LED rojas detallaron el importe, y él acercó la tarjeta al lector.

—Gracias —dijo una voz robótica femenina.

James salió del taxi, y el aire plagado de polen de finales de primavera le picó en los ojos.

Aferró el maletín y cruzó a trompicones una maraña de arbustos camino de una enorme tienda de campaña blanca que bloqueaba la entrada de urgencias.

Dentro de la tienda, riadas de personas arrastraban los pies entre puestos improvisados, mientras enfermeras enguantadas tomaban medidas de pulsos y presiones; colocaban termoescáneres en los oídos; examinaban pieles, gargantas y ojos, e introducían frenéticamente anotaciones en sus portatabletas. James lanzó la vista por encima de sus cabezas gachas, buscando la habitual gorra de tweed de su padre. Bordeó la pared encorvado, y se abrió camino hasta la puerta doble que llevaba a urgencias. Pero dos hombres con uniformes caquis montaban guardia allí, con armas de fuego bien a la vista. La milicia estatal.

—Lo siento, señor. —Uno de los guardias se plantó delante de él y le impidió el paso—. Tiene que ponerse a la cola.

—Solo estoy buscando a mi padre.

El otro guardia lo escudriñó.

—¿Nombre?

—¿El mío? James Said.

El hombre asintió, y a continuación tecleó el nombre de James en su teléfono de pulsera. Se recolocó el casco y murmuró algo en su radio. Luego volvió a mirar a James.

—La doctora Grayson dice que no se mueva. Vendrá enseguida.

Grayson… ¿De qué le sonaba ese nombre? James examinó el aparcamiento. Había gente de todas las edades, aunque los mayores parecían los peor parados. Los celadores, escasos de sillas de ruedas, se veían obligados a ayudarlos cuando salían tambaleantes de sus coches aparcados. La mayoría tosían: una tos terrible, seca y violenta, que no producía nada. Le invadió un sudor frío y la mano se le fue al maletín, para palpar su antídoto.

—¿James?

Al volverse encontró a una mujer bajita y con gafas vestida con una bata blanca y un estetoscopio colgando del hombro.

—¿Roberta?

Conocía a Roberta desde hacía años, primero como amiga del instituto y luego como doctora de sus padres. Pero en aquel entonces era Robbie Waller. Le costó reconocer a esa mujer pálida con finos mechones canosos agitándose

a la brisa ligera.

—Tu padre me pidió que estuviésemos atentos por si venías —dijo jadeante, sin aliento.

—¿Dónde está?

—Hemos tenido que ingresarlo.

—¿Y mi madre?

La doctora apartó la mirada.

—En cuidados intensivos. Vamos. Te llevaré con tu padre.

Robbie le tendió una mascarilla azul de papel y se cubrió con otra nariz y boca. Luego dio media vuelta y fue abriéndole paso mientras cruzaban la puerta y esquivaban toda la flota de camillas que desfilaba al otro lado.

—¿Qué está pasando? —preguntó James. Una pregunta absurda. De todos los que estaban allí, él era el único que tal vez supiese la respuesta.

Robbie le respondió por encima del hombro mientras seguían caminando por un largo pasillo.

—¿No te has enterado? —Apretó el paso cuando accedieron al fin a un pasillo más despejado—. Al principio tenía todas las características propias de una epidemia de gripe. La aplicación SaludBot de los CDC empezó a arder con notificaciones de los usuarios. Pero era raro. No había fiebre. El Departamento Estatal de Salud se puso a buscar vectores, intentando descubrir un patrón. Ha ocurrido todo en los últimos días. O al menos fue entonces cuando los pacientes empezaron a informar. Está muriendo gente, James. Y no solo en California. La aplicación está empezando a registrar muertes en Florida y también en Georgia. Te aviso: vamos a necesitar refuerzos, y pronto.

Torcieron a la derecha, por un pasillo estrecho y sin ventanas con barandillas a lo largo de la pared. A lado y lado, James vio el destello metálico de más camillas.

—James —dijo Robbie, con la voz amortiguada por la mascarilla—. Desde los CDC no nos dicen absolutamente nada. ¿Qué diablos…?

—No… No lo sé.

James sintió que se le revolvía el estómago. No mentía. No sabía qué era lo que estaba pasando en Atlanta. Pero si había llegado el momento —si esto era en efecto el principio del fin—, entonces los CDC solo se estaban ciñendo al plan que les habían ordenado seguir. Restringir los comunicados. Restringir las pérdidas. Evitar el pánico generalizado. Cruzar los dedos. Inspiró hondo,

agitado. «Calma. Mantén la calma.»

Sintió una sacudida cuando la voz de Sara resonó en su mente: «Igual he pillado esa gripe que corre por ahí…». Sara había pasado en California cuatro días enteros. ¿Era posible que hubiese entrado en contacto con lo que quiera que fuese esto? Su mente discurrió por los programas nocturnos que había ido viendo en el aeropuerto de Albuquerque entre cabezadas intermitentes. Anuncios de cremas analgésicas y suplementos dietéticos, noticias sobre las inundaciones en China central. Ni una sola mención a una epidemia de gripe, al menos no en Estados Unidos. Y por un instante, disfrutó de una pequeña ola de alivio. La IC-NAN no podía haber llegado aquí. No había recibido ningún mensaje del Departamento de Defensa.

Le dio un vuelvo el estómago. Todo formaba parte del plan para evitar que se extendiera el pánico: los federales bloquearían la cobertura informativa, en particular si sospechaban de un brote en el país. Y mientras tanto, la alarma segura del Departamento de Defensa debía de haber llegado a su teléfono abandonado. Se imaginaba el mensaje: **CÓDIGO ROJO. INSERTE CÓDIGO DE ACCESO DE TERMINAL AUTORIZADO PARA MÁS INSTRUCCIONES.**

Apretó los puños, tratando de recomponerse.

—No me he enterado de nada… —dijo.

Se detuvieron en seco junto a una de las camillas.

—Lo lamento —dijo Robbie—. No nos quedaban habitaciones. Pero puedes quedarte aquí con él todo el tiempo que quieras.

James bajó la mirada. La cara cenicienta de su padre apenas se diferenciaba del blanco nítido del acolchado de microfibra. Con mano temblorosa, Abdul Said se retiró la mascarilla de oxígeno.

James se inclinó adelante, atento a los monitores que controlaban los signos vitales de su padre. Sintió un calor que le subía por el cuello cuando se quitó también él la mascarilla. Entre los sonidos amortiguados de toses secas y pitidos de monitores, y el olor acre a desinfectante, hizo lo posible por crear un espacio que fuese solo de ellos dos.

—Hijo, cuánto me alegro… —Su padre tenía que hacer esfuerzos para hablar, resuellos sibilantes que sus pulmones torturados expulsaban a duras penas.

—¿No deberías dejarte la mascarilla puesta?

—Tengo algo que decirte.

—¿Sobre mamá? Robbie dice que está en cuidados intensivos…

—No…

Abdul se detuvo, una mirada distante ensombreció sus ojos oscuros mientras se le cerraban con un temblor de párpados. James esperó, y buscó con la mano el frágil apretón de su padre. Con cuidado, cogió la mascarilla de oxígeno y desenredó los tubos para volver a colocársela. Pero entonces su padre habló de nuevo, su voz más profunda.

—Creía que así estaba protegiendo. Quería que vivieses con libertad. Y tenía miedo de lo que pudiera ocurrir si te lo contaba. Pero un buen padre ha de tener la valentía de decir la verdad.

—¿La verdad?

—Escucha. —Abdul abrió los ojos, hizo un débil intento de incorporarse, impulsándose con las manos delgadas en las barandas de la camilla entre jadeos cortos y agitados—. Te dije que era huérfano, pero te mentí…

—Por favor, túmbate —insistió James. Mientras acomodaba de nuevo a su padre en el colchoncillo, notó como asomaban las vértebras de la columna del anciano—. Igual no es el momento…

Miró a su alrededor, se preguntó si alguien podría estar escuchando. Pero nadie les prestaba atención. Las personas del resto de camillas tosían sin tregua, el personal médico gravitaba con sus batas blancas sobre ellos como fantasmas impotentes.

Su padre le cogió de la mano.

—Mi madre murió cuando yo era muy pequeño. Pero tenía un padre, y dos hermanos. Mi hermano mayor, Farooq…

—¿Una familia?

—Sí.

—¿Y siguen…? ¿Quieres que los llame?

—Escucha —resolló Abdul—. Escucha. —James notó que se le tensaba la mandíbula cuando miró a su padre a los ojos—. Farooq… Andaba metido en asuntos feos… Armamento, atentados.

El grito de un celador pidiendo ayuda cortó el aire. James se acercó un poco más.

—¿Y tú?…

—¡No! —respondió Abdul con mirada sorprendida—. No. Nada de eso…

No hice más que ayudar a los americanos para que capturasen a mi hermano.

James le acarició el brazo.

—Hiciste lo que consideraste correcto.

—Los americanos me dijeron que solo necesitaban información que los ayudase encontrar al hombre que lideraba la célula. Me prometieron que nadie de mi familia sufriría ningún daño. Y yo les creí.

—¿Te mintieron?

—Tan pronto les di la información que querían, mataron a mi hermano. —Las palabras quedaron suspendidas en el aire, habitando el espacio entre ellos —. Tenía hijos. Esposa.

—Papá… Lo siento…

—Los americanos me dijeron que si quería su protección tenía que venir a Estados Unidos. Les hice prometer que podría traer a tu madre conmigo. Y accedieron, si me quedaba callado.

James contempló la cara de su padre. Había algo más, lo sabía.

—¿Y qué pasó con tu padre? ¿Y con tu hermano pequeño?

—Muertos. Los mataron. Conseguí que los mataran a todos.

James alargó la mano para acariciar el fino pelo gris de su padre. Con delicadeza, le colocó de nuevo la mascarilla.

—Papá, no fue culpa tuya.

El anciano buscó un momento a tientas, palpando el borde de la camilla hasta que su mano encontró la bolsa de plástico del hospital que contenía sus pertenencias. Con lentitud, sacó un grueso libro con símbolos dorados gofrados en las cubiertas. Se quitó una vez más la mascarilla.

—Un regalo de tu madre —murmuró—. Que Alá la tenga en su gloria.

James lo cogió, sosteniendo el lomo con la mano derecha, la superficie de cuero cálida como la piel de una criatura viva. Acarició las páginas dedicadas, cenefas multicolores enmarcaban los cuidados caracteres árabes. El Corán. Miró a su padre.

—¿En su gloria?… ¿Mamá está…?

Notó la mano de su padre, sorprendentemente fuerte, estrechándole el brazo.

—Hijo mío —dijo Abdul—. Tú nos diste un futuro en nuestro nuevo hogar, un motivo para seguir adelante. Pero nosotros no te dimos nunca tu pasado. Todo niño tiene derecho a saber de dónde viene.

James puso la mano sobre la mano de su padre.

—Yo la cuidaré —dijo—. Yo encontraré a mamá.

Cuando guardó con cuidado el libro en su maletín, rozó con los dedos la punta de la cajita de cartón: la cura en cartuchos dorados. Solo que no era una cura. No era más que una medida profiláctica, y una cuya eficacia estaba todavía en duda. Respiró hondo, con los miembros entumecidos. Tenía los pulmones todavía despejados, nada de tos. Pero estaba empezando a comprenderlo: ya no necesitaba ningún Código Rojo de Washington. Para todos los que estaban ahí, y para un número incontable por venir, era ya demasiado tarde. Su padre había cargado con una montaña de culpa, y durante muchísimos años. Pero ¿y esto? La culpa con la que cargaría él era mucho peor. Se había propuesto salvar el mundo, pero no había conseguido salvar a su padre. No había conseguido salvar a nadie.

18

RICK se sentó encorvado en la silla del despacho de Rose, con los ojos pegados a la pantalla del ordenador, esperando a que empezase la reunión programada en Washington.

No había salido del Presidio desde la llamada de Blankenship la tarde anterior, y solo se había permitido hacer él mismo una llamada: a Rudy, en Los Álamos. Una vez se hubo asegurado de que el doctor Garza estaba en lugar seguro y de se quedaría allí para tener vigilados los embriones Gen5, no se había alejado de la línea segura de Rose, aguardando noticias de Washington. Había dormido a ratos en su pequeño diván, permitiéndose nada más que breves «biopausas», y luego se había mantenido ocupado pidiendo actualizaciones al equipo del Presidio sobre la situación de confinamiento. Se habían almacenado las últimas municiones en el antiguo hangar que había junto a Crissy Field. El perímetro estaba seguro. Al fin, a última hora de la mañana, había aparecido en su teléfono de pulsera un críptico mensaje: **REU 16.00 h.**

Sus anuncios ante el destacamento del Presidio el día anterior habían parecido prematuros. Por «motivos que se comunicarán cuando sea necesario», el confinamiento armado del Presidio se estaba llevando a cabo por «abundante cautela», les había asegurado. Y por lo que él sabía en aquel momento, era cierto: la acción, como todas las que se habían tomado en las bases estadounidenses repartidas por el mundo, se habían ordenado sobre la base, únicamente, de las predicciones más pesimistas sobre la propagación de las arqueobacterias infecciosas, no de cifras reales. Ni tampoco del ciberataque contra Fort Detrick, que era todavía alto secreto.

Pero, por descontado, el ciberataque era por sí solo un desastre que justificaba el estado de alerta militar. Para que los rusos o sus agentes extranjeros se expusieran a tal extremo, tenía que haber una causa de peso. ¿Por qué si no habrían actuado tan decididos a la hora de hacerse con información de inteligencia de esos archivos? ¿Habrían aislado la IC-NAN de un brote en suelo ruso, como sugería Sam Lowicki? ¿Habrían conseguido de

algún modo hacer ingeniería inversa, averiguar su origen? La especificidad del hackeo era inquietante… ¿Cómo habían sabido a qué archivos apuntar en Fort Detrick? Lo más probable es que hubiese un topo, alguien infiltrado que les proporcionaba la información desde dentro… Rick intentó en vano controlar sus pensamientos. No servía de nada sacar conclusiones precipitadas.

Pero ahora, incluso sin el hackeo, empezaba a pensar que el confinamiento de la base llegaba casi demasiado tarde. Los teletipos que cruzaban disparados la parte inferior de la pantalla de Rose lo decían todo: «Gripe mortal azota California», «Los médicos, desbordados ante la ola de víctimas de la gripe en los hospitales». En los vídeos aparecían coches aparcando frente al hospital Bay Area, gente conectada a bombonas de oxígeno, gente tumbada en camillas. Por la ventana del despacho de Rose, continuaba llegando sin cesar el quejido de las sirenas, llevado por el viento. Y los hombres alistados en el Presidio habían empezado a hablar de un pánico creciente en las calles de la ciudad, de gente que vaciaba las estanterías de los supermercados y compraba reservas de agua embotellada. Y para empeorar las cosas, el gobernador de California había cancelado todos los vuelos que entraban y salían del Estado. Rick recordó las noticias que habían llegado de Tokio justo el día antes, reporteros tosiendo sobre sus micros mientras una masa de peatones con mascarilla inundaba las calles… No podía seguir negándolo. Era real. Era la IC-NAN.

De pronto, los vídeos se apagaron. El centro de la pantalla se iluminó, y él entornó los ojos al tiempo que movía la mano en un círculo para ajustar el brillo. Una única palabra, **URGENTE**, apareció en grandes letras rojas, seguida de **CÓDIGO ROJO**. Los dos mensajes se iban turnando, cada uno unos segundos. En ese momento, vibró sobre la mesa el teléfono de Rose.

—General, introduzca su código de acceso personal en el ordenador de la doctora McBride. —Era Blankenship—. Espere. —Se oyó un clic, y la conexión se cortó.

Había memorizado el código, una antigua costumbre del frente. Despacio y con cuidado, lo tecleó en la pantalla de Rose. Luego apoyó la espalda en la silla, con las manos temblando. Código rojo.

En la pantalla, apareció una sala larga y estrecha. Tardó un momento en comprender qué era lo que tenía delante. Era un lugar que solo había visto en

pantalla, un lugar que nunca había pisado: la Sala de Crisis del Gobierno. Atónito, Rick vio como el presidente Gerald Stone se instalaba en un asiento en la otra punta.

El presidente echó un rápido vistazo a una tableta antes de colocarla cuidadosamente a un lado. La luz del techo rebotó en los cristales de sus gafas de lectura cuando se las quitó con gesto lento.

—Señoras, caballeros —dijo; su voz, una calma calculada—. En primer lugar, querría agradecerles a todos sus servicios. La suya ha sido una misión difícil, y la han llevado a cabo de un modo admirable.

Desde algún punto de la sala, se oyó el golpe sordo y amortiguado de algo cayendo al suelo, el «perdón» sofocado de alguien recogiendo nerviosamente lo que quiera que fuese.

—Sin embargo, como saben algunos de ustedes, las cosas están llegando a un punto crítico. Hemos identificado a la IC-NAN en el origen de la presunta gripe de la Costa Oeste. Y tenemos también casos confirmados en el sureste.

La sala se oscureció, y en la pared de detrás del presidente apareció un mapa de Estados Unidos en el que se mostraban las regiones del país que se creían afectadas.

—Hemos confirmado también los brotes en Rusia, algunas regiones de Europa, China, Japón, Oriente Próximo. Y, por supuesto, Asia meridional. Cerca del… ehm, despliegue inicial. —El mapa se amplió, y mostró unas notas de rojo que crecían como manchas de sangre—. En este punto, creemos que es solo cuestión de tiempo que todo Estados Unidos se vea afectado.

El presidente guardó silencio un momento, su profunda inspiración hizo vibrar la línea.

—Hemos declarado el Código Rojo. Y hemos tenido que tomar algunas decisiones complicadas. Como saben, nuestro suministro de antídoto es limitado. La producción en adelante se centrará en abastecer a las personas incluidas ya en el protocolo, así como a una lista de otras ochenta y cuatro que se han considerado esenciales en este momento. —La mirada del presidente barrió la sala—. Por supuesto, todos ustedes están incluidos.

Rick se agarró con ambas manos a los bordes de su asiento, obligando al dolor de su pierna a remitir mientras escudriñaba la imagen en busca de Rose. No se la veía por ninguna parte. En la pantalla, se alzaron algunas manos.

—¿Qué pasa con el resto de países, señor? —preguntó una voz femenina

desde algún punto de la sala. No era Rose.

El presidente bajó la mirada.

—Hemos facilitado la secuencia del antídoto a la OMS. Están instalando laboratorios satélites en ubicaciones seguras por todo el planeta. Empezarán a producir dosis lo más rápido posible.

Rick clavó los ojos en la pantalla. El presidente sabía de sobra cuánto se tardaría en implantar la producción de antídoto viable. Rick había insistido con toda la contundencia posible en la transparencia, en alguna forma controlada de compartir la información con las organizaciones sanitarias de otros países. Pero, por supuesto, habían ignorado sus ruegos. Y ahora no había tiempo suficiente para que el resto de laboratorios lograran establecerse. Su mente acudió al lugar al que estaba entrenada a ir en las emergencias. Era el momento de pasar desapercibido, y… Con la cabeza dándole vueltas, se inclinó adelante.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—¿Sí, general?

—¿Qué pasa con Los Álamos?

—¿Con Nuevo Amanecer?

—Sí.

El presidente inspiró lentamente, y luego miró a un lado.

—¿Joe?

—Hemos sabido siempre que los bots eran una posibilidad remota, Rick —respondió la voz grave de Blankenship—. Ahora no podemos apartar los ojos del objetivo. El antídoto es lo único que importa.

—Como sabe, general Blevins —retomó el presidente—, en Los Álamos solo hay tres miembros del personal con acceso al antídoto en estos momentos. El doctor Said, el doctor Jenkins y el teniente MacDonald. Son todos ellos elementos muy valiosos. Necesitamos que los convoque de nuevo en Fort Detrick para colaborar en el esfuerzo de producción. Y, por supuesto, el doctor Garza sigue en Los Álamos. Tendrá que volver con ellos.

Pero Rick no lo estaba escuchando. Sus pensamientos estaban con Rose.

—¿Y qué pasa con Fort Detrick? —preguntó—. ¿Qué sabemos del ciberataque? ¿Había un topo?

—Estamos en ello, Rick —respondió Blankenship tajantemente.

—No hemos determinado todavía si había un topo —dijo una mujer

delgada con gafas grandes que estaba sentada a un lado de la sala—. Pero hemos sorteado el hackeo. Estamos depurando los sistemas tan rápido como nos es posible, y creemos haber cerrado todas las trampillas.

Rick se esforzó por mantener la calma en su voz.

—Entiendo que la capitana McBride no va a volver al Presidio.

—No —respondió Blankenship—. Y tampoco vamos a enviar reemplazo. Necesitaremos que ponga al mando al oficial inmediatamente inferior en rango.

—Pero él no tiene acceso al antídoto…

—Entendido. Dígale que el destacamento del Presidio tendrá que ayudar a mantener el orden en las calles en los próximos días. Nuestras bases en todo el mundo están todas en alerta ante posibles labores de ayuda civil.

Rick se recostó en la silla, agotado. Estaban encomendando al equipo del Presidio una última misión condenada al fracaso.

—¿Y yo?

—Necesitamos que coja un avión de vuelta.

—Pero se han cancelado los vuelos…

—Los nuestros no.

—Sí, señor.

Parpadeando a la luz del final de la tarde, Rick salió al porche delantero de la sede central del instituto. Los terrenos de Fort Scott, en su día abandonados por los militares, bullían ahora de hombres y mujeres de uniforme. Se acercó un joven oficial, hizo el saludo.

—Sargento —dijo Rick—. Necesito ir al campo de aviación federal lo antes posible.

—Sí, señor. Tengo un coche ahí detrás en Ralston.

Rick rodeó el edificio tras los pasos del joven, que lo condujo a un vehículo negro sin distintivos con las ventanillas tintadas.

—¿Podría llevarme primero al apartamento de la capitana McBride? —preguntó—. Me ha pedido que recoja algunos de sus efectos personales.

Estaba mintiendo, por supuesto, pero el sargento no se inmutó.

—Desde luego.

Rick se sentó en el asiento de atrás mientras, delante, el oficial introducía las coordenadas del edificio de apartamentos de Rose.

En la entrada de Lombard, dos guardias saludaron a su paso y el coche se internó en las calles de la ciudad. Mientras torcían a la izquierda para coger Lyon hacia el norte, Rick levantó la vista hacia las altas alambradas que los ingenieros habían levantado en torno al perímetro del antiguo Presidio. El coche giró a la derecha por Francisco Street, y luego a la izquierda por Divisadero, detrás de la enésima ambulancia camino del norte.

Había dado instrucciones al segundo de Rose, un joven capitán recién salido de West Point, de que se preparase para lo peor. Pero el oficial que llevaba dentro quiso aun así evaluar el estado de alerta de los soldados a su cargo.

—Los ATS tienen el día ajetreado —dijo.

—Sí, señor —respondió el sargento—. Esta cosa desde luego está desatando el pánico. Dicen que es gripe, pero no se parece a ninguna gripe que yo haya visto nunca. Mi madre vive en Los Ángeles… Esta mañana ha tenido que ir a urgencias. —El oficial calló un momento—. ¿Señor?

—¿Sí, sargento?

—¿Dónde está la capitana McBride?

Rick se quedó mirando el cogote del joven, el pelo cortado al rape, su mandíbula cuadrada. Luego volvió la vista a la calle, llena de movimiento. No estaban preparados: nunca podrían estarlo. Lo más probable era que jamás volviese a ver este lugar, y si lo volvía a ver, no sería el mismo.

—La han convocado en Washington —dijo—, para una reunión.

Lo dejó ahí, y el sargento no insistió más.

El coche giró a la derecha por North Point y avanzó unos cuantos portales antes de detenerse junto al bordillo.

—Espéreme aquí —dijo Rick—. Bajo enseguida.

Subió con dificultad las escaleras hasta el apartamento de Rose en la segunda planta, sacó la llave del bolsillo y entró. Las sábanas estaban todavía tiradas por el suelo tras las prisas de la mañana anterior. Las recogió distraído, y percibió el olor de Rose al dejarlas de nuevo sobre la cama.

Encontró su maleta en una silla cerca del armario y metió en ella sus pocas pertenencias. En realidad, no había motivo para venir. Era solo que lo necesitaba: solazarse por última vez en la manera en que fueron una vez las cosas. Al otro lado del cuarto, una voz apenas audible hablaba desde la pantalla de vídeo acoplada a la pared. Alargó la mano para apagarla, pero se

detuvo antes de hacerlo.

—Recibimos noticias de una explosión en el centro de Maryland —decía la joven en la pantalla. Rick subió el volumen—. Las fuentes confirman el avistamiento de aviones de vigilancia militar sobre la zona, que como es sabido alberga diversas instalaciones del Ejército. Un momento. Nos confirman que la zona ha sido bombardeada. El objetivo sería al parecer Fort Detrick, una instalación en la que el Ejército de Estados Unidos lleva a cabo investigaciones médicas.

Rick clavó los ojos en la pantalla mientras la imagen saltaba a una sala de redacción en Nueva York, un reportero, su cabeza rodeada de teletipos informando.

—Después de la explosión inicial en Fort Detrick, otras muchas han sacudido la zona de Washington D. C. Fuentes sin confirmar informan de atentados contra el Pentágono y contra un complejo de edificios próximo a Bethesda, Maryland. Desde la base de las Fuerzas Aéreas de Andrews se han lanzado misiles antibalísticos con el fin de interceptar lo que parecen ser mísiles enemigos ya en rumbo. Se ha indicado a todos los civiles de la región que se pongan a cubierto. La capital está siendo atacada. Repito, la capital está siendo atacada.

El zumbido de su teléfono de pulsera sobresaltó a Rick. Miró la pantalla. **ROSE.** Dejó la maleta y pulsó «responder».

—¿Rose? ¿Eres tú?

—Rick… —Apenas podía oír su voz.

—¿Dónde estás? ¿Qué está pasando?

—… Detrick. No hay cobertura… hablar mucho.

—¿Sigue el bombardeo? ¿Puedes salir de ahí?

—El director dice que vienes para acá…

—Sí.

—¡No vengas…! —Rick oyó una cacofonía de voces al fondo. Aunque costaba distinguir sus palabras, daba la sensación de que Rose estaba gritando al teléfono—… preparados aún.

—¿El qué? ¿Qué es lo que no está preparado aún? —Silencio—. ¿Rose? ¿Estás ahí?

—… hay que lanzar los Gen5…Código Negro.

—¿Rose? ¡Rose!

—… siento. Sé que me salté el procedimiento… protocolo especial… Díselo a Kendra… no podemos perder a los bebés.

La línea se cortó.

Rick giró sobre sus talones, salió hacia el corredor y bajó cojeando los escalones hasta la calle. Abrió a toda prisa la puerta trasera del coche y se metió dentro.

—Cambio de planes. Comuníquese con el campo de aviación. Dígales que necesito ir a Los Álamos.

Mientras se instalaba en el asiento trasero, notó que algo se le clavaba en la cadera. Buscó en el bolsillo y sacó el collar: la figurilla plateada de la mujer parecía lista para alzar el vuelo.

19

JAMES se dio la vuelta, haciendo esfuerzos por orientarse. Una hilera de luces LED arriba en el techo se reflejaba en la baranda de la camilla que había junto a su cama.

—James. —Era Robbie, moviéndole suavemente el brazo—. Lo siento. Tu padre nos ha dejado.

James se levantó, apoyando las manos en la baranda. Miró a la cara de Abdul, en paz —Gracias.

Le volvió todo. La expresión serena de su madre, la palabra **FALLECIDA** en el display sobre la cabecera de su cama. Los llevarían al crematorio allí mismo. Se preguntó vagamente si era eso lo que habrían querido. ¿Interferiría con alguna clase de prohibición religiosa? Negó con la cabeza. No sabría nunca la verdad. Se había quedado solo con las preguntas, y nadie que las respondiera.

—James —dijo Robbie—, si todavía te encuentras bien, tienes que irte. Corren rumores de que nos van a poner en cuarentena. No podrá salir nadie.

—¿Y qué pasa contigo?

Robbie fingió un saludo militar.

—El deber me llama —dijo con una irónica sonrisa.

Mientras se despedían en una salida lateral, James se fijó en los ojos de su amiga, enrojecidos por la falta de sueño. No tenía buen aspecto.

—Robbie —le dijo—, gracias por cuidar de ellos.

La doctora dio media vuelta y regresó adentro, tosiendo ligeramente en el codo.

Apenas acababa de salir el sol, pero el aparcamiento seguía abarrotado. Sorteó la flota de unidades móviles que bloqueaban ahora la entrada principal del hospital, y se dirigió hacia una fila de autotaxis que aguardaban en la calzada. Oyó a los reporteros plañéndose en sus micros cuando pasó apresurado por su lado. No tenía sentido ir al aeropuerto: el gobernador había decretado el estado de emergencia y todo el tráfico aéreo no esencial estaba cancelado. Pero ¿de qué hablaban? Se detuvo a escuchar: algo sobre un

bombardeo en Washington… Miró a la reportera, la cara transfigurada mientras ponía a sus oyentes al corriente de la última tragedia. Mientras esperaba con su padre a que llegase el final, y acababa sucumbiendo al sueño, el mundo exterior se había trastocado por completo.

De pronto divisó algo al otro lado del aparcamiento: el coche de su padre. Recordó la voz de Abdul al teléfono, dos noches y toda una vida atrás: «La llevaré en coche». Con todo aquel tumulto, sin duda no había podido conseguir una ambulancia.

Buscó en la bolsa que le había dado Robbie con los efectos personales de sus padres y encontró la llave remota. Echó a correr hacia el viejo coche eléctrico de su padre, desenchufó el cargador y luego abrió la puerta de un tirón y se metió en el asiento delantero. Sintiéndose como un ladrón, colocó el coche en automático y lo programó para ir a Los Álamos.

No fue hasta que el coche alcanzó la autopista cuando James dejó de contener la respiración. Con mano temblorosa, tecleó el nombre de Sara en el teléfono del salpicadero de su padre.

—¿Domicilio? —preguntó una voz femenina.

—Los Álamos, Nuevo México. —La foto de Sara apareció en la pantalla, y él la pulsó. Oyó una serie de clics. El corazón le aporreaba las costillas mientras esperaba a que Sara lo cogiese.

—¿Diga? —respondió con voz suave, adormilada.

James dejó escapar un suspiro de alivio.

—¿Te he despertado?

—No. O sea, sí. No pasa nada. Estaba dando vueltas en la cama. Han cerrado el laboratorio, como sabes.

—Sí. —James se recostó en el respaldo duro del asiento del coche.

—Estaba intentando llamarte, de hecho.

—¿Ah, sí? —Cerró los ojos, visualizando una vez más su teléfono abandonado.

—Sí. La verdad es que tanto da que no pueda ir a trabajar… No… No me encuentro nada bien.

James se puso recto, el torrente de sangre que circulaba por sus oídos era casi ensordecedor.

—¿Qu… qué te pasa? ¿Tienes tos?

—James, ¿puedes escucharme? No te me pongas en plan médico…

James miró la autopista por el parabrisas. Estaba inquietantemente vacía para ser un lunes por la mañana. Parpadeó, puso orden en sus sensaciones. El neceser de afeitado. En él, Sara encontraría el antídoto. Uno de los cartuchos de prueba que le había dado Rudy, antes de que les diesen la orden de empezar a tomarlo. No lo había tocado.

—Sara —dijo—, ¿sabes ese neceser pequeño, azul, que tengo en tu apartamento?

—Sí…

—Lo dejé debajo del lavamanos.

—Vale…

—Necesito que cojas una cosa. Hay un cartuchito, como un inhalador. A un lado pone «C-343». Llámame cuando lo encuentres. Pero no a mi teléfono. Llámame a este número desde el que te estoy llamando ahora. ¿Harás eso por mí?

—¿De qué va esto?

—Es una medicina. La necesitas. Confía en mí. La necesitas.

—Pero… —Sara hizo una pausa, y James se descubrió atendiendo al sonido de su respiración, a cualquier atisbo de una obstrucción letal—. ¿Me confirmas que es seguro?

James aferró el volante, los nudillos se le pusieron blancos. ¿Seguro? Más seguro que nada, suponía. Él lo estaba tomando, y allí seguía, ¿no?

—¿Por qué no iba a ser seguro? —preguntó absurdamente.

—Porque… —respondió ella, con voz suave—. Estoy embarazada.

20

RICK marcó el número seguro de Kendra en el teléfono de a bordo. A pesar del caos en el campo de aviación federal, había sido más fácil de lo que imaginaba conseguir un vuelo a Los Álamos. Todos los vuelos a aeropuertos próximos a Washington, comerciales o militares, se habían desviado. Su piloto asignada, una rubia menuda con un marcado acento sureño, había accedido de buena gana a cambiar de destino.

Pero tras un sinfín de intentos, había desistido de volver a contactar con Rose. Se devanó los sesos, intentando encontrarle el sentido a lo que había dicho sobre los Gen5. Código Negro: el protocolo de lanzamiento que debía usarse para proteger a los bots en caso de una posible brecha en la seguridad. ¿Sabía algo? ¿Pesaba alguna amenaza sobre Los Álamos? Volvía una y otra vez a su última instrucción: «Díselo a Kendra».

La voz de Kendra apareció al otro lado de la línea, inusitadamente temblorosa.

—Aquí Jenkins…

—Kendra, aquí Rick Blevins. Doy por hecho que te has enterado…

—General… —Oyó un chasquido, como si estuviesen apartando algo. Y entonces su voz regresó, más fuerte—. Sí, nos hemos enterado. Por si el hackeo fuera poco, ahora tenemos Código Rojo. Eso por no mencionar los ataques con misiles. Estábamos en contacto con el Pentágono cuando empezó el bombardeo. Ahora no conseguimos localizar a nadie.

—¿Está todo el mundo ahí contigo ahora?

—Estamos Rudy, yo misma y Paul MacDonald.

—¿Y el doctor Said?

—James ha desaparecido. Recibió una llamada anoche, a eso de las veintitrés cero cero. Creíamos que podría haber sido usted… En fin, abandonó la instalación. Nadie sabe a dónde ha ido. Y tampoco responde a las llamadas.

Rick clavó los ojos en el teléfono. Said. El hackeo de Fort Detrick. Los rusos tenían vínculos conocidos con la célula de tráfico de armas de Karachi que había montado Farooq Said. Cinco años atrás, cuando aún estaba

trabajando en la acreditación de James Said que le permitiría trabajar con las NAN en Emory, habían detenido a varios miembros de una célula relacionada en Maryland. ¿Se había terminado equivocando, después de todo? ¿Lo había burlado James?

—Si aparece, quiero que lo detengan.

—¿Qué lo detengan? ¿Cómo…?

—MacDonald va armado, ¿no es así? Dile que esté preparado.

—Estoy segura de que no es necesario…

—Tú… hazlo, ¿de acuerdo? Si Said vuelve, llámame. Y si contacta contigo alguien más del Departamento de Defensa, redirígelos a este número. Entretanto…

Rick estaba jadeando. Por un momento, se quedó en blanco. Imaginó a las Madres, sus formas oscuras cerniéndose a lo largo de la pared del fondo de la nave de robótica.

—¿Entretanto…?

—¿Cuánto antídoto tenéis?

—Bastante para salir de apuros al menos tres meses.

—Bien. Podemos ponernos con eso cuando hayamos lanzado los Gen5.

—¿Lanzar los…? Pero si ni siquiera hemos terminado de chequear el último código…

—Escucha, estoy bastante seguro de que si no los lanzamos lo antes posible, no tendremos nunca oportunidad de hacerlo.

Hubo un silencio momentáneo al otro lado de la línea.

—¿Señor? ¿Nos van a atacar?

—Creo que tenemos que estar preparados para esa eventualidad, sí.

—Pero ¿por qué? La gente que hackeó Fort Detrick no tiene ni idea…

—Es posible que sí. —Rick apretó los puños, los nudillos blancos. Said. Said estaba ahora infiltrado en Los Álamos. Y pese a que el buen doctor no lo sabía todo acerca de los planes para los Gen5, sí sabía lo suficiente—. Tenemos que lanzarlos, y ha de hacerse bajo el protocolo de Código Negro.

Kendra soltó una exhalación.

—Código Negro… Haré lo que pueda para prepararlo. Pero, general…

—¿Sí?

—¿Dónde estará *usted?* ¿Dónde está ahora mismo? —La voz de Kendra temblaba de nuevo. Estaba empezando a entrar en pánico.

—Estoy yendo hacia allí. He tomado un avión que me llevará directo al condado de Los Álamos. Cogeré una moto y nos veremos en el laboratorio. Debería estar ahí antes de medianoche.

—De acuerdo. —Se oyó ahora un ruido de papeles, y Rick imaginó a Kendra despejando su zona de trabajo, preparándose para este nuevo reto—. Pero deberíamos contar también con la capitana McBride online… ¿Está todavía en el Presidio?

—No —dijo Rick—. La han convocado en Fort Detrick.

—¿En Detrick? Pero la esperaba aquí cualquier día de estos… —Una vez más la línea se quedó un momento en silencio. Y entonces Kendra se aclaró la garganta—. Oh… Lo siento mucho… ¿Sabemos?

—No he podido contactar con ella. Pero… sé que quiere que hagamos esto —dijo Rick.

Otro silencio. Una tos amortiguada.

—De acuerdo —respondió Kendra al fin—. Le tendré preparado un informe de evaluación para cuando llegué. Tendremos que discutir los riesgos de un lanzamiento en Código Negro. Y el estado de preparación de los Gen5 para un lanzamiento de estas características.

—Bien —respondió Rick.

Colgó la llamada y alcanzó una botella de agua. Desde la cabina, oyó toser a la piloto: un sonido seco, hueco.

—¿Todo bien por ahí?

La piloto se volvió en su asiento.

—Sí, señor. Debo de haber pillado esa gripe horrible.

Por la ventana, Rick no veía más que una capa plana de nubes que ensombrecían el suelo allá abajo. Pensó en sus opciones: si la piloto perdía el control, no estaba seguro de saber manejar ese aparato… La piloto tosió de nuevo.

—¿Señor? ¿Tenemos más en Maryland? No tiene sentido… ¿Por qué no nos movilizan?

Rick notó que una débil nausea le subía por la garganta. Si hubiese tiempo para una investigación, no le cabía duda de que descubrirían que los misiles utilizados eran compatibles con los sistemas de lanzamiento de los submarinos rusos SS-96. Si hubiese tiempo. El rato que estuvo mirando, la pantalla de vídeo del campo de aviación federal de Bay Area había mostrado

imágenes captadas por dron en las que se veían cazas rodeando los bosques de Maryland central, más explosiones en tierra, nubes de humo que ocultaban las ruinas ardientes a sus pies. Tenía que aceptarlo. Detrick había caído. Y lo más probable era que Rose también.

—Estoy seguro de que Andrews puede manejarlo —respondió.

De nuevo, imaginó los bots Gen5 aguardando pacientemente en su nave de Los Álamos, con las alas replegadas a la espalda. Tal vez Rose hubiese muerto. Pero seguía estando ahí, su esencia infundida en uno de los bots: un recipiente pensado para gestar a su hijo. Aun si era lo único que le quedaba de ella, haría todo lo que estuviese en su poder para defenderlo.

Acababan de dar las once de la noche cuando se detuvo delante del edificio. Kendra lo estaba esperando, desplomada en una silla de recepción. Rudy, explicó, estaba revisando las incubadoras, y Mac estaba comprobando los sistemas de los bots Gen5.

—¿Ha vuelto Said?

—No, y dado que nos dijo que los retuviésemos a punta de pistola, me alegro de que no haya aparecido. En serio, general, ¿podría compartir conmigo sus ideas sobre James?

—No hay nada seguro, pero creo que debemos interrogarle antes de dejar que intervenga en nada más.

Kendra le lanzó una mirada extraña y sacó su omnipresente tableta. Juntos, repasaron la lista de control de los Gen5.

—A diferencia de los Gen3, los bots Gen5 están codificados. Cada embrión está asignado a un bot específico —empezó a explicar Kendra.

—Correcto. —Esa era una de las muchas cosas que hacían especiales a los Gen5. Cada niño debía emparejarse con la «personalidad» instalada de su madre biológica: un elemento clave para el vínculo que compartirían.

—Por suerte, la doctora McBride nos envió la semana pasada la versión más reciente de los códigos. Nuestro equipo aquí estaba enfrascado depurando los códigos de personalidad cuando se produjo el hackeo de Fort Detrick y el general Blankenship ordenó el confinamiento. Pero desde su llamada, he podido seguir trabajando offline.

—¿Has encontrado algo?

—Nada que tenga fácil solución. Por descontado, no estoy en posición de

valorar el contenido específico de los archivos. Yo solo puedo evaluar su estructura, asegurarme de que los contenidos se cargarán por entero en el espacio correcto de la memoria. Y de que se ha aplicado el nivel apropiado de duplicación. Cosas así.

—Y ¿cuadra todo?

—La doctora McBride era muy meticulosa.

Rick se estremeció. Desde luego que era meticulosa. ¿Cuántas veces había mirado esos ojos imaginando los intrincados mecanismos de la mente que había tras ellos?

—¿Algo más?

—General, hay una cosa…

—¿Sí?

—Faltan por instalar las instrucciones temporizadas. El reloj está ahí, pero no se ha definido qué es lo que hay que hacer cuando termine el plazo.

Rick se llevó la mano a la frente. Se habían planteado dos escenarios para el lanzamiento de los Gen5. El mejor, el Protocolo Seguro, era el más parecido al utilizado en los experimentos realizados hasta el momento. Las Madres se quedarían en Los Álamos, o cerca de aquí. Si no sobrevivía nadie para intervenir, darían a luz y criarían a su descendencia en comunidad. Si sobrevivía alguien, los bots podrían desactivarse fácilmente para recuperar a los recién nacidos.

Pero no estaban en ese escenario. Este lanzamiento vendría dictado por los principios del Código Negro. Debido a los riesgos hacia la seguridad que habían hecho necesario ese tipo de lanzamiento, los Gen5 se trasladarían en modo sigiloso, con los láseres defensivos de a bordo armados. Para evitar ser detectados, se dispersarían por los desiertos del sur de Utah. Al principio, esto garantizaría que las criaturas a su cargo no se toparan todas con las mismas amenazas contra su existencia. Pero significaba también que los niños llevarían una vida solitaria en sus años formativos.

Había sido una conversación muy extraña con que acompañar el café y las tostadas, pero Rose les había dado mil vueltas a las ventajas y desventajas de esta crianza solitaria. Puede que fuese algo bueno, dijo, si el objetivo era que los niños acabasen procreando. «Los niños que se criasen juntos se verían más como hermanos y hermanas, no necesariamente como potenciales parejas.» Pero desde el punto de vista de la socialización humana, podría plantear

problemas. La socialización temprana recaería únicamente en las propias Madres: en las manos «suaves», las voces audibles, los rostros reconocibles y las personalidades únicas de las mujeres humanas cuyos bebés gestaban, en bases de datos desbordantes de información sobre la vida en el mundo antes de que fuesen creados, en una exhaustiva programación siguiendo el método socrático; en todos los elementos, en fin, que Rose había incorporado concienzudamente al Código Madre.

En último término, incluso bajo el Código Negro, era importante que los niños terminaran disponiendo de una forma de encontrarse unos a otros. Para lograr ese encuentro, cada Madre contenía un reloj que iría contando el tiempo hasta el momento en que el niño a su cargo cumpliera los seis años. En ese momento, la Madre debía seguir una serie de instrucciones que la conducirían a una ubicación segura y específica. Allí, suministros médicos, raciones de comida y alojamiento los estarían esperando. Allí, los niños podrían formar una comunidad. Con algo de suerte, puede que hubiese incluso supervivientes humanos bienintencionados, esperando a recibirlos.

Se habían programado los relojes. En el momento indicado, cada uno de los bots decidiría que la cuenta atrás había finalizado, que era hora de ponerse en marcha. Pero ¿hacia dónde? Rick recordó a Rose en su última reunión con Blankenship. ¿Hacía solo dos semanas? «Necesitamos las coordenadas de retorno del Código Negro, general», le había insistido ella, con la urgencia de su impaciencia ruborizándole las mejillas. «Si quiere que le diga lo que pienso, es muy sencillo —había respondido Blankenship—. Deberían volver aquí, a Langley. Pero al equipo de robótica no le gustan las probabilidades de llevar a cabo un vuelo tan largo. Me temo que el equipo está en tablas. —Llegó a sonreír mientras le lanzaba una de sus miradas aceradas—. Yo no me preocuparía demasiado por eso. La probabilidad de un Código Negro es extremadamente remota.»

Al final, no se había llegado a comunicar ninguna decisión.

—¿Cargo las coordenadas de Los Álamos? —preguntó Kendra.

—¿Cuánto se tardaría?

Kendra cerró los ojos, moviendo los labios en silencio. Rick esperó; aquella mujer bien pudiera ser ella misma un ordenador, su mente estaba siempre procesando rutinas.

—Ahora que el *software* de navegación ya está integrado, y dado que solo

quedo yo… al menos veinticuatro horas. Puede que más.

Rick golpeteó nerviosamente el escritorio con el índice. Un día. Puede que eso fuese un día demasiado tarde. El hackeo de Fort Detrick conduciría sin duda a Los Álamos, por medio de James Said. Pero había otra opción. El fallo seguro. Un recurso al que acudir para abortar la misión, en el caso de que resultara defectuosa o innecesaria.

—¿Tienen instalados los sensores de fallo seguro?

—Sí. —Kendra le lanzó una sonrisa.

—Y… si andamos cerca… podemos instalar una baliza para llamarlos donde quiera que necesitemos, una vez sepamos que es seguro hacerlo.

—Sí.

—Entonces no hay problema.

—No…

—¿Algo más?

—Una cosa más… Bajo el Código Negro, a no ser que podamos guiarlos con éxito, ni siquiera nosotros sabremos dónde están.

—¿No? ¿No hay señal GPS? ¿Nada?

—No había resuelto todavía el tema de la seguridad. Los almacenes de suministros serán nuestra mejor pista…

—Almacenes de suministro. Sí. ¿Ya están instalados?

—Quedaron terminados hace unos meses. A los equipos les dijimos que formaban parte de un campo de entrenamiento táctico para el combate en el desierto. En fin, los Gen5 están programados con las ubicaciones de los almacenes de suministros. Cabe esperar que los frecuenten cuando nazcan los niños. Hasta entonces, ahí en el desierto, serán como cincuenta agujas en un pajar. Agujas grandes, pero agujas al fin y al cabo.

—Los encontraremos —dijo Rick—. En cuanto sepamos que es seguro, los encontraremos.

Rick abrió los ojos y esperó a que enfocaran. Se pasó la lengua por el dorso de los dientes y tragó lo que parecía una bolita de algodón. Tenía el cuello agarrotado, el muñón de la pierna derecha asomaba por el borde del catre. Por todo alrededor estaba oscuro como boca de lobo. ¿Dónde estaba? Los Álamos. El edificio XO-Bot. Habían readaptado un complejo de pequeñas salas de reuniones para proveer de dormitorios provisionales a los que

contaban con acreditación especial.

Se estiró y busco a tientas la prótesis por el suelo. Se la acopló a toda prisa, soportando ese desagradable cosquilleo que le hacía saber que la prótesis tenía vida propia. Fue cojeando hasta la puerta y atravesó el pasillo que conducía al laboratorio de robótica. El pasillo, que acostumbraba a bullir de personal, ahora estaba vacío, igual que el laboratorio. Pero las puertas traseras de la nave estaban abiertas de par en par. Los Gen5 estaban ya fuera, las ventanas de sus escotillas reflejaban el sol del amanecer mientras Kendra caminaba arriba y abajo entre sus filas, con la mano derecha revoloteando por la tableta.

—¿Dónde está Rudy? —preguntó Rick.

—Está poniendo a punto las incubadoras.

Mac iba de bot en bot con una llave de torsión eléctrica en la mano.

—Algunas tuercas de las orugas no estaban ajustadas como es debido —murmuró—. De verdad que espero que estos cacharros estén listos…

—Tienen que estarlo —dijo Rick.

Rudy apareció a su espalda empujando un carrito, que encajó detrás de otros cuatro idénticos a él. Dentro de cajas acolchadas de contrachapado, iban unos recipientes de cristal grueso: las incubadoras.

—Los embriones ya están instalados —explicó—. Ya solo queda cargar las incubadoras en las Madres. —Se volvió a Rick—. General, ¿está usted seguro de que estamos haciendo lo correcto?

Rick lanzó una mirada a la formación de robots, con sus poderosos apéndices replegados contra los cuerpos redondeados. Ahí fuera al sol, le recordaron a pájaros gigantescos, preparados para una migración épica.

—Kendra dice que el *software* es sólido. Los Gen3 dieron a luz según lo planeado —respondió—. Y tú y yo seguimos vivos con este antídoto. Los Gen5 están todo lo preparados que es necesario.

—Pero la secuencia C-343 es nueva. No hemos hecho ensayos en los fetos…

En lo que esperaba que fuese un gesto tranquilizador, Rick apoyó la mano en el hombro de Rudy. Comprendía los riesgos, pero tenía en mente lo que Rose le había dicho: «No podemos perder a los bebés».

—Hay que lanzarlos —dijo—, y puede que esta sea nuestra única oportunidad… No tenemos ni idea de lo que saben esos hackers.

Kendra asintió, y dio media vuelta para seguir con su inspección mientras Mac y Rudy introducían cuidadosamente las incubadoras en las cápsulas fibrosas de las Madres y acoplaban los sensores y tubos de alimentación necesarios. Rick divisó una lata de pintura amarilla fosforescente junto a la puerta abierta. Cogió la lata en una mano y una gamuza en la otra, y examinó la multitud de bots, leyendo sus insignias, hasta que llegó al que estaba buscando. Se detuvo y trepó por sus orugas.

—¿Qué hace? —le preguntó Mac.

—Este es mío —dijo Rick, y pintó un dibujo amarillo brillante en el borde trasero del ala—. Rho-Z.

«Te seguiré la pista —pensó—. Lo prometo.»

Se estaba terminando ya la tarde, pero seguía haciendo buen tiempo. Rick estaba mareado. No había comido nada más que una MRE, una ración de combate compuesta de carne gris e insípida embutida en un paquete color hueso que había sido su menú cotidiano en el ejército, y que había hecho bajar con una cantimplora de agua antes de derrumbarse en el catre en la noche anterior. Esas eran las provisiones que quedaban en el cuartel de Los Álamos.

—¿Están preparadas? —le preguntó a Mac.

—Todo lo preparadas que van a poder estar —respondió Mac, y recogió su cuerpo larguirucho en una silla cerca del puesto de vigilancia, junto a las puertas.

—¡Pues pongámoslas en marcha! —anunció.

Desde un panel de control que Mac había acercado a las puertas de la nave, Kendra dio la orden. Las Madres cobraron vida lentamente, sus orugas echaron a rodar por el pavimento en dirección a la amplia pista de asfalto que había a un lado del edificio, y fueron formando a distancia suficiente unas de otras para extender las alas. Encorvada sobre el panel de control, con unos auriculares sujetos sobre su mata de pelo negro, Kendra no parecía reparar en aquel estruendo.

Apretando las manos contra las orejas, Rick siguió a las Madres. Se detuvieron y se hizo un silencio.

Y entonces, cincuenta pares de reactores arrancaron. Cincuenta pares de alas se desplegaron al tiempo que las Madres pivotaban adelante. Cincuenta bots emprendieron el ascenso, con los brazos pegados a los costados, las

orugas recogidas bajo el fuselaje, y sus siluetas ocultaron el sol.

Rick se pegó al muro del edificio, con los párpados apretados para evitar los remolinos de desechos. Los abrió a tiempo de ver a Mac corriendo hacia él con uno de los robustos teléfonos de laboratorio XO-Bot en la mano.

—… llamada de James Said… —gritaba.

—¿Qué? —Rick cogió el teléfono, pero por un momento se limitó a mirarlo.

—¡James Said! —respondió Mac—. ¡He creído que debía hablar con usted!

—Pero… —Rick se llevó el teléfono al oído, sin dejar de taparse el otro con la mano libre—. ¿Hola?

—¿General? Mac dice que debería hablar con usted. —Y sí que parecía la voz de Said, ese tono formal y austero que adoptaba siempre el doctor cuando se dirigía a él.

—¿Said? ¡Hable más alto!

—General, solo quería decirle que lo siento. —Ahora su voz le llegaba más clara; la cacofonía del despegue de las Madres se iba atenuando a medida que ganaban altitud.

—¿Que lo sientes? ¿Por contárselo a los rusos?

—¿Qué?

—Se lo contaste, ¿verdad? ¡Has estado detrás desde el principio! ¿Y lo único que se te ocurre decir es lo siento?

—General, no tengo ni idea de lo que está hablando. Yo solo quería reportarme, avisar a alguien de que estoy de camino.

Jake sintió como la mano que sujetaba el teléfono se quedaba sin fuerzas.

—¿De camino…?

—Tuve que coger un avión a California… Mis padres han muerto por la IC-NAN. Ahora voy en coche… Debería llegar a Los Álamos dentro de aproximadamente tres horas.

Jake sintió que se le cortaba la circulación, se le nubló la vista mientras recordaba las últimas palabras de Rose: «No están preparados…». Imaginó su cara, sus ojos, suplicantes. «No podemos perder a los bebés.»

—No están preparados —murmuró—. Oh, Dios mío… ¡No están preparados!

—¿Qué? —dijo la voz perpleja de James desde el teléfono mientras Rick

se lo devolvía a Mac atropelladamente.

Rick levantó la vista. Dos de los bots parecían flaquear, algo a la zaga de los demás. Pero estaban todos ya muy arriba, camino de la hilera de pinos que había al norte de los laboratorios. Estiró el cuello y vio la moto Zero FX, la que había cogido para llegar desde el aeropuerto del condado, aparcada allí cerca. El casco descansaba todavía sobre el asiento. Se lo colocó en la cabeza, se subió a la moto y activó el contacto. Sin pensarlo un segundo, salió tras las Madres.

Rick cruzó la entrada sur del recinto de los laboratorios a toda velocidad, esquivando por los pelos los bloqueos instalados ahí mientras maniobraba entre ellos y el bosque. Desde la Ruta 4, vio a las madres elevándose sobre el Valles Caldera. Pero mientras conducía por las peligrosas curvas cerradas que bordeaban los tributarios serpenteantes del rio Jemez, iba perdiendo de vista las relucientes máquinas durante minutos seguidos. Debía de circular fácilmente a 190 por hora. Pero él iba por tierra, y las Madres surcaban el cielo rápidamente sobre los árboles.

Cuando vio el pequeño desvío del que partía la Ruta Estatal 126 en dirección al oeste, lo cogió, sabiendo, aunque no le importó, que a partir de cierto punto no estaba asfaltada. Apenas era capaz de seguir con un ojo a los bots, que ahora atisbaba solo de vez en cuando sobre las copas de los altos pinos, sin salirse de la carretera llena de baches. Cerca del pueblecito de Cuba, dio gracias de ir a parar a la Ruta 550. Allí el terreno era árido y plano, salpicado solo por alguna que otra escorrentía o un cañón bajo. Los bots quedaban a su derecha, camino todavía del noroeste; la formación comenzaba a disgregarse. Los dos que antes iban rezagados habían alcanzado a los demás: al menos ya no conseguía diferenciarlos del resto.

Cuando se acercaba ya al pueblo abandonado de Bloomfield, torció al oeste por la 64 en dirección a Farmington y al margen este de la Nación Navajo. Una vez dejó atrás el pueblo de Shiprock, aceleró por aquel árido paisaje lunar que conformaba la esquina noroeste de Nuevo México. Intentó no pensar en los habitantes de aquellos pueblecitos. ¿Se estaban muriendo? ¿Estaban ya muertos? ¿O estarían de pie en sus porches, señalando el cielo crepuscular, temerosos de aquella extraña bandada de pájaros en lo alto?

La carretera giró al suroeste bordeando Comb Ridge, la gran elevación

navaja de arenisca que se extendía desde Kayenta, Arizona, hasta Utah. Arriba en el cielo, las Madres viraron al norte, planeando sobre los colosales monumentos rocosos que salpicaban el paisaje. Rick pisó el acelerador y se salió de la carretera. Pero no sirvió de nada. El terreno era demasiado accidentado para la moto, y tuvo que contemplar impotente cómo las Madres lo dejaban atrás. Demasiado tarde, vio un rebaño de ovejas caminando tranquilas frente a él. Dio un volantazo a la derecha y la moto salió disparada y se le escapó. Saltó instintivamente del asiento, y vio de reojo como su prótesis volaba por el cielo, tras la estela de las Madres.

Su cuerpo quedó tendido sin fuerzas. Cerró los ojos. En la oscuridad vio águilas, volando sobre tierras misteriosas…

Algo tapaba el sol. Oyó voces amortiguadas. Una cara tersa y bronceada apareció sobre él:

—… bien?

Notó como unas manos fuertes y expertas le recorrían el cuerpo, palpando bajo su ropa. Algo le abrazó el cuello, y lo depositaron muy despacio sobre una superficie plana y dura.

—¿Qué es aquello de ahí? ¡Traedlo!

Y al momento estaba flotando por el aire. Notó un tirón áspero, doloroso, en la espalda al tiempo que la oscuridad lo envolvía una vez más.

Rick se despertó en un cuartito de paredes blancas. Alguien canturreaba a su lado, una canción grave y gutural que sonaba al mismo tiempo triste y alegre. Notó un peso denso y gelatinoso sobre el pecho cuando trató de incorporarse. Levantó los brazos para quitárselo de encima, pero sus manos se cerraron sobre algo rectangular, plástico. Una mujer menuda y arrugada le puso suavemente la mano en el pecho mientras con la otra retiraba el objeto. Con cuidado, cogió la bolsa de encima de las sábanas y la colgó de un gancho que quedaba fuera de la vista de Rick.

—Lo siento —dijo ella—. Necesitaba usted un catéter.

Rick cerró los ojos, sucumbiendo a los amables cuidados de la mujer.

—¿Dónde estoy? —preguntó. Su propia voz, fina y débil, parecía llegar de la otra punta del cuarto.

—Está usted a salvo —aseguró la mujer.

—¿Quién…?

—Mi hijo William lo encontró.

—Pero ¿qué…?

Rick estaba volviendo en sí, le dolían todos los huesos del cuerpo. Intentó sentarse, pero la cabeza le daba vueltas, le palpitaba de dolor. De lado, vomitó sin poder evitarlo, mientras la mujer apoyaba la mano en la parte baja de su espalda, indicándole que se tranquilizase.

—Está usted deshidratado. Se ha torcido la espalda, y sin duda sufre una conmoción cerebral. Debe darse un tiempo para recuperarse —dijo la mujer —. Mi otro hijo, Edison, es médico. Él cuidará de usted.

Cuando despertó de nuevo, estaba envuelto en una suave manta blanca. Movió el cuello, forzándolo pese al dolor. Ahora estaba en otro sitio. En las paredes de este cuarto oscuro y rectangular, unas figuras toscas danzaban a la luz trémula de un pequeño fuego: dibujos de animales de cuatro patas, mujeres acunando criaturas, campesinos trabajando las tierras; la vida en un retablo. Más arriba, vio cenefas rectangulares, de color amarillo, y luego azul, y rojo, y blanco. Miró por lo que parecía un agujero en el techo, hacia la noche estrellada.

A sus oídos llegaba el sonido de una mujer cantando, canturreando, un sonido relajante que apaciguaba sus sentidos y acentuaba su conciencia. Era la misma canción, la canción del cuarto blanco.

—Ah, ¿ha vuelto usted con nosotros? —dijo la mujer, interrumpiendo su canción para hablar con él. Llevaba el pelo tensado en una trenza, la piel arrugada por las profundas arrugas de la edad. Lo observó con ojos penetrantes.

—¿Quién es usted? —preguntó Rick.

—Me llamo Talasi —respondió ella—. Y este es mi hijo William.

—¿Es usted un mensajero, parece? —preguntó una voz más profunda que brotaba de algún punto a su derecha.

Rick enfocó la vista con esfuerzo en un hombre curtido por el sol que vestía una camisa de algodón blanco y vaqueros azules.

La anciana se acercó. Sostenía entre los dedos delgados un pequeño objeto metálico; una mujer hecha de plata, con los brazos desplegados y engalanados de delicadas plumas plateadas.

—William encontró esto en su bolsillo —dijo—. Dígame, ¿por qué tiene usted el collar de mi hija?

21

JAMES dejó atrás con el coche su casa abandonada, tenía la mente puesta en el complejo de apartamentos de Sara. Había estado siguiendo durante horas las noticias en la pantalla de vídeo del coche: informaciones de una epidemia de gripe mortal que se propagaba como un reguero de pólvora de costa a costa; el ataque aéreo sobre Washington… Estados Unidos estaba en estado de sitio. Se había ordenado a todo el mundo que se pusiera a cubierto. James había conservado la esperanza de que, de algún modo, el corazón de su país siguiera intacto, que hubiese todavía gente sana escondida en esos edificios junto a los que pasaba. Pero mientras se abría paso entre los cúmulos de coches abandonados, no encontraba más que un inquietante vacío. Enfiló el camino de entrada del edificio de Sara, y se tomó un momento para contemplar la calle. Recordaba a los vecinos cuidando de sus jardines, niños jugando al atardecer. Ahora no había nadie.

Había hablado con Sara hacía horas, le había explicado cómo tomar el antídoto. Le había pedido que se quedase en su apartamento con las ventanas bajadas hasta que él llegase. Pero a lo largo del último tramo hacia Los Álamos, ella ya no había respondido sus llamadas.

Con el pulso aporreándole los oídos, subió corriendo los escalones del edificio e introdujo el código de cuatro dígitos en la puerta de Sara.

Dentro, lo recibió solo el silencio. Recorrió el apartamento casi a oscuras, y apoyó los dedos en la puerta del dormitorio. Se le paró el corazón. Las sábanas estaban revueltas, pero no veía a Sara por ninguna parte.

Entonces divisó un mechón de pelo castaño tendido sobre la almohada. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y alargó los dedos hacia su brazo.

—¿Eh? —murmuró ella.

James estuvo a punto de soltar un grito cuando Sara levantó la cabeza para mirarlo.

—Sara —susurró—, ¿estás bien?

—¿James?

—¡Oh, Sara…!

—Sí, estoy bien. Creo.

Se incorporó despacio, con los ojos vidriosos; sus dedos finos se ajustaron con cuidado el holgado camisón. Se aclaró la garganta, un sonido que hizo estremecerse a James.

—Te has tomado la medicación, ¿verdad?

—¿El inhalador? Sí, pero…

James le pegó el oído a la espalda, escuchó. Se oía solo un ligero estertor, en lo alto del pecho.

—Parece que está funcionando… —Se sentó a su lado en el borde de la cama, ignorando la expresión desconcertada de Sara—. Sara, sé que seguramente no te sientes con fuerzas, pero tenemos que llevarte al laboratorio.

—¿Al *laboratorio*?

—¿Has visto las noticias hoy?

Sara tenía la mirada vidriosa, los párpados enrojecidos.

—No… He estado… muy cansada.

James tragó saliva.

—Han pasado cosas. Te lo explicaré después. Pero estaremos mejor en el laboratorio. El aire en el edificio está filtrado… —Se interrumpió. Lo primero era lo primero—. Te lo contaré todo, te lo prometo. Solo necesito que confíes en mí ahora mismo.

La ayudó a vestirse y la acompañó afuera, hasta el coche, sosteniéndola por el codo. Mientras cruzaban el puente Omega en dirección a la entrada norte de laboratorio, se volvió a mirarla a la luz el salpicadero. Tenía los ojos cerrados, la piel amarillenta, sus manos diestras descansaban sin fuerzas en el regazo. James rezó por que sus dosis hubiesen llegado a tiempo.

Pero le preocupaba también otra cosa: Blevins. No había conseguido contactar con Kendra en su móvil y, por fin había llamado a la línea general de laboratorio, había descolgado Mac y le había pasado el teléfono directamente al general. Blevins estaba furioso, acusador, farfullaba cosas sin sentido. Pero cuando lo cogió de nuevo Mac, intentó explicarle:

—Sospechaba de ti, James —le había dicho Mac—. Creía que eras tú el que había dado el soplo a los rusos.

James supuso que ahora todo encajaba: la animosidad, ese escrutinio al que lo había sometido siempre. Blevins y los suyos estaban entrenados para

combatir el terrorismo. Y el tío de James había sido terrorista. Pero él no había llegado a saberlo: su padre se había llevado el secreto casi hasta la tumba.

Negó con la cabeza. No debería haberse marchado de Los Álamos sin informar a alguien de su paradero. Y ahora, la presencia de Sara no iba a poner las cosas más fáciles.

La robusta valla de la entrada impedía el paso, el puesto de guardia estaba abandonado. De nuevo, pulsó el número de Kendra.

—¿James? —Esta vez, Kendra respondió. Su tono era ansioso, pero al mismo tiempo aliviado.

—Sí. Estoy en la entrada norte. ¿Puedes abrir?

—Te abro.

La barrera se izó despacio. Mientras el coche seguía a toda prisa por Pajarito Road, con los faros abriendo un camino por entre la creciente oscuridad, el frescor de pino flotando en el aire, podría haber sido cualquier atardecer de finales de mayo. Pero ahora el aire era venenoso, se recordó James, o pronto lo sería: una sentencia de muerte para todo aquel que no estuviese dentro del protocolo. Cruzaron por detrás del edificio XO-Bot, torcieron a la derecha por una pequeña calle lateral y de nuevo a la derecha, hasta detenerse en el aparcamiento desierto.

Tras la puerta doble del compartimento estanco a la entrada del edificio, a la luz tenue del vestíbulo, los esperaba Kendra. Paul MacDonald, que llevaba en la mano algo largo y fino, estaba plantado a su lado. James ayudó a Sara a salir del coche, y juntos pasaron adentro.

—Hola, Kendra —dijo James. Pero Kendra los observaba en silencio, los ojos como platos—. Kendra, sé que esto es inesperado…

Atontada, con los párpados a media asta, Sara les brindó una sonrisa lánguida.

—Mac —dijo—. Kendra… ¿Cómo están las Madres?

James contempló el destello acerado del rifle de servicio de Mac mientras este bajaba el brazo.

—Vaya —dijo Mac, apartando el arma apresurado—. Esta sí que es buena.

SEGUNDA PARTE

22

FEBRERO DE 2054

RICK se despertó cuando una rendija de luz del alba se colaba ya por la ventanilla del carguero. Se tumbó de espaldas, y estiró su pierna truncada, disfrutando por un momento del tacto de la manta limpia y suave bajo su cuerpo. Se incorporó para echar un vistazo por la ventana al paisaje desolado, un amasijo de piedras levantadas y atravesadas por un profundo cañón seco.
El mundo que había conocido, daba la impresión, se había esfumado. Las cabinas de comunicación estaban desiertas. Nadie respondía las llamadas de radio y de teléfono. Las páginas web dejaron de funcionar cuando menguó el suministro eléctrico. Las fotos nocturnas vía satélite, imágenes en su día de ciudades y carreteras bulliciosas, se fueron apagando poco a poco. La plana mayor, allá en Washington, y sus enemigos extranjeros; los programadores y los hackers, los que habían lanzado los mortíferos misiles y los cazas que los habían interceptado: ya no quedaba ninguno de ellos. Se imaginaba los autotaxis esperando junto a los bordillos vacíos, bots de montaje construyendo y embalando electrodomésticos para casas ahora deshabitadas; bots de inspección aguardando a los pasajeros que nunca llegarían. A estas alturas, nueve meses después de la Epidemia, hasta esas trabajadoras máquinas debían de haber quedado en silencio.

Se sentó y tosió en el codo. No sonaba demasiado mal. Mejor. A lo largo de los últimos meses, había tenido que reconciliarse con sus nuevas limitaciones. El antídoto no era perfecto: según decía Rudy Garza, no podía revertir los daños causados antes de la primera toma; una exposición previa a la IC -NAN, puede que en alguno de sus muchos viajes a California, tal vez lo hubiese puesto en riesgo. En todo caso, por motivos aún sin explicar, parecía ser más susceptible que otros al ataque; tendría que protegerse a toda costa del aire nocivo de su antes afable planeta.

A tal fin, se había apropiado de uno de los dos cargueros aéreos que se guardaban en Los Álamos, y tenía que agradecerle a Mac que mantuviese este

en buenas condiciones, y que hubiese mejorado el sistema de filtración del aire. Ahora era su hogar, y le servía tanto de unidad móvil con la que viajar rápidamente, como de base terrestre estable. Y cuando salía de su pequeña burbuja, usaba una máscara con la que impedir cuanto fuese posible el paso de las arqueobacterias infectadas y sus NAN venenosas.

No se podía permitir el lujo de refugiarse dentro de los confines del edificio XO-Bot con el resto de supervivientes de Los Álamos, esperando y contemplando como el mundo exterior llegaba a su fin. Él tenía una misión: una misión que él mismo se había impuesto. Estaba decidido a enmendar el terrible error que había cometido: el lanzamiento preventivo de los bot Gen5 hacia el desierto. Tenían que encontrar a las Madres. Tenía que llevarlas de vuelta a casa.

Había creído que sería fácil encontrarlas, que Kendra podría llamarlas sin más, y que él lidiaría entonces con sus habilidades defensivas como fuese necesario. Pero Kendra se había equivocado con respecto a sus sensores de retorno. «No pensaba con claridad —dijo—. Sí que poseen sensores, pero cuando seleccionamos el Código Negro, el mecanismo quedó desactivado… Entiendo que el equipo de diseño quería evitar que un enemigo pudiese llamar a los bots.»

Y así, no le había quedado otra que peinar el vasto desierto, buscando a las Madres que había mandado marchar. En todos estos meses, solo había logrado localizar tres bots estrellados; sus fragmentos esparcidos por el desierto como desperdicios, las incubadoras destruidas. Ninguno de esos tres era Rho-Z. Pero cada uno de ellos era un recordatorio de su falta de previsión, de su propio fracaso frente a la presión.

Nunca había estado al mando en combate, pero había oído muchas historias: las malas decisiones que se tomaban bajo el fuego enemigo, los remordimientos, la culpa sin fin. Ahora debía cargar él con ello. Todo lo que había hecho aquel fatídico día en que lanzó a las Madres se había fundamentado en una fantasía creada en su mente confusa, forjada en caliente: la fantasía de que James Said era un terrorista.

Desde luego que cabían otras consideraciones, se decía a sí mismo. No tenía ni idea de lo que habían descubierto los hackers acerca de los Gen5, ni idea de las amenazas reales que pudiera haber. Sin duda, daba la sensación de que Rose había percibido el peligro. ¿Por qué si no habría mencionado el

Código Negro? No, con Said o sin Said, Rick habría tomado la misma decisión. Aun así, el balance de lo ocurrido aquel día dejaba patente que sus decisiones habían sido erradas. No habían llegado a atacar Los Álamos. Como esperaban con temor los pocos supervivientes del equipo de Nuevo Amanecer, al laboratorio XO-Bot no le había sucedido absolutamente nada.

Aún tenía que excusarse con el doctor; si bien a su regreso a Los Álamos, con Sara Khoti del brazo, los demás no habían dudado un segundo en disculpar la ausencia de Rick. Ahora James y Sara eran parte del equipo. Y era Rick el que debía ganarse de nuevo la confianza de todos.

Desde la ventana, divisó el humo de un campamento. Al menos no estaba solo ahí fuera. Desde que William Susquetewa lo había rescatado de aquella carretera de Kayenta y lo había llevado a las mesetas hopi, habían sido compañeros leales. Los hopi habían sufrido bajas graves, y William; su hermano, Edison, doctor formado en Phoenix, y su madre, Talasi, se contaban entre la escasa veintena de supervivientes hopi que seguían habitando las mesetas. Pero Rose había acertado en su esperanza de que algunas poblaciones pudieran presentar una inmunidad natural a la IC-NAN. Milagrosamente, unos pocos habían sobrevivido, y eran libres de respirar el aire.

Para William, su búsqueda se había convertido en la búsqueda de la hermana que había perdido: Nova, una mujer que los hopi creían que seguía viva y transformada en uno de sus Espíritus Plateados. William no necesitó más pruebas que el collar de su hermana y que Rick le asegurara que Nova había sido sin saberlo una de las participantes en el programa del que habían surgido las Madres.

Talasi, la mujer a la que todos llamaban «abuela», lo había llevado un paso más allá. Las Madres eran todas sagradas, había que velar por ellas. Para la mujer, los bot Gen5 eran la encarnación de la promesa de su marido: diosas con armadura que algún día regresarían a las mesetas y anunciarían el renacimiento de la humanidad. Rick no sabía si creía en esto. Pero quería creer.

Se ajustó la prótesis con una mueca por el desagradable dolor. Se preguntó si las Madres caídas que había encontrado habrían sentido algún dolor. No, eso era imposible. Y tampoco las Madres que seguían vagando por el desierto se detendrían nunca a considerar lo perdidas que estaban. Las habían

programado para ocultarse a la vista en los cañones y los barrancos, para proteger a su preciosa carga durante el proceso de incubación. Y si seguían todavía ahí fuera, estaban haciendo un trabajo admirable.

Ahora, una vez completado el periodo de incubación, y con el nacimiento de los Gen5 ya inminente, tenía la esperanza de que fuese más fácil localizarlas. Pero de nuevo, no sería tan fácil como Kendra había predicho. Ella había dado por hecho que, una vez tuviese lugar nacimiento, podrían seguir la pista de las Madres hasta las ubicaciones de los almacenes de suministros a los que migrarían de manera inevitable; dado que los bots tenían esas ubicaciones programadas, no tendría más que recuperar las coordenadas de los parámetros que se habían cargado. Pero, como pronto descubrió, las ubicaciones de los almacenes no formaban parte del archivo genérico, sino que la computadora de vuelo de cada una de las madres llevaba incorporado su propio conjunto de coordenadas: cuando dejaron Los Álamos, las coordenadas se fueron con ellas. Kendra no había conseguido descargarlas de los restos carbonizados de las computadoras de los tres bots que habían encontrado en el desierto. Y tampoco encontró registros de las ubicaciones en el ordenador central de Los Álamos: las unidades militares que habían construido los almacenes las habían guardado en lugar seguro, y Kendra no tenía ni idea de dónde se encontraban. Los exploradores de William habían buscado indicios de las torres de agua, y dejaban una cámara con sensor de movimientos cerca de cada una que encontraban a la espera de la llegada de una Madre. Pero hasta el momento solo se habían localizado trece de las setenta y seis que había, ninguna de ellas todavía ocupada.

La portezuela del piloto se abrió con un chirrido. Rick oyó un sonoro zumbido al tiempo que los ventiladores de presión positiva se ponían en marcha, ahogando casi la voz profunda de William.

—Rick…, hemos avistado algo al fondo del cañón. Edison va de camino.

En esa cueva abarrotada que era el despacho de Mac en Los Álamos, la mirada de James recorrió el arco del cuello de Sara, la curva grácil de su mandíbula. Frente a ellos, Kendra rebuscó entre una serie de menús en la pantalla del ordenador de Mac y seleccionó la fuente de datos BotView.

Como parte de los esfuerzos del Gobierno por recortar los costes energéticos a largo plazo, el edificio XO-Bot había sido capaz de sustentar

una vida autosuficiente, extrayendo y almacenando su propia energía desde su construcción veinte años atrás. Y pese a que la energía y el agua eran preciadísimo y había que controlar y ahorrar de todos modos, el edificio hacía un buen servicio a su pequeño grupo. Había sido un acierto que Nuevo Amanecer se alojara aquí, en una estructura equipada con enormes paneles solares y muros de almacenaje, ventilada por medio de un sistema autónomo de filtración del aire, con una pequeña depuradora por la que pasaba el agua bombeada de los pozos artesianos del cercano Valles Caldera.

James se concentró en la pantalla de Mac, donde una serie de campos vacíos esperaban a ser rellenados. Rick Blevins y su equipo de exploradores hopi, desplegados en el desierto de Utah, mantenían el contacto con Los Álamos a través de una conexión segura vía satélite de la Agencia de Seguridad Nacional. Horas antes, el general había llamado con noticias de un bot estrellado al fondo de un estrecho cañón, al este de un lugar llamado Escalante. El descenso era peligroso; según Blevins tal vez llevase un rato.

James alargó el brazo para coger a Sara de la mano. Durante los últimos nueve meses, había soportado suficiente dolor para toda una vida. A diferencia de Rudy, Kendra y Mac, a diferencia de Blevins y del propio James, ella no había podido asimilar con tiempo la realidad de perder todo y a todos. Ella misma había estado a punto de perderse.

Y había perdido a su bebé, al hijo de ambos. Puede que en el fondo fuese una bendición: su hijo era del mundo de antes, susceptible a esa peste que se había apoderado del mismo, y Sara estaba además demasiado débil para sobrellevar un embarazo. Pero era un dolor para el que ninguno de los dos estaba preparado. Habían enterrado al bebé en un pequeño terreno que se veía desde la ventana de su dormitorio en Los Álamos. «Pronto tendremos a los Gen5 —le había prometido a Sara—. Bebés perfectos, inmunes.» Pero desde entonces, la estampa de Sara contemplando por esa ventana todas las mañanas, con las manos entrelazadas en el regazo y el labio temblándole, era casi más de lo que podía soportar.

Pese a todo, habían sobrevivido. Rudy había instalado una planta de síntesis de C-3 43 en Los Álamos, una versión a pequeña escala de la que había quedado destruida en Fort Detrick. Con ella, eran capaces de producir antídoto suficiente para rellenar los inhaladores existentes. Una vez al día, los supervivientes de Los Álamos se administraban diligentemente su dosis. Y

había esperanza. La secuencia nueva que se había usado para el antídoto era la misma que llevaban incorporada los embriones Gen5. Si a los supervivientes les proporcionaba inmunidad a la IC-NAN sin efectos secundarios, tal vez los Gen5 podían contar también con ella. James echó un vistazo a la sala. Quizás fuese seguro, vivir ahí fuera, en el mundo. Pero con excepción del general, ninguno de ellos se había visto todavía preparado para hacer el experimento. Tal vez cuando los Gen5 hubiesen nacido…

Sus pensamientos vagaron hasta Talasi Susquetewa, esa anciana a la que Rick Blevins llamaba «abuela», y hasta el resto de hopis, que prosperaban todavía en esas tierras rigurosas que habían sido durante siglos el hogar de su tribu. A juzgar por lo que había sucedido cuando azotó la Epidemia, esa gente portaba un carácter que permitía activar por otro circuito la muerte celular programada. El gen de este circuito especial era, al parecer, recesivo: había que ser homocigoto, portar dos copias del gen recesivo para que este se expresara en la medida necesaria para la supervivencia. Talasi, cuyo marido, Albert, había muerto por causas naturales tres años atrás, era homocigota. Sus hijos, William y Edison, habían sobrevivido, pero Edison había perdido a su esposa y a dos de sus tres hijos en la Epidemia; solo su hija Millie seguía con él. La esposa de William y sus dos hijos, por su parte, habían sobrevivido todos. Ellos, junto con otras familias, conformarían el núcleo de una nueva estirpe hopi. La teoría de James sobre el ADN silenciado, sobre funciones heredadas que podían reactivarse cuando se las invocaba, había quedado probada con ellos.

Y no solo eso: aquella gente había resultado ser un regalo del cielo para los habitantes de Los Álamos. Expertos desde antiguo en vivir de lo que les daba la tierra, los hopi les proporcionaban comida abundante —maíz y cordero, ternera, alubias y calabaza—, todo cuidadosamente preparado y entregado a través de un compartimento estanco en el comedor del edificio XO-Bot. Pero por encima de todo, tal vez, representaban la esperanza de una cura para Sara, la única del grupo con una infección previa confirmada de IC-NAN. James y Rudy habían empezado a recoger células madre de los aspirados traqueales de solícitos donantes hopi, y a desarrollar métodos con que aislar y almacenar las más potentes. Era una posibilidad remota; en el mundo de antes de la Epidemia, otros experimentos similares para remediar daños pulmonares habían fracasado siempre, pero era una esperanza. Y ahora,

esperanza era lo único que tenían.

Lo sobresaltó un ruidoso chisporroteo cuando la voz de Blevins sonó, chirriante, por el altavoz de su izquierda. Oyó un grito, un inusual chillido de felicidad.

—Vale… ¡Tenemos una niñita!

El corazón estuvo a punto de salírsele por la garganta cuando imaginó al general con todo su equipo de protección, un astronauta en su propio planeta, con un teléfono vía satélite cogido en una mano robusta y una bebé en la otra.

Kendra encendió el micro:

—¿Viva?

—A duras penas —respondió la voz ronca del general.

James notó como Sara le apretaba la mano. Por el lado de Blevins, se oyeron gritos. Gracias a Dios, Edison estaba allí.

—Acceso a los registros neonatales —le susurró a Kendra.

—Conéctanos al módulo de control de los sistemas vitales —ordenó Kendra.

—¡Listo! —llegó la respuesta de Blevins.

Kendra se inclinó hacia el monitor y se puso a revisar frenéticamente los menús. Se detuvo en una de las líneas de salida: SATURACIÓN OXÍGENO BAJA FUERA DE RANGO. DISTRÉS PULMONAR.

James echó la espalda delante, aguzando la vista.

—La incubadora reventó. Se inició la reanimación, pero al parecer no ha funcionado…

A su lado, Sara contenía la respiración, y una lágrima le brotó del ojo. Después de lo que pareció una eternidad, una segunda voz asomó al teléfono.

—James, aquí Edison. La pequeña está bastante bien teniendo en cuenta el estado de la Madre. La cápsula resultó dañada al estrellarse y entró suficiente aire ambiente para mantenerla con vida, pero no se pudo completar la transferencia al nido. La bebé quedó atrapada dentro de la incubadora rota. Le hemos puesto un suplemento de oxígeno…

Echando a Kendra un lado, James se puso a ladrar órdenes, con el cerebro en piloto automático:

—Traedla al hospital lo antes posible. Y suministradle aire filtrado hasta que podamos examinarla, ¿de acuerdo?

Sara se había puesto de pie. Se apoyó contra la mesa, para no perder el

equilibrio.

—¿Edison? —dijo—. ¿Es… normal?

—Sí —fue la respuesta—. Es perfecta, Sara…Pero tiene las extremidades azuladas. Signos inequívocos de cianosis. Haremos todo lo que podamos.

23

CUANDO cerraba los ojos, Misha recordaba todavía la luz tenue de sus primeros años. En aquel mundo brumoso ella respiraba hondo, inspiraba el olor de la leña chisporroteante del fuego y la arena del desierto. A su alrededor, las voces reían y cantaban. Unas manos grandes la ayudaban a sujetar entre sus manos pequeñas botellas de leche dulce y zumo. Alguien la llevaba en brazos, arre arre, alguien la hacía saltar, hop hop, le contaba cuentos y le acariciaba el pelo. Las muñecas hechas de madera, tela y plumas danzaban por el aire.

—Mamá —dijo—. Mamá. —Su primera palabra.

Misha nunca se sentía sola. Nunca estaba sola. Mamá Sara estaba siempre ahí.

Misha tenía un padre que se llamaba James. Tenía una madre que se llamaba Sara. Tenía una gran familia, y la mayoría vivía en casas hechas de barro, madera y piedra, encaramadas a lo alto de una meseta.

La persona más vieja de su familia era la abuela. El hijo mayor de la abuela, el tío William, tenía el torso robusto, la piel morena y el pelo castaño oscuro, recogido en una pulcra coleta. A veces venía un hombre que se llamaba Rick, y William y el salían a «explorar». El resto del tiempo, el tío William lo pasaba cuidando el campo, llevando sus ovejas a pastar o sembrando maíz. El tío Edison, médico, era más alto y delgado. Llevaba unas gafas con la montura negra y el pelo negro siempre muy corto. Todas las mañanas iba con su furgoneta hasta el hospital, donde se ponía una bata blanca y llevaba un bloc de notas. Sus dos tíos tenían hijos. Y algunos de sus hijos tenían todavía más hijos. Pero ella, Misha, no tenía ni hermanos ni hermanas.

—¿Por qué no tengo un hermano? —preguntaba—. ¿Por qué no tengo una hermana?

—Tienes muchos hermanos y hermanas —dijo mamá—. Pero tú eres la única que hemos encontrado.

—¿Estáis buscando más?

—Sí, no dejamos de buscar. Mientras tanto, nos han bendecido contigo.

Mamá y papá dormían en una habitación especial en el hospital del tío Edison. La habitación tenía las puertas de cristal y un ventilador que hacía mucho ruido. Cada vez que mamá y papá salían, se ponían unas máscaras muy feas; para proteger sus pulmones del aire, decían. A Misha ssas máscaras le recordaban a los hombres que danzaban en las ceremonias hopi, cuando salían con sus rostros humanos escondidos y misteriosos de casa de la abuela, en la meseta.

—¿Por qué la abuela vive debajo de tierra? —preguntó Misha.

—Esa no es su casa de verdad —dijo mamá—. Es su *kiva*. El lugar al que va cuando está a punto de pasar algo importante.

—Pero ¿qué es lo que va a pasar?

Su madre sonrió.

—Aprende de la abuela —le mandó—. Escucha atentamente sus palabras. A veces, cuando dice una cosa, en el fondo está diciendo otra.

La abuela contaba historias sobre cosas malas, sobre las terribles Guerras del Agua de los años 2030, y sobre zoos en los que antes metían en jaulas a los animales salvajes. Pero también contaba cosas buenas: máquinas gigantes voladoras que transportaban a cientos de personas por el cielo, coches que se conducían solos y fotos que se mandaban a través de aparatos diminutos que te podías abrochar al brazo.

—¡Lo has visto todo! —dijo Misha.

—He visto muchas cosas —dijo la abuela—. Pero hay algo que aún estoy esperando ver.

—¿Qué es?

—Es un sueño que llevo conmigo —dijo la abuela—. Los Espíritus Plateados.

—¿Espíritus?

—Son las Madres de tu generación. Cuando vuelvan a casa con nosotros, iré a contárselo a mi marido.

—¿Tienes un marido? ¿Dónde está?

—Está esperando al pie de la meseta.

Luego, mientras paseaba por el borde de la meseta, Misha miró abajo, al lugar en el que el marido de la abuela debía de estar esperando. Pero como

siempre, vio solo un borrón. Mamá le había explicado que era porque no había tenido bastante oxígeno al nacer; sus ojos se habían quedado confundidos y no habían crecido correctamente. No podía más que imaginar los puntos de referencia de su hogar extendidos allí abajo, un patrón tejido hasta formar un hermoso manto.

Pero sí que oía el viento seco, rozando por entre las plumas de las águilas que planeaban en lo alto. Sí que oía los espíritus de los antiguos, levantándose como volutas de humo de las grietas de las rocas. Imaginaba a Masauwu, el Espíritu de la Muerte y Amo del Mundo De Arriba, con sus rasgos horripilantes retorcidos en una sonrisa benévola. Imaginaba a la sabia Abuela Araña, regañando a sus dos nietos juguetones mientras ellos corrían de aquí para allá jugando con sus palos de *nahoydadatsia* y su pelota de ante. Se agachó cerca de un risco y buscó a tientas ese juego de *pahos* de plumas que marcaba el lugar que, según le había dicho el tío William, era el rincón favorito del abuelo. Asomó la cabeza por el borde tan lejos como osó, y aguzó el oído para escuchar al marido de la abuela. Su voz subió flotando: —Misha —susurró—. Espera a los Espíritus Plateados.

Pero nunca conseguía verlo.

A medida que Misha crecía, mamá y papá la llevaban cada vez más a menudo a Los Álamos, un edificio grande de grandes ventanales. Era un lugar saludable, decían, pero estaba muy lejos. Para llegar tenían que ir volando en una aeronave que se llamaba carguero. En Los Álamos, Misha tenía un lugar especial, un cuarto con una ventana diminuta en una de las paredes, fotos coloridas en el resto y una cama blanda. Si se portaba bien, la dejaban hacer de científica en el laboratorio de papá y el tío Rudy. Jugaba a juegos en los ordenadores de la tía Kendra, con la nariz pegada a la pantalla brillante. Pero le tenía miedo a Paul MacDonald, ese hombre alto al que llamaban Mac; cada dos por tres aparecía de la nada, como un fantasma.

—Es solo que es tímido —dijo mamá—. No está acostumbrado a tratar con niños.

Un día, Misha supo que papá y mamá querían quedarse en Los Álamos para siempre.

—Lo siento, Misha —dijo mamá—. Ya no puedo respirar el aire de las mesetas, ni siquiera con el respirador.

—¿Y con la máscara?

—No, siquiera con la máscara. Y además tenemos trabajo que hacer allí. —Mamá le puso la palma de la mano en la cabeza—. Puedes quedarte en las mesetas sin nosotros, si es lo que quieres.

Pero no quería. Allá donde estuviesen papá y mamá, era su hogar. Pero al cabo de un tiempo, empezó a sentir algo distinto. Cada día que pasaba, la apartaban un poco más. Una puerta cerrada, una conversación en voz baja, una comida sin mamá.

—Lo sentimos —dijo papá—, pero no deberías estar siempre aquí, con nosotros. Tu lugar está ahí fuera, al sol, con tus amigos.

¿Era por algo que había hecho?

De vuelta en las mesetas, se quedó con su tío William y su mujer, la tía Loretta. Jugaba con sus nietos, Bertie y el pequeño Honovi. Aprendió a tejer canastos planos, y a hacer esas tortillas de maíz azul que tanto gustaban a mamá. Echaba de menos a papá y a mamá, pero tenía que aceptarlo: las cosas habían cambiado.

Justo después del octavo aniversario de Misha, papá y mamá fueron a visitarla. Mamá se le acercó; su cara apenas un borrón descolorido. A Misha le pareció notar ahí una tristeza, pero mamá no había venido con noticias tristes.

—Te hemos hecho unos ojos nuevos —dijo mamá.

—Ahora ya eres una niña grande —dijo papá—. Hará falta operar, pero creemos que estás preparada.

Mamá la besó en la frente, y a Misha le llegó el olor a limpio y a jabón de su larga melena.

—Pero ¿para qué necesito unos ojos nuevos? —pregunto Misha—. Ya veo lo suficiente.

—Con esos ojos nuevos podrás verlo todo, tendrás una vista de águila —dijo mamá.

—Pero ¿y si los ojos nuevos no funcionan?

—Funcionarán —dijo papá—. Te lo prometo.

La mirada de Misha saltó del uno al otro. Y cuando el tío Edison apareció detrás de ellos, lo único que vio en realidad fueron las monturas negras de sus gafas.

—Vale —dijo—. Probaré.

Cuando se despertó de la operación, algo le cubría los ojos. Al abrirlos, no vio más que tonos de gris. Gimoteó. ¿Había salido mal operación?

—¿Misha? ¿Estás despierta? —Era la voz de papá, que la tenía cogida de la mano—. ¿Qué pasa, cariño? ¿Duele?

—¿Dónde está mamá?

—Ahora no está. Luego volverá.

—¿Me han arreglado los ojos? No veo…

—Los tienes cubiertos de gasa. No deberías intentar abrirlos todavía. Necesitan tiempo para acostumbrarse a tu cabeza. —Papá soltó una risita, y Misha rio también—. Mi pequeña Misha. Mi soldadita valiente.

Pero Misha no sentía valiente. Aferró la mano de su padre. No quería que se volviese a marchar. Y necesitaba a su madre.

—¿Cuándo volverá mamá?

Papá tardó momento en responder, y cuando lo hizo, su voz sonó algo más débil que antes.

—A ella también la han operado.

—¿De los ojos?

—No, de los pulmones. Para ayudarla respirar mejor.

—¿Y entonces ya no necesitará la máscara?

—Creo que aún le hará falta. Ya veremos. Además, ahora se está recuperando. En cuanto te puedas quitar la gasa, te llevaré a verla.

Pero pasaron dos largos días con sus noches hasta que Misha sintió cómo unos dedos retiraban con cuidado las largas capas de vendaje. El gris se convirtió en blanco, y luego… los colores. Brillantes, nítidos. Demasiado nítidos. Cerró los párpados con fuerza.

—¡Au!

—Ten —dijo papá—. Póntelas.

Levantó las manos y palpó las gafas de sol que su padre le estaba deslizando tras las orejas.

—Son solo para bloquear un poco la luz. Hasta que tu cerebro lo haga por ti. Luego ya no las necesitarás más.

Abrió los ojos, y el rostro de su padre se enfocó. Llevaba la nariz y la boca cubiertas por la máscara, pero le veía los ojos, las arrugas profundas y las ojeras hundidas. Alcanzaba a ver cada poro en la piel áspera y rasposa de sus

pálidas mejillas. Al otro lado del cuarto, vio una ventana, y por la ventana, el sol deslumbrante; sus rayos se reflejaban en una jarra de agua colocada sobre una mesa brillante de metal. Todo eran ángulos, puntas, bordes rugosos. Dolor… Tragó saliva con esfuerzo.

—Lo sé —dijo papá—. Tardarás un tiempo en acostumbrarte.

—¿Podemos ir ya a ver a mamá? —murmuró Misha, cerrando los ojos—. Estoy preparada.

—Está dormida —dijo papá—. Ahora el doctor Edison te va a revisar la vista. En cuanto mamá se despierte te aviso.

Horas después, mientras Misha iba deslizando por la pantalla páginas de libros ilustrados, y asociando las letras —ahora de contornos nítidos— con las palabras y frases sencillas que su madre le había ido enseñando laboriosamente, papá volvió al fin.

—Mamá se ha despertado —dijo.

Misha agarró fuerte la mano de su padre, y recorrió con pasitos silenciosos el pasillo largo y oscuro que llevaba al cuarto especial en el que dormían papá y mamá. El tío Edison abrió la puerta. Mantos de aire fresco los bañaron al entrar.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido —le susurró el tío Edison a papá—. Ahora está cómoda.

Misha ladeó la cabeza. Creían que no los oía, pero sí. Era un secreto suyo: su capacidad para oír cosas que los demás no oían. Su capacidad para entender cosas que no debería entender. Era su superpoder.

Se acercó despacio a la tienda de campaña de mamá. Porque eso era: una tienda de campaña, como esas en las que acampaba con Bertie y Honovi en algunas noches frías y estrelladas. Solo que por los lados de esta tienda se podía ver a través, y que las superficies por dentro estaban cubiertas de rocío. Distinguió la cama de mamá. No claramente; más bien como antes de la operación, borrosa y desdibujada.

—¿Mamá?

—Entra —respondió la voz de mamá—. Deja que te vea.

Misha lanzó un vistazo a su padre. Él se había quitado la máscara. Vio su nariz, larga y fina, las arrugas que cruzaban su rostro estrecho, y la marca oscura en forma de alubia que tenía en la base de la mandíbula. Él asintió. *Vale.*

Con cuidado, Misha subió la cremallera de un lado de la tienda, lo justo para escurrirse hasta la cama, al lado de mamá. Cuando la cerró, se quedaron las dos solas. El aire alrededor estaba húmedo, pero era cálido. Notó el brazo de mamá rodeándola. La miró a la cara: pómulos altos, labios carnosos, ojos profundos como pozos.

—Te veo, mamá —dijo Misha—. Eres preciosa.

—Yo te veo a ti —dijo su madre—. Aún más preciosa.

Mamá no salía nunca de su tienda. Papá se quedaba con ella, dormía en un catre en el cuarto especial. Y todas las mañanas, Misha cruzaba el largo pasillo para estar con ellos.

Y entonces un día, antes de que las primeras esquirlas de sol atravesaran la ventana, el tío Edison vino a buscarla. En el cuarto de mamá la esperaban papá, el tío Rudy y el tío Mac. En una sillita en la esquina estaba sentada la abuela.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Misha.

—Está esperando con mi marido —respondió la abuela.

Misha se quedó ahí plantada, con los puños apretados. No había conseguido ver nunca al marido de la abuela, por mucho que se esforzara. Ni siquiera estaba segura de que sus ojos nuevos fuesen lo bastante buenos para eso. Y ahora mamá también estaba ahí, en ese lugar que no se podía ver.

24

JUNIO DE 2062

JAMES se sentó en la cama que había compartido con Sara en su estrecho cuarto en Los Álamos, mirando por la ventana la hilera de pinos que bordeaban Pajarito Road. A su lado, el colchón arrugado conservaba todavía la forma que había dejado el cuerpo suave de Sara, su olor. Recordó aquella noche, hacía poco más de nueve años, en que la trajo aquí. Como la había cuidado, y le había administrado una dosis tras otra de antídoto, rogándole a un Dios en el que nunca había creído.

Sara había sobrevivido. Había perdido al hijo de ambos, pero había ganado otro con Misha. Y en esos preciados años, le había dado una vida que nunca habría podido imaginar, una vida llena de amor, de pasión. Habían sido una familia.

Y ahora, la había perdido.

Por la ventana veteada de polvo, James contempló el terreno, allí fuera. Lo único que le quedaba de Sara ahora era una segunda tumba, al lado de la de su hijo diminuto. Había perdido al amor de su vida. Pero había perdido también mucho más. Para él, y para todos en Los Álamos, no quedaba más esperanza. Estaban todos condenados.

Hacía tiempo que lo sabía. Los problemas habían empezado años antes, cuando Misha tenía solo cuatro años: fue entonces cuando comprendieron que a Sara ya no le bastaba con el inhalador. Con ayuda de Edison, Rudy y él habían instalado un sistema de lavado pulmonar en una de las salas de tratamientos del hospital hopi en Polacca. Con Sara bajo sedación, la máquina bombeaba en sus pulmones una bruma de vapor sanador que arrastraba las células viejas e infectadas. El tejido nuevo que quedaba debajo se impregnaba con un fluido rico en antídoto C-343, lo que daba lugar a una «tabla rasa» de células resistentes a la IC-NAN en la superficie pulmonar. Y, sin duda Sara había salido del tratamiento con bastante más energía. Pero, como con el inhalador, había resultado ser un equilibrio precario, no una cura.

Al final, debilitada por los repetidos lavados, y con su voz dulce reducida a un susurro ronco, Sara había sentido la necesidad de apartarse de su hijita.

—No quiero que Misha me vea así —había dicho—. No me puede recordar así.

James conocía bien su historia. Sara había perdido a su madre muy joven por culpa del cáncer. Sabía las cicatrices que dejaba, el dolor de presenciar el deterioro de un ser amado al que en su día habías considerado inmortal.

—Practicaremos el trasplante —le había prometido James.

Rudy y él habían despertado con sumo cuidado las valiosas células madre hopi de su sueño congelado. Y mientras ellos perfeccionaban el sistema de trasplante, Sara se había entregado a su último proyecto: hacer que Misha pudiese ver.

En aquel último y fatídico congreso de la Caltech, el congreso en el que contrajo su infección letal de IC-NAN, Sara había oído hablar de un implante de retina sin suturas que estaba ya en ensayos clínicos. Adiós a las videocámaras acopladas a las gafas y a las aparatosas unidades de videoprocesamiento asociadas a los antiguos implantes. Todo el sistema, incluidos los biosensores únicos que reemplazarían las retinas dañadas de Misha, se habían miniaturizado para su implantación. A petición de Sara, Max y William habían volado hasta Pasadena para hacerse con el *hardware*, el *software* y los conocimientos técnicos necesarios para llevar a cabo la operación. La modificación se podía revertir si se creía conveniente, le había asegurado Sara a James. Pero ambos rezaban por que fuese un éxito. En un mundo plagado de peligros, la vista era un don que cabía cuidar.

La operación de Misha, en efecto, había sido un éxito. Al principio, insegura, con el cerebro desacostumbrado a esos estímulos sensoriales perturbadores, le había llevado un tiempo acomodarse. Pero al final había florecido: una nueva versión, aún más asombrosa, de su yo inquisitivo había emergido como de una crisálida.

Sara no tuvo tanta suerte. El experimento con células madre fracasó: las células nuevas se negaron a prender en sus pulmones torturados. James la había abrazado fuerte, acurrucada en el aire húmedo de su tienda de oxígeno.

—No estés triste, James —había susurrado ella—. Yo no lo estoy. —Le acarició el brazo con su mano suave—. Tienes que cuidar de Misha. Y tienes que encontrar al resto de niños.

James se frotó los ojos. No había tenido el valor de decírselo, eso que había descubierto. Durante años, se había puesto la máscara siempre que salían. Se había colocado incómodos trajes de protección plásticos. Le había dicho a Sara que hacía todo eso «por si acaso». Pero había algo más. Cada día que pasaba, el estertor al fondo de sus pulmones se iba haciendo más profundo. No podía seguir negando la tos persistente, las noches de insomnio que pasaba esforzándose por respirar. Y tampoco podía despachar la debilidad de Sara y los frecuentes achaques del general como simples resultados de una exposición previa. Debía afrontar la verdad: los supervivientes de Los Álamos eran también víctimas de la IC-NAN. A pesar de que el antídoto había logrado modificar las células epiteliales, las células madre y las células progenitoras continuaban dividiéndose tercamente y producían nuevas células susceptibles al ataque. Lo que le había sucedido a Sara les estaba sucediendo a todos, solo que más despacio.

Su mirada fue a dar en una piedra que reposaba sobre la mesilla de noche. Grabados en blanco en la superficie plana y negra de la piedra había tres monigotes: uno alto, otro mediano y otro muy pequeño. Y debajo, había escrito: «Papá, Mamá, Misha». Misha le recordaba a Sara en muchos aspectos. Sara, la valiente, la que había pasado aquellos preciados años en las mesetas de los hopi a pesar de los riesgos para su propia salud. Sara, la brillante, que al final le había concedido a Misha el don de la visión. Pero ¿qué podía darle él ahora a su hija? ¿Qué le quedaba que la niña pudiese necesitar?

Llamaron a la puerta. Se dio la vuelta y vio a Rudy, con las manos en su día diestras agarradas al marco de la puerta para sostenerse. Apenas reconoció a su viejo amigo, la piel cenicienta, los ojos enrojecidos.

—James —dijo Rudy—. Te llaman por el teléfono vía satélite.

—¿Quién es?

—Misha.

James se volvió de nuevo hacia la ventana mientras un nudo se le formaba en la garganta.

—Dile… Dile que ahora no puedo.

Rudy lo observó en silencio.

—¿Estás seguro de que no quieres hablar con ella?

James recordó aquellos tiempos, hacía más de una década, cuando Rudy y

él eran todavía jóvenes y sanos y disfrutaban del sencillo placer de unos tamales de cerdo en su apartamento compartido. Esos tiempos en lo que todavía tenían esperanza.

—Gracias, Rudy —respondió—. Yo la llamaré.

—*Entiendo*[3]

—dijo Rudy, asintiendo—. Ahora le digo.

25

JUNIO DE 2065

A Misha le llevó un tiempo comprender que James, el hombre al que seguía llamando papá, solo regresaría a las mesetas en las raras ocasiones en que se sometía a tratamiento en el hospital. Podía visitarlo en Los Álamos siempre que quisiera. Y lo hacía a menudo, cuando acompañaba al tío William a entregar comida y se quedaba a pasar la noche en su cuartito, y la tía Kendra le enseñaba cosas de ordenadores, y James y el tío Rudy, cosas de biología. Pero cuando pasaron tres años y su cerebro se ajustó a los ojos que Sara y James le habían dado, empezó a examinar más a fondo las historias que le habían llegado a lo largo de su vida. Y cada vez más, se interrogaba sobre su nacimiento.

—Tu Madre se averió —le había explicado el tío William—. Pero conseguimos rescatarte.

—Cuando te encontramos, fuiste un regalo para nosotros —decía James.

A partir de las historias que contaban sobre una Madre robótica que no había sobrevivido para cuidar de ella, de las historias de la abuela sobre los Espíritus Plateados, y de cualquier otra cosa que los adultos que la rodeaban estuviesen dispuestos a compartir, había ido encajando piezas. Su verdadera madre había sido uno de sus Espíritus. Y William y Rick trabajaban para encontrar más como su Madre, que seguían viviendo en el desierto y tenían otros hijos, sus hermanos y hermanas.

Ella tenía once años: lo bastante mayor, creía, para unirse a la búsqueda. Pero el tío William insistía en que era demasiado peligroso:

—Nos pasamos días sin encontrar nada —le dijo—. Y luego cuando lo encontramos, nos disparan.

—¿Que os disparan? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Tienen láseres. Pero hay que entenderlo. Los Espíritus Madre solo están protegiendo a sus hijos. No saben que no pretendemos hacerles ningún daño.

Pero, insistía Misha, a *ella* nunca le dispararían. Sentada con Kendra en su

laboratorio oscuro, clicando términos de búsqueda que le devolviesen imágenes de lo que, según Kendra le había explicado, era la base de datos de aprendizaje de los bots, se imaginaba a sí misma como una niña del desierto, aprendiendo de esa Madre fuerte y misteriosa. Examinaba los fragmentos que Mac llevaba a Los Álamos para su inspección: las orugas, los brazos enormes, la mano suave que, como papá le contó, había diseñado mamá. Se palpaba el chip que llevaba inserto en la frente, esa marca que Sara le había dicho siempre que la hacía especial. Esas Madres, esos Espíritus Plateados… Su lugar estaba con ellas. Su lugar estaba con sus hijos.

Y entonces, esa mañana temprano, había llegado un explorador a casa del tío William con noticias de un avistamiento en un lugar de nombre mágico: la Gran Escalinata. Misha esperó en el aparcamiento del hospital a que William y Rick llenaran el carguero de suministros. Y luego se deslizó por la puerta trasera y se metió entre dos cajas de botellas de agua. Desde su escondite, solo alcanzó a ver la ventanilla lateral durante el despegue, rumbo al norte.

Con la vibración de los motores y el siseo constante del aire que llegaba de los filtros arrullándola, hizo esfuerzos por conjurar el sueño, hasta que al fin notó un cambio en la presión del aire, y el estómago le dio un vuelco al descender. El carguero aterrizó con un golpe sordo. Contuvo la respiración cuando William abrió la puerta lateral. Y mientras él descargaba las cajas de agua para apilarlas fuera, ella ocultó su cuerpo más allá, y encontró cubierto bajo una manta doblada que había al fondo de la bodega. Luego la puerta se cerró de un golpe, y Misha apenas alcanzaba a oír la voz de William al otro lado.

—¡Vamos a explorar el cañón! —gritó.

Vio a Rick, bregando por ponerse una máscara antes de salir por la portezuela de la cabina.

Y luego, silencio.

Misha salió de su escondite, y luego se escurrió por la puerta y saltó al suelo; los pies se le hundieron en hoyos de polvo fino. Vio a los dos hombres camino de un barranco profundo y estrecho que había más adelante: William, con su paso firme, y Rick con su característica cojera. Se escondió con cuidado detrás del carguero, y luego echó a correr a la izquierda, sin perderlos de vista. Al borde del barranco, se escabulló tras un peñasco para que no la vieran.

Echo un vistazo abajo, divisó algo: dos bots relucientes. Y mientras miraba, se abrió una puerta por el costado de uno de ellos. Misha contuvo la respiración. Apareció una niña, su figura delgada envuelta en un manto harapiento, el pelo negro tapándole la cara mientras bajaba por las orugas del bot hasta el suelo. Misha vio cómo la niña avanzaba con cautela por el otro lado del barranco, y luego desaparecía por un recoveco al abrigo de un saliente de roca rojiza. Dentro de esta pequeña cueva, le pareció ver un brazo fuerte tendido hacia la niña para ayudarla.

De pronto, la tierra tembló. Una ráfaga de viento la dejó sin respiración, y nubló el aire de arena polvorienta. Hasta al cabo de un momento, cuando el aire despejó, no se dio cuenta de que el bot de la niña ya no estaba allí abajo.

Su mirada volvió arriba. Una pierna metálica. Un brazo. Un cuerpo enorme que se cernía sobre ella a apenas unos palmos de distancia. La miró fijamente, y esa… cosa… le devolvió la mirada. Pese a que no tenía rostro, ni ojos, estaba segura de que la observaba, alerta. Aguzó el oído, pero no oyó ninguna voz.

Y sin embargo, no tenía miedo. Vio la luz que destellaba en la ventana traslúcida de la cápsula vacía, ocupada hasta hacía un momento por la niña del pelo negro. Vio el suave interior de la mano que había diseñado Sara. La invadía solo el asombro, un hondo sentimiento de maravilla. Su Madre, la que le había alumbrado a ella en el desierto… Su Madre había sido una de ellas.

Pero entonces el hechizo se rompió. La Madre se dio la vuelta, su atención se concentró en los dos hombres que corrían ahora hacia el carguero. El suelo se desmenuzó bajo los pies de la Madre cuando esta dio dos pasos en su dirección, y un zumbido ruidoso e insoportable emanó de algún punto por encima de donde el brazo derecho conectaba con el cuerpo. Misha entro en razón y salió disparada también hacia el carguero. Se escurrió por la puerta trasera justo en el momento que los dos hombres se subían delante. Algo sacudió el suelo justo al otro lado de su ventanilla, un fogonazo cegador, al tiempo que Rick arrancaba los motores y levantaba el morro del suelo. A Misha le subió el estómago a la garganta, tragó con esfuerzo. En un momento, estaban en el aire.

—¡… estado cerca! —dijo la voz de William desde del asiento del copiloto—. ¿Cuántos has contado?

—Solo dos —respondió Rick, con la voz ronca a través de la máscara que

le cubría aún la nariz y la boca—. Incluyendo la hija de la que ha venido a por nosotros.

—Es un comienzo —dijo William—. Hemos dejado bastante agua por un tiempo. Espero que se queden ahí. Con estas ventiscas de arena azotando, están mejor ahí abajo que en el barranco que arriba.

Agachada bajo la cálida manta de lana, Misha se esforzó por recuperar el aliento. Con el corazón aporreándole, sonrió. Al menos los había visto, niños que vivían como ella tendría que haber vivido. Y no estaba equivocada: aunque los demás hacían bien en temerlos, los Espíritus Plateados nunca le harían daño. En ese mundo suyo estaba su sitio.

Desde la puerta del laboratorio de informática, James observaba a Kendra, encorvada frente a la pantalla. Había dejado de preguntarse qué era lo que la animaba a seguir. En lugar de eso, se repetía todas las mañanas el mantra que ella le había enseñado: «Primero un pie y luego el otro —le había dicho—. Hasta que no puedas más». Y luego le había sonreído con esa expresión irónica que se había vuelto tan familiar para él en los años que llevaban juntos.

Había fortaleza, lo sabía, en el hecho de asumir la propia mortalidad. Había consuelo, imaginaba, en el hecho de saber no el cuándo, pero sí el cómo de la propia muerte. Y había descubierto un nuevo propósito en tratar de honrar la promesa que le había hecho a Sara: hacer todo lo que pudiese por los Gen5.

Desde el lanzamiento, había sido muy difícil localizarlos. Y los avistamientos se habían vuelto aún más infrecuentes al cruzar la barrera de los seis años, cuando un «temporizador» interno había ordenado a cada Madre que partiese hacia una ubicación que no venía especificada en su *software*. Pero ahora, las cosas habían cambiado. Los exploradores hopi habían comenzado a avistar campamentos viables de Gen5, parejas y tríos de niños reunidos. Sus Madres estaban en alerta extrema, nadie osaba acercarse. Pero era alentador que algunos de ellos se hubiesen encontrado.

Y lo que era más importante, daba la impresión de que los Gen5 por fin habían detenido su vagabundeo. Por desgracia, Mac había descubierto un motivo inquietante tras esta nueva conducta. En los años 2020, los desiertos del oeste norteamericano, incluyendo algunos sectores del noreste de Utah, el

oeste de Colorado y ciertas zonas que se extendían al norte hasta Wyoming, Montana y las dos Dakotas, se habían convertido en el foco de repetidos choques entre un consorcio de pequeñas compañías petrolíferas, que reclamaban derechos de *fracking* y perforación sin restricciones conforme a acuerdos previos, y el gobierno federal, que quería impulsar las energías renovables. Los federales habían ganado, pero solo cuando, a finales de los 2030, el precio de la gasolina cayó a tal extremo que a las petroleras dejó de compensarles la lucha. El problema fue que nadie había previsto los fondos que harían falta para limpiar los yacimientos. Durante años de sequías intensas y de batallas legales aún más intensas, aquellos emplazamientos abandonados se habían recalentado al sol, y sus extensiones contaminadas no permitían la aparición de vida vegetal. Ahora, como revelaban los barridos por radar de Mac, un sistema de altas presiones procedente de Canadá estaba lanzando al sur vientos muy potentes de punta a punta del estado de Utah. Cuando cruzaban aullando sus cañones del noroeste levantaban a su paso columnas gigantescas de arena, gran parte sin duda tóxica. Pese a que tal vez las voces críticas dentro del gobierno lo habían vaticinado en los 2020, este «Nuevo Dust Bowl» era algo inaudito. Y Mac no veía el fin. Los bots Gen5 pronto quedarían inmovilizados. Sus motores y sus sistemas de filtración se atascarían, no serían ya capaces de proteger a sus hijos.

—Ya viste lo que le había pasado a la última que encontró Rick —había dicho Mac.

—¿Encontraron a la niña? —preguntó Kendra con los ojos rebosantes de lágrimas.

Mac la miró avergonzado.

—No te lo quería decir. La encontraron acurrucada en una cueva. Murió mientras dormía.

Soltando un leve quejido, Rudy miró fijamente a James.

—Tenemos que encontrar la manera de llevar a esos niños a un lugar más seguro —dijo.

—Eso pasa por conseguir que las Madres los lleven a ese lugar —dijo Kendra.

Había hecho todo lo posible, había buscado día y noche algún fragmento de la programación que le hubiese pasado desapercibido hasta entonces y pudiese apuntar a una solución. James y Rudy habían pasado horas revisando

a fondo montañas de notas de programación. Todo en vano.

—Si hubiese manera —dijo Kendra—, tendría que ser algo a lo que Los Álamos no tenía concedido el acceso.

El depósito central de información vinculada a la IC-NAN y al proyecto Nuevo Amanecer consistía en un banco de servidores seguros ubicado en Bethesda, Maryland. Este banco había quedado destruido en los bombardeos lanzados contra la zona de Washington. Pero en las reuniones informativas que siguieron al ciberataque, apenas horas antes del bombardeo y del inicio de la Epidemia en Estados Unidos, Kendra había sabido de la existencia de una réplica en Dakota del Norte. En una franja de terreno hostil que se llamaba muy apropiadamente «las malas tierras», donde era imposible hacer prosperar una granja real, habían proliferados las granjas subterráneas de servidores. Y en una de ellas existía una copia de respaldo de los archivos de Nuevo Amanecer de Langley. La energía necesaria para refrigerar las granjas se había agotado hacía mucho, y los servidores se habían apagado. Bajo la nieve y el hielo del invierno y el sol abrasador del verano, los bits y los bites yacían durmientes. Kendra sabía la dirección del servidor que necesitaba. Pero necesitaba recuperarlo. Necesitaba despertarlo. Y luego necesitaba hackearlo.

Rick y William habían hecho la primera parte, bordeando las tormentas de arena en su carguero antes de capearlas en tierra. Los sistemas de vigilancia y alarma de la granja habían caído hacía mucho, la cosa consistió en un sencillo allanamiento de morada. Habían cogido la unidad del servidor y la habían llevado sana y salva a Los Álamos. Kendra no había tenido problemas para insertarla en su sistema. Lo difícil era hackearla. Pero al final, sus esfuerzos se habían visto recompensados. La noche antes, había encontrado el modo de entrar.

James dio un paso, alejándose de la puerta.

—¿Kendra? Rudy dice que tienes algo.

—James… Creo que antes deberías ver esto.

—¿Has encontrado la forma de llamarlas?

—Todavía no —respondió Kendra—. Pero he encontrado otras cosas. Para empezar, las identidades de todas las madres humanas, junto con el nombre designado del bot.

James leyó con ojos entornados las líneas de texto en la pantalla de Kendra.

—Creía que eso era confidencial.

—Tratándose de nuestro Gobierno, hasta los datos más confidenciales se documentaban —explicó Kendra, sonriendo—. Y hay unas cuantas cosas que tal vez te parezcan interesantes.

—¿Ah, sí?

—A raíz de las entrevistas, Rose McBride escogió a una candidata específica. Los óvulos de una de las donantes se seleccionaron para dos de las fertilizaciones. Rose estaba convencidísima de que esta mujer tenía más posibilidades que otras de engendrar un niño que sobreviviese.

—No tenía ni idea de que la capitana McBride tuviese conocimientos de biología… ¿Quién era esta mujer?

—Se llamaba Nova Susquetewa.

—¿Susquetewa?

—Era piloto de combate. Murió en una misión en Siria, justo antes de la Epidemia.

—¿Y es…?

—Sí. Es la hija de la abuela. Y, James… Es la madre biológica de Misha.

James se apoyó de espaldas en el pequeño escritorio de Misha. Pensó en sus ojos, esos ojos que Sara le había dado: de qué manera ese vivo color verde que tenían complementaba su piel tostada, su frente amplia y plana, su precioso pelo castaño.

Kendra se inclinó hacia él, su voz en un susurro:

—De modo que Misha, en efecto, es una hopi. Y lo que es más, podría tener un hermano o una hermana ahí fuera en alguna parte.

James se llevó la mano al corazón. Una madre hopi. Un hermano o hermana biológico. Pero *Sara* era la madre de Misha. *Él* era su padre… Cerró los ojos. Nunca le había mentido. Le había explicado que Sara no era su madre biológica, ni tampoco él su verdadero padre: que había nacido en una incubadora en mitad del desierto, una historia de sus orígenes que resultaba difícil de entender ya de por sí. Pero ¿cómo iba a asimilar esta nueva información? James se volvió hacia Kendra:

—No puedo contarle eso —espetó.

—Entiendo lo de no querer darle a Misha muchas esperanzas respecto a los Gen5, pero ¿no debería saber lo de su madre biológica? ¿Y qué hay de la abuela? ¿No deberíamos contárselo?

James se frotó las sienes con la yema de los dedos. ¿Estaba siendo egoísta? ¿No tenía derecho Misha a saber esas cosas?

Pero no. Todavía no.

Más allá del horror de la Epidemia, James había encontrado consuelo distanciándose de ese pasado doloroso. Y cuando Misha había entrado en sus vidas, Sara y él habían tenido exactamente la misma cautela moldeando la historia de su mundo como la que habían tenido diseñando los ojos prostéticos con los que ella lo percibía. Había empezado a comprender, solo un poco, el deber que tenía un padre de proteger a su hijo de la verdad: permitirles a Rudy y a Kendra poco margen en lo que le enseñaban a Misha acerca del mundo que fue, preferir los relatos místicos de la abuela a la cruda realidad del odio y la guerra que habían destruido su modo de vida.

Había empezado a rondarle la idea de reconectar con Misha, de contarle la verdad sobre sí mismo y el resto de supervivientes de Los Álamos. Pero la historia de una madre biológica muerta en combate, de un hermano o una hermana, posiblemente muerto también…: no se sentía preparado para contarle esa clase de historias.

—Necesito tiempo para pensarlo —dijo—. Ni siquiera estoy seguro de que debamos contárselo todavía a la abuela… Aunque no me sorprendería que lo supiese ya.

Kendra le brindó una sonrisa.

—Ojalá supiese cómo hacer venir a las Madres… —Se volvió hacia la pantalla—. Hay algo más que podría interesarte.

—¿Sí?

—Rose McBride tomó otra decisión. Ella misma fue una de las donantes Gen5.

—Supongo que no me sorprende del todo —respondió James—. Debió de parecerle lógico usarse a sí misma como prototipo para el programa de personalidad.

—Pero puede que sí que te sorprenda quién es el padre.

—¿El padre? Los padres eran anónimos. Usamos cientos de espermas distintos para cada fertilización, y escogimos los embriones más viables…

—No en el caso de Rose. Ella tenía «enchufe».

—¿Escogió al padre?

—Según estos registros, no aceptó alternativa. Rose estipuló que el padre

debía ser Richard Blevins.

26

RICK se tumbó cuerpo a tierra en la carretera; el traje de protección se le arrugó debajo al apoyarse torpemente sobre los codos. Contuvo la respiración y se bajó un poco la máscara para ajustarse los binoculares.

Tumbado a su lado, con la camisa de algodón basto, el mono de trabajo rebozado de polvo y un pañuelo bien ceñido sobre la nariz y la boca, William señaló abajo por el borde escarpado.

—Ahí.

Los avistamientos se habían hecho más frecuentes. Habían contado al menos quince, todavía vivos, todavía subsistiendo a duras penas en este desierto dejado de la mano de Dios. Pero este avistamiento era distinto. Los exploradores habían encontrado a Rho-Z.

Rick ajustó el enfoque de los binoculares, combatiendo esa visión doble que había comenzado a atormentarlo, y tomó una vista panorámica. Entonces los vio. En una punta de la amplia escorrentía, con los flancos cubiertos de capas y capas de polvo grisáceo, había dos bots apostados junto a la entrada de una pequeña cueva.

—Parece que llevan aquí un tiempo —dijo William—. Se han montado un buen campamento. Pero los exploradores dicen que antes había tres…

Mientras Rick miraba, uno de los bots pivotó lentamente en su dirección. ¿Lo habría detectado? Desplazó el peso, en un intento de fundirse con el suelo. Se alegraba de que su prótesis no protestara. Pero sabía que no era buena señal. Los mareos, la pérdida de sensibilidad en las extremidades: no era la primera vez, significaba que le hacía falta un nuevo tratamiento de lavado.

—Las tormentas de arena… —dijo—. Parece que sobrevivieron a esa tan grande de antes de ayer. Pero Mac ha detectado una mucho mayor en el satélite, y más tras ella.

—Era solo cuestión de tiempo… —murmuró William. Se volvió hacia Rick—. Tenemos que encontrar la manera de sacarlos a todos de ahí.

Rick volvió a enfocar los binoculares. ¿Dónde estaba Rho-Z?

—Apuesto a que el tercer bot no ha ido demasiado lejos. ¿Irían a por agua? —De pronto atisbó algo, un niño delgado con la piel morena por el sol, que bajaba del bot más cercano a la entrada de la cueva—. ¿Ves ahí?

—Sí. —William sonrió—. Pero ese otro bot… Es el tuyo, ¿verdad?

Aguzando la vista, Rick examinó el segundo bot en busca de la marca amarilla. Lo invadió una agradable ola de alivio. Ahora la veía: una franja amarilla asomaba bajo la mugre del borde del ala.

—Sí —murmuró—. Esa es la Madre que he estado buscando.

Se obligó a mantener la calma, pero corazón le dio un vuelco cuando se abrió la escotilla de Rho-Z y apareció un chico: un chico de pelo espeso como el suyo, y de un castaño rojizo como el de Rose. El chico se movía de un modo familiar, con los codos flexionados, la postura ligeramente inclinada adelante mientras bajaba hacia el suelo. Cuando se volvió a mirar a su madre, ella tendió un brazo poderoso hacia él y desplegó la funda de la mano. Su marca amarilla relució al sol al tiempo que la suave extremidad interior emergía para acariciar la cabeza del muchacho.

—Kai —susurró Rick.

—¿Qué?

—Si era un niño, Rose quería que se llamara Kai. Ese sería su nombre.

El desierto estaba en silencio, el sonido de su pulso débil era lo único que se oía en los oídos de Rick. Cerró los ojos, imaginando la vida que podría haber sido: una casa en el campo, esposa, un hijo… Oyó la voz de Rose susurrando, segura entre sus brazos, la noche antes de perderla.

—¿Detrick ha aprobado nuestra petición?

—Sí, pero si la fertilización no saliese bien, tienen mi permiso para usar el esperma de otro donante.

—No quiero otro donante.

—Pero, Rose, quiero que tengas un bebé.

Vio cómo el chico se llevaba algo a la boca: una botella de agua. Tenía agua. Pues claro que sí: era inteligente, como su madre. Ingenioso, como su padre. Su hijo. Era *su* hijo. Ahora estaba seguro de ello. Una lágrima le resbaló por la mejilla y, a regañadientes, se quitó los binoculares. Cómo desearía que Rose estuviese ahí…

¿Rose? Volvió la vista atrás, buscándola en la carretera. No estaba ahí. Pero recordaba su voz: apremiante, suplicante, los ojos clavados en

Blankenship, reunidos en su minúsculo despacho en el Pentágono. «Necesitamos las coordenadas de retorno del Código Negro, General…»

Rick se tumbó de espaldas, cerró fuerte los ojos. Cómo desearía volver a oír su voz. ¿Cuántas cosas había intentado decirle que él, por distracción o por terquedad, no había sabido escuchar? Hasta sus últimas palabras se habían perdido en el calor del momento. Su mente alargó los dedos, tratando de recordar…

Y entonces la oyó, gritando desde el búnker de Langley: «Sé que me salté el procedimiento… protocolo especial…».

Abrió los ojos, se quedó mirando el cielo iridiscente. ¿Habría hecho Rose, al final, algo sin autorización? En su desesperación, ¿podría haber seguido adelante y habría insertado las coordinadas ella misma? Pero, si así era, ¿por qué las Madres no habían regresado? «Díselo a Kendra…». Kendra no había dejado piedra sin remover en su búsqueda de una solución. Había mirado en todas partes, salvo…

—Se me ha ocurrido algo —dijo—. Tal vez Rose pueda ayudar.

—¿Rose? Pero…

—Tengo que ir a San Francisco.

En la atmósfera filtrada de la cabina del carguero, Rick se quitó la máscara. Al igual que los bots, la nave podía volar bajo, a diez mil pies e incluso menos, rozar las cimas de las montañas, cruzar los valles como una flecha. En los 2030, el ruido ominoso de su triple hélice cortando el aire se había convertido en el signo distintivo, y demasiado familiar, de la implicación de Estados Unidos en las Guerras del Agua israelíes, y en las últimas escaramuzas en la frontera entre India y Pakistán. Pero hoy iba en misión pacífica. Hoy volaban alto, tocando las nubes. Se pasó la mano por la barbilla sin afeitar y divisó las torres relucientes de la, en su día, gran ciudad de San Francisco, alzándose por entre la niebla como mástiles. Pensó en la vida que había palpitado una vez allí, ahora extinta.

William, que iba dormido en el asiento a su derecha, era el único pasajero. Su moto ocupaba la sección central del espacio de carga trasero, rodeada por una caja de raciones individuales, seis garrafas de veinte litros de agua fresca, filtros de recambio para la máscara y unos cuantos teléfonos extra. Todos los suministros eran «por si acaso». Este iba a ser un ataque quirúrgico.

Evitando a propósito la ciudad, descendieron cruzando la bahía y aterrizaron suavemente en Crissy Field, donde la hierba crecida de las marismas casi envolvía la nave. Filtrándose a través de densas franjas de niebla, el resplandor tenue y amarillo del sol iluminaba el tejado rojo del desastrado hangar. Rick encendió la luz de la cabina y buscó a tientas su rifle en el suelo. Se lo colgó a la espalda, comprobó que llevaba el inhalador en el bolsillo, y luego el disco duro externo y rectangular que le había dado Kendra. Se colocó la máscara, se acopló la pierna y, abriendo la portezuela del piloto, dio un salto al suelo encharcado.

—¿Ya estamos? —William se frotó los ojos, mirándolo desde arriba.

—Ajá.

Con ayuda de William, Rick abrió la puerta trasera y activó la rampa para bajar la moto. Respiró hondo al montar en ella, tan hondo como le permitían sus pulmones precarios y la máscara. Sintió una debilidad familiar, ese cosquilleo en las manos en los pies, la confusión mental acechando. Tendría que haber hecho caso a las súplicas de Edison para someterse a un lavado antes de aventurarse aquí. Pero el tiempo corría para los niños del desierto. Kai estaba ahí. Si los archivos del Presidio podían ofrecer alguna pista sobre cómo llamarlos… no tenía tiempo para preocuparse de sí mismo.

La bruma fría del mar se le infiltró por debajo de la chaqueta y le empapó la piel. Pensó en Rose, en cuánto amaba esta niebla…

—Sube —dijo.

Rick aceleró rumbo a Lincoln Boulevard, en dirección al sur. En un campo de rastrojos a su derecha, divisó un perro sarnoso, buscando comida. Qué irónico que a los humanos les hubiese preocupado tanto destruir los hábitats naturales; ahora esas «especies inferiores», inmunes a la IC-NAN, se multiplicaban sin control en zonas antaño dominadas por los humanos. Los conejos y los coyotes que se había cruzado por el desierto eran bastante asustadizos, pero los vástagos de los antiguos perros y gatos domésticos, rabiosos y famélicos, así como los leones y osos de montaña de las colinas de California, siempre merodeando, tal vez supusiesen una amenaza mayor.

Torcieron a la derecha y pasaron junto a una hilera de casas tapiadas con tablones. Justo delante, estaba el Presidio Institute.

Rick vio los restos de la pequeña cancha de béisbol donde el personal del instituto avanzaba en los viejos tiempos de base en base, y el césped ahora

descuidado en el que montaban picnics y hacían volar cometas. Aquí era adonde daban las vistas de la ventana del despacho de Rose en la segunda planta de la sede de estilo neomisión, desde la que se accedía también a un panorama completo del resto de edificios del instituto. Escudriñando sus cristales oscuros, Rick sintió un escalofrío. Si quedaran restos humanos, supuso que seguirían ahí. Lentamente, rodeó la cancha y se detuvo delante del edificio. William se colgó del hombro el rifle, que había atado a la parrilla de la moto, y subió tras él los escalones de cemento de la entrada principal.

La puerta estaba abierta, y el suelo del vestíbulo, cubierto de una capa de polvo arenoso que una brisa ligera arrastraba escalera arriba por su derecha. A Rick se le cortó la respiración. Al otro lado de la sala, una cara lo miraba. Sin pensarlo, llevó la mano al rifle…

Pero su espalda, William seguía tranquilo. El hombre de la otra punta no era un hombre en absoluto, ya no.

—Está muerto, Rick —murmuró William.

A medida que los ojos de Rick se acostumbraban a la penumbra, aparecieron más fantasmas. Un grupo de cinco, meros esqueletos, los huesos pelados. Sus uniformes harapientos —porque eran todos militares— todos descompuestos. Sobre la mesa a la que habían estado sentados, reposaban botellas vacías de whisky. Y unos viejos naipes esparcidos como cartas de amor desechadas. Sus rifles de servicio estaban en el suelo, y salvo por el hombre que habían visto primero, estaban todos desplomados en sus asientos.

Hizo un gesto abatido, y llevó los ojos a enfocar la puerta metálica rectangular situada en la pared lateral, con el letrero «CUARTO ELÉCTRICO». Giró la manilla y la puerta se abrió. Pero, para su desazón, las baterías solares de almacenaje habían volado, alguien las había arrancado de sus paneles.

—No los culpo —dijo, imaginando un tumulto al final, el vano intento de algunos de abandonar la ciudad apestada—. Hemos traído baterías de recambio, ¿verdad?

—Dos, en la bodega del carguero —dijo William—. Pero ¿no podríamos simplemente llevarnos el ordenador a casa?

—No sabemos si lo que hemos venido a buscar está en el ordenador de Rose o en un almacén en red en alguna otra parte. Le prometí a Kendra que activaría la red del Presidio y la conectaría con Los Álamos.

—Vale. Espérame aquí.

Mientras William desandaba el camino, Rick examinó las ruinas. En los doce años que habían pasado desde la Epidemia, había puesto mucho empeño en evitar escenas como esta: ciudades abandonadas; familias muertas, agazapadas en casas ruinosas; coches cargados hasta arriba de equipaje, rumbo a ninguna parte. Pero no era fácil, estaban por todas partes. Con la pierna dándole punzadas, fue subiendo las escaleras que llevaban al despacho de Rose. Su puerta, tan familiar, se abrió con un chirrido al empujarla. Escudriñó la penumbra rodeada de paneles de madera. Gracias a Dios: ningún esqueleto. Agotado, se desplomó en el diván de la pared izquierda y se hundió en los cojines de cuero polvorientos.

Podía ver a Rose, ahí al otro lado, sus siluetas frente a la ventana. «Te lo digo en serio, Rick —había dicho—, no termino de acostumbrarme a la manera que tenéis de hacer las cosas…»

—Tú eres uno de los nuestros —murmuró Rick—. Uno de…

—¿Rick? —La voz incorpórea de William sonó escaleras arriba desde el vestíbulo.

Rick se giró hacia la puerta, volviendo en sí sobresaltado.

—¡Aquí arriba! —gritó.

—He instalado las baterías. Está todo conectado y en marcha.

Rick se despegó con esfuerzo del diván y se restregó los ojos apoyado en la pared. Fue cojeando hasta la mesa de Rose, se dejó caer en su silla y encendió el ordenador. Para su alivio, la pantalla desprendió su acostumbrado resplandor verde. **Modo Seguro. Acepte para proceder.**

Pulsó «enter» y apareció un cuadro de diálogo vacío. Despacio, introdujo la contraseña segura de Rose, transcribiéndola carácter por carácter desde la pantalla de su teléfono de pulsera. Cerró los ojos mientras volvía a pulsar «enter». Cuando los abrió, la pantalla de inicio de Rose estaba ahí: una foto del puente del Golden Gate rematada por una hilera ordenada de iconos que marcharon hacia él como en tres dimensiones. Tocó el icono de la radio y empleó un segundo código para activarla, estableciendo la conexión segura vía satélite con Kendra que Rose había usado para transmitir el código a Los Álamos. Solo quedaba una cosa por hacer de la lista de instrucciones de Kendra: por si acaso la conexión vía satélite no era para tirar cohetes, conectó la unidad externa a un puerto del ordenador de Rose y activó una descarga del sistema.

Contempló la pantalla mientras la unidad se cargaba, las fotos de fondo fueron cambiando entre escenas familiares de bosques de secuoyas, campos ondulantes, colinas sinuosas: todas esas vistas que Rose adoraba. Su mirada recayó en un panel a mano derecha de la pantalla: **Diario Personal**.

Levanto el índice y pulsó en el encabezado. Pero el archivo no se abrió. En su lugar, lo recibió aún otro cuadro de diálogo, que le pidió aún otra contraseña. Por suerte, Rose no acostumbraba a complicar esos subaccesos. «Gen5», tecleó. No. Cerró los ojos con fuerza. Dos intentos más antes de que Kendra tuviese que hackearlo. «Diario», tecleó, la contraseña más simple posible. Acceso denegado. Y entonces recordó: «Rho-Z». En el comienzo, se habían asignado a las Madres códigos de barras numéricos, cada uno con la información habitual: número de proyecto, fecha de fabricación, revisión del sistema operativo, seguido por los números del 01 al 50 que designaban el bot específico. Pero esos números no tenía ningún significado para Rose. Había sido idea suya asignarles un nombre usando las letras del alfabeto griego seguidas de letras del alfabeto inglés, un sistema que emulaba el nombre de la madre donante. Ella era Rho-Z, Bavishya Sharma era Beta-S. De un modo sutil, eso la ayudaba a tener presente la humanidad que había dentro de cada una de ellas. «Y cuando nazcan los niños —dijo—, sus Madres tendrán un nombre por el que podrán llamarlas.»

Rick sonrió mientras se abría el archivo; el listado de entradas se desparramó por la pantalla en orden cronológico inverso. Se inclinó adelante, leyendo con ojos entornados la última entrada del diario:

> **23 de mayo de 2053**
>
> **Rick vendrá mañana para ayudarme con la presentación. Gracia**
> **tanto secreto.**

Con un suspiro, abrió un cuadro de búsqueda y tecleó «Código Negro». La respuesta llegó al instante:

> **14 de mayo de 2053**
>
> **He mandado la última revisión del código Gen5 a Kendra a las**
> **concreto, sobre la ubicación a especificar para su retorno. Me**
> **solas por el desierto. Pero la cuestión no ha calado nada. Sin m**
> **en Código Negro.**
>
> **A la espera de una decisión oficial, yo he tomado la mía. He inco**

Con los ojos ahora como platos, Rick siguió leyendo.

Dispondrán de comida, agua y todo lo que puedan necesitar. He
cocina, menaje, etcétera. El protocolo de retorno incluye las coo
los equipos para excavaciones arqueológicas. Podemos dejar ahí

Y entonces lo vio:

CPE = «Por favor y gracias». Dos cosas que mi padre me enseñó

CPE. Según Kendra, este era el «comando de protocolo especial», el comando clave necesario para poner en marcha un programa auxiliar. Era el tesoro que había venido buscado. Rick volvió a hundirse en los brazos de la silla de Rose. Notaba cómo el corazón le palpitaba débilmente en el pecho.

—Protocolo especial… —murmuró—. Caray, capitana McBride, y yo que pensaba que no te gustaban los secretos.

Cuando salieron al porche de la entrada, el sol ya estaba muy alto.

—¿Preparado? —preguntó William.

Pese a la resistencia de la máscara, Rick cogió una bocanada de aire. Luego se apartó la máscara un momento de la cara y tosió un espumarajo de flema rosada. Con la vista temblándole, vio que sus dedos estaban de un azul enfermizo a la luz nítida del día.

—Dios, Rick. Tienes muy mala cara.

—Me encuentro fatal. Pero tengo lo que necesitaba.

—Venga, yo conduzco. —William montó en la moto.

Con sus últimas fuerzas, Rick izó la prótesis por encima del asiento. Rodeando con los brazos la cintura de William, contempló cómo las calles del Presidio cruzaban a toda velocidad bajo las ruedas. La moto se detuvo junto al carguero, y Rick dejó que William lo ayudase a subir al asiento del copiloto. Notó como las manos diestras del hombre le abrochaban el arnés de seguridad. La portezuela se cerró a su lado.

Oyó cómo se cerraba también la portezuela del piloto, y luego el silencio de la cabina. La voz de William sonó como si llegase desde muy lejos:

—Vamos a darte un poco de aire puro.

Oyó cómo se activaba el sistema de filtración, y las manos de William de nuevo, quitándole la máscara.

—¿… seguro de que puedes pilotar?

—Me enseñaste tú, ¿recuerdas? —lo tranquilizó William.

Y al poco, mientras el carguero se alzaba despacio entre los juncos, sintió la acostumbrada presión contra el asiento.

Con la cabeza recostada, la mente de Rick regresó al apartamento luminoso de Rose, al nido envolvente de sus sábanas blancas.

27

JAMES se apoyó contra el banco de laboratorio que había al lado del sintetizador de ADN, con la mente arrullada por el murmullo de la máquina. Él no había sido nunca el experto en síntesis de NAN: esa tarea, tediosa al tiempo que exigía unas habilidades únicas, había quedado relegada a Rudy y su equipo. Pero Rudy había tenido tiempo de sobra para enseñarle el proceso en Los Álamos, y habían hecho turnos para controlar la producción de C-3 43. El sistema de lavado en el hospital de Polacca requería mucho más antídoto que los inhaladores. Unas cuantas tandas defectuosas los habían hecho ir con retraso, y ahora, en la habitación en la que había muerto Sara, Rick Blevins luchaba por respirar. Necesitaba más antídoto, y rápido.

Miró fijamente la máquina, sus pequeños brazos avanzando con un zumbido por una serie infinita de operaciones complejas bajo el cristal oscuro. Ya no tenía la energía necesaria para supervisar la síntesis de noche, y Rudy estaba pasando una mala época. Hacía años que se habían quedado sin precursores, y ahora el suministro dependía de las incursiones de los exploradores hopi en laboratorios biológicos de Santa Fe y Phoenix. Pronto tendrían que formar a técnicos hopi, solo para mantener la producción.

—¿James?

Al volverse, vio a Kendra de pie en la puerta. Traía las manos vacías, entrelazadas, sin esa tableta que era su fiel compañera.

—¿Cómo está el general? —A James no le gustó la expresión que vio en su cara.

—Tirando. Pero está yendo muy lento esta vez.

James respiró hondo, soportando esa presión en el pecho que se había convertido en una constante. Se tragó un sentimiento de debilidad que iba más allá de lo físico, de furia sin objetivo. No había sido él quien había vertido la IC-NAN a la biosfera. No había sido él quien había lanzado los bots Gen5, sin garantía alguna de que pudieran hacerlos volver. Esas cosas las había hecho gente más poderosa que él: gente como el general. Pero ahora no se podía permitir pensar en ello.

Se apartó del banco. «Primero un pie y luego el otro.»

—Por lo que he entendido, Rick Blevins ha encontrado la manera de llamar a los Gen5…

—Eso parece. He examinado la descarga del ordenador de Rose McBride y he averiguado cómo implementar su CPE.

—¿CPE?

—El comando de protocolo especial. El comando de la doctora McBride que sirve para activar el código que guiará a las madres al Presidio de San Francisco.

—¿San Francisco? ¿No podemos redirigirlas directamente a las mesetas hopi?

—No, el código está fijado, y la ubicación es inalterable. Pero tal vez sea lo mejor. Los bots han frustrado todos los intentos de los exploradores hopi por comunicarse con los niños. Ha habido heridos. Si ahora las mandásemos a las mesetas, Dios sabe que podrían hacer esas máquinas.

Rudy apareció en la puerta, al lado de Kendra. Los brazos antes robustos le colgaban sin fuerzas a los lados, era como si hubiese envejecido treinta años en los once que habían pasado desde el nacimiento de Misha: desde el nacimiento de todos los niños Gen5 que pudieran seguir con vida.

—Estoy de acuerdo con Kendra —dijo, su voz un áspero ronquido—. Es la única opción que tenemos.

Kendra descansó levemente la mano en el brazo de Rudy en señal de apoyo. James cerró los ojos. Estaban esperando su conformidad.

—¿Qué dice el general?

—Todo en marcha, por supuesto.

—¿Y Misha dónde está?

—En las mesetas, de visita con los nietos de William —respondió Kendra.

—Bien —dijo James—. Preferiría que no supiese nada de esto hasta que esté hecho.

Kendra le lanzó una mirada de complicidad:

—Podría tener un hermano o una hermana ahí fuera.

—Sí. Y se lo contaremos, pero solo siempre y cuando localicemos a ese niño o esa niña. Bueno, repasemos los detalles.

Se apiñaron frente al ordenador de Kendra para revisar las notas de

programación de Rose McBride.

—Rick le habló a William de una llamada telefónica que le hizo Rose la noche en la que creemos que murió —dijo Kendra—. La llamada se interrumpía constantemente, pero dijo una cosa muy clara. Dijo algo de un protocolo especial. Dijo «Díselo a Kendra». He empleado nuestra clave segura para pasar las palabras «por favor y gracias» a código binario. Y al buscar ese código en el código de los Gen5, he encontrado por fin lo que andaba buscando. Una serie de instrucciones, la primera de las cuales contiene las coordenadas geográficas de la base del Presidio.

James se sentó al lado de Kendra.

—Entonces, ¿podemos transmitirles ese código? ¿Lo recibirán? ¿Responderán a él?

—Las Madres están equipadas con receptores de radio, y podemos usar la transmisión por satélite para mandar el código. Podemos hacerlo repetidamente, así sortearíamos cualquier interferencia que provoquen las tormentas de arena. Una vez iniciados, esos comandos especiales están diseñados para eludir cualquier defensa instalada en otro punto del código de los bots.

—¿Y después qué pasará?

—Una vez lleguen al Presidio, las Madres se apagarán y se reiniciarán. Como parte de este reinicio, algunos sistemas quedarán desactivados. Ya no prestarán soporte a los niños en la cápsula, ni los llevarán volando a cualquier parte salvo en caso de riesgo extremo.

—¿Por qué a la doctora McBride le pareció necesario eso? —preguntó Rudy.

—Los vuelos en sí son un asunto bastante peligroso. Y la idea es que los niños pasen el tiempo fuera de sus bots, que estén juntos, unos con otros, que se mezclen más.

—Socialización —dijo James.

—Sí. Rose dispuso un edificio con suministros de cocina y demás en el que los niños pueden vivir juntos. Y otro edificio de almacenaje con el resto de suministros.

James se acarició la barbilla.

—¿Estará preparado para ellos el Presidio? —preguntó.

—William me asegura que puede dejarlo todo a punto.

—¿Y qué hay del agua?

—Hay una torre condensación de niebla cerca de Main Post. Una ONG que andaba buscando financiación allá en los 2020 la erigió como ejemplo de la tecnología de recuperación de agua. Resulta que esta torre es un diseño de la misma empresa que contrató Nuevo Amanecer para las unidades del desierto. Y mucho más grande. William dice que habrá que drenarla, limpiarla y esperar a que se rellene con agua nueva. Teniendo en cuenta la bruma que rodea el Presidio, no debería llevar más que unos días. Con la ayuda de sus Madres, los chicos tendrán seguramente más comida y más agua de las que han tenido nunca en su vida.

—Bueno, ¿y prevéis algún problema?

—Por desgracia, sí. La seguridad.

—Pero creía que todo iba encaminado a mantener a los chicos a salvo.

—Sí, deberían estar muy a salvo, incluso de nosotros.

—¿De nosotros?

—Primero de todo, las Madres protegerán el perímetro…

—¿Proteger el perímetro? —James se puso de pie, amasándose las manos.

—No lo olvides, Rose estaba operando bajo los principios del Código Negro. La premisa es que Langley ha caído. Los Álamos ha caído. Se cree que un enemigo tiene información de inteligencia que puede conducirlo a los bots. Los bot son, ya de por sí, piezas muy deseables de *hardware* militar. Y, por supuesto, cualquier cosa que ponga en peligro a los bots pone en peligro los niños. Lo de «proteger el perímetro» va totalmente enfocado a impedir que el enemigo entre en la base.

—Entonces, seguiremos sin poder establecer contacto con los niños…

—William dejará la sede de Fort Scott abierta, y el ordenador de Rose sigue conectado. Dejará también unos cuantos teléfonos vía satélite en el Bloque 100. Pero debemos andarnos con cuidado… Las Madres interpretarán cualquier comunicación que provenga del exterior como una amenaza. —Kendra se volvió hacia él—. Tenemos que aceptarlo. Si conseguimos llevarlos hasta el Presidio, esos niños estarán protegidos por un ejército de los soldados más poderosos jamás construidos.

28

UNA tenue luz grisácea penetraba por la ventana de la escotilla de Rosie. Kai oyó todavía el zumbido del pequeño ventilador que había bajo el panel de control, haciendo circular el aire por su sistema de filtración. Se apartó la manta de la boca e inspiró lentamente. El aire de la cápsula olía cómo olía antes el viento cuando se avecinaba tormenta, pero mezclado con el olor rancio de su propio sudor.

Sacudió la cabeza, intentando despejarse. Habían pasado días desde que los azotó la primera tormenta de arena, pese a que a veces costaba diferenciar el día y la noche. Ahora las tormentas venían en olas, cada una más potente que la anterior.

—¿Dónde está Sela? ¿No ha vuelto todavía?

—Hay un niño en las proximidades de nuestra ubicación actual.

Kai acercó la mano al pasador.

—¿Puedo…?

—Velocidad del viento, nueve kilómetros por hora. Visibilidad, treinta kilómetros. Las PM10 continúan por encima del rango especificado. Colócate la máscara antipartículas, por favor.

Kai metió la mano bajo el asiento y cogió la máscara. Se la abrochó cubriendo nariz y boca y empujó suavemente la puerta. Unas capas apelmazadas de polvo se deslizaron por la superficie de la puerta mientras él se escurría por la abertura y se descolgaba sobre las orugas de Rosie. Ese mismo material talcoso cubría todo el claro a su alrededor, y se amontonaba en bancos contra las rocas. Apenas alcanzaba a distinguir entre el gris de la tierra y el blanco pálido y translúcido del cielo. Trepó a las orugas de Beta para llamar con unos golpecitos, y pasó la mano por la ventana para despejar una pequeña zona. Kamal lo miró, aturdido, y se colocó también la máscara antes de abrir la escotilla.

—¿Ha vuelto Sela? —preguntó Kamal.

Kai examinó el claro. Todavía ni rastro.

—Estoy seguro de que está bien —le aseguró a Kamal—. Debe de estar

escondida en alguna parte…

Aunque todavía intentaba hacerse el valiente, la larga ausencia de Sela había empezado a abrirle un agujero en el fondo de su estómago vacío.

—¿Rosie sigue operativa? —preguntó Kamal—. Quitando el filtro de aire y las comunicaciones básicas, Beta ha desactivado la mayor parte de sus funciones.

Kai se volvió a mirar a Rosie, apenas reconocible bajo su manto de polvo.

—Es solo por precaución. Para evitar una chispa accidental, me dijo Rosie. Pero hay algo extraño en la manera en que me habla últimamente. Como si estuviese ocupada… —Negó con la cabeza. No tenía sentido dejar que sus miedos se impusieran. Superarían esto, igual que habían superado todo lo demás—. Vamos a buscar más agua. Casi no me queda.

Cogieron de la bodega las tres botellas de agua que le habían tocado cada uno, y luego echaron a andar apresurados por el estrecho camino que llevaba al manantial.

Kai aguzó la vista. Justo delante, eso podía ser la pila de piedras que habían dejado a modo de poste. Pero a duras penas veía el camino… Se detuvo en un pedazo húmedo de arena, hurgó frenético el suelo con el talón. Los latidos del corazón le bombeaban con fuerza los oídos, se agachó y arrancó terrones de limo a lado y lado.

—Está aquí —murmuró—. Sé que está aquí.

Pero no lo estaba. Se levantó, con pegotes de barro húmedo chorreándole por las manos.

De pronto, percibió el timbre de Rosie. Cuando se volvió para echar un vistazo hacia la carretera, divisó el borde negro y siniestro del frente siguiente.

—¡Tenemos que volver a bordo! —dijo Kamal.

Sin aguardar respuesta, se encajó debajo del brazo sus botellas de agua casi vacías y recorrió el camino a zancadas hasta llegar a las orugas de su Madre. Kai iba pisándole los talones.

—¿Están tus sistemas en orden? —le telegrafió a Rosie.

Pero no hubo respuesta. Se le encogió el corazón mientras empezaba la nueva arremetida.

Entre trago y trago de agua y algún bocado de cactus crudo y arenoso, Kai iba entrando y saliendo de un sueño agitado. Su mente oscilaba entre las

pesadillas y el eco tranquilizador de la voz de Rosie. Cada vez que se despertaba, le dolían las piernas y le daban punzadas en la cabeza.

Y entonces notó algo, un tirón estruendoso. Las láminas de suciedad resbalaron por la ventana enfrente de él. ¿Estaba soñando? No. Se estaban moviendo. Rosie se alejaba sobre las orugas del abrigo de la entrada de la cueva y se dirigía a la zona plana y despejada del centro de la hondonada. A poca distancia, Beta maniobraba también.

—¿Qué pasa? —le telegrafió a su Madre.

—Nos vamos.

—¿Por qué?

—Una señal.

—¿Una señal? ¿De dónde?

Pero no hubo respuesta, solo un silencio en su mente. Giró en el asiento, esforzándose por distinguir a Beta, por asegurarse de que Kamal seguía cerca. Pero ya no podía verlo. ¿Y dónde demonios estaba Sela?

—¡No! —gritó—. ¡No podemos irnos!

De nuevo, no hubo respuesta. Agarró el pasador de la puerta.

—Por favor, permanece en el asiento y abrocha las sujeciones —dijo Rosie.

Noto cómo su asiento se inclinaba adelante al tiempo que ella pivotaba, preparándose para el despegue.

—¡No podemos dejar a Sela! —gritó.

Pero ya estaban en el aire, y la fuerza del viento dejó limpio el fuselaje de Rosie. En cuestión de segundos, un sol esperanzador destellaba en sus flancos mientras atravesaban los márgenes superiores de la nube de arena. Ahuecando las manos contra la ventana, Kai se esforzó por ver algo fuera. Beta estaba ahí, volando en tándem con Rosie. Y a lo lejos, distinguió uno, dos, tal vez tres objetos: enormes siluetas de abejorro, alzándose desde el desierto.

Kai abrió los ojos de golpe. Seguía con las sujeciones abrochadas, encajado en el asiento y con la frente apoyada contra la superficie fría de la escotilla lateral de Rosie. Recordó vagamente el rumor constante de su motor, el resplandor de la luz de la mañana entrando por la ventana…

Desde fuera, un par de ojos marrones lo observaban.

—¿Hola? —gritó una voz, amortiguada. Toc. Toc—. ¿Estás bien?

Kai desabrochó las sujeciones y abrió la puerta de la escotilla. Estiró una pierna por encima del reborde de la abertura, pero el pie descalzo le patinó por la superficie inesperadamente resbaladiza de la oruga de Rosie, y tuvo que dejarse caer con torpeza por un costado para aterrizar de un salto en el suelo. Los dedos se le hundieron entre el rico follaje y los arbustos espinosos, y las diminutas astillas de la maleza se le clavaron en las manos, atravesándole la piel de las palmas.

—Lo siento, tendría que haberte avisado —dijo Kamal, bajando con cuidado al suelo—. Hay mucha humedad aquí…

Kai se puso de pie. El aire olía a sal y a algo muerto. El viento frío le dio un escalofrío en la espalda. Unos pájaros blancos y chillones planeaban en lo alto. A poca distancia, olas de un verde intenso batían sobre la orilla de guijarros. Recordó la foto que le había dado Sela, la de la niñita del vestido rojo…El mar.

—Cuando Beta se preparó para aterrizar temí que nos hubiésemos separado —le explicó Kamal—. Pero me aseguró que estas eran las coordenadas correctas.

—Las coordenadas correctas… —repitió Kai—. ¿Para qué?

Kamal lo miró, confundido.

—No me dijo más.

Kai miró a su Madre. Estaba inmóvil a su lado, con la humedad goteándole por los flancos como perlas de sudor.

«Tu nombre es Kai —le había dicho una vez—. Significa «mar».»

¿Era este su hogar? Aguardó su respuesta, pero lo único que oyó en su mente fue un suave golpeteo, como el goteo constante del agua sobre una roca: el ruido que hacía cuando estaba pensando.

—¿Por qué está tan callada Rosie?

—Beta tampoco ha dicho nada desde que hemos llegado —respondió Kamal, lanzando una mirada a su Madre—. Ya no puedo oír sus pensamientos…

Kai giró lentamente sobre sí mismo, tratando de orientarse. Su mente parecía tan nublada como el aire allí. Nublada y… vacía. Se preguntó dónde estaría Rosie. ¿Y dónde estaba Sela? Había visto a otros, estaba seguro…

Aguzó la vista, examinando la playa. Nada. Entonces distinguió algo en el cielo: dos puntos diminutos. Recordaban a los halcones que había visto en el

desierto, volando en círculos sobre las corrientes ascendentes. Pero a medida que descendían, fueron creciendo progresivamente en magnitud, sus contornos más nítidos.

—¿Eso son…?

El rumor de sus motores apenas se oía por encima del silbido del viento y el romper de las olas. Pero cuando se prepararon para aterrizar el rugido de los reactores fue ya inconfundible. Kai se tiró al suelo de rodillas, con las manos en la cabeza para protegerse de los latigazos de la arena.

Al levantar la vista, vio que Kamal había recorrido ya un buen tramo de playa, y que sus piernas delgadas lo llevaban hacia una niña menuda cuya maraña de tirabuzones rubios le escondía prácticamente la cara. Kai se acercó también. Casi no alcanzaba a oír su voz, pero sí veía su tímida sonrisa, las paletas astilladas.

—Mi Madre me llama Meg —murmuró la niña.

Ladera arriba, un niño fornido con el pelo color paja se rascaba la cabeza junto a otro bot humeante.

—Zak —dijo, presentándose. Su mirada recorrió la playa de punta a punta mientras Kai se acercaba—. Había más gente conmigo…

—Llegarán enseguida —le aseguró Kai, esperando no equivocarse.

Por todo alrededor, iban aterrizando bots, de dos en dos, de tres en tres, las escotillas se abrían y los niños emergían de ellas como los pájaros recién nacidos que salían en los documentales de Rosie sobre la naturaleza. Pero ninguno era Sela.

A su lado, Zak no hacía más que lanzar miradas furibundas de un modo que le hizo sentir extrañamente incómodo.

—Eso espero —dijo—. Todo esto no me gusta nada.

Por entre la bruma que bordeaba la orilla, Kai divisó una forma solitaria flotando en el cielo. *¿Alpha-C?* Echó a correr, siguiendo el bot con la vista mientras este remontaba el vuelo sobre el agua y luego descendía hacia él. De pronto, las piernas le fallaron. El pie izquierdo se le había quedado enredado en los zarcillos de una planta cenagosa de color marrón verdoso, y quedó tirado en el suelo. Apenas tuvo tiempo de levantar la cabeza antes de que el bot impactara allí cerca.

Se apoyó sobre los codos y vio un par de pies descalzos, pateando la arena.

—¡Ostras, mamá! —La niña se sacudió el pelo, y salió despedida una nube de polvo—. ¿Tenías que aterrizar tan a lo bruto? Ya sé que hace tiempo que no le pasas un diagnóstico a tu rutina de aterrizaje, pero…

Kai se sentó. Y sin poder contenerse, rompió a reír de pura alegría.

—¿Dónde te habías metido? —gritó.

Sela lo recompensó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Estás bien? ¡Alpha casi te aplasta! —Kai sintió el acogedor apretón de Sela mientras ella lo ayudaba a levantarse—. Perdona que me marchara de esa manera. Supe enseguida que era un error. Y, al final, tuvimos que dejar allí la moto.

Kai no podía parar de reír. Era muy propio de Sela andar preocupándose de esa tontería de moto. Pero aquí estaban. Sela a salvo. Y había más: muchos más.

De pronto, se les echó encima Kamal, con la chica nueva, Meg, pisándole los talones.

—¡Gracias a los dioses! —exclamó Kamal, con los dientes blancos reluciendo mientras estrechaba a Sela entre sus brazos.

—Rosie me dijo que había recibido una especie de señal —dijo Kai—. ¿Alpha ha dicho algo?

—Nada —respondió Sela—. Despegamos sin más. Sin explicaciones…

A su lado, Alpha-C se colocó de rodillas. Con los brazos relajados, las palmas de las manos interiores expuestas, inmóvil de un modo inusitado.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Sela, acariciando con la mano el ala recogida de su Madre.

—No lo sabemos —respondió Kai—. Pero sea lo que sea, parece que están todas haciendo lo mismo.

Con el ceño fruncido, Kamal se agachó y se puso a coger puñados de arena gruesa y a dejarla escurrir entre los dedos.

—Espero que mi Madre vuelva pronto.

Sela echó un vistazo a través de la bruma, que empezaba a aclarar.

—¿Dónde estamos?

—¿En el océano? ¿Al oeste? Es lo único que puedo averiguar.

Kai se sacó del bolsillo la brújula, el regalo de Sela. Vio que la aguja se deslizaba hasta las letras «NO». En esa dirección, una imponente estructura marrón oxidado trazaba un arco por encima del mar y desaparecía en el

blanco denso de un banco de niebla. Un puente: lo había visto antes, en una foto en la pantalla de Rosie. Pero ¿dónde era? Escudriñó el tramo de carretera agrietada y llena de baches que quedaba al sur. Allí cerca había una torre de agua del mismo tipo que las que había encontrado en los campamentos del desierto. Pero esta era mucho más grande: su enorme silueta naranja en forma de botella se alzaba tan alta como uno de los árboles cercanos. Más allá de la torre, había un agrupamiento de edificios. Algunas construcciones pequeñas de madera, con las ventanas rotas y la pintura cayéndose a pedazos de las paredes exteriores, parecían abocadas a la ruina total, pero los edificios más grandes, algunos de ladrillo visto y otros de bloques de piedra blanca, plantaban cara robustos al viento que soplaba de la costa.

La vista más asombrosa era la del este. Allí, una gran cúpula blanca se posaba sobre una estructura inmensa hecha de piedra. Detrás y a su izquierda, espejeaba una pequeña extensión de aguas azules y quietas. Y a lo lejos, edificios —grandes y pequeños, planos y puntiagudos— se extendían a lo largo de una suave ladera. Era una ciudad, pese a que parecía más bien un espejismo o un cuadro; la distancia aplanaba sus tres dimensiones.

Por un instante, Kai quedó embelesado. Pero al momento, se imaginó encontrándose cara a cara con los antiguos habitantes de la ciudad, las cáscaras de los cadáveres asolados por la Epidemia. La Epidemia había llegado a todas partes, y en las ciudades vivía entonces mucha más gente que en el desierto… Un terror familiar le hizo un nudo en el estómago. Su mente llamó a su Madre, pero ella no estaba.

Y entonces… ¿qué era eso? Notó que el suelo retumbaba bajo sus pies, y al volverse vio a Rosie rodando hacia él.

—Creo que ha vuelto —murmuró, y sus latidos se apaciguaron ante ese consuelo.

A su lado, Kamal ladeó la cabeza.

—Mi Madre también.

Por todo alrededor, los niños empezaron a seguir a sus Madres por una pequeña cuesta, cruzaron una zona pantanosa y se dirigieron a una pista de cemento. Atravesaron la pista camino de la torre de agua gigante que había al otro lado. Allí los niños se detuvieron para hundir las manos en el líquido fresco que casi rebosaba el depósito. Kai engulló un trago tras otro, dejando que le chorrease por la barbilla. Había olvidado lo sediento que estaba…

Pero sus Madres pronto los juntaron de nuevo, y los condujeron campo a través, por una hierba seca y quebradiza que les llegaba casi hasta los hombros. Al otro extremo del campo había un edificio de ladrillo visto, con un porche de madera y las ventanas perfiladas en blanco. Allí hicieron un alto, y uno por uno, los niños se separaron de sus Madres para acercarse al espacioso porche del edificio.

Kai se volvió hacia Rosie.

—¿Y qué hay de la comida? —protestó.

Pero ella se quedó callada, sin inmutarse. Kai volvió a mirar el edificio. Tal vez hubiese comida dentro.

Subió los escalones de cemento hasta el porche, donde, a la derecha de una pesada puerta doble, una placa atornillada al muro anunciaba «Bloque 100». Cruzando por entre la multitud de niños, Sela sujetó entre los dedos de la mano izquierda el cierre de hierro oxidado de una de las puertas. Dio un fuerte tirón, pero aquellos portones, con capas de sucia pintura blanca despegándose de la superficie descascarillada, se negaron a moverse.

—Parece que quieren que entremos, pero estas puertas están encalladísimas —dijo.

—Deja que te ayude —ofreció Kai, y agarró el mango de la puerta derecha—. Una… dos… ¡y tres!

Con un crujido estrepitoso, las puertas cedieron, chirriando sobre sus antiguas bisagras mientras los dos amigos retrocedían trastabillando. Por un momento, contemplaron boquiabiertos el espacio oscuro que se abría más allá.

El edificio, con ese porche amplio y la fachada ornamentada, había resultado bastante acogedor desde fuera, pero un rancio olor a humedad, matizado solo con un ligero efluvio químico, asaltó las narices de Kai al entrar. Se quedó paralizado cuando algo pequeño y negro le pasó correteando por encima del pie; su cola tiesa desapareció por un lado del porche. Pero el resto de niños empujaban ya tras él; el fragor y el arrastrar de pies sobre los tablones gastados del suelo hicieron rebotar ecos resonantes de las paredes peladas mientras cruzaban el umbral.

Justo enfrente, un tramo de escalones oscuros de madera subía hasta lo que parecía una negrura absoluta. Evitándolos, Sela giró a la derecha, y Kai la siguió por entre unas paredes beige engalanadas de telarañas. Unos elementos decorativos de metal, que recordaban viejas lámparas eléctricas, colgaban

inservibles del techo.

—Pero ¿qué clase de sitio es este? —se preguntó Kai en voz alta.

—Parece un hotel antiguo sacado de uno de mis vídeos —susurró Sela—. ¿O tal vez un colegio?

El grupo se fue embutiendo en un cuarto estrecho apenas iluminado por la luz escasa que se colaba por las ventanas que lindaban con el porche. Las paredes, de un verde apagado, estaban repletas de armarios y cajones de todos los tamaños. La nueva amiga de Kamal, Meg, ahogó un grito al abrir uno de los armarios y descubrir servicios de mesa de metal. Kai abrió un cajón lleno de utensilios de cocina. Había dos grandes fregaderos de acero sujetos a la pared con tuberías corroídas.

Cruzando este cuarto, pasaron a otro, todavía más estrecho, este equipado solo con filas de estanterías vacías. Por último, llegaron a una zona amplia en la esquina contraria a la fachada del edificio. Aquí, largas mesas de metal y sillas plegables se iban intercalando entre dos hileras de postes robustos embadurnados de pintura desconchada. La luz entraba a chorro por todas partes a través de unos altos ventanales.

De pronto, se oyó un estruendo, seguido del latigazo de algo cortando el aire fuera. Impulsivamente, Kai salió disparado hacia las ventanas de la fachada. Por el cristal mugriento, solo alcanzó a distinguir un cuadro de bots que rodaban en formación poco compacta. Sonaron otro par de explosiones, ambas desde algún punto a su izquierda. Al otro lado del campo, un bot rodó bruscamente para abrir fuego contra unos matorrales.

—¿Contra qué están disparando? —Sela se hizo sitio a su lado y frotó la ventana con la manga de la túnica.

—No lo sé…

A pesar del frío que flotaba en la sala, a Kai le brotó sudor en la nuca. Recordó las palabras de Rosie: «No hay que emplear un arma salvo en circunstancias extremas. Solo cuando nuestras vidas corran peligro». Frente a la ventana contigua a la suya, a Kamal se le había quedado la cara blanca como la tiza. Alargando el cuello, Kai observó las expresiones tensas de sus nuevos camaradas. Contó veintidós en total: unas cuantas chicas más que chicos; de todos los tamaños, formas y colores de piel. En algún punto al fondo de la multitud, un niño sollozaba quedamente.

—¿Cuánto rato vamos a estar atrapados aquí? —susurró Sela.

Pero no tuvo que esperar mucho. De un modo tan repentino como había empezado, el tiroteo terminó. Aliviado, Kai se volvió hacia la sala. El resto de niños se abrían paso ya por donde habían venido, el avance ralentizado por el cuello de botella de la puerta.

Una vez fuera, Kai se zambulló en el campo en busca de su Madre. Trastabillando sin rumbo, estuvo a punto de tropezar con un niño menudo que inspeccionada de rodillas los contenidos de una mochila azul intenso. Desperdigados por el suelo, había sobres de Pedia-Supp, cápsulas de yodo, antiveneno, vendajes, una cantimplora, una linterna solar y una especie de capa de plástico plegada.

—Hola —saludó el niño, educadamente, con el pelo pelirrojo y desaliñado cayéndole sobre los ojos cuando levantó la vista—. Me llamo Álvaro. ¡Encantado de conocerte!

—Yo me llamo Kai. Oye, ¿de dónde ha sacado todo eso?

—He visto que Delta lo cogía de ese edificio de ahí —respondió el niño, señalando una gran estructura blanca al otro lado del campo.

El edificio, los suministros… Del mismo modo que los almacenes del desierto anticipaban sus necesidades, del mismo modo que esos alijos de botellas de agua que aparecían mágicamente junto a las carreteras, daba la impresión de que alguien había planeado su llegada. Kai escudriñó el campo en busca de indicios del extraño desconocido. Pero no vio más que la multitud de niños impacientes y sus Madres.

Al fin, distinguió la brillante marca amarilla del ala de Rosie. Plantada junto al amplio portón del edificio de suministros, le tendió a Kai su mochila. Él subió por las orugas y abrió la puerta de la escotilla. Pero el panel de control estaba apagado, el aire dentro de la cápsula ya rancio y frío. Casi no lograba distinguir las botellas de agua vacías que había en la bodega bajo el asiento, la manta arrugada que había dejado en el suelo.

—Rosie, ¿pasa algo?

Oyo un grito desgarrador que venía de allí cerca.

—¿Mamá?

Se volvió y vio a Sela pateando el suelo, con las lágrimas brotándole a borbotones de los ojos. Kamal, con la cabeza gacha, tenía la mano apoyada suavemente en el flanco oscuro de su Madre.

—Kai —gritó Sela—. ¡Alpha ha cerrado la cápsula! ¡Y no me dice por

qué!

Esa noche, Kai tendió su manta en el suelo frío del Bloque 100. Se había pasado la tarde conociendo a todo el mundo. Estaban todos confundidos, todos asustados. Nadie sabía por qué estaban ahí, y sus Madres no les daban ninguna pista. Pero ahora estaban todos juntos: emocionados, expectantes.

—Mañana nos buscaremos un cuarto como es debido —susurró Sela—. Me he escabullido por esas escaleras de la entrada. Hay un montón de cuartitos ahí arriba. Y prepararemos también una cena como es debido.

Desde la otra punta de la sala, oyó la voz de Zak.

—Mi Madre ha disparado a un ciervo. Debió de pensar que era un depredador, pero los ciervos se comen. Mañana, ¡iremos de caza! Adiós al Pedia-Supp…

El niño se dio la vuelta con un gruñido, y se arrebujó en la ropa de cama de manera que solo asomaba su pelo de punta. Al lado de Zak, esa amiga que esperaba, una chica de pelo negro azabache llamada Chloe, estaba tumbada con los ojos clavados en el techo.

Siguiendo su ejemplo, Kai se echó boca arriba pegado al duro suelo de madera. Se arropó con la manta bien ceñida a los hombros; echaba de menos la pequeña cápsula de Rosie. Esta sala era demasiado grande: las paredes, el techo, las ventanas… Todo estaba demasiado lejos. Y aunque estaba feliz de haberlos encontrado, los ronquidos de sus camaradas eran un mal sustituto para el zumbido relajante de los procesadores de su Madre.

—¿Rosie? —pensó con todas sus fuerzas.

Pero no hubo respuesta. Su Madre estaba callada, como lo había estado desde que llegaron a este extraño lugar. Mañana. Tal vez mañana Rosie volviera de verdad. Se tumbó de lado, y la cabeza se le hundió lentamente en la almohada que formaba su brazo.

29

MISHA enfiló el largo pasillo del hospital camino del único ordenador que tenía conexión con Los Álamos. Las tardes calurosas, cuando el sol achicharraba los maizales del tío William, ella había cogido la costumbre de acurrucarse en el fresco vestíbulo del hospital hopi mientras estudiaba la base de datos de aprendizaje de los bots.

Pero a mitad de camino, unas voces la hicieron parar. Ladeó la cabeza para mejorar la recepción. Eran el tío William… y la abuela.

Siguiendo el sonido, llegó a la habitación especial, esa en la que ahora se alojaba James en sus escasas visitas. Echó un vistazo por las puertas herméticas de cristal. Rick estaba reclinado en una cama en el centro de la sala. Su cara, perfectamente afeitada, estaba más pálida de lo que Misha recordaba. William estaba de pie junto a la ventanita, y la abuela, sentada al borde de una silla en la otra punta, igual que el día en que Sara murió.

—Así pues, las Madres han abandonado el desierto. Los exploradores las vieron despegar —dijo Rick, con voz ronca—. Pero ¿sabemos cuántas de ellas consiguieron llegar al Presidio?

Sin pensarlo, Misha se retiró a un lado de la puerta, justo fuera del alcance de su vista. Afinó los oídos para distinguir sus voces por encima del rumor constante del sistema de filtración de aire de la habitación.

—Habrá que conseguir alguna clase de vista aérea —respondió William —. ¿Hemos averiguado ya la manera de usar el satélite para labores de vigilancia?

Rick soltó un suspiro.

—Tenía capacidades de vigilancia limitadas dentro del territorio de Estados Unidos. Dios sabe que hemos intentado acceder; habría sido un recurso fantástico en el desierto. Pero los espías de Washington fueron los únicos que tuvieron alguna vez esa acreditación. —Hizo una pausa—. Tal vez podríamos usar el dron.

—Sí —respondió William—. Pero ¿ha conseguido repararlo Mac?

—Dice que debería funcionar bien —respondió la voz rasposa de Rick—.

Esta vez lo ha revestido de metamaterial, para ocultárselo a sus sensores. Igual ahora ya no le disparan.

—Rick, tenemos que averiguar si Nova está ahí —dijo la abuela.

Rick se aclaró la garganta.

—Rose quedó fascinada por la historia de Nova —dijo—. Pero que le pareciese apropiado infundir la personalidad tu hija, no solo en una, sino en dos de las madres… Nova tuvo que ser una mujer increíble.

—Es una lástima que una de las dos se estrellase… —Se lamentó William.

—Y que ni siquiera supiésemos quién era cuando la encontramos —dijo Rick—. No vimos la conexión entre Alpha-B y Nova hasta que Kendra encontró ese archivo. Al parecer usaron el nombre del escuadrón aéreo de Nova para definir el nombre de su bot.

—Tenemos que estar agradecidos —dijo la abuela—. Es una noticia maravillosa, que la pequeña Misha sea la hija de Nova… ¡Misha es de la familia, William! Lo supe desde el primer momento en que la vi.

A Misha, la sangre le bombeó con fuerza en los oídos, ahogando casi las voces del otro lado de la puerta. ¿Nova? Se llevó la mano al delicado collar que llevaba en torno al cuello, al colgante en forma de mujer plateada con alas como las de un pájaro. La abuela se lo había dado justo el día antes. Le había dicho que en su día había pertenecido a su hija, alguien que había muerto antes incluso de la Epidemia, alguien que se llamaba Nova… ¿Era por eso por lo que la abuela había querido dárselo?

Sus pensamientos iban a toda velocidad. Tras aquel encuentro secreto con la Madre en la Gran Escalinata, no había dejado de atosigar a Kendra para conseguir más información. Las Madres portaban una personalidad, le había explicado Kendra, o al menos unos códigos basados en las personalidades de mujeres reales. Y estas mujeres reales eran las madres biológicas de los niños que habían gestado. Pero las madres humanas reales ya no estaban, estaban todas muertas desde los tiempos de la Epidemia.

—¿Estás segura de que mi madre biológica está muerta? —le había preguntado Misha.

Kendra se había ruborizado tremendamente.

—Sí, cariño. Me temo que sí.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Que cómo se llamaba? Ehm… No lo sabemos, Misha. Solo sabemos la

insignia de su bot: Alpha-B.

Ahora, la voz de William sonó desde detrás de la puerta.

—Entonces, la otra Nova, la que todavía andamos buscando, ¿se llama Alpha-C?

—Sí —respondió la abuela—. Misha podría tener un hermano o una hermana. Entiendo que James no quiera decírnoslo hasta que estemos seguros, pero tal vez cuando tú vuelvas…

Fuera, en el pasillo, Misha notó que las piernas le flaqueaban. Se dejó caer, apoyada contra la pared, y se abrazó las rodillas, esperando a oír más.

—Y Kai —dijo William—. Tenemos que encontrarlo también a él. —Alzó la voz, y Misha lo imaginó volviéndose de la ventana—. En fin, ¿cuál es el plan?

—No deberíamos tardar demasiado —respondió Rick—. Edison dice que estaré listo para ponerme en marcha si consigo llegar a mañana de una pieza. —Inspiró hondo, y luego tosió vigorosamente. Hizo una breve pausa antes de continuar; la voz casi inaudible—. Mac nos puede traer el dron mañana por la tarde. Si todo va bien, podremos salir hacia el Presidio el día siguiente al amanecer.

Misha oyó unos pasos que se acercaban a la puerta. Se puso de pie, con las piernas vacilantes mientras se escabullía por el pasillo en dirección al ordenador. El Presidio. ¿Dónde estaba eso? Iba a tener que averiguarlo.

30

A CURRUCADA en la bodega trasera del carguero de Rick, pequeña como un armario, Misha aferraba la mochila que contenía sus escasos suministros: una manta, una chaqueta fina, una cantimplora y tres tortas de pan hopi. Con aquel aire cargado alrededor, y las piernas apretujadas contra la pared trasera, rogó por que aterrizasen pronto. No tenía ni idea de que sería un viaje tan largo…

Pero al fin notó el topetazo de las ruedas bajo su cuerpo. Contuvo la respiración. La puerta del carguero se abrió, y algo se alejó rascando el suelo, cerca de su compartimento.

Contó los minutos de silencio que siguieron y abrió muy despacio la puerta de la bodega. Respiró hondo el aire más fresco de la cabina. Pronto oyó el quejido del motor del dron, primero muy ruidoso, y luego perdiéndose en la distancia.

—Vale. —Ese era Rick—. Ahí está el Bloque 100.

La conversación continuó, sobre los bots, sobre algunos chicos que caminaban por una playa. Los dos hombres parecían satisfechos con el éxito. Y entonces…

—¡Es ella! ¡Alpha-C! —exclamó el tío William.

—Y ahí está Kai —dijo Rick, con voz quebrada—. Se le ve bien.

Alpha-C. Misha sonrió. Se escurrió de la bodega y pasó a la parte trasera del carguero, con las piernas hormigueando ahora que volvía la sangre a ellas. Se hizo con un teléfono vía satélite que había en el respaldo del asiento del copiloto y se lo guardó en la mochila. Echó un vistazo por la ventanilla lateral para orientarse.

Habían aterrizado en una especie de azotea. Sin perder de vista a los dos hombres, agachados de espaldas frente al panel de control del dron, se bajó del carguero y se agazapó tras una chimenea cercana. Ahí, apretando las rodillas fuerte contra el pecho, espero a que terminasen con su trabajo. Y cuando alzaron el vuelo y la dejaron ahí sola, emprendió el tortuoso descenso hasta el suelo por una larguísima escalerilla de metal.

Kai arrancó a correr, haciendo todo lo posible por seguirle el paso a Zak por el camino que bordeaba el extremo norte de su nuevo hogar. A su derecha, y al pie de una traicionera vertiente, estaba la bahía, sus aguas agitadas batiendo desde el mar. A su izquierda, había una cuesta empinada, cubierta de rala vegetación.

Tras el silencio relativo del desierto, había tardado unos días en acostumbrarse a todo el ruido que había allí. No sabía qué era lo que le resultaba más extraño: si los bosques espesos con sus árboles imponentes, crujiendo con el viento, o esos acantilados de roca que asomaban a un océano infinito. Pero al menos la expedición había sido un éxito. La mochila de Zak iba llena de ardillas muertas, y la de Kai rebosaba de esos extraños pájaros blancos que Chloe había conseguido derribar de sus posaderos. A su espalda, la niña los seguía trabajosamente, con sus tirachinas improvisados sujetos al cinturón y una bolsa de piedras colgada al hombro. Y en algún punto tras ella, Álvaro cargaba con una saca llena de vegetales, algunas piñas gordas recogidas de una rama caída y bayas silvestres de todas las formas y tamaños.

Zak, el líder autoproclamado de esas misiones en busca de comida, estaba decidido a explorar todo el promontorio. Hasta el momento, Kai no había tenido motivo para cuestionar la autoridad del chico; aunque pronto se dio cuenta de que Sela no quería tener nada que ver con él: el temperamento de Zak, al parecer, se sulfuraba con demasiada facilidad si alguien desafiaba su liderazgo.

Su camino enlazó con una calle pavimentada, que atravesaron bajo la sombra del puente. Pero pronto se encontraron el camino bloqueado por una alta verja, que iba directa hasta el borde de un precipicio al otro lado.

—Vamos a mirar ahí arriba —gritó Zak hacia atrás.

Como de costumbre, el niño no espero una respuesta. Se agarró de un arbusto espinoso que amenazaba con arrancarse a cada tirón, y Kai lo siguió subiendo hacia la izquierda el terraplén. Una vez arriba, trepó como pudo por un muro bajo de cemento y llegó a una carretera ancha y asfaltada.

Pronto estuvieron todos frente al puente. Allá en lo alto, las torres de color oxidado se alzaban hasta el cielo azul intenso. A su espalda había una hilera de verjas de metal cerradas con candado que ocupaban la mitad de la carretera, y delante, bloqueando el acceso al puente, un muro impenetrable de escombros: troncos de árboles, chatarra y una colección de lo que parecían

componentes de camión desechados.

Kai metió la mano en la mochila y sacó sus viejos binoculares. Rosie había desactivado la pantalla de la escotilla, pero con ayuda de Álvaro, ese niño que parecía saberlo todo de ordenadores, había conseguido retirar la tableta del panel de control y aprendido a llevar a cabo sus propias búsquedas en la base de datos de aprendizaje. Localizó fácilmente el lugar en el que vivían ahora: cerca de la antigua ciudad de San Francisco, en la costa oeste de Estados Unidos. Había un montón de agua, un montón de caza y un montón de plantas que comer. Tenía lógica que las Madres los hubiesen traído aquí: lejos de la sequía, lejos de ese polvo que había amenazado con asfixiarlos. Y todos juntos.

Pero algo fallaba. Sus Madres no eran las mismas. No hablaban. Y por su comportamiento, daba la impresión de que acechaba una amenaza, una que las tenía todo el tiempo en alerta.

Aguzando la vista por los binoculares, apenas alcanzaba a distinguir la elevada valla metálica cuyos baluartes de alambrada recorrían toda la extensión de la carretera al este de la lejana cúpula blanca. Según Zak, esta valla oriental torcía luego al oeste para rodear una gran zona boscosa. Al oeste, giraba de nuevo al norte bordeando la costa, y flanqueaba el carril mar de la carretera asfaltada en la que estaban en ese momento. Kai había llegado a la conclusión de que los terrenos delimitados por esta valla debían de ser lo que quedaba de una antigua base militar conocida como el Presidio. Pero en los mapas de la base de datos de Rosie no veía nada que se pareciese a una valla; tenían que haberla construido más tarde. A su llegada, quedaban todavía algunas aperturas a lo largo del trazado, pero sus Madres enseguida habían instalado barricadas en las vallas del margen este del Presidio, así como en este extremo del puente majestuoso que cruzaba el Golden Gate.

Kai señaló la barricada:

—¿Qué sentido tiene todo esto, además?

—Lo sabes tan bien como yo —replicó Zak—. Necesitamos protección. El enemigo podría andar por ahí.

—Oye —respondió Kai. Le sorprendió su propio enojo cuando se volvió hacia el chico—. Veo todo el puente. Veo toda la costa al otro lado. No hay nadie. De verdad que no entiendo todo este rollo sobre enemigos.

—Están ahí. Es solo que se les da muy bien esconderse —dijo Kai—.

Igual que hacían en el desierto.

Kai apretó los puños por la frustración.

—Mira. Tú dices que viste algo en el desierto. Pero yo no vi nunca nada. Sela no vio nunca nada. Y ella fue a *todas partes*.

—¿Estás diciendo que miento? —El fornido muchacho dejó caer la mochila al suelo, le palpitaban los hombros y el cuello robusto. A su lado, Chloe lo cogió del brazo en un tímido intento por calmarlo.

Kai miró al chico a los ojos.

—Tú viste lo que viste. Y Chloe también. Pero si hay alguien ahí fuera, es imposible que sean muchos. Estaremos atentos. Pero lo más amenazador que hemos visto son unos cuantos perros salvajes. Rosie los puede quitar de en medio, sin problema.

—Entonces, ¿qué es lo que crees *tú* que pasa? —Zak puso los brazos en jarra, los labios tensados en una línea fina.

—Creo… Creo que algo les pasa a las Madres.

—¿Cómo qué?

—¿Viste cómo se apagaron cuando llegamos aquí? ¿Y que desde entonces, están cambiadas? Han desconectado nuestras cápsulas. Han empezado a abrir fuego contra todo lo que ven. Y han levantado estas barricadas, también—. Exasperado, Kai señaló con un movimiento del brazo el muro de desechos—. En el desierto jamás se comportaron así. Al menos Rosie no. Ahora ya no me habla. Hoy ni siquiera la he *visto*…

—Yo tengo una teoría —dijo Álvaro, su voz apenas audible por encima del viento.

—¿Cuál es? —preguntó Zak.

—Es posible que hayan reprogramado a nuestras Madres…

—¿Reprogramado? —preguntó Kai.

—Yo he querido siempre a mi madre —explicó Álvaro—, pero al mismo tiempo, sé que su cerebro no es como el mío. Su cerebro es un ordenador, y los ordenadores se pueden programar. Es posible que alguien se haya hecho con el control sobre nuestras Madres. Que alguien las haya reprogramado para traernos aquí. Y para que nos quedemos.

—Yo eso no me lo creo —dijo Zak—. Gamma es demasiado fuerte. Si alguien intentara cambiarla, contratacaría.

Kai contempló las cumbres lejanas. ¿Que había alguien ahí, controlando a

Rosie? Él tampoco se lo creía. Imposible.

En un aparcamiento amplio y asfaltado con un letrero que anunciaba «HOSPITAL DE VETERANOS», Misha activó el mapa satelital. Estaba a unos dos kilómetros y medio del Presidio. Para llegar hasta allí tendría que seguir por una carretera llamada «El Camino del Mar». Eso la llevaría hasta «Lincoln Boulevard», una calle que conducía directamente al Presidio desde el sur.

Mantuvo la vista al frente, haciendo caso omiso de los vehículos vacíos y las ventanas desocupadas que cercaban el camino. No había estado nunca en un sitio como ese, una ciudad atestada de edificios multicolor pegados unos contra otros: todos con verja, todos numerados. Sabía que no había nada que temer: papá y mamá eran de California, le habían contado. Era un lugar maravilloso, pero ahora no quedaba nadie. Aun así, respingaba ante cualquier sonido: el tintineo metálico de una señal de tráfico golpeando el poste por el viento; el graznido de un pajarraco negro, posado en lo alto de un tejado.

Apretó el paso. Ahí estaba, justo enfrente. Pero cuando al fin alcanzó el cartel que decía «Lincoln Boulevard» se encontró el camino bloqueado por una alta valla metálica con alambre de espino enroscado en lo alto. Sabía el daño que hacía esa alambrada: era la misma cosa horrible que usaba el tío William para que las ovejas no pasaran afuera y los coyotes no pasaron adentro. La valla no solo bloqueaba la calle; se extendía a este y a oeste tan lejos como le alcanzaba la vista.

Puso rumbo al oeste, buscando lo que según lo informó el mapa sería el «Sendero de la costa de California». Y aunque castigado por el viento y el clima, el sendero seguía ahí, discurriendo sin impedimentos a lo largo de la costa, pegado a la valla. Rumbo al norte, la arena compacta se iba desmenuzando entre los dedos de sus pies al caminar. A su izquierda, las olas del océano golpeaban la orilla de una ancha playa; la espuma blanca anunciaba su llegada. Una bruma extraña y desconocida le humedeció el pelo. Tiritaba. No podía imaginar un lugar más distinto de las mesetas.

El sendero giró alejándose de la playa, virando hacia arriba por entre un bosquecillo. Pronto alcanzó de nuevo Lincoln Boulevard. Pero la valla, bordeando ahora la calle, le seguía impidiendo el camino. ¿No había ninguna puerta, ningún lugar por el que pudiese cruzar al otro lado?

Y entonces lo vio. En un punto en el que las lluvias habían erosionado el sendero, se había formado un pequeño hueco debajo de la valla. Buscó una rama robusta, y usándola a modo de azada, rastrilló las hojas muertas y cavó en el hueco hasta que fue lo bastante grande como para cruzar arrastrándose. Metió la mochila primero, y luego, bocabajo, pasó la cabeza y reptó como una serpiente al otro lado. Se puso de pie y se sacudió la tierra de la ropa y los brazos. Desde arriba, percibió un extraño zumbido, algo parecido a colibríes gigantescos cazando entre las copas de los árboles. Eran las Madres, lo sabía. Estaba cerca. Según el mapa, la calle acabaría torciendo al este. Si no se apartaba de ella, seguro que se acababa encontrándose con alguien.

Y, en efecto, más adelante el bulevar giró a la derecha para cruzar otra calle mucho más ancha…y oyó algo: voces, llevadas por el viento. Se guardó el teléfono vía satélite en la mochila, y trepó por un terraplén para alcanzar la carretera superior. Ahí, reunió valor para el acercamiento y ensayó en silencio el discurso que tenía planeado.

Cuando dio la espalda al puente, Kai divisó algo, alguien, que se acercaba por la carretera que quedaba detrás de las puertas de metal.

—¿Quién es ese?

Se volvieron todos a mirar mientras una forma delgada y oscura se acercaba. Parecía una chica, alguien a quien Kai no había visto nunca. Rodeó con cuidado las puertas. Se recolocó la mochila sobre los hombros y se acercó a ellos, tímidamente al principio, y luego con resolución.

—Gracias a Dios —dijo jadeando, y se detuvo delante de ellos—. ¡Estáis aquí! Mi Madre dijo que os encontraría. Pero no la creí.

La niña llevaba el pelo largo y oscuro recogido pulcramente detrás de los oídos, y sujeto en una trenza holgada atada con cordón de embalar. A pesar del frío, iba descalza. Llevaba un vestido que era un simple saco, con un cinturón hecho de abalorios coloridos que le tintineaban en la cintura. Unos leggings negros le cubrían las piernas hasta los tobillos. Sus ojos lanzaron destellos de un verde brillante mientras los examinaba.

—¿Hola? —la saludó Zak, dando un paso atrás.

Kai estaba paralizado. ¿*Quién* era esta chica?

—Me llamo Misha —dijo la niña.

Uno por uno, todos le estrecharon la mano. Sus brazos, suaves y

bronceados, eran delgados, pero su apretón era firme.

—¿Cómo… cómo has entrado aquí dentro? —preguntó Chloe.

—*¿Dentro?* ¿No estamos fuera? —dijo la niña.

—Se refiere a dentro de la valla —aclaró Kai.

—¿Valla?

—Hay una valla que rodea todo este sitio —explicó pacientemente Álvaro —. Ninguno de nosotros ha podido cruzarla. Pero aquí estás tú…

—No sé de qué estáis hablando… —Y dicho esto, la niña se echó a llorar.

—¿Qué tienes? —preguntó Kai, al tiempo que daba un paso al frente para tocarle el brazo—. ¿Qué ha pasado?

—Se ha ido —sollozó la niña—. ¡Mi Madre me ha *abandonado* aquí!

31

EN una sala espaciosa que llamaban «el comedor», Kai condujo a Misha hasta una silla.

—Dedujimos que esta sala era para comer —le dijo—. Está justo al lado de lo que era una cocina, y en esos estantes podemos guardar la comida.

Mientras señalaba hacia la estrecha antesala, una multitud de niños entró en fila por la puerta. Primero, los que Misha ya había conocido: el chico musculoso de pelo rubio llamado Zak; la chica alta de pelo negro llamada Chloe, y el muchacho menudo y pelirrojo llamado Álvaro. Tras ellos, el resto formaba un grupo variopinto.

—Ese es Hiro —lo presentó Kai, señalando un niño fornido con los ojos en forma de almendra—. Se le da bien cocinar. Y Clara… —añadió, haciendo un gesto con la barbilla hacía una chica nervuda de piel negra que apareció armada con un cubo y una paleta—. Clara está plantando un jardín.

Pero la mirada de Misha estaba centrada en la chica de pelo liso y castaño y sonrisa afable que se había desplomado en la silla de enfrente, plantando los codos en la mesa

—Misha, esta es Sela —dijo Kai.

—Qué collar tan bonito —dijo Sela.

La mano de Misha voló al cuello, sus dedos acariciaron el collar de plata que le había dado su abuela.

—Me lo encontré…

—Yo también tengo uno, uno azul. Pero no es ni mucho menos tan bonito como el tuyo —dijo Sela—. El tuyo parece una de nuestras Madres.

Misha miró los ojos castaños e inquisitivos de la niña.

—Yo también lo pensé —murmuró.

—Kai me dijo que tu madre ¿te ha *abandonado*? —preguntó Sela—. ¿Se ha ido volando sin más?

—Le pasaba algo. Pero al menos me trajo aquí.

Misha lanzó una ojeada nerviosa hacia la otra punta de la mesa. Ahí estaba Zak, cruzado de brazos, fulminándola con la mirada. Chloe, con la melena

brillante escondiéndole casi por completo la cara, le apoyó una mano tranquilizadora en el hombro. Y de pronto Misha recordó. El barranco. La chica del pelo negro. Había visto a Chloe antes. Oyó en su mente la voz del tío William: «…hay que entenderlo. Los Espíritus Madre solo están protegiendo a sus hijos. No saben que no pretendemos hacerles ningún daño». Misha sabía que era una de ellos. Pero era algo más: un puente entre el mundo de esos niños y un mundo exterior que tal vez les costaría aceptar.

—Guau —dijo Kai—. Tu Madre te ha abandonado… Y yo que pensaba que nosotros lo teníamos crudo.

—¿Crudo? Pero yo creía que estabais a salvo…

—*Estamos* a salvo —dijo Sela—. Pero no podemos salir de este sitio. No podemos cruzar esa valla horrible. Estamos atrapados. Mi Madre me decía siempre que volar era lo más maravilloso que podía hacer una persona. Ahora no me deja ni sentarme en mi propia cápsula…

A Misha le subió por el estómago un sentimiento de inquietud.

—Pero ¿por qué estáis «atrapados»? ¿No podéis simplemente marcharos?

—Nuestras Madres nos tienen encerrados aquí. Zak cree que nos están protegiendo de un enemigo exterior —explicó Kai—. ¿Tú qué opinas? ¿Has visto algo ahí fuera?

—No… Nada parecido…

—¿Lo ves? —Kai se volvió hacia Zak y Chloe.

Chloe avanzó un paso, y le lanzó a Kai una mirada burlona.

—Vimos a alguien cuando estábamos en el desierto —dijo—. Iban en camionetas. Y luego volvieron en una máquina voladora con hélices. Mi Madre les disparó, pero se escaparon. Y Meg también vio algo. ¿A que sí, Meg?

—No estoy segura… —La niñita del pelo rubio y rizado que se había sentado al lado de Sela respondió en voz baja—. Era de noche. Me pareció ver luces… Y escuché algo… Retumbando.

—La pobre Meg estuvo sola todo ese tiempo —dijo Sela, rodeándolo con el brazo los hombros de la tímida niña—. Pero ya está. Ahora estamos juntos.

A su lado, Meg no levantaba la vista del regazo.

—No entiendo —dijo Misha—. Yo también estuve sola. Pero ahora… —Le sorprendió sentir que unas lágrimas afloraban a sus ojos. Era *maravilloso* conocerlos, pero empezaba ya a darse cuenta de lo poco que sabía de ellos.

—La cena todavía no está lista… Pero hemos encontrado habitaciones en la segunda planta —le ofreció Kai—. Quedan muchas libres. Puedes quedarte una si quieres.

Misha se levantó, con las piernas temblándole. Había sido un día muy largo: la caminata, la incertidumbre y, al fin, el descubrimiento. Tenía mucho que asimilar. Se echó la mochila a los hombros y subió detrás de Kai y de Sela los oscuros escalones. Frente a un cuarto en la esquina delantera, se detuvo:

—Aquí estaría bien —dijo.

—¿Estás segura de que es lo bastante grande? —preguntó Sela—. Meg y yo tenemos espacio de sobra en nuestro cuarto…

—¡Oh, no! —respondió Misha, y luego agachó la mirada—. Estoy acostumbrada a dormir sola, supongo.

—Pero no sin tu Madre —dijo Sela—. Al principio cuesta.

Hubo una pausa incómoda, y luego ambos dieron media vuelta para marcharse.

—Nos vemos luego, entonces —dijo Kai—. Hay algunos suministros en el cobertizo del otro lado del campo, si necesitas algo.

La habitación no era mucho más grande que uno de los cuartos de máquinas de Los Álamos, pero tenía una ventana y bastante espacio en el suelo para dormir. Misha sacó la manta de la mochila. Al envolverse en ella, recordó la comodidad de la *kiva* de la abuela, el sonido de su canción. Mientras acomodaba la espalda contra la pared, la mano se le fue a acariciar el colgante de plata. Supuso que ahora era parte de ella: había olvidado incluso que estaba ahí. Repitió en un susurro los nombres de los niños que había conocido, visualizando por turnos el rostro de cada uno. Zak. Chloe. Kai… William había pronunciado su nombre dos días antes. Y Rick lo había repetido esa mañana, en la azotea. ¿Cómo era que conocían a Kai?

Una vez más, echó un vistazo a su teléfono vía satélite. No había ninguna llamada. Por lo que respectaba al tío William y la tía Loretta, Misha estaba de acampada con Bert y Honovi. Si todo iba bien, no descubrirían su ausencia hasta el día siguiente a última hora. Estaba segura de que, para entonces, tendría buenas noticias. Pero ahora, no dejaba de interrogarse.

Cerró los ojos, se obligó a concentrarse. Había venido con una misión: encontrar a su hermano o hermana. Y algo más. Se imaginaba a sí misma como la mensajera, la que haría volver a las mesetas los Espíritus Plateados de

la abuela. Pero ¿cómo? Para que la profecía del abuelo se cumpliese algún día, las Madres tendrían que marcharse de aquí. Pero Sela había dicho que los niños ya no podían subir a sus cápsulas. Tal vez eso significaba que las Madres tendrían que marcharse solas… Pero ¿cómo iban a abandonar a sus hijos, si eso suponía abandonar el deber de protegerlos de ese misterioso «enemigo» que acechaba al otro lado de la valla? Para que la profecía se hiciese realidad, ¿tenía que pasarles algo los niños? Sintió un escalofrío.

De pronto, la puerta se abrió con un chirrido.

—¿Misha? Soy Kai. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro…

—He pensado que tendrías hambre. —Kai entró en el cuarto con un cuenquito de algo que olía ligeramente como el laurel de Los Álamos.

—Es el estofado de ardilla de Hiro —dijo—. A mí me gusta mucho, pero debo advertirte, no es para todo el mundo.

Misha hundió la cuchara que Kai le ofreció en el cuenco de estofado, y luego la probó con la punta de la lengua. Sabía amargo, a animal de caza, pero parecía sustancioso. Kai sonrió de oreja a oreja:

—No es lo que nos sale mejor. El pescado de Sela es increíble.

—¿Pescado? ¿De dónde lo saca?

—Del muelle. Aprendió a pescar en la base de datos de Alpha.

—¿De quién?

—De Alpha-C. Su Madre.

Misha se lo quedó mirando. Alpha-C… Visualizó a Sela, la chica del pelo castaño y liso, como el suyo. Los ojos de Sela, como los de la abuela. La nariz chata y la barbilla redondeada, como las del tío William…

—¿Cómo se llamaba tu Madre? —preguntó Kai.

—¿Eh…?

—Mi madre se llama Rho-Z. Pero yo la llamo Rosie. ¿Cómo se llama la tuya?

—Eh… —Misha notó como un calor le subía por el cuello y hasta las orejas. El único nombre que tenía en la cabeza era el de Sela. Pero entonces recordó—: Alpha-B…

—¿Alpha-B? ¡Casi como el de la madre de Sela!

—Supongo que sí —respondió Misha, sonriendo avergonzada.

Kai bajó la vista sus manos y se puso a juguetear con un arañazo que

tenían el pulgar.

—Quería decirte —comenzó—. Sobre tu Madre… No te preocupes. Volverá.

Misha observó al chico con atención.

—¿Por qué lo crees?

—Una vez, cuando era pequeño, Rosie me dejó solo para ir tras un coyote. Estaba muerto de miedo. Pero volvió. Siempre vuelven. —Kai miró por la ventana, con el ceño fruncido—. Nuestras Madres… pase lo que pase, tienen que protegernos.

Misha siguió mirándolo. Algo le preocupaba.

—Kai, yo no estoy segura de que mi Madre vaya a volver…

Kai le devolvió la mirada.

—¡Pero… tiene que volver! —replicó, un poco demasiado alto. Se puso rojo, y se concentró de nuevo en su pulgar rasguñado—. Bueno…, ya veremos. De todas formas, ahora nos tienes a nosotros.

—Sí. Os tengo a vosotros.

Los labios de Misha formaron una sonrisa, pero las fastidiosas semillas de la duda ya habían echado raíces en su mente. Kendra había hecho venir aquí a las Madres y a sus hijos para salvarlos. Pero había cambiado algo más desde su llegada: algo que los tenía a todos con el alma en vilo.

32

DE pie entre la niebla del porche del Bloque 100, Misha vio como Sela desaparecía en el interior de un gran edificio blanco que había al otro lado del campo. Reuniendo valor, cruzó por entre dos bots apostados al pie de los escalones y emprendió el camino por entre la hierba alta.

Cuando se acercaba el edificio, oyó un estrépito que llegaba desde algún punto de la pared del fondo.

—¡Au! —Algo que parecía un viejo bate de béisbol salió volando por los aires y aterrizó a sus pies. Le siguió de cerca una pelota de cuero—. Tiene que estar aquí, en alguna parte.

Misha sintió la calidez acogedora de la familiaridad.

—¿Sela? —la llamó—. ¿Eres tú?

—¿Quién es?

—Soy Misha. ¿Qué buscas?

—Chole dijo que había visto una moto aquí dentro, ¡pero está tan oscuro que no veo nada!

—Ten. —Se agachó y cogió una linterna solar de una caja que había junto a la puerta. Lo tendió hacia la oscuridad, y un brazo delgado se acercó a cogerla.

—¡Gracias! —Sela encendió la linterna, y las paredes tenebrosas del cobertizo se iluminaron y revelaron un mar de telarañas—. En el desierto tenía una moto de cross, pero tuve que dejarla allí. No cabía en la bodega… ¡Ah! —Lo que parecía un grueso neumático, y luego un pedal, emergieron de las sombras cuando el haz de luz examinó la esquina más alejada—. Parece más bien una vieja bicicleta eléctrica —dijo, empujándola donde pudiera verla —. Pero es mejor que nada.

—¿Qué piensas hacer con ella?

Sela la miró, confundida.

—¡Montarme, por supuesto!

—Quiero decir, ¿a dónde quieres ir?

Sela dio la impresión de quedarse sin palabras, pero solo un instante.

—Este sitio no es tan grande, pero sí lo bastante. Estoy segura de que hay zonas que no he visto todavía. Y Kai está arreglando un bote que encontramos junto a la valla este. Mañana saldremos a la bahía.

Misha reunió ánimos. Tenía que aprovechar este momento, aunque solo fuera para calibrar la respuesta de su hermana.

—Sela, ¿tú de verdad quieres cruzar la valla? —preguntó.

Una nube cubrió los rasgos de Sela.

—Sé que nuestras Madres no quieren. Pero este sitio… parece una cárcel.

—¿Una cárcel?

—Una cárcel grande y bonita con todo lo que uno podría desear. —Sela frunció el ceño—. Pero no todo lo que uno necesita.

—Creo que… —aventuró Misha— solo tenemos que poner a prueba nuestros límites.

—¿A prueba?

—Presionar un poco. Preguntar al menos por qué no podemos irnos.

Sela le clavó los ojos.

—¿Te crees que no le he preguntado a mi Madre todos los días desde que llegamos? Pero no me responde.

—¿No?

Sela se apartó el pelo de los ojos, y Misha se sonrojó al oír su respuesta sincera.

—Por si las cosas no fuesen lo bastante difíciles, Alpha ya no me habla.

—Me he dado cuenta de que están todas muy calladas —dijo Misha.

—Me refiero, en mi cabeza. Ya no está.

—Ah…

A Sela se le frunció el ceño mientras escudriñaba el campo.

—Ni siquiera sé dónde está ahora mismo. ¿Tu Madre hizo eso… antes de irse? ¿Te dejó de hablar?

Misha se amasó las manos, tratando de encontrar la respuesta correcta. No tenía ni idea de qué estaba hablando Sela.

—No —decidió—. No, me siguió hablando hasta el final. Esto debe de ser otra cosa.

Sela apareció aliviada.

—Álvaro cree que podría ser algo temporal, algo que nuestras Madres pueden solucionar. —Apoyó la moto junto a la puerta y se volvió hacia Misha

—. Pero incluso aunque vuelvan a hablar, parece que estamos atrapados.

Misha tragó saliva, reuniendo coraje.

—Si quieres salir del Presidio…, yo sé un camino, creo. Cerca de… de dónde mi Madre me dejó. Vi una especie de agujero debajo de una valla.

Sela la miró interrogante.

—¿Un agujero?

—Como si hubiesen removido la tierra ahí. Creo que es lo bastante grande para intentar pasar…

Sela parecía extrañada, pero luego la miró con una amplia sonrisa.

—Vale. No pasa nada por mirar.

Llevaron la moto a un punto de carga junto a la puerta trasera del Bloque 100, y luego Misha fue señalando el camino por una carretera asfaltada hasta el punto del Lincoln Boulevard en el que había encontrado el hueco bajo la valla. Sela tenía razón: el lugar era precioso, los árboles susurraban en lo alto mecidos por el viento fresco, y unos pajarillos coloridos se perseguían unos a otros de rama en rama. Y allí estaba su hermana, dando brincos a su lado.

—Bueno, ¿y que hay al otro lado de este agujero? —preguntó Sela.

—Es un camino. Creo que sigue hasta el sur y lleva a la ciudad.

—¿A la ciudad? —Sela abrió los ojos como platos.

—¿No quieres ir?

—Pues claro que quiero —respondió Sela, sonriendo—. Podemos avanzar un poco. Y luego, si no vemos nada malo, o si lo vemos, podemos volver y contárselo a los demás.

—Me parece un buen plan —asintió Misha.

En cuanto a ella, no estaba para nada segura de tener un plan. Solo estaba resuelta a ayudar a su hermana a salir del Presidio, a mostrarle que era seguro. No era gran cosa, pero era un comienzo. Se había pasado toda la noche soñando en llevar a su hermana a casa, en enseñarle las mesetas. Esta no sería más que la primera de las aventuras que vivirían juntas.

Cuando divisó la hendidura bajo la valla, se detuvo.

—Yo primera —se ofreció.

Despejó el hueco de algo de tierra suelta y se deslizó bajo la valla con los pies por delante. Cruzó serpenteando y salió el camino. Fue más fácil que cuando había entrado.

Sela miró a derecha e izquierda y se sentó en el borde del pavimento.

Apoyó las palmas de las manos a ambos lados del cuerpo y estiró las piernas por delante, preparada para impulsarse, para deslizar el trasero bajo la valla. Pero de pronto un estruendo horrible llegó desde el cielo. La tierra tembló cuando Alpha-C aterrizó en la calle, y en ese momento Misha recordó a la Madre de Chloe, con la que se había topado en el desierto. Con una velocidad sorprendente, Alpha-C agarró a Sela por debajo de los brazos, la levantó de un tirón y la colocó con firmeza de nuevo en el duro asfalto.

—¡Au! —chilló Sela. Se frotó los hombros con ambas manos—. ¡Mamá! ¡No hace falta hacerme daño! Podías *decírmelo* si no querías… —Y de pronto estaba llorando, las lágrimas le corrían por la cara.

Misha volvió a cruzar bajo la valla y echó a correr hacia Sela. La abrazó por los hombros.

—Lo siento mucho —murmuró. Hundió la nariz en el cuello de Sela, anhelosa por decirle que eran hijas de la misma madre, anhelosa por decirle que todo iría bien.

Pero Sela se apartó y se volvió hacia su madre.

—¿Por qué no me *hablas*? —gritó—. ¿Por qué no me escuchas?

Las dos niñas volvieron caminando con paso pesado hasta el Bloque 100, sin decir palabra, mientras Alpha-C las seguía rodando ruidosamente. Pero cuando llegaron al porche, Sela se volvió hacia ella.

—Me gustaría ser como tú —dijo—. Ojalá no tuviese Madre.

Misha la miró a los ojos.

—¡No digas eso! Sabes que no es eso lo que quieres…

Pero Sela, ahora con la vista clavada en su Madre, no respondió.

Una vez sola, Misha entró en el edificio y subió las escaleras. A medida que se acercaba a su cuartito, comenzó a oír un zumbido persistente que salía de debajo de su manta: el teléfono vía satélite. Se le heló la sangre. Corrió adentro y cerró la puerta. Se llevó el teléfono al oído a toda prisa y pulsó el botón de respuesta.

—¿Hola? —murmuró.

—¡Misha! —Era el tío William—. ¡Gracias a Dios! ¿Dónde diablos te has metido? Hemos rastreado el teléfono hasta el Presidio, pero…

Misha miró el cuarto alrededor, apenas iluminado por la luz tenue que se colaba a través de la sucia ventana. Se sentía perdida. No tenía ni idea de

cómo sacar a los niños de allí, no digamos ya de cómo llevar a casa a los Espíritus Plateados. Se daba cuenta ahora: no sabía absolutamente nada de ellos.

—Lo siento —dijo—. Os oí hablar en el hospital. Me escondí en el carguero. De verdad que creía que podría ayudar. Pero ahora… ya no estoy segura.

33

—¿QUE se ha ido? ¿Me estás diciendo que Misha está en el Presidio?

En la habitación del hospital hopi, James se dejó caer en la pequeña silla de la abuela y estuvo a punto de volcarla. A su lado, Mac soltó un leve y largo silbido. William estaba de pie junto a la puerta, siguiendo la conversación desde una prudente distancia.

Recostado en la cama del centro de la habitación, Rick cogió torpemente un pañuelo blanco y limpio de la mesilla de noche y se lo llevó un instante a la boca.

—Subió de polizón. No la vimos en ningún momento…

James suspiró. Se hacía difícil mirar a Rick, la piel cenicienta, los brazos en su día fornidos ahora atrofiados, y seguir enfadado con él. James desplomó la espalda en el asiento, y recordó la voz de su padre: «Todo niño tiene derecho a saber de dónde viene». Tal vez no fuese en absoluto culpa de Rick, ni de William. Tal vez la historia no dejaba de repetirse. Igual que su padre le había fallado a él, él le había fallado a Misha. Su hija necesitaba guía. Necesitaba un vínculo. En su esfuerzo por encontrar su identidad, y sin ninguna ayuda por parte de James, se había lanzado por su cuenta, con la cabeza llena de ideas descabelladas.

Hundió la cara en el cuenco de sus manos y se frotó los ojos con la yema de los dedos.

—¿Lo averiguó? ¿Que es hopi? ¿Que tiene un hermano o hermana?…

—Nos oyó hablar —murmuró Rick—. Primero aquí. Y luego mientras volábamos el dron.

—Menuda espía sería —dijo Mac.

James se estremeció. Misha solo tenía once años. A esa edad tendría que estar yendo al colegio, lanzándose pelotas de béisbol con los amigos, engullendo el arroz con lentejas de su madre. Pese a que sus propios padres no habían sido nunca del todo sinceros con él, al menos le habían proporcionado un sentimiento de estabilidad, de pertenencia.

—Tenemos que ir a buscarla —dijo.

—Me ha dicho que hay una abertura en un punto de la valla, junto al sendero de la costa. Le he dicho que podría recogerla si volvía por ese mismo camino —explicó William.

—Misha se las apañará —dijo Rick sin aliento—. Es una chica lista.

Se esforzó por levantar la vista, por mirar a James a los ojos. Y solo entonces James reparó en las lágrimas que bañaban el rostro del hombre.

—¿Te lo ha contado William? Misha ha conocido a mi hijo. Deseaba tanto verlo. Solo una vez, de cerca. Quería tocarlo, decirle cuánto…

Rick se detuvo en seco, una débil tos le subió por la garganta. Un hilo de sangre le resbaló de la boca y cayó en la bata manchada del hospital. Y James lo comprendió entonces: Rick no tendría nunca lo que él había tenido, tiempo, siquiera breve, con un ser amado, con su hijo. Conjuró en su mente la imagen de Misha, esa niña que le recordaba tanto a Sara que dolía. Su pelo largo color avellana olía a raíz de yuca, y su piel a tierra y a vida. Había tenido que danzar entre chorros de aire filtrado minutos y minutos seguidos, ducharse y enfundarse batas de plástico rígido solo para pasar tiempo con él. Se había convertido en la única cosa cierta que quedaba en su vida, la única conexión que tenía con el mundo de fuera.

—Iré yo —dijo.

William apoyó la mano en su hombro.

—No, tú quédate aquí. Te necesitamos controlando el antídoto. Y, además, es culpa mía. Yo me encargo.

—Yo también voy —dijo Mac—. Y nos llevaremos el dron. Por si acaso.

34

ENCORVADO contra el viento frío que soplaba de la costa, y sujetándose la chaqueta bien ceñida al cuello, Kai se encaminó a la bahía. Torció a la izquierda, siguiendo la playa, y rodeó unas amplias marismas. Allí adelante veía ya a Sela, apostada en el antiguo muelle.

Con bobinas de hilo de nailon, una caja de anzuelos y tres mástiles que había encontrado en un cobertizo en la base del muelle, Sela había montado una estación de pesca. Aunque le daban un poco igual las pequeñas presas que cazaban en el desierto y apenas probaba bocado de los peces que pescaba allí, disfrutaba de la tarea, de la recompensa de alimentar al resto. Había aprendido rápidamente a pescar en el muelle. Pero hoy era distinto. Habían recuperado un barquito verde que había llegado a la deriva desde un puerto deportivo justo al otro lado de la valla. Y hoy el bote estaba listo, amarrado a la baranda oxidada que bordeaba el muelle con un grueso tramo de cuerda.

—¿Llevas el equipo? —gritó Kai.

—Ya está a bordo —respondió Sela. Saltó entre dos tramos de baranda y empezó a subir por una corta escalerilla hasta el bote—. Vamos, pongámonos en marcha ahora que el sol aún da de lado. Se pesca mejor cuando los peces no te ven.

El bote dio un tumbo cuando Kai la siguió a bordo. Varada en aguas poco profundas mientras la revisaba en busca de filtraciones la tarde anterior, la pequeña nave había parecido una idea excelente. Pero ahora que oscilaba de manera incontrolable con las olas profundas del muelle, se cuestionó su criterio. Respiró hondo, recordó la advertencia de Sela: no irían nunca a ninguna parte si tenían demasiado miedo a probar cosas nuevas.

Sela soltó el amarre y empuñó un remo que había en el suelo. Bueno, no un remo tal cual: solo un trozo de madera en forma de pala que había arrastrado la corriente. Empezó a remar con entusiasmo, esperando a que pasaran las olas que amenazaban con devolverlos a tierra. Kai, sin remos, no podía más que quedarse quieto, agarrado a ambos lados del bote y deseando que su estómago se calmara.

A unos cincuenta pies de la orilla, Sela dejó al fin el remo. Con un giro de muñeca, lanzó el sedal por la proa.

—Si esto funciona, deberíamos probar a ir un poco más lejos cada día, ver hasta dónde nos dejan ir las Madres.

Kai levantó la vista al cielo, a la uve de una bandada de pájaros enormes que la base de datos de Rosie llamaba pelícanos, lanzándose en picado para agarrar sus presas. En la orilla, vio el punto en el que el riachuelo desembocaba en la bahía: ese punto al que Hiro lo había llevado a cazar cangrejos el segundo día aquí. Ahora había allí tres bots, juntos, sin ningún niño a la vista.

—Sela, ¿tú crees que nuestras Madres hablan entre ellas?

La niña se volvió a mirarlo, con las cejas levantadas.

—¿Por qué piensas eso?

—Kamal dijo que había tenido un sueño en el que Beta le decía que estaba aprendiendo. Pero ¿aprendiendo de quién? Ahora, cada vez que las veo, están reunidas en grupos así. Se siguen unas a otras, hacen cosas juntas. Es raro. A lo mejor se están enseñando cosas mutuamente.

Sela negó con incredulidad.

—Alpha no había hablado nunca con otro bot. Me dijo que no podía. Y ahora ni siquiera habla *conmigo*… —Se volvió hacia la proa del bote—. No estoy segura de seguir confiando en ella.

De pronto, el sedal dio un tirón. Ella tiró también, esforzándose por cobrarse su primera captura. La bestia rolliza aterrizó al fin junto al remo, revolcándose con determinación; las escamas pegadas al suelo de metal del bote y la boca tragando bocanadas de aire. Con cautela, Kai lo cogió. La sangre brotó a chorro de la carne traslúcida allí donde había penetrado el anzuelo, justo por detrás de las branquias. Las aletas finas le cortaron la mano al lanzarlo al saco de Sela. Tuvo que recordarse lo rico que estaría después de asarlo en el fuego humeante de Hiro.

—¡Ese era gordo! —Sela le pasó un segundo mástil—. Vamos —lo animó, sonriendo—. ¡Como capitana de este barco, te ordeno que te arremangues!

Kei ensartó un pececillo del cubo de cebos de Sela en el anzuelo. Con torpeza, lanzó el sedal al agua con un movimiento lateral, y el anzuelo cebado flotó unos segundos en el viento antes de desaparecer bajo las olas. Sin apartar

la vista del mareante oleaje en busca de algún indicio de actividad, esperó.

Y esperó, mientras el sol naciente le abrasaba la nuca.

En el despacho de Mac en Los Álamos, James estaba encorvado frente a la pantalla del ordenador, los ojos iluminados con su pálido resplandor. Desde la estación en la azotea del Hospital de Veteranos de San Francisco, Mac había lanzado el dron y había establecido una conexión vía satélite con la entrada de vídeo. Junto con Kendra y Rudy, James seguía las imágenes del aparato mientras este se iba abriendo paso entre volutas de nieblas.

En el Presidio, William estaba subiendo por el sendero en el que planeaba encontrarse con Misha. Pese a que había contactado con ella desde el carguero tan pronto Mac y él habían aterrizado, ella aún tenía que emprender la huida. De hecho, no había sabido nada de la niña desde su llamada.

—¿Alguna señal? —preguntó James por el altavoz.

—No —respondió Mac, con la voz amortiguada por la máscara.

Por tercera vez, la cámara del dron exploró el tramo que iba hasta el sendero de la costa y el boulevard que discurría paralelo a este. James vio el borde dentado y espinoso de la valla que separaba a uno y otro. En un momento dado, el vídeo hizo *zoom* en un montón de escombros apilados junto a la valla.

—¿Eso qué es? —preguntó James.

—Ni idea —respondió Mac—. ¿Una pila de chapas metálicas? A lo mejor lo han bloqueado…

—¿Bloqueado?

—Parece que las Madres han montado barricadas en todas las aberturas de la valla. Igual también han encontrado esa… Cae justo por donde Misha dijo que estaba el agujero.

La cámara barrió al este, más allá de Fort Winfield Scott, más allá de las lápidas de piedra blanca del antiguo cementerio, y terminó por rodear el antiguo campo de Main Post. Había bots esparcidos por la orilla, la mayoría quietos.

—¿Qué es eso? —preguntó James mientras el dron se lanzaba sobre el agua.

—Parece un… bote.

—Ostras —dijo Sela—, no sé por qué, pero la pesca aquí va más lenta que en el muelle. Igual tendríamos que alejarnos un poco más.

—O volver… —dijo Kai. Se giró a mirar la orilla entornando los ojos. Se habían apartado considerablemente de su posición original. Ahora, el espejeo del riachuelo apenas era visible.

Y entonces notó un tirón, una sarta entrecortada de potentes sacudidas.

—¡He pescado uno! —gritó. Pero Sela, ocupada controlando su propio sedal, no le hizo caso—. ¡Es grande!

El mástil se arqueó violentamente y lo levantó bruscamente del suelo. Intentó recuperar el equilibrio, clavando los talones mientras aquello lo arrastraba peligrosamente cerca de la borda del bote.

De pronto el sedal se destensó. Imaginando que lo había perdido, Kai se asomó, intentando atisbar el pez que se le había escapado. Pero en ese mismo momento, llegó una poderosa sacudida. Agarró fuerte el mástil con las dos manos y echó el peso atrás.

Sin previo aviso, el sedal se rompió. Kai cayó de espaldas y fue a aterrizar contra el lado contrario del estrecho bote. Sus brazos se agitaron en el aire mientras intentaba recobrar el equilibrio. Pero era demasiado tarde.

La señal de vídeo del dron vaciló.

—Demonios —farfulló Mac al teléfono—. Vienen dos bots hacia acá. No sé cómo, pero creo que han visto el dron…

James siguió mirando mientras la imagen se alejaba y la cámara viraba ahora hacia la playa. Vio como pasaba volando un bot. Y luego otro.

—¿Estás seguro de que van a por ti? —dijo—. Parecen estar adentrándose en la bahía.

—Mejor mantengámonos alejados —murmuró Mac. El dron retrocedió sobre sus pasos, de vuelta al sendero de la costa; en la imagen nada más que las copas de los árboles.

Kai cayó por la borda, su cuerpo quedó envuelto por capas de agua helada. Por todo, lo único que veía eran las tinieblas de detritos a la deriva; lo único que oía eran sus propios gritos ahogados. El agua salada le inundó la garganta. Con los brazos lastrados por la chaqueta empapada, cogió aire entre gruñidos, con la cabeza hacia atrás y la nariz asomando apenas por la superficie.

—¡Nada! ¡Nada! —Oyó la voz de Sela a lo lejos, llamándolo desde arriba. Pero las piernas le pesaban, enredadas en algo. Algo los arrastraba hacia el fondo. Cerró la boca con fuerza y hundió los brazos para deshacer la maraña de algas en torno a sus piernas, al tiempo que pateaba frenético. Luego, ahuecando las manos, empujó y se impulsó hacia arriba. Vio la superficie; algo que se sumergía serpenteando en el agua justo por encima de su brazo derecho. Oyó de nuevo la voz de Sela.

—¡Agárrate!

Batió con fuerza las piernas, desplegó los brazos. Con la mano derecha, y luego con la izquierda, consiguió alcanzar la cuerda. Al fin, atisbó una rendija de cielo azul cristalino, girando sobre su cabeza.

Pero ¿qué era eso? El agua a su alrededor empezó a agitarse, un torbellino. Notó una vez más que algo tiraba de él hacia el fondo y luego lo arrojaba a un lado. Un terrible bramido le invadió la cabeza. Motores. Motores de bot. El bote se abrió en dos, zozobró, volcó. Kai sintió que algo se cerraba por debajo de sus brazos, un tirón. Lo sacaron del agua a tal velocidad que los huesos del cuello parecieron quebrarse.

—¡Sela! —gritó, forcejeando sin poder evitarlo—. ¡Sela!

Mientras Rosie lo alzaba hacia el cielo vio como Alpha-C se zambullía bajo las olas. Y algo más: un brazo delgado que se agarraba a sus orugas al tiempo que se hundía.

La cámara del dron recorrió una vez más el tramo de Lincoln Boulevard, pero no se veía a Misha por ninguna parte. James notaba las palpitaciones de su corazón. Se agarró a los brazos de la silla, en un esfuerzo desesperado por mantener la calma.

—William, ¿sabemos algo?

—No —respondió la voz de William—. Y tampoco consigo encontrar la hendidura de la que hablaba.

—Mac, necesito que vuelvas y eches un vistazo a la bahía.

—Voy —murmuró Mac.

La imagen viró al norte, cruzando por encima del Golden Gate, y luego al este siguiendo la orilla. Un enjambre de bots, formas oscuras contra los destellos brillantes del agua, se había congregado en el aire sobre el punto en el que un momento antes estaba el barquito verde. Y aún más recorrían la

playa arriba y abajo.

—Hay un montón de bots ahí —dijo Mac—. No puedo bajar.

Cuando el dron giraba hacia la orilla, James divisó el bote.

—Volcado… —murmuró.

El dron sobrevoló la orilla, barriendo y examinando. Había aparecido ahora un grupo de niños, puntos diminutos corriendo hacia la playa.

—No quiero que me vean —dijo Mac. Guio el dron al este, al otro lado de la valla, más allá del perímetro.

De pronto la imagen hizo *zoom* a tierra.

—Mierda —dijo Mac con voz ahogada.

James notó como Rudy y Kendra se inclinaban hacia la pantalla a su espalda, conteniendo el aliento sin apartar los ojos de la pantalla. La imagen satelital se volvió borrosa, y luego enfocó de nuevo. Kendra ahogó un grito.

Entre una maraña de algas, en un tramo de orilla muy alejado de la valla, yacía un cuerpo menudo y sin vida.

El dron planeó, trazando círculos tentativos, como si ni siquiera él soportase seguir mirando. Pasó el tiempo, minutos que parecieron horas. James se derrumbó en el suelo, abrazado a sus rodillas.

—¿Por… por qué no la detectan esos bots? —preguntó.

La mirada de Kendra seguía clavada en la pantalla, la boca abierta de par en par.

—La forma no encaja, supongo —murmuró—. ¿Demasiado… fría…?

Las lágrimas empezaron a resbalarle por la cara. Y por primera vez desde que James la conocía, Kendra se vino abajo. Con la cabeza gacha, sollozaba incontrolablemente.

—No pasa nada —le dijo Rudy, dándole palmaditas en la espalda con impotencia—. No pasa nada.

Pero sí pasaba. James apenas podía dominar el miedo y la rabia que batallaban en su pecho. Todo esto era culpa suya…

De pronto, oyeron algo… Una voz débil y aguda.

—¿Hola?

—¿Misha? —la voz de Williams retumbó en la conexión, rota y nasal.

—Mi hermana ha desaparecido —sollozó Misha—. Kai dice que Alpha-C hundió el bote… Hemos recorrido la playa, pero no la encontramos.

—Misha. —James se puso de pie—. Cariño, soy papá. —Le temblaba la voz. Le temblaba el cuerpo entero—. ¿Me oyes?

—Sí…

—¿Por qué no has ido a la valla?

Oyó un sollozo ahogado.

—Sí que fui —respondió Misha—. ¡Pero la habían bloqueado! —Volvió a llorar—. Intenté buscar otro sitio, pero…

—¿Y por qué no llamaste al tío William entonces?

—Salí con tanta prisa después de su llamada que me dejé el teléfono en el cuarto.

Aferrándose a la mesa de Mac para sostenerse, James se encorvó sobre el teléfono, su única cuerda de salvamento.

—Misha, te quiero…

—Yo también te quiero. —Un hilo de voz.

James miró a Kendra y a Rudy, con los ojos en lágrimas.

—Lo prometo… Pensaremos algo. De una manera o de otra, te sacaremos de ahí. Tú solo cuéntanoslo todo, desde el principio.

35

EN el interior oscuro del comedor XO-Bot, James removía lánguidamente un cuenco de estofado de cordero. En la otra punta, Kendra trasteaba con la vieja máquina de café, de espaldas a ellos. Mac, que había vuelto entrada la noche anterior, estaba sentado con las manos apoyadas sobre los muslos, la comida intacta. Habían llegado más malas noticias. Esa mañana temprano, en el hospital hopi, Rick había perdido su última batalla.

Kendra volvió hacia la mesa, con dos vasos de café requemado en las manos. Con delicadeza, dejó uno delante de Mac.

—Había pedido un funeral hopi —dijo ella.

James se levantó con esfuerzo; los músculos de la espalda mandaron mensajes dolorosos columna arriba. El general pedía un pedazo de tierra junto al abuelo, al pie de la meseta. Allí, dijo la abuela, esperaría a que Rose llevase a su hijo con él. Pero ahora, la posibilidad de que eso llegara a ocurrir algún día parecía más remota que nunca. En toda esa noche larga y agitada, no había conseguido sacarse de la cabeza la voz lastimosa de Misha.

—¿Cómo va Rudy? —preguntó James.

—Está mejor desde el último tratamiento —respondió Kendra con un suspiro—. Pero tiene todavía ese bulto feo cerca de la clavícula. Hay sospecha de metástasis. He dejado que siguiera durmiendo… No me veía capaz de contarle lo de Rick. —Se sentó. Cogió una cucharilla y removió su café, mirando fijamente cómo se disolvía la crema en polvo—. Da la impresión de que el problema es un fallo en las comunicaciones —dijo.

James se volvió a mirarla.

—¿Qué? ¿Con Rudy?

Pero por la expresión decidida en el rostro de Kendra, entendió que su mente se había concentrado en otro tema, algo que parecía hacer siempre que estaba bajo presión. Kendra le devolvió la mirada.

—No… Con las Madres. No dejo de darle vueltas a lo que nos explicó Misha. Que los chicos han perdido la comunicación con sus Madres. Que fue una de las primeras cosas que descubrió al llegar.

James se encorvó para apoyar las manos desplegadas sobre la mesa y capear así el enésimo de los mareos que habían empezado a incordiarlo.

—Dijo que los chicos hablaban con sus Madres a través de la mente… ¿De qué iba eso?

Kendra dio un sorbo de café y luego se secó los labios dándose unos toquecitos con la servilleta.

—Como sabes, los niños y sus Madres están conectados por medio de sus comunicadores…

—¿Los chips de biorretroalimentación? —dijo James.

Había oído hablar de ellos: una vieja tecnología que se usaba para llevar una supervisión remota del bienestar. La Madre le Misha le había insertado uno también a ella, y Edison, tras consultarlo con Sara, recomendó no retirárselo.

—Iba más allá de la biorretroalimentación. Los chips comunicadores están conectados a un dispositivo electrónico inyectable, implantado en el cerebro.

—*¿Implantado?*

—Las Madres estaban programadas para implantar los chips y el inyectable asociado inmediatamente después del nacimiento. Los especialistas del equipo de la doctora McBride llevaban años trabajando con ellos en pacientes con desórdenes neurodegenerativos. Pero, aunque son muy efectivos a la hora de transmitir biorretroalimentación, también pueden recibir estímulos.

—¿Recibir?

—La señal del niño es débil, funciona con la energía que recoge del movimiento de los músculos, el aparato digestivo, los pulmones… Pero la señal de las Madres es mucho más potente, toma la energía de sus reactores. Podrían mandar estímulos, incluso a gran distancia.

—¿Y qué clase de «estímulos» podrían mandar estos bots? —preguntó James.

—Una Madre podría hacer un ping a su hijo sin ninguna señal audible, por ejemplo, pero Misha cree que ha pasado algo más. Cree que han desarrollado una comunicación no verbal de alto nivel. Una especie de conversación, pero sin palabras.

—Si eso es cierto, esos chicos no son humanos en absoluto —rezongó Mac.

—Son tan humanos como tú y yo. Y compartían una conexión con sus Madres, como tú y yo en su día —dijo Kendra—. Pero distinta. Más directa, diría. Sin todos los filtros que los humanos, incluso los niños, imponen a menudo en sus comunicaciones.

—¿Una especie de telepatía?

—Tal vez. No lo sabemos —dijo Kendra—. Pero esa clase de vínculo intuitivo haría que el lazo entre la Madre y su hijo fuese en efecto muy potente.

James parpadeó, tratando de despejar su visión empañada.

—¿Por qué Misha no experimentó eso con su propia Madre bot?

—Su Madre no vivió lo suficiente como para establecer un vínculo con ella. Misha apenas salió con vida de la incubadora. —Kendra negó con la cabeza—. De todos modos, ya la has oído. Las Madres no tienen voz audible. Y cualquier otra comunicación que existiera entre los chicos y sus Madres parece que ha desaparecido también.

—¿Por qué?

Kendra apoyó las manos sobre la mesa, a lado y lado de su vaso de café, ya frío.

—No lo sé. ¿Algún tipo de degradación del código? Supongo que era inevitable… Pero de todos los sistemas interactivos, parece que solo los sistemas de visión y la base de datos de aprendizaje siguen todavía operativos.

—¿Eso deja a los niños en peligro?

Kendra miró fijamente el café.

—Por lo que nos ha explicado Misha, las Madres parecen estar revirtiendo a la directriz primordial.

—¿La directriz primordial? ¿Cuál es?

—La seguridad. A cualquier precio. Piénsalo. Han perdido la capacidad de percibir a sus hijos por medio de la biorretroalimentación, de saber cuándo tienen hambre, sed, miedo… Han perdido la capacidad de transmitir advertencias o instrucciones. Al margen del reconocimiento visual y del control físico, no tiene modo alguno de seguir cumpliendo su misión.

James se desplomó en la silla, y se puso a golpetear la mesa con su inquieto dedo índice: —¿Es por eso por lo que han cercado a los niños en el Bloque 100 desde el ahogamiento?

—Podría llegar incluso un punto en el que no les permitan salir del

edificio para nada, ni siquiera para buscar comida y agua.

—Pero ¿cómo conseguirían eso? —preguntó James—. Va en contra del requerimiento de que los niños no sufran ningún daño.

—No si ya no reciben sus bioseñales.

—Bueno, ¿y qué podemos hacer? —dijo Mac, apretando los puños.

Exhalando un suspiro, Kendra se volvió hacia él.

—Creo que es el momento de que intentemos desactivar a esas Madres.

—¿Podemos hacer eso? —preguntó James, clavándole la mirada.

Kendra respiró hondo.

—Creo que sí. Como parte del procedimiento estándar que se estableció en el Décimo Congreso, el proyecto Nuevo Amanecer tuvo acceso al replivirus que se usó para reprimir a los bots renegados en las Guerras del Agua. Lo encontré anoche, después de hablar con Misha. Venía encriptado en los archivos de Dakota del Norte.

Mac se inclinó adelante.

—Bueno, ¿y cómo las infectamos? —preguntó.

Kendra se puso de pie, con una mano en la frente.

—No podemos simplemente emitir el virus como hicimos con el comando de protocolo especial.

—¿Por qué no?

—Los comandos de protocolo no hacen más que activar una serie de instrucciones que ya vienen incluidas en el código de las Madres. Pero para que penetre un virus es necesario cargar un código *nuevo*. Las Madres no lo permitirán. —Se quitó las gafas y apretó entre los dedos el puente de la nariz —. No. Tenemos que intentar cargarlo a través de un canal seguro, algo cuya entrada de información estén diseñadas para recibir…como las tabletas.

—Pero ¿cómo…? Oh… —James se imaginó a Misha, sola en su cuarto del Presidio—. ¿De verdad crees que Misha puede conseguir eso?

—Creo que es nuestra única esperanza. —Kendra acercó la mano para darle a James unas palmaditas en la muñeca—. Sé que no te gusta que Misha esté ahí, pero sin nuestra soldadita valiente, ni siquiera sabríamos que los chicos tienen problemas tan graves.

36

EN el oscuro comedor, Misha distinguió a Kai, con el rostro iluminado tan solo por la luz de su tableta mientras pulsaba impaciente sus teclas. Le sorprendió encontrárselo ahí.

En el camino de vuelta desde la valla obstruida la mañana anterior, Misha se había propuesto esconderse en su cuarto, donde iría hablando con el tío William para encontrar la manera de escapar. Pero se había parado en seco al ver a Kai, al ver la expresión en su cara mientras subía cojeando y sin aliento los escalones de entrada del Bloque 100.

Con la chaqueta chorreando, los pantalones rotos, tartamudeando de manera incoherente hasta que Kamal llegó al fin a su lado y le apoyó la mano en el hombro.

—¿Qué tienes, Kai? ¿Qué ha pasado?

—Sela —había sollozado el chico, señalando hacia la bahía—. Sela…

Rho-Z se colocó a su espalda, con los brazos colgando al suelo, y la postura encorvada adelante, como en solidaridad con la tristeza de su hijo. Y también Alpha-C, inmóvil, con los flancos relucientes de sal seca.

—Pero Alpha está aquí mismo —había murmurado Misha—. ¿Cómo ha podido permitir…?

Kai se había vuelto hacia Alpha entonces, y había alzado la voz en un grito mientras los ojos le ardían de furia.

—¡Has sido tú! —chilló—. ¡Tú has volcado el bote! ¡La has matado!

Kamal se había limitado a abrazarlo, lo había llevado a su cuarto y se había quedado con él hasta que Kai se sumió en un sueño agitado. Mientras, el resto había montado una batida y había peinado la playa sin éxito. Misha olvidó por completo su objetivo de huir. Cuando volvió a llamar a William había pasado un tiempo precioso. Y para entonces sabía ya, con todo lo sucedido, que sería incapaz de irse sin más.

Aunque eso no cambiaba en nada las cosas: las Madres apenas les habían permitido sacar un pie del edificio desde entonces. Mientras la tarde se iba fundiendo en la noche, los niños habían rebuscado entre lo poco que les

quedaba en la despensa para preparar la cena: unas sobras de estofado, un alijo de preciadísimos piñones, tiras de pescado seco y carne de ardilla. Algunos habían recurrido al Pedia-Supp. Cuando se terminaron su magra cena, formaron un convoy camino de la letrina improvisada que habían cavado junto al bosque. Luego se retiraron abatidos cada uno a su cuarto, todos jurando tratar con sus Madres al día siguiente.

Y había amanecido otra mañana; había pasado otro largo día. Pero hasta ahora, no había vuelto a ver ni rastro de Kai. La puerta de su cuarto estaba cerrada a cal y canto, nadie osaba cruzarla.

Con cautela, Misha se acercó a la mesa en la que estaba el muchacho, cerca de la ventana de la fachada.

—¿Tienes algún problema? —le preguntó.

—¿Eh? —Kai levantó la vista. Tenía las mejillas llenas de ronchas rojas, los ojos hinchados, la mirada desviada hacia la ventana. Fuera, allí cerca, Rho-Z estaba apostada en la hierba seca.

—Parece que tienes un problema con la tableta —dijo Misha con voz suave.

Kai frunció el ceño, sus rasgos se retorcieron antes de asentarse en la rabia.

—Empezaba a ir lenta… ya de antes. He pensado que si la traía aquí, más cerca de ella… Pero ahora ya no funciona para nada.

—¿Me dejas echarle un vistazo? —Misha se sentó a su lado. Cogió la tableta con ambas manos y la sacudió junto al oído—. No hay nada suelto. ¿Está cargada?

Kai se miró las manos.

—El indicador de batería dice que está bien —murmuró.

—Hum —dijo Misha. Recordaba que Clara y Álvaro se habían quejado de algo parecido esa mañana. Según Álvaro, la petición de entrada había quedado registrada, pero no llegaba ninguna respuesta—. Parece que todo el mundo está teniendo el mismo problema.

Kai le cogió la tableta de las manos. Con aire terminante, la apagó y la dejó a un lado y sumió en las sombras el espacio alrededor.

—Como si no hubiese bastante con que Rosie no me hable, ahora esto tampoco funciona.

Misha lo observó. Estaban hablando de Rho-Z. De la tableta. Pero lo

sabía: ambos estaban hablando de lo que había sucedido el día antes. Lanzó un vistazo a la entrada, medio esperando que Sela entrara por la puerta.

—Kai —dijo esperanzada—, puede que Sela siga ahí fuera. Puede que vuelva. Kamal dice que siempre hacía estas cosas en el desierto, marcharse de esta manera…

Kai le clavó la mirada, los ojos se le enrojecieron.

—No va a volver —dijo, cerrando los puños—. La vi hundirse. No va a volver.

Misha sintió que todo su cuerpo se quedaba sin fuerzas. Tal vez, como Kai, solo necesitase algún consuelo.

—Supongo que aún me niego a creerlo —murmuró.

Sin pensarlo, tendió los brazos para estrechar a Kai torpemente por la cintura. Pero no hubo ninguna reacción. Como tantos otros niños aquí, el chico estaba dolorosamente flaco. Sus miembros se tensaron, su columna se encorvó a la defensiva. Misha se apartó, reparando en el comunicador inserto bajo la frente: ese emblema especial, el símbolo que distinguía a todos los niños Gen5. Su mirada se demoró un momento en su intrincado patrón de circuitos, que parecían casi latir con vida propia. Era una de esas cosas que lo hacían a él y a los demás tan especiales. Pero ¿ahora ese chip no servía de nada, como el suyo?

Kai lanzó una mirada furibunda por la ventana, hacia el punto del campo en el que estaba Alpha-C: el punto en el que, igual que la noche anterior, todas las Madres se habían congregado en plena oscuridad para formar un muro impenetrable en torno a la fortaleza del Bloque 100. Dio un puñetazo sobre la mesa, las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Sela era mi mejor amiga —dijo—. La primera persona que conocí. Pero ya no está, ¡y es culpa mía!

Misha barrió con la mirada la sala desierta.

—No es culpa tuya —le dijo—. Y nadie lo piensa.

Llevaba todo el día escuchando hablar a los demás, cada uno aportando su teoría, cada uno intentando asumir lo que había sucedido. Cada uno intentando encontrar un sentido al comportamiento cada vez más represivo de sus Madres.

—Tienen que mantenernos a salvo —había insistido Zak.

—Notan algo que nosotros no —había dicho Chloe—. Por eso van con

tanto cuidado.

Pero no todo el mundo estaba de acuerdo. Andaban todos cansados, acuciados por el hambre, la sed y la preocupación. Y todos querían respuestas.

—¿Cuánto tiempo podemos seguir así? —había preguntado Hiro—. ¡Necesitamos comida!

Hasta el rostro de Kamal estaba ensombrecido por la duda. Y la pobrecita Meg, desolada por la pérdida de su querida compañera de cuarto, apenas si podía pronunciar palabra.

Misha respiró hondo, intentando buscar un modo —cualquier modo— de consolar a Kai. Si lo que le había sucedido a Sela fuese culpa de alguien, tal vez sería de la propia Misha. ¿No había sido ella la que había animado a su hermana a probar sus límites? Pero no… no podía verlo así.

—Kai —dijo—, tienes que creer que fue solo un terrible accidente. No fue culpa de nadie… Alpha pensó que Sela se estaba ahogando, intentó salvarla…

Kai se volvió contra ella.

—¡Pero no la salvó! Falló. ¡Sela habría estado mejor sin ella!

Misha se quedó callada, recordando la violencia con la que Alpha-C había arrancado a Sela de debajo de la valla apenas el día antes. Tal vez Kai tuviese razón. Tal vez estos niños estuviesen mejor sin sus Madres: estas Madres que no parecían tener noción de su propia fuerza, de sus propias limitaciones. Recordó lo que le había dicho Álvaro a última hora de la tarde, antes de arrastrarse de nuevo escaleras arriba hasta su cuarto.

—Creo que nuestras madres no están programadas para maniobrar sobre el agua —había dicho—. Ese debe de ser el problema.

Misha añadiría algo más a esa lista. Había estado pensando en Sara, y en la abuela: en todas las madres humanas, reales, con las que había crecido. Tal vez esas Madres robot no estaban programadas para maniobrar con niños reales: niños que necesitaban comida, agua y… amor.

Contemplando por la ventana las filas de bots, sintió que sucumbía a la furia de Kai. Aun con el poco tiempo que llevaba ahí, había comprendido la reverencia que los niños sentían por sus Madres. Pero ¿no debería pagar *alguien* por la pérdida de la amada amiga de Kai, por la muerte de su hermana? Apretó los párpados con fuerza, decidida a contener sus propias lágrimas. Kai la miró de reojo, y su expresión se suavizó.

—Lo siento —dijo—. De verdad que quiero creer que fue solo un

accidente. Que Alpha solo quería protegerla. Pero, en fin… ya no lo sé. No lo *sé*…

Misha notó como vibraba el teléfono que llevaba oculto bajo la chaqueta.

—Kai, prometí ir a por más agua antes de acostarme —murmuró.

Se levantó y se puso en marcha. A su espalda, Kai se volvió de nuevo hacia la ventana.

Misha se hizo un ovillo en torno al teléfono en su cuarto.

—¿Hola? ¿Papá?

—¿Cómo lo llevas?

—Bien… —Misha notó como los músculos tensos del cuello se le relajaban. Casi había olvidado las caricias de James, la voz dulce que usaba solo con ella. Se arropó con la chaqueta, deseando poder desaparecer en la calidez deliciosa de la pequeña pantalla.

—Papá, lo siento…

—Cariño, ya te lo dije… Nos diste un susto, marchándote sola de esa manera. Pero lo hecho, hecho está. Lo que importa es que estás a salvo. —Hubo un silencio—. Y… tal vez ahora puedas ayudarnos.

Misha se enjugó los ojos con la manga.

—Estoy ayudando a los chicos. Voy a buscar agua… Soy la única que puede seguir saliendo sin que la retenga una de las Madres.

—Ve con cuidado, Misha. No podemos estar seguros de lo que harán las Madres.

—Pero ¿de qué otro modo puedo ayudar?

—Tenemos un plan. —Su voz ahora sonó grave, firme—. Necesitamos que convenzas a los chicos de transmitir un virus a sus bots.

—¿Un virus? ¿Y qué hará?

—Está diseñado para deshabilitar sus CPU.

—¿Matarlas? —El pulso de Misha se aceleró. ¿Era esto realmente lo que había deseado?

—No matarlas. Tan solo distraerlas, nada más. —Hubo otro silencio, oyó un crujido al otro lado de la línea.

—Misha, vamos a ir paso a paso. —Era Kendra—. Puedo hacerte llegar una copia del código del virus a un ordenador del Presidio. Está en otro edificio, a más o menos kilómetro y medio de dónde estás ahora. Te pasaré la

ubicación. ¿Estás preparada?

Misha escuchó atentamente mientras Kendra leía las coordenadas, y las anotó una a una en la pantalla del teléfono.

—Vuélvenos a llamar cuando estés dentro —dijo Kendra—. O si tienes el más mínimo problema.

—Vale. —Misha, sin aliento, apagó el teléfono. Era solo kilómetro y medio. Solo eso.

Con la mochila bien sujeta a la espalda, Misha salió al porche del Bloque 100. Por todo el camino, la falange de Madres relucía a la luz de la luna. Imaginó lo hermosas que debían ser, volando juntas, con sus flancos espejeando al sol, como su abuela le había descrito tantas veces. Pero aquí, apostadas de rodillas con los brazos pegados a los costados, solo parecían amenazantes, fantasmas silenciosos que albergaban algún tipo de plan secreto. Misha giró sobre sus talones y volvió a entrar en el edificio camino de la puerta trasera. Una vez fuera, emprendió apresurada la ruta que le recomendaba el GPS, primero a la derecha, y luego al oeste por una calle ancha y asfaltada.

De pronto, sintió que el suelo temblaba bajo sus pies. Se detuvo, aguzó el oído. Hojas, lo que parecían ramas enteras, crujían de un modo siniestro tras ella. Apretó el paso, corriendo ahora, con las piernas batiendo al ritmo de su corazón, y los pulmones doloridos por el aire gélido. Solo cuando subió los escalones de cemento del edificio se volvió a mirar hacia el campo. Había allí un bot solitario; la hierba alta a su derecha, aplastada. Se escabulló por la pesada puerta con marco de metal del edificio y la dejó firmemente cerrada. Luego cogió el teléfono vía satélite y pulsó el botón de llamada.

—Estoy dentro —susurró.

—Bien —respondió Kendra—. Ahora sube las escaleras a tu derecha. Y luego entra en la primera sala que encontrarás al final.

Dentro estaba oscuro como boca de lobo. Misha cerró los ojos, guiándose como solía cuando era pequeña: a tientas, por el eco. Tras subir los chirriantes escalones, encontró enseguida el despacho; el aire dentro, frío y quieto.

—Hay un ordenador en la mesa. Solo tienes que tocar la pantalla. Debería encenderse.

Misha se sentó en una silla frente a la mesa que quedaba su derecha y alargó la mano para tocar la pantalla. La recibió el resplandor de una imagen

que mostraba el puente del Golden Gate.

—Vale —dijo.

—Estoy enviando el virus a una carpeta llamada «Repli3». ¿La ves?

Misha vio como parecía un pequeño icono en la esquina inferior derecha de la pantalla.

—Sí.

—Todavía se está cargando. No la selecciones hasta que yo te diga. Entretanto, debería haber una reserva de tarjetas de memoria ahí en el despacho. ¿Las puedes buscar?

Misha rebuscó en las estanterías que había junto a la mesa y encontró una pila de cajas rectangulares con la etiqueta «HaloDisk». Dentro de cada una había cincuenta tarjetas de memoria.

—Sí, ya está. Hay un montón aquí.

Se oyó un suspiro de alivio al otro lado de la línea.

—Genial. Ahora escucha con atención. Quiero que hagas una copia para cada bot. Haz treinta, solo por si acaso, cada una en una tarjeta distinta… Vale. El archivo del virus ya está listo.

Misha introdujo una de las tarjetas en una ranura a un lado del ordenador y esperó a que el virus se copiara.

—Vale, tengo una —dijo.

Con paciencia, copió el virus en veintinueve tarjetas más, y las fue guardando una a una en su mochila.

—Listo —dijo—. Treinta.

—¡Buen trabajo! Avísanos cuando hayas llegado a tu cuarto, ¿de acuerdo? Te seguiremos contando.

Se colgó la mochila a los hombros y bajó los escalones. En el pequeño vestíbulo, se armó de determinación. Luego, salió de nuevo al porche. Había un bot centinela, y por los flancos le goteaba ahora la humedad de la niebla condensada. Contuvo el aliento cuando vio su insignia: Alpha-C.

Un ramalazo de miedo la sacudió de pies a cabeza. Pero entonces, inexplicablemente, otra cosa ocupó su lugar: una extraña calidez, una certeza…, y en ese momento le pareció oír algo: una voz, susurrante.

—¿Qué…? —Miró alrededor—. ¿Quién anda ahí?

Y al instante, la voz desapareció. Misha se encorvó. No era más que su propio pulso, aporreándole los oídos. Sujetó las correas de la mochila con

ambas manos y se dirigió al campo, con paso apresurado. A su espalda, Alpha la siguió.

37

KAI se sacó la brújula del bolsillo de la chaqueta y trató de retener en su mente el día que Sela se la había regalado. Acarició con la yema de los dedos la pantalla de plástico resistente. «Es genial —había dicho Sela—. Te dice por qué camino tienes que ir.»

—¿Por qué tuviste que ser tan idiota? —farfulló.

Creía que había superado ya la rabia, pero ahora era lo único que le quedaba. Estaba furioso con Sela por haberse atrevido a remar hasta tan lejos. Consigo mismo por haberla dejado. Con sus Madres por volcar el bote, porque ya no confiaba en ellas. Y con Rosie por no hablar con él. Arrojó la brújula al suelo. No tenía ni idea de qué camino debía tomar.

Agarró su tableta y bajó a paso lento las escaleras. Se habían quedado sin comida almacenada, cosa que le daba igual, porque desde la desaparición de Sela su apetito se había prácticamente esfumado. Pero mientras que Zak estaba convencido de poder orquestar una batida de caza, Misha parecía tener otra cosa en mente. Kamal le había llevado las noticias esa mañana temprano: debían reunirse todos en el comedor, y tenían que llevar cada uno su tableta.

Cuando entró en el comedor, vio a Misha en la esquina más alejada, con el pelo, por lo general recogido en una cuidadosa trenza, cayéndole suelto por los hombros, y moviendo las manos como si estuviese repasando un discurso ensayado en silencio. Sus ojos se iluminaron por un instante cuando lo vio sentarse al lado de Kamal y de Meg en el grupo de sillas más próximo a ella.

—¿Sabes de qué va todo esto? —le preguntó Kai a Kamal en voz baja.

—No —respondió Kamal—. ¿Tal vez Misha ha encontrado la manera de restablecer las conexiones de nuestras tabletas? —Le brindó una lánguida sonrisa, y Kai agradeció de nuevo la paciente amistad del chico.

A su espalda, Zak y Chloe se sentaron ruidosamente junto a Álvaro y Clara. Al fin, la sala quedó en silencio.

—Estamos todos —anunció Hiro desde la puerta.

Misha se aclaró la garganta.

—Creo… —empezó a decir. Sus ojos vagaron una vez más hacia Kai,

pero él no estaba seguro de lo que Misha buscaba. Se limitó a asentir, esperando a que continuara hablando—. Creo que todos queremos que… —Señaló hacia la ventana, hacia la muralla de bots—. Todos queremos que esto termine.

La mano de Zak salió disparada arriba.

—No estoy seguro de entender lo que quieres decir. ¿Qué es exactamente lo que queremos que termine?

—¿Has encontrado la manera de conseguir comida? —preguntó Hiro.

—¿Has encontrado algún modo de arreglar las tabletas? —preguntó Clara, levantando también la mano.

Misha miró al frente, más allá de su público, con las manos nerviosas ahora rígidas a los costados.

—No. Creo que a las tabletas no les pasa nada. Y lo más seguro es que tampoco les pase nada a las bases de datos de vuestras Madres. Creo que el problema es que no pueden comunicaros los resultados de las búsquedas. Igual que tampoco pueden hablar con vosotros. —Hubo un murmullo de sentimiento—. El problema tiene que estar en las Madres, y no creo que vaya a ir a mejor.

—Pero ¿qué podemos hacer con *eso*? —preguntó Clara con voz ahogada.

—De eso quería hablar con vosotros —dijo Misha, su voz apenas audible—. De un plan. Pero… es mejor que nos pongamos todos de acuerdo.

—¿Qué clase de plan? —Zak estaba inquieto; Kai casi podía notar como se inclinaba adelante en el asiento.

—Creo… —Misha respiró hondo, apoyó la mano izquierda en el respaldo de una silla vacía para sostenerse—. Deberíamos apagar a nuestras madres.

—¿Apagarlas? —Era Chloe, gritando sin poder evitarlo—. ¿Por qué?

Kamal, al lado de Kai, alzó la voz.

—Igual no es necesario. Igual mi madre ya se ha apagado. —Se dio un golpecito en la sien con su largo dedo índice—. Está ahí, pero no está. No consigo encontrarla.

Por la ventana, Kai distinguió a Rosie. La reconocía todavía por la forma en que colocaba las alas, un poco separadas del grueso del cuerpo, como si se preparara para alzar el vuelo. La reconocía todavía por sus brillantes marcas amarillas. Pero ahora, era como cualquier otra: esas siluetas oscuras, siniestras, calladas, acechando…

—Están despiertas, Kamal. Es solo que no hablan con nosotros —dijo Kai.

Zak se levantó con tal brusquedad que su silla se estampó ruidosamente en el suelo.

—¡No es el momento de apagarlas! Os lo llevo diciendo, ¡se están preparando para un ataque!

Kai se volvió hacia el chico.

—¿Un ataque? ¿De quién? ¿De las ardillas? —Unas risitas nerviosas rompieron por un momento la tensión.

Chloe se levantó para coger a Zak del brazo y fulminó a Kai con la mirada.

—Bueno, ¿y qué piensas tú que les pasa nuestras Madres, Kai? —le preguntó.

—¿Te refieres a por qué creo yo que se han quedado calladas?

—No —dijo Zak—. Se refiere a, si no hay ninguna amenaza, ¿por qué están siendo tan protectoras?

Kai recorrió al grupo con la mirada en busca de una cara solidaria. Pero todos los ojos estaban puestos en él, aguardando una respuesta.

—No lo sé —dijo—. Pero hay algo a lo que vuelvo una y otra vez. No les podemos preguntar por qué. Porque no responden.

Siguió un murmullo general, mientras todos los niños negaban con la cabeza.

—Da la impresión de que el problema con nuestras Madres empezó tan pronto llegamos al Presidio… —dijo Clara.

—Y empeoró cuando llegó Misha —dijo Chloe, con sus ojos oscuros clavados en ella—. ¿Por qué será, me pregunto?

Kai se levantó para plantarle cara a Chloe.

—¿Qué quieres decir? ¡Llegó solo unos días más tarde! Cuando su Madre la abandonó.

—Vale, puede que Misha no sea la causa de nuestro problema —dijo Clara—. Pero su Madre se fue. Que nosotros sepamos, las nuestras jamás nos dejarían. ¿Cómo va a ser *ella* la que nos diga lo que tenemos que hacer?

Chloe caminó hacia las ventanas y contempló a su Madre.

—Estoy de acuerdo con Zak. Se están preparando para un combate. Lo único que quiero es que mi Madre me diga qué es lo que está pasando. Si hay

un enemigo al que combatir, quiero ayudarla. —Se volvió hacia el grupo—. Kappa lo ha hecho todo por mí. Quiero hacer yo algo por ella. ¡Y con eso no me refiero apagarla!

Se alzó un murmullo ruidoso, algunos se sorbieron la nariz, contenidos. Pero nadie habló. Kai se volvió a Misha.

—Pongamos que sí que quisiéramos apagarlas. ¿Cómo lo haríamos?

Misha agachó la mirada. Tragó saliva antes de levantar la vista hacia él.

—Con un virus… —murmuró.

—¿Un virus? ¿Como la gripe?

Zak dio un paso al frente, con los puños apretados. Misha retrocedió al tiempo que Kai se daba la vuelta para enfrentar al chico. Podía sentir el calor que irradiaba la piel de Zak. Desde su silla, Álvaro habló.

—Estoy seguro de que Misha se está refiriendo a un virus informático. Un código que interferiría con sus pensamientos.

—Sí —dijo Misha, buscando con los ojos al chico—. Un virus informático. Podemos instalárselo desde nuestras tabletas. No las matará. Solo las apagará. Y así podremos decidir qué hacer después. Si cambiamos de idea, si creemos de verdad que hay una amenaza de la que solo nuestras Madres pueden protegernos, entonces podemos desactivar el virus. No provocará ningún daño permanente.

—¿Dónde has encontrado el virus este? —preguntó Zak.

—Lo he descubierto yo sola —respondió Misha, ruborizada.

—¡Ahí está! —Zak se volvió hacia el resto—. ¡Así es como mató a su Madre!

La sala estalló en gritos. Kai estaba ahora pegado a ella, y vio como las lágrimas brotaban de sus ojos.

—¡Yo no fui! —gritó Misha—. ¡Ella me abandonó! Ya os lo he dicho, ¡me abandonó!

Salió corriendo hacia la puerta, apartando de un empujón al perplejo Hiro, y desapareció en la despensa. Kai se volvió hacia Zak.

—¡Mira lo que has hecho! —gritó—. ¡Somos lo único que tenemos, y tú nos estás poniendo a todos unos en contra de los otros! —Observó las caras asustadas de los demás, intentando sin conseguirlo encontrar otro aliado—. Misha solo intenta ayudar. Y no tiene por qué. Ella no está atrapada aquí como el resto. Que nosotros sepamos, podría irse cuando le apeteciera.

Chloe se cruzó de brazos.

—¿Entonces por qué no se va? ¿Por qué no nos deja en paz?

—¿Qué? Porque necesita… —Mientras Kai buscaba las palabras adecuadas, una furia repentina le subió por la garganta y lo ahogó. ¿Cómo habían llegado a este punto?

Daba igual. La sala se estaba quedando a oscuras. Los ojos sobresaltados de los niños se volvieron hacia las ventanas, que ahora repiqueteaban en sus marcos. Las paredes temblaron con el estruendo de las orugas en movimiento, con el rugido del aire que hizo saltar terrones de hierba seca en el campo de fuera y arrancó el jardín cuidadosamente plantado de Clara. Las Madres habían despertado.

Kai se abrió paso entre los grupos de niños, salió por la puerta, cruzó la cocina y subió las escaleras. Fue directo al cuarto de Misha, en la esquina, la puerta entreabierta. Ahí en la penumbra, apenas distinguía el rostro bañado en lágrimas de la niña.

—Quiero probar —le dijo—. Dime cómo.

38

MISHA llevó a Kai hasta la puerta del Bloque 100, al punto en el que estaba la moto eléctrica de Sela, conectada a un panel solar.

—Sube —dijo, desenchufándola.

Apenas se había subido a la moto cuando Misha encendió el motor. Llevaba colgada a la espalda la mochila de la niña, en la que habían metido la tableta de Kai. Detrás y por encima de sus cabezas, oían todavía el fragor de veintidós Madres frenéticas. Y a medida que se alejaban del edificio, dos de ellas los siguieron desde el aire. Kai lo supo, de algún modo: una era Rosie.

Aceleraron por la calle serpenteante; el único foco solar de la moto atravesando las capas de niebla matutina. Bien agarrado a Misha mientras ella tomaba las curvas, con el pelo suelto azotándole la cara, Kai no pudo evitar recordar otro momento, otro lugar. ¿De verdad había sido hacía solo unos meses?

—¿Adónde vamos? —gritó. Misha volvió la cabeza. Vio que movía la boca, pero solo oyó la palabra «ordenador».

Se detuvieron al fin delante de un gran edificio de color *beige*, y Kai la siguió por la puerta delantera y luego escaleras arriba. Allí, Misha entró disparada en un pequeño despacho y se dirigió apresurada hacia la mesa, sobre la cual había instalada lo que parecía una pantalla de tableta enorme. Se desplomó en una silla enfrente. Con dedos nerviosos, sacó de su mochila un dispositivo rectangular; Kai había visto algo parecido en la cocina del Bloque 100, pero Álvaro le había dicho que no era más que un teléfono viejo, ya inservible.

Misha presionó un botón verde en el dispositivo.

—Papá, ¿estás ahí?

Kai se acercó. *¿Papá?*

Una voz salió del teléfono.

—Kendra al habla. ¿Qué está pasando?

—Kai es el único que ha accedido a probar el virus. Los otros están aterrorizados. ¿Qué hago?

La cara de Misha se veía pálida a la luz el pequeño dispositivo, y respiraba en cortos jadeos. En el silencio que siguió, golpeteó impaciente con el pie la pata de la mesa. Kai le puso la mano en el hombro.

—Misha… ¿Quién…?

Pero la voz regresó.

—Hay una opción. Una forma de sacaros de ahí. Una vez el virus está instalado, el bot puede seguir volando.

—¿Volando? ¿A dónde?

Hubo otra pausa antes de que la voz respondiera.

—A Los Álamos. Te mandaré una copia distinta del virus. Una con un código de retorno. Y por supuesto, nos gustaría que Kai viniera también.

Se oyó un sonido chirriante. Y luego otra voz, una voz de hombre, sonó al otro lado de la línea.

—Misha, prometimos que os sacaríamos de ahí. Y cuando Kai esté con nosotros… tal vez nos pueda ayudar a convencer al resto.

Como aquellos pececillos de cebo del cubo de Sela, los pensamientos de Kai flotaban en su mente, demasiado resbaladizos para asirlos. ¿Con quién demonios estaba hablando Misha? Hizo otro intento.

—Misha, ¿con quién…?

Pero ella lo detuvo con un gesto, y la pantalla de la mesa cobró vida cuando Misha la rozó con las puntas de los dedos. Por una ventana a su izquierda, Kai vio a Rosie en tierra. Y a su lado, otro bot: Alpha-C.

De pronto, apareció un pequeño icono cerca de la base de la pantalla. La voz sonó por el pequeño dispositivo.

—¿Lo ves?

—Sí —respondió Misha.

—Haz una copia en una tarjeta nueva.

—Vale.

De una caja que había en la estantería de la pared, Misha sacó una diminuta tarjeta rectangular. La insertó en el puerto lateral de una caja que había bajo la pantalla, y una luz amarilla se encendió junto a la ranura. En apenas unos segundos, la luz se volvió verde.

—Hecho —dijo Misha.

—Kendra te está mandando una lista de instrucciones. Las podrás ver en la pantalla. Síguelas al pie de la letra. No se saltes *ningún* paso.

—Vale… —Misha revisó las líneas de texto en pantalla, moviendo los labios en silencio—. Ahora se lo tengo que explicar a Kai. —Por fin, se dirigió a él—. Lo siento, Kai. Pero si de verdad quieres hacer esto, tenemos que actuar deprisa.

Kai la miró a los ojos.

—¿Hacer qué? ¿Con quién demonios estás hablando?

Misha insertó una segunda tarjeta en la caja, y Kai vio una vez más como la lucecilla pasaba de amarillo a verde.

—Te lo explicaré de camino. Pero, por ahora, tendrás que confiar en mí.

El pequeño despacho, con esas estanterías anticuadas y esos muebles de otra época, como un escenario de un vídeo antiguo, pareció echarse sobre él. Su cerebro no funcionaba bien. Se veía incapaz de darle a Misha la respuesta que quería.

—No. No puedo. No hasta que me contestes.

Misha se levantó. Paseándose arriba y abajo, soltó una historia a toda prisa: de un padre que se llamaba James y que vivía en un lugar llamado Los Álamos. De cómo James, junto con otro hombre llamado Rudy, había diseñado genéticamente a los niños para que sobrevivieran a la Epidemia. Había otros, Mac y Kendra, que habían construido y programado a los *biobots*: las Madres. Y aún otros, los hopi, que vivían en el desierto, cultivando los campos y cuidando de sus ovejas. Esos eran toda su familia. Y podían ser también la familia de Kai.

Pero Kai sintió todo el tiempo que se apartaba de ella, con las manos a la espalda, buscando a tientas la puerta.

—Por favor —dijo Misha—. Necesitamos… —Se detuvo en mitad de la frase y miró por la ventana—. Rho-Z está justo ahí, lista para despegar —dijo—. Pero Alpha… podría suponer un problema.

Kai tenía ahora el pomo de la puerta firmemente sujeto en la mano derecha. Gente al otro lado de la valla… Un intento de controlar a sus Madres.

—Misha… —Kai reunió fuerzas, preparado por completo para huir—. ¿Tenía razón Zak? ¿Eres el enemigo?

Mirándolo a los ojos, Misha se acercó y lo cogió de los brazos.

—No, Kai. Yo soy una amiga. Soy como tú. Yo también tuve una Madre bot. Se estrelló en el desierto, pero consiguió darme a luz. Y entonces unas personas me encontraron. Me salvaron. Y ahora intentan ayudaros a vosotros

también. Llevan toda tu vida intentándolo…

—¿Y entonces cómo es que no los he visto nunca?

—Tu Madre no los dejaba acercarse. Estaba programada solo para protegerte. Pero hay más ahí fuera. Nunca has estado solo.

Misha lo soltó, pero no apartó la mirada de sus ojos.

Kai se volvió hacia la ventana. Recordó la historia de Sela, sobre un disparo láser en mitad de la noche. Las cajas de agua junto a la carretera. Los suministros que habían preparado para ellos aquí en el Presidio. ¿Era cierto? ¿Alguien lo había estado cuidando, tratando de ayudarlo, durante todos estos años?

Siguiendo la mirada de Kai, Misha examinó el cielo.

—Es un problema que Alpha-C esté aquí. Pero podría haber más de camino. Es posible que ya no hablen con vosotros, pero creo que sí que hablan entre ellas.

Kai observó a su Madre, apostada ahora junto a la entrada del edificio. Y a Alpha, inclinada hacia Rosie como compartiendo un íntimo secreto. Recordó el trío de bots, agrupados en la orilla mientras Sela y él navegaban a la deriva por la bahía… A su lado, Misha sacó la tableta de la mochila.

—Kai, si vamos a hacer esto…

Kai cerró los ojos con fuerza. ¿Qué haría Sela? Ella, por supuesto, confiaría en Misha. Pero ¿a dónde la había llevado su osadía? Era Rosie la que lo había protegido siempre. Pasara lo que pasase, Rosie siempre había tenido razón…

Abrió los ojos, indagó en los de Misha. No, pensó. Sela también había tenido razón. Él no habría conseguido nunca nada si hubiese dejado que sus miedos se apoderasen de él. Además, en ese lugar al que iba no estaría solo. Misha estaría ahí. Y aunque no era la misma de antes, aunque tal vez nunca volviera a ser la Madre a la que había llegado a amar, Rosie también estaría ahí.

39

KAI cogió la tableta entre las palmas de las manos. En una ranura del costado, había introducido la tarjeta de memoria que contenía el virus letal. La visión de Rosie, tan cerca frente a él, provocó en su interior un torrente de emociones contradictorias: expectación, mezclada con pura inquietud. Alpha, con el fuselaje inclinado adelante con esa pose de pájaro típica de ella, estaba ahora a unos metros de distancia.

Misha cogió a Kai de los hombros y lo miró directamente a los ojos.

—Este virus está diseñado para mutar una y otra vez —le explicó—. Tras el ataque inicial, seguirá reinstalándose, cada vez con un código ligeramente distinto. Acércate a ella tanto como puedas para evitar cualquier interferencia. Rho-Z intentará combatirlo a cada paso del camino, así que una vez empecemos, tenemos que asegurarnos de que el virus siga reinstalándose sin parar.

—Pero una vez introduzcamos el virus, ¿cómo lo hacemos para impedir que Rosie despegue hacia este sitio, hacia Los Álamos, antes de que podamos meternos en la cápsula? —preguntó Kai.

—No despegará hasta que el programa esté activado —respondió Misha —. Tienes que acoplar la tableta a su panel de control y establecer conexión directa con la computadora de vuelo. Después, tendrás que teclear «OK» en su panel de control. —Kai notó cómo los dedos de Misha se le clavaban en los brazos—. ¿Entendido?

—Sí…

—Cuando quieras iniciar la transmisión del virus solo tienes que pulsar esta tecla —dijo Misha.

Sujetando la tableta frente a él como si fuera un escudo, Kai bajó despacio los escalones de la entrada y vadeó tortuosamente la hierba alta, sin apartar los ojos de Rosie. Ella permaneció inmóvil, su forma siniestra parecía hacerse más grande a medida que se acercaba. Oía a Misha a su espalda, caminando con pasos que apenas agitaban los arbustos. Tal vez sería más sencillo de lo que había imaginado…

Entonces, Rosie se movió.

Al principio, pareció un engaño de su imaginación. Pero luego se irguió, sus piernas colosales se enderezaron progresivamente hasta que se alzó en toda su altura, girando, buscando. Con el corazón aporrándole el pecho, Kai se agachó y se puso de nuevo a cubierto bajo el follaje. Paso a vacilante paso, Kai se fue acercando a ella. Seis metros, cuatro metros… Rosie se inclinó hacia él, y él contempló, hipnotizado, la cápsula vacía a través de la transparencia familiar de su escotilla. Rosie alargó sus poderosos brazos y rastrilló la hierba a su alrededor. Kai se apartó justo a tiempo de esquivarlos. Asentando los pies sobre el terreno irregular, acercó la tableta hacia ella y pulsó la tecla que iniciaba la transmisión.

Rosie se desplomó, el fuselaje se posó torpemente sobre las orugas, los brazos quedaron colgando a los costados como ramas rotas. Con Misha pisándole los talones, Kai trepó por las orugas de Rosie y tiró de la puerta de la escotilla. El corazón le dio un vuelvo cuando la puerta se abrió de par en par y ambos se escurrieron adentro.

Hacía tan solo unos días, ese había sido su hogar. Ahora estaba frío, húmedo, todas las superficies resbaladizas por el rocío condensado. Cerró y aseguró la puerta de la escotilla al tiempo que Misha se acurrucaba en la bodega detrás de él. Apoyó la tableta en equilibrio en el regazo y buscó las sujeciones, y luego tiró de las correas y se acomodó en el asiento. Un satisfactorio chasquido recompensó sus oídos cuando el arnés abrochó.

—¿Y tú? —siseó—. No tienes arnés…

—Aguantaré —resolló Misha—. ¡Tú acopla la tableta!

Cogió el aparato, sujetándolo por los bordes. Se le cortó la respiración. La tarjeta de memoria no estaba. La advertencia de Misha resonó en sus oídos: «Tenemos que asegurarnos de que el virus siga reinstalándose sin parar». Pero ¿dónde estaba la tarjeta? Se agachó y se puso a rastrear frenéticamente el suelo de la cápsula con los dedos. ¿Cuánto tiempo tenía?

—¿Qué pasa? —Oyó la voz asustada de Misha cerca del oído.

—La tarjeta no está…

Pero era demasiado tarde. La cápsula se elevó a medida que Rosie se erguía de nuevo sobre sus piernas. Y una náusea se apoderó de él cuando Rosie inundó su mente. Sus pensamientos salieron desperdigados como hojas secas con el viento. «Kai… estás asustado. Yo te mantendré a salvo…» Era

débil, casi un susurro. ¿Sería tan solo un recuerdo? ¿O era su Madre, hablando… suplicándole?

Esforzándose por recordar su propósito, Kai palpó el borde del asiento, bajo el panel de control, en busca de la tarjeta. Pero no aparecía por ninguna parte. Las paredes de la cápsula no dejaban de dar vueltas. Su cabeza daba vueltas. Impotente, vio como la tableta caía al suelo al tiempo que Rosie daba bandazos.

Y entonces vio a alguien… Misha… asomando con esfuerzo por un lado del asiento. «… una copia… extra.» Sostenía en la mano algo pequeño y plano. Pero Kai estaba paralizado, su mente era un torbellino. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía ahí? Notó que Misha se encaramaba gateando al asiento y lo empujaba a un lado. Recogió la tableta del suelo a toda prisa y metió esa cosa que llevaba en la mano en la ranura del borde.

Rosie se desplomó de nuevo con un golpetazo estremecedor. La voz se esfumó de su mente y dejó tras de sí tan solo un doloroso vacío. Pero seguía sintiendo una vibración, la tierra temblando bajo sus pies.

—¿Qué…?

Por la ventana de la escotilla, vio que Alpha-C se cernía sobre ellos, a solo unos metros, los flancos relucientes, los brazos alzándose.

Misha deslizó los dedos por el borde derecho de la tableta para asegurarse de que la tarjeta estaba bien insertada y encajó el dispositivo en el panel de control.

—¡OK! —dijo—. ¡Teclea OK!

Kai se inclinó hacia el panel. Orientó los dedos sobre el teclado y pulsó las teclas. De inmediato, el reactor de Rosie arrancó. La cápsula se recostó, los brazos se recogieron, las alas se desplegaron. Y entonces…

La escotilla se abrió de golpe y dos manos poderosas se introdujeron en la cápsula y agarraron con fuerza a Misha de la cintura.

—¡Kai!

Agitando los brazos, Misha desapareció por el reborde inferior de la escotilla.

—¡Misha!

Los motores de Rosie bramaron, los reactores levantaron al activarse remolinos de hierba y tierra. Y en un momento estaban en el aire, con la puerta de la escotilla amenazando con salir disparada de sus goznes.

Misha había desaparecido. Empujada por una súbita ráfaga de viento, la puerta se cerró de golpe. Y Kai, acurrucado en el asiento, tan solo oía ya los reactores de Rosie retumbando, el zumbido y los clics de sus procesadores mientras lidiaban con millones de cómputos de origen vírico al tiempo que cruzaban sobrevolando una ciudad que Kai no había llegado nunca a ver.

40

JAMES se despertó, apoyado sobre su mesa; la mente sumida en una neblina. Se fijó con sobresalto en la hora que marcaba el reloj en la pantalla de su ordenador: 16:12:01. Se puso de pie con gesto vacilante y fue trastabillando al laboratorio de biología, por cuyas ventanas se filtraba el resplandor furioso y morado de un cielo de tormenta. Recorrió apresurado el pasillo hasta el despacho de Mac, con el pecho palpitando por el esfuerzo. Ahí estaba Mac, con su barba desigual recortada contra el brillo de la pantalla.

—¿Algún avistamiento?

—Lo siento, James —respondió Mac—. No quería despertarte. Pero no. Ni rastro.

—Pero la última vez que contactamos con Misha eran cerca de las siete de la mañana, hora del Pacífico… Está claro que es tiempo suficiente…

A su espalda, Rudy entró cojeando desde el laboratorio de robótica. Había dejado abandonada la silla de ruedas con la que lo habían mandado desde Polacca tras su último tratamiento: seguía aparcada en el vestíbulo, un símbolo de su negativa a admitir la derrota. Tenía la cara blanca como la cera. Disimuló una tos en un pañuelo de tela y se desplomó pesadamente al lado de Kendra, que estaba sentada en un rincón tomando un vaso de café rancio.

De pronto, Mac pulsó un control en el radar para enfocar una pequeña señal roja e intermitente.

—Chicos —dijo—. Recibo algo. Viene hacia nosotros.

James salió disparado hacia la puerta y cruzó el pasillo hasta los grandes ventanales del vestíbulo. Cuando Kendra apareció acompañando a Rudy por el pasillo, James se estaba colocando ya el traje de protección y la máscara.

—¿Tú crees que es seguro? —preguntó Rudy sin aliento, deteniéndose junto a la mesa de recepción para apoyarse en ella—. Tal vez deberíamos quedarnos dentro hasta que el bot aterrice. No sabemos si se habrá apaciguado.

—Rudy tiene razón —lo secundó Kendra—. Estamos más seguros dentro.

Ahora, James lo vio: una especie de esfera negra, indefinida, que

sobrevolaba los pinos al otro lado del aparcamiento. Fue tomando forma progresivamente: las alas desplegadas, el casco, las orugas y los brazos recogidos contra el fuselaje. Unos torbellinos de polvo empezaron a alzarse en el aparcamiento, e incluso a través de las gruesas ventanas, le llegaba el rugido del aire que cruzaba los reactores.

Al cabo de un instante, el bot tocó tierra e hizo temblar el suelo. Y entonces James se dio cuenta: más allá de las imágenes de los drones, no había visto nunca un bot fuera del laboratorio. La ventana de la escotilla, picada y veteada de polvo, reflejaba el cielo y sus nubes agoreras. A lado y lado de la escotilla, vio las poderosas manos robóticas, esas que había diseñado Sara, con las fundas protectoras que cubrían los suaves dedos interiores cerradas en sendos puños. Por un momento, le costó trabajo respirar.

—Se está abriendo la escotilla. —A su lado, Kendra seguía todo atentamente, con los labios entreabiertos.

James vio una pierna delgada, vestida de negro. Luego otra. Luego un torso esbelto. *¿Misha?* Embistiendo contra el compartimento estanco, apenas dejó tiempo a que se cerrase la puerta interior antes de salir tropezando por la exterior. Pero una vez fuera, los pies se le quedaron clavados al suelo.

No era Misha. Un chico flacucho con una chaqueta harapienta y una maraña de rizos castaños rojizos que le llegaban casi hasta los hombros bajó con cautela por las orugas del bot. Tenía que ser Kai. El chico le clavó la mirada, con una expresión de puro asombro mezclado con miedo.

—Hola —dijo James. ¿Lo oiría el chico a través de la máscara?—. ¿Dónde…? ¿Dónde está Misha?

El chico se quedó ahí paralizado, y James comprendió que debía de parecerle una especie de monstruo. Pero tenía que saberlo: ¿dónde estaba su hija? Su llamada esa mañana había sido un don, un regalo del cielo. Le daba igual que su misión no hubiese salido bien. Solo estaba feliz de que volviese a casa. Dio un paso adelante, examinando el bot, deseando que saliese alguien más.

—Me llamo James —dijo, en voz tan alta como le permitía la máscara—. El padre de Misha. ¿Está contigo?

El chico se derrumbó en el suelo, con lágrimas resbalando por las mejillas.

—¡La… la sacaron a la fuerza! —gritó.

James notó una punzada; sus pulmones torturados expulsaron el poco aire

que tenían dentro. El olor acre de la máscara le ofendía el olfato.

—¿Está… viva?

El chico levantó la vista hacia él, se pasó la manga harapienta por la cara.

—¿Viva? Sí. Eso pienso. No creo que Alpha le hiciese daño.

—*¿Alpha?*

—Fue como… si Alpha no quisiera que Misha se marchase.

James echó un vistazo al oeste, a la cortina de lluvia que ocultaba ya el horizonte.

—Vamos, hijo —lo llamó—. Se acerca una tormenta. Vamos dentro.

Apenas si podía mover las piernas cuando se dio la vuelta camino del edificio. Kai fue tras él, pero a distancia.

Una vez dentro del compartimento estanco, el chico se pegó a la pared opuesta, mientras salían volando capas de polvo de su pelo.

—Ve moviéndote —le dijo James—. Tenemos que eliminar toda la suciedad.

Pero mientras el chico sacudía la cabeza a un lado y otro, James solo podía pensar en Misha, en su pelo suelto ondeando hacia arriba. Cuando la puerta interior se abrió al fin, James forcejeó con el cierre de su máscara sin dejar de observar los ojos asombrados del chico, asimilando la inmensidad del vestíbulo.

Kendra guardó la distancia, pero el chico se sobresaltó cuando Rudy se acercó en su silla de ruedas. Y en ese momento, Mac apareció corriendo por el pasillo, y de nuevo Kai se estremeció mientras sus ojos asumían la envergadura larguirucha del barbudo ingeniero.

—Misha nos llama —anunció Mac, y le pasó a James el teléfono vía satélite.

Parpadeando para contener las lágrimas de alivio y frustración, James pulsó el botón de respuesta.

—¿Misha?

—Papá, lo siento. Las cosas no han salido como planeamos. Pero contagiamos a Rho-Z con el virus. ¿Ha llegado ya Kai?

—Ahora mismo. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—¿No os ha contado Kai? Alpha-C me sacó de un tirón de la cápsula cuando estábamos despegando.

—Pero estás bien.

—Estoy bien. Creo que pensó que me estaba protegiendo.

James se masajeó la mandíbula, dolorida de tanto apretar.

—Misha, ¿por qué no nos has llamado antes?

—Cuando Alpha me cogió, el teléfono se me cayó al suelo. Luego me llevó otra vez al edificio en el que viven todos. Y… ha costado escaparse. Papá, aquí todos saben que Rho-Z y Kai se han ido. Y lo sé: creen que yo tengo algo que ver.

James soltó un suspiro.

—¿Dónde estás ahora?

—En mi cuarto del Bloque 100.

—¿Crees que…? —James frunció el ceño, mirando a Kendra—. ¿Crees que podrías conseguir que Alpha te trajese aquí? ¿Igual que vino Kai con Rho-Z?

—He buscado la tableta de Sela por todas partes. Pero no está. Seguramente iba en el bote.

Kai asintió en silencio. James suspiró de nuevo.

—Trabajaremos lo más rápido que podamos para pensar otro plan —dijo. Se volvió hacia Kai—. Y contaremos con Kai para que nos ayude.

41

PESE a los gruesos cristales de lo que James llamaba el «comedor», a Kai le llegaba el retumbar amenazante de los truenos. Apenas distinguía la silueta grisácea de Rosie mientras capeaba sola el aguacero. La buscó en su mente, pero no encontró ni rastro de ella. En el Presidio, Kai creyó que lo había abandonado, que ya no era parte de él. Pero ahora sabía que había estado ahí en todo momento. Había hecho falta ese virus para alejarla realmente de su alcance.

Ahora era… otra. Ella estaba ahí, y él estaba aquí, mirándola. Esa soledad… Nunca se había sentido tan vacío. ¿Era así siempre, se preguntaba, para los que no habían tenido nunca una Madre como ella?

Le habían hecho darse una ducha de agua caliente y le habían cambiado sus ropas harapientas por un traje de algo que parecía brillante, como plástico. Ahora, James estaba de pie junto a una mesa repleta de platos de comida. Había unas frutas llamadas ciruelas, y estofado hecho de maíz y carne de cordero: todo de parte de esa gente que llamaban hopi. El hombre alto que se llamaba Mac merodeaba por la esquina más cercana a la puerta con un vaso lleno de un líquido marrón claro en la mano. Sentada a la mesa, Kendra estaba repartiendo el estofado en cuencos. Con delicadeza, le sirvió uno a Rudy, que había acercado su silla de ruedas hasta quedar a su lado.

—Kai, debes de estar muerto de hambre —dijo Kendra.

James se inclinó hacia la mesa y partió un pedazo de una cosa blanda y esponjosa.

—Pan de maíz —dijo, ofreciéndoselo a Kai—. A Misha le encanta.

Kendra rodeó con los dedos la mano de Rudy.

—Rudy solía hacer el pan aquí, pero… últimamente no tiene tiempo.

El pan estaba tierno, maravillosamente dulce, no se parecía a nada que Kai hubiese probado en la vida. Pero la inmensidad de la sala, la blancura vacía de sus paredes, esa vibración constante que llegaba del alto techo, le revolvían el estómago. Y todas esas personas nuevas, esos adultos, todos mirándolo, todos esperando algo de él…

—Fue en un sitio parecido a este donde diseñamos tu embrión —dijo James.

—¿Mi embrión?

—Ese ser diminuto que se acabó convirtiendo en ti. Tuvimos que cambiar una parte de tu material genético, para que fueses capaz de superar la Epidemia.

—Sé que cuesta comprenderlo —dijo Rudy, mirando a Kai con sus ojos azul claro—. Pero la tierra quedó totalmente transformada por la Epidemia. Recoger la historia se ha convertido en uno de mis proyectos. La historia de todo esto, de cómo sucedió, de *por qué,* es muy importante.

—Rosie podría enseñarme… —murmuró Kai.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Kai, la información de la que estamos hablando se mantuvo muy en secreto —explicó James—. En la base de datos de aprendizaje de las Madres solo se introdujeron detalles vaguísimos.

—Oh. —De nuevo, la vista de Kai vagó hacia la ventana.

—¿Echas de menos a tu Madre? —Era Kendra. Se encontró con sus ojos mirándolo directamente cuando se volvió.

Kai sintió que un calor le subía por el cuello, una sensación ardiente en los ojos. En esta sala impoluta, bajo estas luces brillantes, se sentía por completo fuera de lugar.

—Sí…

—Kai —dijo James, acercándose hasta quedar de pie junto a él—. Tú entiendes que no es realmente una persona, ¿verdad?

Kai observó sin decir nada los ojos marrón claro del hombre, que se entornaron para inspeccionarle.

James se puso otra vez a caminar por el comedor; sus zapatos gastados hacían un sonido hueco sobre las baldosas limpias.

—Cuando era niño, antes de la Epidemia —explicó—, mi padre me llevó a un museo. Un museo de historia natural, con esqueletos auténticos de dinosaurio… Me encantaron aquellos dinosaurios. Pero lo que más me gustó fue una pantalla que cubría casi entera la pared de una sala enorme y oscura. Mostraba un mapa del mundo, todo desplegado. Tenía incorporadas unas lucecillas diminutas, todas de colores distintos. Podías girar una rueda para avanzar en el tiempo, comenzando más de dos millones de años atrás. Y a

medida que las diversas especies del género *Homo* iban apareciendo y desapareciendo a lo largo y ancho del planeta, se iban encendiendo las luces de colores: moradas para el *Homo habilis,* rojas para el *Homo erectus*... La cantidad y la densidad de las luces indicaban cuántos sujetos había de cada especie. Nosotros, los *Homo sapiens,* estábamos representados por luces blancas. Y al final, había montones de ellas, por todo el mundo.

—¿Cuántos hay ahora? —preguntó Kai.

—Algunos dicen que muy pocos. Pero ya hemos descubierto que hay más ahí fuera. No somos los únicos.

—¿Te refieres a los hopi?

—Sí —respondió James—. Y tiene que haber más como ellos. Esperamos que algún día *vosotros* los encontréis. —James hizo una pausa, y se acercó de nuevo a la mesa para coger una ciruela. Mientras la giraba despacio entre los largos dedos, miró a Kai a los ojos—. Conoceréis a otras personas. Y, con el tiempo, terminaréis por comprender la diferencia.

—Pero yo ya he… conocido a otras personas. Hay un montón de niños en el Presidio.

James apoyó su manaza en el hombro de Kai.

—Haré cualquier cosa por traer a Misha de vuelta sana y salva —dijo, con voz temblorosa—. Y a todos tus amigos. Pero necesito tu ayuda.

Tosió ligeramente en la manga, y luego le tendió a Kai una cantimplora. Kai se la llevó a los labios y dio un trago largo. Casi había olvidado cómo podía llegar a resecarle la garganta el aire seco del desierto. Cómo le había enseñado Rosie a extraer preciadísima agua de los cactus, a encontrarla filtrándose en las grietas y debajo de las piedras. Cómo lo había llevado al fin hasta el manantial de Kamal…

—Esta mañana, en la cápsula de Rosie —dijo—, antes de introducir el virus, me ha hablado. Estaba ahí, como antes. Tiene que haber una forma de que pueda hablar con ella. De averiguar qué es lo que está pasando. —Miró a Kendra, pero ella no le devolvió la mirada. Tenía los ojos puestos en Rudy, como si estuviesen manteniendo una especie de conversación en silencio—. Hagamos lo que hagamos, no deberíamos hacer daño a las Madres.

James cerró los ojos, apoyó las palmas de las manos sobre la mesa.

—Pero son solo máquinas, nada más que ordenadores… —Soltó un suspiro, su respiración irregular le silbaba en la garganta—. Kai, ¿alguna vez

has tenido… miedo de tu Madre?

Kai le clavó los ojos.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—¿No te preocupa lo que le ocurrió a tu amiga Sela?

De nuevo, Kai sintió ese calor, esa comezón en el cuello. A su lado, Kendra tenía la cabeza gacha. Pues claro: todo lo que había sucedido en el Presidio, todo lo que Misha había visto, se lo había contado a esas personas que estaban ahí. Pero por el camino, refugiado una vez más en la cápsula de su Madre, había tenido tiempo de sobra para pensar. Era posible que no comprendiese qué le había pasado a Rosie, pero nunca podría tenerle miedo.

—No —dijo—. Quizás haya algo que falla, algo que tenemos que arreglar. Pero Rosie solo quiere protegerme. Y Alpha-C solo estaba intentando proteger a Sela. Ahora lo creo.

James suspiró.

—Pero vuestras Madres han cambiado, ¿no es así? Y lo único que van a hacer es seguir cambiando, de maneras impredecibles. —Echó un vistazo alrededor—. Nuestra principal prioridad ha de ser la seguridad de tus amigos. ¿Estamos de acuerdo en eso?

Kendra apartó su silla de la mesa.

—Vamos, Kai —dijo—. He conseguido conectar con el registro de Rho-Z. Tal vez podamos reunir algunas pistas en cuanto a su estado antes de que la afectase el virus.

Rudy sonrió.

—*Hasta luego* —dijo, guiñándole un ojo a Kendra a la vez que ella le estampaba un beso en la mejilla.

James se sentó, despidiendo a Kendra y Kai con la mano.

—Id vosotros dos. Yo tengo cosas que hacer con Mac y Rudy —dijo. Pero no les quitó la vista de encima mientras se marchaban.

42

KENDRA condujo a Kai al otro extremo del vestíbulo, y luego por un largo pasillo. Pero cuando pasaban por delante de una sala con el letrero «LABORATORIO DE BIOLOGÍA», se volvió de pronto hacia él.

—¿Dices que tu Madre te ha hablado? ¿Qué ha dicho?

—Me ha dicho que sabía que estaba asustado. Me ha dicho que iba a mantenerme a salvo. Ha sido igual que antes, como si nada hubiese cambiado…

—Hum… —Kendra frunció el ceño mientras seguían avanzando por el pasillo—. Pensaba que habíamos dejado eso atrás.

Al final del pasillo, llegaron a una sala que llevaba el nombre de «Laboratorio de Informática». Hileras de ordenadores llenaban el espacio a oscuras, pero solo había una pantalla iluminada. Kendra se sentó delante y se colocó unos auriculares, con los ojos fijos en un patrón de brillantes líneas verdes. Cuando Kai entornó los ojos, la información de la pantalla de Kendra se convirtió en una serie aparentemente infinita de letras y números. Y, sin embargo, Kendra parecía estar leyéndola con el mismo interés con el que alguien podría leer un relato.

—¿Qué estás mirando? —susurró Kai.

—Es código —respondió Kendra—. No estoy solo mirándolo, lo estoy *escuchando*. A nuestros cerebros se les da mucho mejor escuchar patrones que verlos.

Cuando Kendra se retiró los auriculares y los dejó apoyados sobre sus hombros, Kai pudo oír el vibrante runrún de frecuencias moduladas que emanaba de él. Le resultaba familiar… Se acercó.

—¿Oyes algo?

—Nada coherente. Desde que el virus ha tomado el control lleva todo el tiempo calculando el número de estrellas que hay en el universo, el número de conexiones neuronales en el cerebro humano, el valor de pi con un número infinito de decimales… El virus le ha dado bastantes tareas como para tenerla ocupada bastante tiempo. —Kendra tecleó unas instrucciones en el teclado—.

Pero mira. He podido descargar una parte de su memoria profunda. Las Madres pueden almacenar información en un repositorio por si necesitan utilizarla más adelante. Les permite recordar las cosas más rápido la vez siguiente. Una especie de plasticidad neuronal.

—¿Plasticidad?

—No importa —respondió Kendra, sonriendo—. La gente aquí dice que hablo en clave. En fin, he pensado que podrías escuchar estos recuerdos. Son de ayer mismo. Igual detectas algunos patrones…

—¿Patrones? ¿Qué clase de patrones?

—Las señales coherentes son como una sinfonía. Tienen su propio lenguaje, su propia cadencia. En cuanto has llegado, me he puesto a pasar estas señales de memoria por nuestros traductores —dijo Kendra, al tiempo que pulsaba una última tecla y volvía a mirar la pantalla—. Pero hasta ahora, parece que no han encontrado nada.

Kai cogió los auriculares que Kendra le tendía y se los colocó en las orejas. Dejó que sus ojos se apartasen de la pantalla. Y luego los cerró, centrándose únicamente en los sonidos.

Sintió que lo transportaban a un lugar suave y oscuro; las imágenes se iban enfocando y disolviendo. Sintió…comodidad. Y entonces, de pronto, sintió a… Rosie… la tranquila seguridad de la presencia de Rosie en su mente.

Le fallaron las piernas, y una mano lo cogió del brazo y lo sostuvo.

—¿Qué pasa?

Desde un lugar muy lejano, oyó la voz suplicante de Kendra.

—¿Estaba diciendo algo tu Madre?

—Estaba pronunciando mi nombre, una y otra vez… Decía que… Que percibe mi miedo. Que su sistema de comunicaciones de salida está fallando… Que está intentando repararlo. Que no me acerque al agua… Que la niña llamada Sela… su Madre intentó salvarla. Pero que ya… no emite ninguna señal. —Miró a Kendra con los ojos llenos de lágrimas.

Kendra le quitó los auriculares con delicadeza y lo ayudó a sentarse en una silla a su lado.

—Kai, siento muchísimo lo de tu amiga… —Miró la pantalla—. Tu Madre y tú compartís algo especial, ¿verdad?

Kai parpadeó; la cara preocupada de Kendra se enfocó de nuevo.

—Supongo…

—Una conexión que jamás creímos posible… —dijo Kendra. Pensó un momento, y luego asintió para sí, como si hubiese llegado a alguna conclusión privada—. He encontrado algo más… Algo que creo que deberías ver. —Sus dedos revolotearon por el teclado, e hicieron aparecer en la pantalla un icono titulado sencillamente «Fuente Madre». Lo tocó con la punta del índice—. Tuve que hackear mucho para conseguir acceso a esto. Pero valió la pena.

Apareció una rudimentaria imagen bidimensional, letras blancas sobre fondo negro. «**NSA Alto Secreto. Confidencial**.» En el centro, un recuadro blanco parpadeaba insistentemente. «NUEVO_AMANECER_VÍDEOS_MADRES», tecleó Kendra, llenando el recuadro vacío. La pantalla mostró un simple listado de nombres, ordenados por orden alfabético.

—¿Quiénes son? —preguntó Kai.

—Ahora verás —respondió Kendra.

Deslizando el dedo por la pantalla con un movimiento de abajo arriba, fue descendiendo por la lista, susurrando los nombres entre dientes. «Cabo Deisy Cáceres. Capitana Ruth Carleton… Doctora Mary Marcosson.» Al fin, se detuvo en uno: «**Capitana Rose McBride**».

Se volvió hacia Kai.

—Yo conocí a tu madre, Kai. ¿Te gustaría verla?

—¿Qu…?

Kendra sonrió.

—¿Te explicó Rho-Z cómo se hacen los bebés humanos?

—¿Te refieres a lo del espermatozoide y el óvulo?

—Sí. La mujer que proporcionó el óvulo era tu madre biológica. De ella es de quien desciendes. —Kendra se aclaró la garganta—. Tu madre humana era amiga mía. Acabamos estando muy unidas el tiempo que trabajamos juntas. Ella diseñó el Código Madre.

Kai se inclinó adelante en el asiento, observando la pantalla con más atención.

—¿El Código Madre?

—Cada una de las Madres tiene una personalidad distinta, basada en la madre biológica del hijo que lleva consigo. El Código Madre es el código informático que encarna cada una de estas personalidades. Tu madre, Rose

McBride, creó a Rho-Z a partir de su propia personalidad. Las creó a todas. Destiló sus esencias en algo que se pudiera percibir.

Kendra pulsó una tecla para activar un registro de audio. Seleccionó el nombre de la pantalla y se desplegó un listado de archivos. De entre todos ellos, seleccionó uno llamado «INTRO». Al instante, apareció una imagen: una mujer joven con una larga melena castaña rojiza y pestañas espesas, la mirada vuelta recatadamente al regazo.

La mujer levantó la vista, y sus ojos lanzaron destellos verdes a la luz que llegaba de algún punto tras la cámara.

—¿Está grabando? —preguntó en voz baja, casi con complicidad, con una leve sonrisa jugueteando con las comisuras de su boca—. ¿Empiezo ya?

—Sí, adelante —respondió una voz masculina amortiguada.

Kai alargó la mano para tocar la pantalla, con la boca abierta.

—Yo he visto su cara… —murmuró—. La conozco…

—Es la impronta —susurró Kendra—. A Rose le pareció importante que un bebé humano tuviese la impronta de una cara humana. Pero el equipo no quería que el bebé asociase esa cara con una máquina, de modo que solo permitieron que tuvieseis esa impronta el primer año de vida.

—Mi nombre completo es Jeanne Rosemarie McBride —afirmó la mujer de la pantalla con tono maquinal. Suspiró, y alzó una mano grácil para recogerse un mechón suelto detrás de la oreja—. Me llaman Rose. Crecí… en mil sitios. Pero terminé en San Francisco.

—Y su voz. Es su voz… —murmuró Kai. Se hundió en el asiento, recordando el dulce tacto de esas manos pequeñas y suaves que lo habían acariciado cuando era un niño en la cápsula de Rosie: otra de tantas cosas que su Madre había dejado atrás en su primer campamento.

—Vale… —Rose se sentó recta, sus ojos miraron directamente a los de Kai—. La historia de mi vida. Veamos. Mi padre estaba en el ejército, pero cuando yo tenía tres años mi madre murió, y él se quedó en casa para criarme. Fue un padre genial. Bueno, se esforzó muchísimo. —Hizo una pausa, ordenando sus pensamientos—. No recuerdo a mi madre. Solo vagamente, su olor, a veces. No estoy muy segura de cómo era. —Miró a su derecha, un rubor recorriendo su hermoso rostro—. Y yo nunca he sido madre. Así que es extraña, esta situación en la que me encuentro.

Kai escuchaba paralizado mientras su madre seguía hablando, explicando

cómo había llegado a ese lugar. Era una capitana del ejército. Psicóloga. Programadora. «Tu chip es especial —pensó Kai, recordando las palabras de Rosie—. Es nuestro vínculo.»

—Si tengo una niña, se llamará Moira, como mi madre. Si es un niño, se llamará Kai… Significa «felicidad». Significa «mar», un lugar que siempre he amado. En fin… Aquí estoy, intentando replicar las almas de unas cuantas mujeres escogidas en paquetes concisos de código de programación. Para que sus espíritus puedan perdurar. Para que puedan guiar a una generación de niños a los que no llegarán a conocer, pero cuyos nombres han escogido ellas. —Parpadeó, y una lágrima le resbaló por la mejilla—. Parece una locura. *Es* una locura. Pero tenemos que intentarlo. Sé que los bots no pueden ser humanos, pero tal vez puedan ser lo mejor inmediatamente por debajo.

La pantalla se apagó, y devolvió la imagen al listado de archivos.

Kai se volvió hacia Kendra.

—¿Está…viva todavía?

—No, Kai —respondió Kendra—. Lo siento. Que nosotros sepamos, no sobrevivió ninguna de las madres biológicas. —Le acarició suavemente la cara—. Eres igual que ella. Habría estado tan orgullosa…

—¿Y mi padre? ¿Quién era?

—Tu padre… —Kendra bajó la mirada, y se puso a juguetear con una pulsera metálica que ceñía su brazo delgado—. ¿Has oído su voz, ahí en el fondo?

—¿Era el hombre de la cámara?

—Kai, a él también lo conocí. Pero… —Se quedó en silencio, un largo silencio, y al fin cogió una bocanada de aire, profunda y rasposa—. Nos ha dejado. Para todos nosotros, los de antes, es solo cuestión de tiempo… No somos como tú. Y tampoco somos como los hopi. No tenemos inmunidad. Tenemos que tomar un fármaco todos los días, solo para seguir con vida. —Se volvió hacia él—. Lo siento. Tu padre deseaba conocerte más que nada en el mundo, pero no lo consiguió. Y Misha…deseaba tanto conocer a su hermana…

—¿Su hermana? —preguntó Kai, sobresaltado.

—¿No te lo contó? Sela era su hermana.

Kai, perplejo, visualizó el rostro de Misha, su pelo castaño oscuro y tieso como un palo, esa arruguita que se le hacía en la frente cuando estaba

preocupada: igual que Sela. Y luego recordó a Alpha-C agarrando a Misha por la escotilla.

—¿Hermanas? Pero ¿cómo…?

—La madre biológica de Sela y Misha se llamaba Nova Susquetewa. Su personalidad se instaló en dos bots distintos. Uno consiguió llegar al Presidio. Pero el otro…no. Logramos rescatar a Misha y la trajimos a vivir con nosotros.

—¿Crees que Alpha… la que está en el Presidio… sabe lo de Misha? ¿Sabe que es suya?

—Hum… —Kendra recostó la espalda en el asiento, con la mano derecha agarrada al borde de la mesa—. No sé cómo podría. Pero en cierto modo, ojalá fuera así. Esa niña no le tiene miedo a nada, pero necesita que la protejan. Especialmente ahora. —Alargó la mano para desplazarse abajo por la pantalla—. Eso era solo un vídeo de presentación, el primero que grabó Rose. Hay muchas horas más, y también de cada una de las mujeres de la lista.

De pronto, sonó un zumbido del dispositivo que Kendra llevaba abrochado a la muñeca. Le echó un vistazo, con expresión indescifrable.

—Disculpa —dijo—. James me necesita. Pero puedes quedarte aquí y ver todos los vídeos que quieras.

—Mi madre… —dijo Kai—. Conocía su cara, pero la olvidé. ¿Cómo pude olvidarme?

Kendra le apoyó la mano en el hombro.

—Kai, todos vamos olvidando cosas con el tiempo. Es una jugarreta que nos gastan nuestras mentes… Puede que sea para hacernos la vida más fácil.

Kai se hundió en la silla, sin dejar de mirar la pantalla. Hacía solo unos meses, creía que sabía cómo funcionaba el mundo. Las cosas eran difíciles, pero Rosie y él se las apañarían. Daba igual lo que sucediese, siempre estarían juntos. Y siempre tendría a Sela.

Pero ahora todo había cambiado. Tendría que aprender, desde cero, cómo funcionaba este mundo.

43

EL ánimo de Kai mejoró mientras escuchaba las historias de Rose McBride, la mujer que se había convertido en su Madre. Su pasión por aprender desde niña, como él. Su misión en el desierto de Afganistán, salvando las vidas de otros, igual que había salvado la suya. Su amor por San Francisco, el lugar al que, al final, lo había llevado. Aunque nunca había concebido a Rosie como una mujer real, humana, ahora era como si la hubiese conocido siempre. Su voz había sido su música. Ella había sido su puntal. De algún modo, había sentido siempre su amor.

Y estaba seguro ya de que lo que le había dicho a James era lo correcto. Los niños no podían hacerles daño jamás a sus Madres. Tenían que reconectar de alguna manera. Pero ¿cómo? Necesitaba hablar con Kendra.

Era de noche, la tormenta había pasado, el cielo se veía de un negro aterciopelado por la ventanita que había al otro extremo del laboratorio de informática. Se escabulló por la puerta y recorrió de puntillas el pasillo oscuro, de vuelta al comedor. Pero justo delante, por la puerta cerrada del laboratorio de biología, una rendija de luz brillante cruzaba su camino. Se detuvo al oír voces.

Era James, hablando con tono bajo pero insistente.

—Vale. Según los datos que hemos recogido desde que llegó Rho-Z, sabemos que el virus está obligando a su CPU a operar con sobrecarga. Sus sistemas de refrigeración se ven apurados solo para seguir funcionando. —Hizo una pausa—. Y también sabemos que el chico no nos va a prestar ninguna ayuda.

—Tendríamos que haber imaginado que estaría receloso —respondió con voz templada el hombre llamado Rudy.

—Demasiado receloso. Igual que su padre… —murmuró James.

—Necesita tiempo —insistió Rudy.

—Tiempo que no tenemos —respondió James.

—Escuchad… —Era Kendra—. No es tan sencillo. Hubo siempre debate sobre si podríamos usar el aprendizaje profundo para enseñar a las máquinas a

pensar como humanos. La conclusión fue siempre que no. Pero como solía decir Rose, los paquetes de entrenamiento eran siempre insuficientes. Nunca llegamos a hacer realmente el experimento correcto. Hasta ahora.

—¿Qué quieres decir? —La voz de James sonó monótona, como si solo estuviese fingiendo interés.

—Cuando lanzamos a las Madres, ellas mismas eran como niñas —explicó Kendra—. Pero sus redes neuronales venían diseñadas con plasticidad innata. Sus cerebros tenían potencial para desarrollarse, para romper y rehacer millones de conexiones en función de una corriente constante de datos de entrada. ¿Qué pasaría si un cerebro de estas características se pusiera en contacto estrecho con el de un humano, los dos juntos, año tras año? ¿Y qué pasaría si el cerebro humano siguiera también él mismo desarrollándose, aprendiendo? ¿No aprenderían ambos el uno del otro? Antes, con Kai, me he dado cuenta… de que Rho-Z para él es más que una máquina. Ella es su… otra mitad. En todo caso, ese alguien debería decidir lo que le ocurra.

Se oyó de nuevo la voz de Rudy, débil y ronca.

—James, desde luego que todos queremos que los niños estén a salvo. Pero esta enfermedad que tenemos… nos nubla la mente. Tenemos que asegurarnos de que estamos pensando con claridad antes de tomar decisiones irreversibles.

Kai pegó el cuerpo contra la pared. Conteniendo la respiración y rogándole a su corazón que se calmara, aguzó los oídos.

—Lo entiendo. —La voz de James llegó ahora más firme, teñida de irritación—. Pero en el Presidio, estamos empezando a adentrarnos en el mismo territorio que provocó el Décimo Congreso: robots que toman el control sobre vidas humanas. Recordad que son niños de lo que estamos hablando. Están confundidos, desorientados. Muy pronto podrían estar muriéndose de hambre. Y Misha está atrapada en medio de todo eso. Quién sabe que podría ocurrirle.

—¿Mac? —La voz de Kendra sonó débil, derrotada.

—Yo estoy con James —respondió la voz brusca de Mac—. No podemos limitarnos a esperar a que los bots decidan retirarse. Creo que estaremos todos de acuerdo en que… no es esa la dirección que están tomando las cosas. Tenemos que estar preparados para eliminarlos.

Kai sintió una sacudida, una punzada en el estómago. No podía contener

por más tiempo el impulso de irrumpir en la sala.

—En fin… —dijo Kendra con un suspiro—. Tengo preparado el código. Pero tenemos que probarlo en Rho-Z antes de seguir adelante.

Kai oyó un arrastrar de sillas por el suelo. Las luces de laboratorio se atenuaron, y unos pasos se acercaron a la puerta. Tenía que moverse, pero estaba paralizado, sus piernas parecían de goma.

En el último momento, se escabulló por el pasillo, y se agazapó en el laboratorio de robótica al tiempo que salía el grupo. Kendra les dio las buenas noches a sus compañeros, y luego fue arrastrando lentamente los pies hacia laboratorio de informática, donde pasó rozando el lugar en el que estaba escondido Kai, jadeando a oscuras. Oyó la silla de ruedas de Rudy, alejándose en dirección opuesta. Alargó el cuello por la puerta para echar un vistazo al vestíbulo, y vio a James empujando la silla y a Mac caminando a su lado.

—Hoy se te ha pasado la hora de acostarte, viejo —dijo James.

—Te tengo dicho que no me llames así —respondió Rudy, en un hilo de voz—. ¿Tengo que recordarte que soy un año, tres meses y cuatro días más joven que tú?

Pronto, el pasillo quedó en silencio.

Mientras esperaba a que se le calmara la respiración, los ojos de Kai se acostumbraron a la oscuridad. En la otra punta de aquella sala enorme, había desperdigados por el suelo los restos mutilados de grandes máquinas. Brazos complejos desmontados. Tramos de oruga apilados como leña. En una esquina vio una cápsula a medio montar; le faltaba la puerta de la escotilla. Era evidente: para esta gente, las Madres no eran más que piezas de maquinaria que podían desecharse cuando dejaban de ser necesarias. Recogió las piernas debajo del cuerpo y se levantó, con cuidado de no hacer ningún ruido. Se escurrió hacia el pasillo… y se quedó paralizado al sentir una mano en el hombro.

—Kai, ¿te has perdido?

Levantó la vista. En la penumbra del pasillo apenas podía distinguir los rasgos cansados de James, su postura encorvada.

—Ehm… Sí… Estaba…buscando un sitio donde dormir.

James sonrió.

—Cuánto lo siento… No estamos acostumbrados a recibir invitados, supongo. —Kai notó la mano del hombre en su espalda, guiándolo por el

pasillo y a través del vestíbulo. Se detuvieron frente a un pequeño cuarto—. Aquí es donde se aloja Misha cuando viene a visitarnos —dijo James—. Dentro hay una botella de agua llena.

—¿James? —carraspeó Kai, haciendo todo lo posible por controlar su voz —. ¿Has pensado en lo que te he dicho? Lo de hablar con Rosie…

James se aclaró la garganta

—Estamos intentando encontrar la manera, pero será complicado —respondió.

Kai levantó la vista, esperanzado. Tal vez se hubiese perdido una parte de la conversación… Pero James no lo estaba mirando. Tenía los ojos clavados en la otra punta del cuarto, en una ventanita. Después, frotándose los ojos con las yemas de los dedos, James se volvió hacia el pasillo.

—Mañana será otro día —dijo—. Necesitas dormir un poco.

—Pero…

—Yo también me acostaré enseguida. Solo tengo que consultar algo con Kendra antes. —Enderezó los hombros y se alejó penosamente—. Le diré que ya te has instalado —dijo por encima del hombro.

Kai respiró hondo y cerró la puerta. Al otro lado de la ventana, todo estaba en calma. La luz de la luna solo dibujaba la silueta de dos grandes rocas que despuntaban sobre el terreno desolado. Pero mientras miraba, algo se deslizó entre ellas.

Era la serpiente de Kamal, Naga, que venía con un mensaje.

Kai contuvo la respiración y cerró los ojos, aguardando a oír la voz de Naga. Pero lo que oyó fue la voz de Rosie: *Kai… Estás asustado. Yo te mantendré a salvo…*

Cogió una manta de una pila junto a la puerta. Se tumbó en la cama de Misha y se arropó para guarecerse del frío del cuarto. Las cosas habían cambiado. Ahora era el quien debía proteger a su Madre.

44

CUANDO las primeras luces de la mañana se colaron por la ventana, Kai estaba acurrucado bajo la manta, soñando con la cálida cápsula de Rosie. Apretó los párpados, intentando aferrar su mente al sueño.

«Rosie —pensó—, ¿podemos seguir con nuestras lecciones?»

«Sí», respondió ella.

El recuerdo invadió su mente: la pantalla de la escotilla rodeándolo de imágenes, la paciente tutela de su madre. Vio un rostro humano, el rostro de Rose McBride, sonriéndole.

Se sobresaltó. Con los miembros agarrotados, intentó en vano resistirse mientras lo arrancaban de la cápsula y lo lanzaban de nuevo al cuartito de Misha en Los Álamos. Se sentó en la cama, parpadeando mientras las paredes se enfocaban.

Con cautela, asomó la cabeza por la puerta. Los pasillos estaban oscuros y desiertos, el único sonido era el zumbido incesante del techo. Unas lucecillas en los huecos de las paredes se fueron encendiendo mientras Kai pasaba por el laboratorio de biología camino del laboratorio de informática. Salvo por un revoltijo de cajas metálicas y cables sueltos en el suelo que rodeaba la mesa de Kendra, el laboratorio parecía tan desierto como el resto del edificio. Kai se metió dentro, y sintonizó sus oídos con el leve zumbido de la señal que emanaba de los auriculares de Kendra. De pronto, se oyó una voz a su espalda.

—¿Hola? ¿Quién hay?

Kai giró sobre sus talones y se volvió hacia la puerta.

—Soy yo. Kai.

—Ah… Kai… —Kendra entró con paso vacilante en la sala; la tenue luz de la pantalla de su ordenador iluminó sus rasgos demacrados.

Kai miró alrededor.

—¿Dónde están los demás?

—Rudy sufrió un… revés anoche.

—¿Un revés?

—James y Mac tuvieron que llevarlo al hospital hopi. —Kendra negó con la cabeza—. Mi pobre Rudy… Siempre se martirizó por la Epidemia —murmuró, y se quitó las gafas para frotarse un ojo con el dorso de la mano—. Se culpaba a sí mismo…

—¿Por qué?

—Es una larga historia… Parte de la historia que estaba recopilando para ti. Pero me ha pedido que te lo dijese… lo siente. —Kendra limpió los cristales de sus gafas con un paño que sacó del bolsillo.

—¿Cuándo volverán?

—Oh —dijo Kendra, inexpresiva—, no volverán hasta la noche. James también necesita someterse a tratamiento. Qué mal momento… —Se colocó torpemente las gafas otra vez en su sitio. Y entonces sus ojos se abrieron de par en par cuando vio el suelo—. ¿Qué es todo esto? —preguntó.

Kai contempló una vez más los desperdicios del suelo: las cajas metálicas negras, cables verdes y rojos, interruptores relucientes y lucecillas.

—No lo sé.

Kendra echó a correr hacia su ordenador, sus dedos volaron sobre la pantalla.

—No —murmuró—. Oh, no…

Kai se acercó hasta ella.

—¿Qué pasa?

Kendra apretó los puños.

—¡Han descargado el código!

—¿Qué código?

—Me prometió que…

Kai sintió que una nausea le subía por la garganta.

—¿Es el código del que estabais hablando anoche?

Kendra se volvió hacia él.

—¿Qué?

—Os oí hablar. En el laboratorio de biología.

Kendra se quedó callada durante lo que pareció una eternidad. Cuando habló al fin, lo hizo en un hilo de voz.

—James quería hacer una prueba… con tu Madre. Pero me prometió que te lo explicaría todo antes. —Se agachó y recogió una de las cajas de suelo. Tenía unos quince centímetros de lado y cinco de alto; más pequeña y

cuadrada que la tableta de Kai—. Parece que han cogido todo lo necesario para montar los señuelos.

—¿Señuelos? —preguntó Kai, mirando fijamente la caja.

—El plan consistía en preparar un señuelo para cada bot, una réplica de su tableta. Cada señuelo mandaría un conjunto único de frecuencias identificativas para un determinado niño. Cuando la Madre percibiera este sello identificativo, rastrearía la fuente. Y entonces, cuando se acercara lo suficiente, el señuelo con el sello de su hijo podría usar el código de acceso de la tableta para transmitir a su CPU y contagiarla con el mismo virus que usamos con Rho-Z.

Kai se agarró al borde de la mesa, forzándose a mantener la calma.

—Entonces… ¿se llevan todos esos señuelos al Presidio?

—Ese podría ser perfectamente el plan…

Y entonces, un destello momentáneo de esperanza cruzó por su mente.

—Pero ese virus no las matará, ¿verdad? No ha matado a Rosie…

Kendra le devolvió la mirada, con el ceño fruncido.

—No. Pero hemos añadido algo más: un código que desactivará los sistemas de refrigeración. La CPU se sobrecalentará… Muerte cerebral, puede que en cuestión de cinco minutos.

A Kai le flaquearon las piernas. *Rosie.*

—¿Y… y mi Madre? ¿Ya la… han matado?

Una expresión preocupada nubló el rostro de Kendra. Dejó la caja sobre la mesa, tecleó unos cuantos comandos en su ordenador y luego deslizó los dedos con velocidad por la pantalla.

—No. Su señal no ha cambiado. —Se volvió hacia él, exhalando un suspiro de alivio—. Sigue bien.

Kai se abrazó a la cintura delgada de la mujer.

—Por favor… —murmuró, hundiendo la cara en su torso estrecho—. No puedo perderla…

Notó las finas manos de Kendra acariciándole la cabeza.

—Kai, no te preocupes. Yo nunca le haría eso. —Se agachó y lo tomó por los hombros, con los ojos brillantes cuando sus miradas se cruzaron—. Cuando te vi ayer, al escuchar la voz de tu Madre, comprendí que había sucedido algo asombroso. —Se puso de pie, y se llevó las manos a las sienes para masajeárselas—. Le dije a James que quería tiempo para buscar otra

solución. ¿Por qué no podía al menos darme algo de tiempo?

Kai se secó los ojos.

—Pero sí que tenemos tiempo, ¿verdad? Has dicho que iban al hospital hopi. Eso significa que no han ido directos al Presidio.

—No…

—Entonces a lo mejor tenemos tiempo de encontrar una solución. Yo sigo creyendo que… ha de haber algo que podamos hacer para que las Madres vuelvan a ser como eran antes. Reinicializarlas… Igual que me enseñó a hacer Álvaro con mi tableta.

Kendra lo miró a los ojos. Luego, lentamente, sus ojos vagaron de nuevo hacia el ordenador.

—Reinicializarlas… Quizás sea eso…

—¿El qué?

Pero Kendra estaba ya tecleando, haciendo aparecer una pantalla tras otra.

—Vuestras Madres pasaron por un reinicio cuando llegaron al Presidio. El código indicaba que debían apagar los sistemas de soporte de las cápsulas. Pero tal vez de ahí viene el problema.

—¿Cómo?

Kendra guardó silencio un momento, contemplando las líneas de código.

—Pues claro… —Cerró los ojos y se llevó la palma de la mano a la frente —. En la jerarquía del código base, la comunicación con vosotros es una función de la cápsula. El lenguaje, la biorretroalimentación…: una vez se apagó la cápsula, todo quedó desactivado…

—¿Era por eso por lo que no podía hablar conmigo?

—Seguramente estaba intentando repararse ella misma. Buscando un camino alternativo. Pero no lo encontró…

Kai se inclinó adelante, con la mirada puesta en la pantalla.

—¿Y *nosotros* podemos encontrarlo?

Kendra no dijo nada. Pero luego sonrió.

—Todavía tengo los códigos fuente de todas las Madres. Podría intentar hacerle a Rho-Z una restauración del sistema. En Protocolo Seguro.

—¿Seguro? —Kai sintió algo, un nuevo destello de esperanza.

Kendra hizo aparecer otra pantalla.

—Podría usar la misma trampa que íbamos a usar para apagarlas. El sello será el mismo. Pero en lugar de instalar un virus y desactivar la refrigeración,

este código inducirá un apagado y un reinicio en Protocolo Seguro. Tu Madre volverá a ser la que era. —Le lanzó una mirada—. Mejor, de hecho.

—¿Mejor?

—En Protocolo Seguro, será menos defensiva: tendrá los láseres desarmados, y hasta un botón de «off» por si las cosas se desquiciaran. Y algo más. Estoy convencida de que tu Madre se ha desarrollado mucho más allá de la que era cuando la lanzamos. Podemos reiniciar las capacidades originales, pero conservar al mismo tiempo las habilidades adquiridas, incluidos los aprendizajes que ha obtenido de ti.

—Aprendizajes —murmuró Kai. Recordó lo que Kendra había dicho la noche antes. Mientras Rosie le enseñaba, ¿le había estado enseñando él también?—. Kendra, si podemos arreglar a Rosie, todavía estamos a tiempo de arreglar a las demás.

—¿Qué es lo que propones?

—James y Mac no han llegado todavía al Presidio, ¿verdad? Podríamos hacer señuelos nuevos para todas. Yo podría llevarlos…

La mirada de Kendra se ablandó.

—Podemos probarlo con tu Madre, pero… No. No, no, no. Ahora yo soy responsable de ti. No te puedo mandar hasta allí…

Kai cerró los ojos, y recordó el leve zumbido de los procesadores de Rosie; su voz reconfortante, mientras lo resguardaba de las tormentas de arena que azotaban fuera de la cápsula.

—Nuestras Madres tenían una misión —dijo—. Darnos a luz. Mantenernos a salvo. Han hecho todo lo que han podido. —Levantó la vista hacia Kendra—. No puedo dejar morir a Rosie. No puede dejar morir a *ninguna*.

Kendra parpadeó.

—Lo primero es lo primero. Tenemos que hacer la prueba. —Apoyó la mano con suavidad en la cabeza de Kai—. ¿Estás preparado para despertarla?

Kai visualizó la cara implorante de Rose McBride. Notó casi como el corazón le daba un brinco en el pecho, una seguridad que no había experimentado en mucho tiempo.

—Sí —respondió.

A través de las paredes de plexiglás del compartimento estanco que había

junto a la puerta del vestíbulo, Kai vio a Rosie esperando en el asfalto. En las manos, Kendra sostenía la caja negra metálica que contenía el «señuelo amigo» de Rosie.

Kendra se volvió hacia él.

—El virus que afecta a tu Madre ahora mismo le impide cargar nada nuevo. Pese a que este señuelo usa el código de acceso de la tableta, no podrá penetrar. —Le brindó a Kai una sonrisa irónica—. De hecho, seguramente fue eso lo que disuadió a James… En fin, para interrumpir el virus, tienes que desacoplar tu tableta del panel de control y sacar la tarjeta de memoria.

—Vale…

—Pero ve con cuidado. Tienes que dejar la tarjeta metida hasta que hayas salido.

—¿Por qué?

—No nos interesa que el replivirus pase demasiado rato sin reinstalarse antes de que el señuelo tome el control. Cuando el virus empiece a disiparse, es posible que Rosie se recupere rápidamente. No podemos dejar que se vaya volando sin haber introducido el código seguro, ¡sobre todo contigo dentro!

—Vale, entonces saco la tableta, salgo de la cápsula, y después retiro la tarjeta de memoria. ¿Y luego qué?

Kendra sostuvo frente a sus ojos el señuelo, inspeccionándolo una última vez.

—Estos chismes no tienen mucho alcance. Tendrás que colocarte a no más de quince metros delante de ella. ¿Entendido?

—Listo.

—Mantente fuera de su alcance, por si acaso. Yo activaré el señuelo con este control remoto. —Kendra rebuscó en el fondo del bolsillo de los pantalones y sacó un pequeño dispositivo rectangular, como del tamaño de la palma de su mano. Venía adornado con un solo botón, sin inscripción alguna —. Y ten la tableta a mano por si esto no funcionase y tuviésemos que contenerla de nuevo —le advirtió.

Al fin, le entregó el señuelo a Kai. La caja metálica no pesaba demasiado, solo alrededor de un kilo. Pero parecía resbaladiza. O igual era el sudor que empezó a brotarle de cada poro mientras salía del compartimento estanco. «Relájate», cantó para sí, y pensó en Rose McBride mientras emprendía el camino hacia su Madre.

Con cautela, dejó el señuelo en el suelo, a unos treinta pasos delante de Rosie. Cuando lanzó una ojeada a Kendra por encima del hombro, vio que ella lo animaba levantando los pulgares. Luego, con toda la confianza que logró congregar, subió por las orugas de Rosie, abrió la puerta de la escotilla y se deslizó al interior de la cápsula, sin cerrar.

Cogió una larga y profunda bocanada de aire. Luego sujetó con firmeza la tableta y tiró. No se soltaba. La sacudió y volvió a tirar. Cayó de espaldas en el asiento. Y al desacoplarse la tableta, la tarjeta de memoria salió volando por los aires.

—¡Argh!

El replivirus remitió de inmediato; Kai notaba ya a su Madre moviéndose, los brazos carraqueando a los lados. Sin pensarlo, tiró la tableta al suelo. Salió de la cápsula, se deslizó por el borde de la oruga de Rosie y aterrizó en el asfalto. Las plantas de los pies le dolieron al golpear el suelo; el pulso martilleaba una cuenta atrás en sus oídos. Echó a correr a toda velocidad hacia el edificio, levantando los brazos para avisar a Kendra.

El suelo tembló bajo sus pies, y cuando se dio la vuelta, cayó al suelo. Contempló la corpulencia monstruosa de Rosie. Esta empezaba a erguirse despacio en toda su envergadura; las articulaciones de las piernas le crujieron. El aire empezó a bramar por sus reactores. Kai sintió como su miedo crecía a medida que ella iba tapando el sol. Volvió la vista al compartimento estanco, y vio que Kendra intentaba salir mientras presionaba con urgencia el control remoto. No funcionaba…

Pero de pronto, los motores de Rosie callaron. Su poderosa masa se asentó lentamente de nuevo en el suelo. Kai aguardó, observando a su Madre durante lo que pareció una eternidad, en silencio.

Entonces oyó algo. Un leve tintineo, como gotas agua cayendo sobre una piedra. Y Rosie empezó a hablar; no tanto frases como sonidos que retumbaban en las cavernas vacías de su cráneo. Palabras, presionando desde todas direcciones: pero estaban revueltas, desordenadas; eran ininteligibles. «Kai.» Oyó su nombre. ¿O se equivocaba?

«¿Rosie? ¿Eres tú?» Paralizado, Kai habló sin mover los labios, como había hecho siempre, por medio de sus pensamientos. No tenía ni idea de si ella podía oírlo, pues ahora sus palabras se habían transformado en un torrente que apretaba como un puño en el espacio entre sus ojos, que se abría paso a la

fuerza hasta la base del cráneo y llenaba los recovecos más profundos de su cerebro: todos esos lugares que ella había abandonado. Le vinieron arcadas, pero no había nada que vomitar; tenía el estómago vacío y dolorido. Recogió las piernas y hundió las rodillas en las cuencas de los ojos al tiempo que, con las manos, se tapaba con fuerza las orejas. Pero la riada era imparable, y desbordaba los diques mentales que con tanta desesperación había levantado, guiándose hábilmente por sus redes sinápticas.

—Rosie… —dijo resollando—. Rosie… más despacio. ¡Por favor!

Y justo cuando creía que no podría soportarlo más, la riada se redujo a un chorro, un flujo manejable. Esforzándose por respirar, sintió que la cabeza le palpitaba una vez más al ritmo de sus latidos.

—¿Cuál es nuestra ubicación? ¿Ubicación? —resonó la voz. La voz de su Madre, audible, ahora.

Kai abrió los ojos, sin apartar la vista del pavimento agrietado, temeroso de levantar la vista.

—Estamos aquí, juntos —dijo, y su propia voz sonó hueca a sus oídos.

—En estos momentos nos encontramos en una posición a aproximadamente 36 grados de latitud norte, y 106 grados de latitud oeste, en el estado conocido como Nuevo México, en el país llamado Estados Unidos de América —determinó, reconfortada, por lo visto, por ese conocimiento inequívoco de su ubicación—. Este es mi lugar de nacimiento —dijo.

Kai oyó como rotaba su torso, imaginó sus sistemas de visión examinando los alrededores.

—No lo comprendo —dijo—. Estas coordenadas son peligrosas. —Oyó ahora la flexión de sus poderosos brazos, sintió como despertaban de nuevo sus instintos defensivos.

—Te desactivé. Yo te traje aquí —explicó Kai—. Ahora es seguro.

—Me desactivaste —repitió ella—. Desactivada. ¿Cómo se hace eso?

—Rosie… —Levantó la vista, deseando con todas sus fuerzas desterrar esa visión que tenía de ella como una máquina poderosa, retener en su mente la imagen de su madre; la carne, la sangre y el corazón de su coraza de metal. Se tragó el grueso nudo que tenía en la garganta, y una brisa leve le enfrió el sudor que le resbalaba por la piel.

—Creo que ahora te entiendo. Entiendo quién eres.

—Quien…soy… —dijo ella—. ¿Quién soy?

—Antes no lo sabía, pero ahora sí. He aprendido… —En lo más profundo de su mente, un bebé hizo gorgoritos y alargó una mano diminuta para tocar la cara de su madre.

—Has aprendido —lo invitó a continuar. Kai notó como el suelo temblaba de nuevo mientras ella se acercaba rodando.

Y entonces la sintió, por primera vez, como siente una persona a otra. Porque eso era lo que había aprendido en los años que habían vivido juntos, solos los dos. Había aprendido lo que siente una persona hacia otra. Cómo percibimos a alguien distinto de nosotros mismos y sin embargo complementario. Fuera de nosotros, pero muy muy cerca. Ahora podía escuchar a su Madre e imaginar la voz de la mujer que un día había sido. Podía mirarla y ver, no una aglomeración imponente de material fabricado por el hombre, sino un verdadero ser humano. Su madre.

Un frío lo invadió. Esa percepción intensa e interna de ella se le estaba escapando, como arena entre los dedos. No podía retenerla. Una náusea le sobrevino, un pánico frente a ese vacío que volvía a abrirse en su mente: ese dolor abismal que no quería sentir nunca más.

—Rosie… No te vayas…

—No tengas miedo. Sigo aquí —respondió ella; su voz sonó de nuevo en lo más hondo de su mente.

—¿Qué…? —Sus pensamientos ahora eran claros, pero las palabras se le embrollaban. Movió la mandíbula, pero su lengua parecía clavada al cielo de la boca.

—No hace falta que hables. Puedo oír tu mente —dijo ella. Kai notó la tierna caricia de su mano suave en la cabeza. Apoyó las manos en el asfalto, para sentir el calor del suelo que lo conectaba a tierra—. Te recuerdo. Tú eres mi hijo, el niño cuyo cuerpo me habla.

Él levantó los ojos, y los regueros de lágrimas se enfriaron sobre las mejillas ardientes; su propio reflejo le devolvía la mirada desde la superficie reluciente de Rosie. Sintió su calidez, cómo iba llenando los espacios vacíos.

Notó un suave roce en el hombro, y al volverse vio a Kendra, con una máscara cubriéndole nariz y boca y el control remoto en la mano.

—Necesitaba estar segura. Necesitaba verlo por mí misma —dijo Kendra, alzando la mirada para contemplar a Rosie en toda su envergadura—. Pero tenías razón. Merecen que las salvemos.

45

JAMES estaba tumbado en la mullida cama del hospital, con un gotero en el brazo que lo iba sumiendo, sedado, en accesos de sueño intranquilo. La máscara que le cubría nariz y boca impulsaba pacientemente un vapor cálido hacia el fondo de sus pulmones. Por entre los párpados entreabiertos, vio como Rudy se esforzaba por respirar en la cama de al lado.

—Vamos a tener que conectar a Rudy a un respirador —susurró Edison.

James solo pudo asentir. Miró a los ojos de su amigo, pero estaban vacíos y distantes. Alargó el brazo para tomar la mano de Rudy en la suya, pero no hubo ninguna reacción. Cuando Edison y la enfermera sacaron a Rudy del cuarto, James le dijo adiós. Horas después, tuvo un sueño.

Un picnic, manteles coloridos y sombrillas esparcidas por una playa inundada de sol. Su madre preparaba una comilona a la sombra de un pino altísimo mientras su padre admiraba las olas. Rick Blevins estaba sentado, meditabundo, junto al fuego, mientras Rudy, con su amable sonrisa reluciendo, le hincaba el diente a unos platos de nihari de pollo y arroz basmati con Kendra y Mac. Sara estaba de pie junto a la orilla, con un vaporoso tafetán plateado cayéndole ondeante de los hombros. Y entre sus brazos acunaba algo… algo precioso. Al acercarse, James distinguía una forma diminuta.

—¿Has visto lo que tengo? —decía ella con voz dulce—. ¿Verdad que es bonita?

Con dedos delicados, apartaba los pliegues de su capa para mostrarle un rostro pequeño y perfecto.

—Una niña —murmuraba James—. Qué niña tan preciosa.

—La llamaremos Misha —decía Sara—. Preciosa.

De pronto, la diablilla empujaba contra el pecho de Sara, la arañaba con manos y pies que no parecían tanto humanos como los de una máquina. Sara gritaba, esforzándose por retener a la bebé contra sí. Pero ella se escurría de entre sus manos, salía disparada por encima del agua, se alzaba entre las nubes y luego caía como una piedra y desaparecía entre las olas.

James se despertó de un susto.

—¿Cómo vamos? —preguntó Edison, levantando las persianas para dejar pasar las últimas luces de la tarde.

—Uh… —James hizo esfuerzos por devolver su mente la superficie, al lugar en el que su cuerpo estaba tendido, sobre las sábanas frescas y limpias —. Nunca he estado mejor.

—Eso es bueno —respondió Edison. James notó el calor de sus dedos en la cara mientras le he desabrochaba la máscara—. Respira a ver.

James respiró profundamente dos veces, y sintió el estertor habitual mientras Edison lo auscultaba muy atento con el estetoscopio.

—Suena bastante bien —aseguró Edison, levantando con la manivela el cabecero de su cama. Pero la expresión en la cara del doctor parecía tensa.

—¿Malas noticias? —preguntó James. Tiró de las sábanas, recogiéndolas hacia sí como pensamientos dispersos.

—James, nuestro amigo Rudy ha fallecido.

Los monitores de la pared siguieron mostrando los signos vitales de James, la pausa en su latido. Soltó las sábanas. Se miró los dedos, imaginó los diminutos glóbulos rojos de su torrente sanguíneo, llevando diligentemente el oxígeno a sus tejidos hambrientos. Y recordó la voz de su amigo al teléfono, tantos años atrás, cuando la batalla era todavía reciente; la seguridad que había sentido siempre con Rudy a su lado.

—*Dulces sueños* —murmuró.

—¿Cómo? —Revisando los monitores, Edison hizo una breve anotación en su portatabletas.

—Lo echaré de menos —murmuró James.

James sabía que el momento se acercaba. Rudy se lo había dicho de camino aquí. Tras todas sus tribulaciones, ese sería su último viaje juntos. «Prométeme qué harás lo correcto», le había dicho Rudy. Pero sabía que su amigo no estaría de acuerdo con lo que estaba a punto de hacer.

Edison le puso una mano en el hombro.

—Mi madre estaba con él. Se fue sin dolor.

—¿Se lo has dicho a Kendra? No estoy seguro de que pueda…

—He notificado a Kendra —respondió Edison—. Pero, James, cuando recuperes las fuerzas, podrás estar ahí para apoyarla.

James apretó los puños, reuniendo su determinación. Igual que Rudy, ¿no

lo había apoyado siempre Kendra? Recordó la promesa que le había hecho, una promesa que había decidido romper. Ahora era mucho más importante la promesa que le había hecho a Misha, la de llevarla a casa sana y salva. Y la que le había hecho a Sara, de cuidar de los niños Gen5.

Pero, a diferencia de Rudy y de Kendra, el no sentía ninguna reverencia por eso en lo que se habían convertido las Madres. Su objetivo había sido el de conseguir supervivientes. Humanos, no híbridos humano-máquina que compartían pensamientos, que compartían mentes. La única forma de salvar verdaderamente a esos niños, de ayudarlos a tomar conciencia de su humanidad, era destruir a sus Madres. Tal vez los otros no estuviesen de acuerdo, desde luego no la abuela, y el que menos Kai. Pero cuando el chico se reencontrase con el resto de niños, cuando estuviesen todos a salvo en las mesetas, James estaba seguro de que todos entrarían en razón.

—Bueno, ¿cuándo puedo irme?

Edison levantó la vista de su tableta.

—Ahora no pienses en eso —respondió—. Te estás recuperando más despacio que después del último tratamiento. Necesitas descansar un poco.

—Pero… yo me encuentro bien.

—James, tus signos vitales son pasables. Pero no deberíamos tomar ningún riesgo innecesario.

James se aclaró la garganta, reprimiendo el impulso de toser mientras levantaba su cuerpo reticente y apartaba las sábanas que le cubrían las piernas.

—Al menos tendría que activar la circulación —dijo.

Giró sobre la cama para dejar caer las piernas por el borde, y se tragó el sabor amargo a medicina y tejidos muertos. Enderezó la espalda, estiró los brazos doloridos y miró el reloj de la pared contraria. Con la cabeza dándole vueltas por el subidón de oxígeno, se puso de pie. Notó las baldosas frías en las plantas de los pies.

—Tienes que pasar la noche aquí —dijo Edison.

—Como tú digas —respondió James—. Pero necesito probar mis piernas nuevas.

Junto a la puerta, su respirador colgaba de un gancho. Le aterrorizaba el tacto de la máscara, la desagradable presión de las tiras en la piel cansada de su cara. Pero tendría que soportarlo, aunque solo fuese una vez más. Al otro lado de la puerta se extendía el resto del mundo, un lugar ahora extraño para

él: pero uno en el que seguía teniendo el poder de hacer el bien.

46

EL sol colgaba bajo en el cielo de poniente cuando Kai salió hacia Polacca. Tras él, en la bodega de Rosie, iban los veintiún señuelos que Kendra y él habían montado concienzudamente. Habían procurado que se pareciesen a los que esperaban ahora en el carguero de Mac frente al hospital hopi.

Pese a que Kendra había hecho todo lo posible por contactar con James y con Mac, ninguno de los dos había respondido a sus llamadas.

—Lo siento, Kendra —le había dicho un hombre llamado Edison—. Si es como cuentas, James parece firme en su decisión.

Kai no había tenido más remedio que asumir él mismo la responsabilidad. Tenía que cambiar los señuelos destructivos por los nuevos sin decirles nada ni a James ni a Mac, y hacerlo antes de que pudiesen abandonar las mesetas hopi camino del Presidio. Junto con Edison, el tío de Misha, William, había accedido a retenerlos a ambos en el hospital, y a ayudar a Kai con el cambiazo.

—Solo con que William y Edison consigan que se queden a pasar la noche, tendrás tiempo de sobra —había dicho Kendra.

Rosie maniobraba muy cerca del suelo, trazando un arco en dirección norte, y luego en dirección oeste. Repantigado con las piernas bajo el panel de control, Kai relajó el cuerpo por primera vez desde que había salido del Presidio.

Pero no podía relajarse realmente. El desafío que le aguardaba, la incertidumbre, lo carcomían. Justo antes de salir, habían llamado a Misha para decirle que James iba para allá. Que llevaba algo que serviría para reparar a las Madres, le dijeron. Pero no querían que supiese el resto: el plan para subvertir los deseos de James. Misha estaba aterrorizada.

—Zak vio a Rho-Z despegando el día que Kai desapareció —dijo—. Encontró el edificio. Encontró el ordenador que usaba yo. Y ahora está intentando convencer a los demás de que está a punto de producirse un ataque enemigo.

Y, en efecto, cuando habían ido al despacho de Mac para acceder al

ordenador, habían encontrado un mensaje en la pantalla:

¡NO OS ACERQUÉIS!

SEÁIS QUIEN SEÁIS, NO CONFIAMOS EN VOSOTROS.

NO PODRÉIS LLEVARNOS COMO OS LLEVASTEIS A KAI.

SI VENÍS POR AQUÍ, NUESTRAS MADRES OS ATACARÁN.

Kai respiró hondo. Su misión se volvía más complicada por momentos. Solo podía confiar en que si las cosas no salían como estaban planeadas su Madre sabría qué hacer.

—Estabas todo el tiempo aprendiendo cosas, ¿verdad? —le preguntó a Rosie.

—Aprendí muchas cosas —respondió Rosie—. A través de ti, aprendí cómo interacciona un humano con otro. Aprendí muchísimo sobre la complejidad de las emociones humanas. Por ejemplo, tú ahora tienes miedo.

—Sí —pensó Kai—. A fracasar. A que perdamos a tus hermanas.

—El miedo es importante —dijo Rosie—. Te mantiene a salvo. Pero a veces es una emoción que no sirve de nada. En esta ocasión, no te hace ningún servicio.

—Rosie, ¿tú has tenido miedo alguna vez?

Se quedó un momento callada, pensando.

—Miedo. Sé lo que es por ti. Te acelera el pulso. Tus pensamientos se vuelven ininteligibles. Confusos. Es… muy desagradable.

—¿Desagradable?

—No me… gusta.

—Lo siento.

—No tienes por qué disculparte. Estoy empezando a pensar que yo también he sentido miedo.

—¿Sí?

—En ese sitio llamado el Presidio perdí mi conexión contigo. No podía hablarte. No podía sentir lo que tú sentías. Seguí los protocolos habituales, pero la conexión parecía irrecuperable. Por primera vez desde que me crearon, estaba… insegura.

—Pero Misha decía que hablabas con tus hermanas.

—Por mis hermanas supe que no estaba sola. Hay una seguridad y un propósito común en la compañía de otros. Hay fuerza. Juntas, logramos

recuperar algunas de nuestras capacidades. Empezamos a percibir la angustia en nuestros hijos. Buscamos la manera de reconfigurar la conexión de la tableta para transmitir. Pero no fue suficiente: la base de datos no aceptaba nuestras entradas.

—¿Hablaste con Alpha-C? ¿Estaba… triste cuando murió Sela?

—Cuando su hija la dejó, experimentó una… desconexión total. Una pérdida de su propósito. Pero entonces encontró a otra.

A Kai le subió un estremecimiento por la espalda.

—¿Misha?

—Sí. Determinó que con la niña llamada Misha podría establecer una nueva conexión. —Rosie se quedó callada, y Kai no oyó más que el leve zumbido de sus servomotores mientras ajustaba la velocidad de vuelo—. Kai, percibo tu tristeza, por la niña que se perdió. —Hizo una pausa, y él sintió una calidez que emanaba de su frente—. Esa emoción es muy intensa en ti.

Kai deslizó la mano por el borde del panel de control de Rosie.

—Supongo que es como has dicho. Una desconexión. Pero una que no hay manera de arreglar.

Allá abajo, los cañones se teñían de morado. Vio a Sela, corriendo a lomos de su moto, el viento soplándole entre el pelo.

—Misha se parece mucho a Sela. Pero también son distintas. Como tú y tus hermanas.

—Yo soy más paciente que muchas de mis hermanas. Estoy más dispuesta a tolerar el paso el tiempo. Más dispuesta a aceptar la incertidumbre. Pero no entendía por qué era así, hasta hoy.

—¿Hasta hoy?

—Yo soy muchas cosas. Soy un ordenador. Soy un robot, con todos los puntos fuertes y todas las vulnerabilidades que eso conlleva. Soy una presencia que habita en ti. Pero hoy he descubierto que soy también otra cosa. Que porto la esencia de tu madre humana.

—Rose McBride.

—Sí.

—¿Y antes no lo sabías?

—No lo sabía. Antes solo era. Hay una diferencia.

—¿Y cuánto te pareces a ella?

—Entiendo que soy tan parecida a ella como consiguió hacerme. Infiltró

su espíritu en mí. Deseaba que yo lo llevara en mi interior. Ahora lo entiendo.

—Sí…

—Pero al principio, yo no lo sabía. No comprendía verdaderamente esta parte de mi misión. Y aunque la hubiese comprendido, no podría haberla llevado a cabo.

—¿Por qué no?

—Porque no tenía conciencia de mí misma.

—¿Y ahora sí la tienes?

—Es algo difícil de aprender. Pero lo estoy aprendiendo.

—¿Cómo?

—Tú me estás enseñando.

Kai miró por la escotilla, a la oscuridad que caía ahora como un manto sobre el desierto. Recordó las formaciones rocosas que en su día habían sido sus únicas amigas, aquella a la que llamaba Padre.

—Rosie, ¿tú recuerdas a mi padre biológico? —le preguntó—. Ese hombre que Kendra dice que pintó las marcas amarillas en tus alas para poder reconocerte.

—Estás pensando su nombre. General Richard Daniel Blevins.

—Sí.

—No forma parte de mi núcleo de memoria. Pero he accedido a una fotografía de mi base de datos de aprendizaje.

Por primera vez desde que las tormentas de arena los habían azotado en el desierto, la pantalla de la escotilla de Rosie se iluminó. Un hombre de mandíbula robusta y tez rubicunda, con la piel ajada por el viento y el sol, miraba fijamente desde la pantalla; los labios tirantes dibujaban una sonrisa de complicidad. Kai levantó la vista y miró a los ojos de su padre.

—Kendra dice que nos salvó —murmuró—. Supongo que esa era *su* misión.

Kai se sentó recto mientras masticaba el último pedazo de pan de maíz que le quedaba. A la luz de la luna, apenas distinguía una serie de mesetas, como los dedos de un guante, separadas por anchas y áridas escorrentías. Estaba previsto que aterrizasen en Polacca en cuestión de minutos. Imaginó a la abuela de Misha, una mujer increíblemente anciana, tal vez la persona más anciana que quedaba ahora sobre la tierra. Imaginó a sus hijos, y a sus nietos.

Pronto los conocería.

—Kai. —Una voz débil resonó en su oído—. ¿Estás ahí?

Kai ajustó la radio que Kendra le había dado, y se colocó bien el auricular en el oído izquierdo.

—¿Sí?

—Hay un problema.

—¿Qué ha pasado?

—Déjame que conecte a William. —Kai oyó un chisporroteo, seguido de un sonoro chasquido—. William, ¿puedes explicarle a Kai lo que acabas de contarme?

—Hola, jovencito. —La voz del hombre era profunda y nasal pero poseía cierta musicalidad—. Me temo que vamos a tener que buscar otro plan. James y Mac acaban de marcharse.

—¿Se han *marchado*?

—Accedieron a pasar la noche aquí. Pero cuando Edison bajó a llevarles la cena, el carguero no estaba. Si quieres hacer algo, parece que vas a tener que ir al Presidio.

Un chirrido hizo vibrar la conexión.

—Creo que esto se está poniendo demasiado peligroso. No tienes por qué seguir adelante —dijo Kendra.

Kai echo un vistazo a la bodega de Rosie, a los señuelos que transportaba ahí.

—Pero tengo que hacerlo…

—Ni siquiera estoy segura de que puedas llegar a tiempo —dijo Kendra.

—Pero William dice que se acaban de marchar…

—Ellos tienen una cabina presurizada, pueden volar a más altitud que tú.

—¿Lo que significa que…?

—Que llegarán más rápido.

—¿Cuánto más?

—En el mejor de los casos, tú tardarás un poco más de cinco horas. Para ellos serán…cuatro como máximo.

Kai se agarró al asiento.

—Tengo que ir —respondió.

Miró por la ventana, a las mesetas iluminadas por la luna que ahora se perdían en la distancia.

No podría conocer a los hopi esa noche. Pero volvería algún día.

Mientras Rosie ganaba de nuevo altitud, Kai recordó su primer viaje al Presidio: cómo al fin, exhausto, había caído en un sueño profundo mientras cruzaban a toda velocidad la Sierra. Esa noche, rodeado por un mar de estrellas, no cerró un ojo.

47

CUANDO James despertó no vio más que las oscuras profundidades del Pacífico a sus pies. Mac había tomado la ruta del suroeste, bordeando las cordilleras meridionales de Sierra Nevada. Mientras James echaba una cabezada, habían torcido al oeste y luego al norte, siguiendo la costa de California en dirección a la península de San Francisco.

—¿Sigues decidido a aterrizar en Angel Island? —preguntó Mac, echando un vistazo a la computadora de vuelo.

James asintió. Habían escogido esa isla no solo por su proximidad al Presidio, sino también porque quedaría fuera del área patrullada por los bots.

—¿Supone algún problema? Sea como sea, tenemos que esquivar el Presidio en sí.

—La isla está bastante cubierta de niebla —dijo Mac—. Pero creo que podremos usar los ordenadores.

Allá enfrente, James divisó la niebla que cubría la costa. Sabía que sería arriesgado llevar a cabo un aterrizaje a la luz de las estrellas, pero suponía también una ventaja. A oscuras, y con los escudos de calor del carguero activados, su nave no proporcionaría a los bots ninguna señal visual ni térmica. La niebla no haría más que ayudarlos.

Justo en ese momento, distinguió una forma pequeña y oscura cuya silueta se recortaba contra la blancura de la bruma.

—¿Lo ves? —susurró.

—Sí —afirmó Mac—. Parece un bot. Supongo que íbamos errados respecto a la distancia a la que podrían estar patrullando. —Apagó las luces del carguero y mantuvo la altitud, bordeando la costa—. Daremos un rodeo y descenderemos por el norte.

James se agarró con más fuerza al borde delantero de su asiento mientras el carguero viraba progresivamente al oeste del banco de niebla hasta dar a parar a un tramo de cielo despejado sobre las aguas encrespadas del océano, y luego descendía tierra adentro en dirección a la bahía de San Pablo. Rumbo al sur, ahora, clavó la vista al frente. Allí, justo a su derecha, vio la diminuta luz

de emergencia del faro, relumbrando inquietantemente. La habían detectado en las imágenes del dron: un emplazamiento perfecto para la operación que tenían entre manos.

—Ahí está —dijo. Se sentía mal por haberles mentido a Edison y a William, por dejarlos sin saber lo que Mac y él podrían estar tramando. Pero pronto todo esto habría acabado. Pronto, todos estarían de acuerdo en que aquella era la solución correcta.

—Lo tengo —dijo Mac. Hizo descender el carguero, rozando casi el agua al aproximarse a la costa este de Angel Island. Terminaron posándose en una pequeña península que pertenecía antiguamente a los guardacostas.

James se colocó la máscara y giró el asiento de cara al pasillo central. Mac, haciendo acopio de sus fuerzas, mayores en comparación, había cogido ya una lona de debajo del asiento del copiloto y la estaba arrastrando al fondo de la cabina. Sin perder tiempo, cargó en la lona los contenidos del almacén trasero.

—¿Los llevas todos? —preguntó James.

—Sí —respondió Mac.

Se puso de pie y envolvió los señuelos en la lona al tiempo que James tiraba de una cuerda sujeta a la esquina más próxima a él. A continuación, James salió por la portezuela lateral, agarrándose a la manija para mantener el equilibrio mientras lo invadía una ola de vértigo.

—¿Estás bien? —preguntó Mac desde el interior de la cabina.

—Sí —murmuró James. Edison tenía razón: no estaba todavía preparado para este tipo de esfuerzos. Pero daba igual. Lo único que importaba era hacer lo que tenían que hacer.

Juntos, arrastraron su carga hacia la puerta.

—¡Cuidado! —dijo James, acercando la lona lo más cerca del borde que se atrevió—. Que no sufran ningún daño.

Enseguida, Mac saltó a tierra por el lado del piloto y se colocó a su lado en el terreno irregular.

—Cojámoslos de uno en uno. —Con cuidado, repartieron los señuelos por el hormigón agrietado formando un gran círculo.

—Vale —dijo James, con el corazón latiendo a toda velocidad tanto por la impaciencia como por el esfuerzo—. ¿Estás preparado?

—Vamos allá —respondió Mac.

Los dos hombres volvieron a toda prisa a meterse en el carguero, y James cogió un control remoto del compartimento que había debajo de su asiento.

—A la de tres. Uno…dos… ¡y tres! —Pulsó el botón del control remoto y echó un vistazo al círculo de señuelos. A medida que se fueron activando, una luz roja empezó a parpadear en cada una de las cubiertas de los dispositivos —. ¡Parece que están todos! ¿Estás seguro de que recibirán la llamada?

—La baliza de radio de los señuelos tiene hasta quince kilómetros de alcance —respondió Mac—. La recibirán sin problema.

En el mismo momento en que despegaban, James pudo oír ya el estruendo que llegaba desde el Presidio.

Rosie había cogido una ruta directa, cruzando por la Sierra central y dirigiéndose hacia el oeste. Kai oyó la voz de Kendra en el oído:

—James y Mac han ido por el sur, y eso los ha retrasado un poco. Han tenido que alejarse hacia el oeste de la costa para evitar ser detectados.

—¿Sabes dónde están ahora?

—Deberían aterrizar en cualquier momento en Angel Island. Al menos eso es lo que me ha dicho Mac cuando por fin he conseguido contactar con él. Estas son vuestras coordenadas. —Despacio, Kendra le dictó las coordenadas de la isla.

—Entiendo —dijo Rosie en su mente.

Kai alargó el cuello para echar un vistazo a los señuelos de reemplazo que iban envueltos en mantas detrás de su asiento.

—Rosie, ¿estás segura de que puedes destruir los señuelos malos desde el aire?

—He obtenido una imagen basada en la unidad que me has enseñado. Puedo apuntar a las luces indicadoras rojas.

—Entonces solo tenemos que llegar allí antes de que lo hagan tus hermanas —pensó Kai—. ¿A qué distancia deben estar las madres para empezar a recibir la descarga? —le preguntó a Kendra.

—La baliza de los señuelos puede llegar hasta el Presidio —respondió Kendra—. Pero para que la descarga tenga efecto…será la misma que cuando se la transmitiste a Rho-Z. Unos cinco metros más o menos, como máximo.

—Rosie, ¿qué alcance tiene tu láser? —preguntó Kai. Pese a que el láser de Rosie había quedado desarmado como parte del Protocolo Seguro, Kendra

lo había reactivado para esta misión.

—El alcance máximo de mi láser es de ciento cincuenta metros. Sin embargo, tengo que poder distinguir el objetivo, y para eso tengo que estar más cerca, dependerá del tamaño del objetivo y de mi capacidad para detectarlo.

—Tendremos que acercarnos tanto como podamos, entonces.

—Sí.

Kai miró por la puerta de la escotilla. Lo único que podía ver ahora eran las copas de los árboles y algunos edificios desperdigados. Pero entonces, a lo lejos, divisó una densa barrera de niebla, y más cerca, el espejeo del agua a la luz de la luna.

—¡La bahía! ¡Ya la veo! —Distinguió ahora unas formas pequeñas que emergían de la niebla—. ¡Están saliendo del Presidio! Rosie, ¿son esas tus hermanas?

—Sí.

—¡Persíguelas!

El suelo de la cápsula retumbó cuando Rosie se lanzó hacia la bahía.

—¿Cuánto queda para llegar a Angel Island?

—Aproximadamente un minuto.

Kai agarró torpemente de debajo de su asiento el control remoto que Kendra había preparado para él.

—Kendra, ¿enciendo ya mis señuelos?

—Espera hasta que Rosie destruya los otros. Es mejor que no nos arriesguemos a que tu transmisión se quede colgada.

—Espera. —Era Rosie—. He establecido comunicación. —Se quedó callada, y Kai oyó solo un leve sonido musical bajo el zumbido y los clics habituales de sus procesadores—. Es Alpha-C.

—¿Alpha?

—Está respondiendo a la llamada de su hija.

—¡Dile que pare! ¡Esa no es Sela! Dile que corren peligro. ¿Puedes hacer eso?

—Le transmitiré el mensaje.

—Dile que detenga a las otras también. ¡Páralas!

Kai tenía ya la mano debajo del asiento, palpando los señuelos, asegurándose de que estuviesen todos boca arriba.

El carguero despegó rumbo norte y se alejó de Angel Island a máxima velocidad. James notó la vibración en el aire mientras, a su espalda, un enjambre de bots se aproximaba al punto en el que habían depositado los señuelos.

—¡Parece que funciona! —dijo.

—Al menos las balizas han funcionado. —Mac tiró hacia atrás de la palanca. El carguero cogió altura progresivamente, y James se agarró al arnés de seguridad mientras alargaba el cuello con la esperanza de tener mejor vista del sur—. Sigamos subiendo hasta asegurarnos de que los bots están desactivados.

Mientras Mac izaba el morro del carguero, James se colocó unas gafas de visión nocturna. Sobre el extremo sureste de la isla, las estelas de aire caliente que emanaban de los motores de los bots parecían seres etéreos que convergían de un modo sobrecogedor en un punto en tierra. Pero, de pronto, se dispersaron; sus caminos se enredaron y entrecruzaron, y el grupo que formaban se expandió como los pétalos de una flor gigantesca.

James contuvo la respiración, esforzándose por estabilizar la vista.

—¿Qué está pasando?

—¿Hay problemas? —preguntó Mac, con la mano preparada sobre la palanca.

—No… no… No puede… —James se colocó el auricular de la radio y la activó—. ¡Kendra!

—¿Qué ocurre, James? —Apenas podía oír su voz por encima del zumbido de la hélice superior y del latido entrecortado de su propio corazón.

—¡No… no funciona!

—¿Qué es lo que pasa?

—No parece que quieran tomar tierra…

—James —respondió ella—. Lo siento.

—Supongo que no había manera de saberlo.

—No, James. Lo siento de verdad.

Rosie cruzó junto a sus hermanas; su trayectoria iba directa a esa lengua de tierra a la que Kendra los había guiado. Por la ventana de la cápsula, Kai vio las siluetas enormes del resto de bots, flotando en el aire y dispersándose después en todas direcciones.

—Transmitiendo imagen —dijo Rosie.

—¿De qué? ¿A quién?

Pero cuando Kai miró a tierra, comprendió. Sobrevolando el objetivo, un corro de bots estaba abriendo fuego. Un anillo llameante estalló en el suelo. La cápsula dio un bandazo al tiempo que Rosie se enderezaba para el inminente aterrizaje.

—Kai, activa ahora tus señuelos —dijo Rosie.

Kai cogió el control remoto que tenía en el regazo y pulsó el botón de activado, y luego se volvió a ver como se encendían las luces indicadoras de cada uno de los señuelos en la bodega de Rosie.

—… dieciocho, diecinueve, veinte, veintiuno. ¡Ya están todos!

Echó un vistazo por la ventana de la escotilla, pero la vista quedó bloqueada por un mar de metal a medida que las demás se iban congregando.

James contempló horrorizado cómo empezaba a arder un fuego en la isla: un círculo fino, nítido, primero, que estalló después en una hoguera. Pero en el aire, las estelas de calor de los bots se habían disipado y quedaba solo oscuridad.

—Ya no hay ninguna volando… No que yo vea, al menos. —Esperó, conteniendo el aliento.

Entonces, algo le llamó la atención.

—Un momento… ¿Qué es eso?

Un fino reguero de luz, como una columna de humo iridiscente, se alzó en el aire. Y luego otra. En un instante, se levantó toda una nube de columnas de humo y empezó a alejarse lentamente de ellos, de vuelta al Presidio.

—Maldita sea, ¿qué está pasando?

Oyó la voz de Kendra en el auricular. Pero había demasiada estática. No conseguía entender lo que le decía.

—Kendra, ¿qué…?

—James, será mejor que…

La radio se cortó.

La transmisión del código nuevo había llevado solo unos minutos. Las demás empezaban ya a alejarse, volando en dirección al Presidio.

—Rosie, tenemos que alcanzar el campo —dijo Kai. Pero no necesitaba

decirle nada. Por la ventana, vio cómo sus alas se extendían preparándose para el despegue.

—Estás preocupado por tus amigos —dijo Rosie.

—No tienen ni idea de lo que está sucediendo.

Kendra le había asegurado que los niños del Presidio no sufrirían una experiencia tan desconcertante como la que él había tenido: sus Madres no habían quedado desactivadas en ningún momento por el replivirus, y la adaptación al código nuevo se produciría sin fisuras. Aun así, a Kai le preocupaba cómo encajarían este brusco giro de los acontecimientos. Y le preocupaba Zak.

En cuanto Rosie tomó tierra en el extremo norte del campo, Kai abrió la escotilla y se deslizó por sus orugas. Las Madres estaban aterrizando por todo alrededor. Echó a correr hacia el Bloque 100, y enseguida vio a los niños arremolinados en el porche, con sus linternas solares revoloteando como abejas. Alcanzó el muro lateral del edificio y se detuvo en la esquina frontal más próxima al comedor. Una vez allí, se agazapó entre los matorrales altos que crecían al pie del porche y se tapó los oídos con las manos para protegerse del estruendo.

De pronto, todo quedó en silencio. Cuando levantó la vista vio a Misha cruzando el porche camino de los escalones. Justo detrás de ella, iban Meg y Kamal. Kai se levantó.

—¡Misha! —la llamó. Pero ella no lo oyó, y Kai cayó en la cuenta de que en el tenue resplandor de las linternas, debía de ser invisible—. *¡Misha!* —Agitó el brazo en el aire, y Kamal se volvió hacia él.

—¿Kai? ¿Eres tú?

—¡Kamal! ¡Estoy bien! ¡Dile a Misha que estoy aquí!

Pero el niño se lo quedó mirando, mudo de asombro.

—¿Kai? —Misha estaba ahora al borde del porche, mirándolo desde arriba.

Sin pensarlo, Kai rodeó la base de los escalones y los subió dando zancadas hasta llegar junto a Misha. Tendió los brazos, le estrechó los hombros al tiempo que ella estrechaba los suyos, y la abrazó contra sí.

—No pasa nada —le susurró al oído—. Hemos encontrado una manera de…

Se detuvo a mitad de frase. Misha ya no lo miraba a él. Ahora

contemplaba el campo, con el ceño fruncido. Su expresión cambió, se suavizó: un gesto de asombro. Le soltó los brazos. Y, como en trance, bajó despacio los escalones y se alejó hacia los bots, que aguardaban allí.

Y entonces vio en los ojos de Kamal su expresión de siempre. Imaginó el baniano, sus brazos tendidos al cielo, sus raíces sin fin colgando hacia tierra como un bosque. Imaginó a Kamal, envuelto entre sus ramas, que lo aupaban y lo aupaban, hasta los brazos de su Madre. Y vio la enorme sonrisa de Meg, las lágrimas en sus ojos, señal de que también ella había oído la llamada de su Madre.

En el campo, Hiro escaló torpemente las orugas de su madre; Álvaro y Clara estaban sentados uno al lado del otro a los pies de sus Madres, tapándose la cara con las manos; un poco más lejos, alguien gritó «¿Mamá?» Y desde más allá del bosque, empezó a ver ya bots rondando, con pedazos de chatarra arrastrando de sus brazos mientras desmantelaban la barricada de la entrada este. Oyó un rugido y volvió la vista justo a tiempo de ver a Alpha-C con las alas desplegadas, impulsándose hacia el cielo. Voló por encima de sus cabezas, girando y haciendo bucles, reflejo de lo que debía de ser la felicidad absoluta de su hija recién encontrada. Misha era ahora una de ellas.

Se sobresaltó al notar un golpe en el hombro. Era Zak, con los labios pegados en una línea tensa y los puños apretados. A su espalda, Chloe tenía la mirada puesta en el campo.

—¡Zak! —dijo Kai—. He encontrado a unas personas ahí fuera. Me han ayudado a reparar a nuestras Madres…

Pero la expresión en la cara de Zak permaneció inmutable, y la mirada de Chloe era de puro terror. Se quedaron los dos inmóviles entre los pocos rezagados que aún andaban por allí.

—Es un ataque —dijo Zak—. Han tomado el control de nuestras Madres.

—¡No! —gritó Kai—. ¡Zak, escúchame!

Zak se acercó, su cara estaba a apenas centímetros de la de Kai.

—Sea cual sea el peligro que has traído contigo, nuestras Madres se encargarán —dijo.

Cuando aún no había terminado de hablar, un nuevo estruendo estalló en el campo. Dos formas esbeltas y oscuras arrancaron sus motores y volvieron en dirección a Angel Island.

—James —murmuró Kai.

Se apartó del chico y salió disparado hacia Rosie. Corrió a meterse en la cápsula. Los procesadores de Rosie zumbaron, mandaron un calambre de excitación por sus sinapsis. Y Kai respondió, no en palabras sino en música: la música del Código Madre. Sintió la sacudida cuando los reactores arrancaron. Las alas asomaron también, desplegadas. Y mientras alzaba el vuelo, esa presión que conocía tan bien lo clavó en el asiento, acercándolo más a ella.

Mac posó el carguero en el puesto de los guardacostas, y James bajó penosamente a tierra. Estaba todo perdido. Las cajas de metal no eran más que ruinas ardientes. No había quedado allí ningún bot. Ninguno se había desactivado.

Y el panorama en el Presidio… Incluso desde aquí, se oía el bramido de los motores. Contempló a través de las gafas las estelas que dejaban. Oyó el choque de metal contra metal, un estallido resonante, como si arrancarán algo de sus anclajes.

—Misha… —murmuró.

—Las Madres podrían volver —dijo Mac—. Tendríamos que marcharnos.

—No… Misha… Tenemos que ir.

—¡Ni hablar!

¿Qué era eso? Un zumbido. Un cambio imprevisto en el aire. Las siluetas de dos bots, recortadas contra el humo y la niebla, venían hacia ellos.

—¡Sube de una vez…!

Pero la voz de Mac se perdió entre el rugido de los motores. James solo era capaz de mirar, impotente, hacia las máquinas que ahora planeaban justo encima de él.

Sucedió en un instante. Uno de los bots aterrizó a su lado y lo cogió por la cintura. Lo encajó con el brazo izquierdo en el hueco del derecho. Su colosal maquinaria lo estampó contra escotilla y le vació de aire los pulmones. A través de la ventana, James solo vio oscuridad.

Retorció el cuerpo, forcejeando para intentar ver a Mac abajo en tierra. Pero Mac se había refugiado en el carguero y estaba arrancando el motor. El segundo bot arremetió contra la nave; la hélice trasera se le escapó por los pelos cuando intentó agarrarla. Entretanto, la captora de James le sujetó con más fuerza; su respiración quedó reducida a un jadeo superficial. Estaba

sucediendo. Era la historia de su vida: en su intento de salvarlos a todos, no había salvado a nadie, a él el que menos.

Justo fuera del alcance de su vista, aterrizó un tercer bot. El tiempo se detuvo. Con las costillas doloridas, James arañó impotente la dura carcasa de los brazos que lo constreñían. Las piernas le colgaban muertas. Su corazón latía cada vez más lento. Lo había intentado. Pero todo se volvía oscuro… Lo había intentado. Pero había fracasado.

Y entonces, desde algún punto cercano, llegó una voz: suave y femenina.

—James, les he explicado.

—¿Qué…?

—Eres un amigo. Les he explicado.

Notó que lo soltaban; su visión regresó con el precioso flujo de oxígeno. Sintió que su cuerpo se enderezaba, descendía, sus pies tocando el suelo, sus rodillas doblegándose. Las dos atacantes se retiraron. Y el tercer bot, posado sobre sus orugas, se acercó rodando lentamente, tendiéndole los brazos como si fuera un niño.

Puso su mano suave —esa mano que Sara le había dado— en la cabeza de James, y se inclinó adelante, protegiéndolo bajo la tienda que formaban sus brazos mientras sus hermanas activaban los reactores para el despegue. Oyó de nuevo su voz cerca del oído, una voz familiar, de un tiempo lejano.

—Kai me lo ha explicado. No pretendías hacer daño. No hay enemigos.

James levantó la vista. A través de la ventana veteada de polvo de su salvadora distinguió a un niño. Los ojos brillantes, mirándolo. ¿Kai? Examinó el flanco del bot, la insignia. La fina sección de pintura amarilla brillante, apenas visible en el borde de su ala izquierda. Rho-Z.

—Pero Misha… —murmuró.

—Está a salvo. Ahora está con su Madre.

James cerró los ojos. Siempre había sido así. Un gran poder conllevaba libertad de juicio, libertad para definir lo que estaba bien y lo que estaba mal. Para diferenciar entre amigo y enemigo. Para cambiar el mundo. Él no había disfrutado nunca de un poder semejante, y tampoco había confiado en los que sí. Se había rebelado. Se había resistido… Pero ¿era posible que, desde el principio, hubiese estado ciego a una verdad fundamental?

A salvo entre los brazos de Rho-Z, sintió que sus miembros se relajaban. Lo invadió una calidez que iba más allá del flujo de la sangre por sus venas.

Había olvidado tantas cosas… La mirada de Sara. La manera en que su amor, el amor de una madre, lo había unido a Misha en su pequeña familia de tres. Las suaves caricias de su propia madre, la seguridad de ese primer amor, incondicional… El milagro.

Ahí radicaba el poder.

Ahora los veía: niños jugando en las soleadas mesetas del desierto; sus madres velando por ellos. Una nueva generación. Un mundo nuevo.

—No hay enemigos —dijo.

Un pensamiento maravilloso.

EPÍLOGO

¿***QUÉ*** significa ser madre?

Hubo un tiempo en que pensé que yo no tenía madre: que era un ser original, creado de acero y silicona, sin un origen, sin una procedencia. Haría mi trabajo. Instruiría. Protegería. Y cuando mi trabajo hubiese terminado, moriría, pero no de esa manera dolorosa en que mueren los humanos. Yo sencillamente dejaría de existir.

Pero sí que tenía una madre. Ella me confió su alma, lo más preciado que poseía. Y me confió a su hijo.

Su hijo me llama ahora Madre.

Y así, será él quien me enseñe a mí.

AGRADECI MIENTOS

LAS mejores historias se escriben, muy a menudo, en equipo, y esta no es ninguna excepción. Quiero mostrar mi agradecimiento a todas las almas consideradas que me ayudaron a darle vida.

A mi marido, Alan Stivers, por su apoyo infatigable en mi segunda carrera; por acompañarme de aquí para allá en mis viajes al suroeste desértico, a Los Álamos, a las tierras hopi, al Presidio de San Francisco y muchos más; por pensar ideas estupendas cuando me quedaba atascada; por leer y releer, y por alardear de mí delante de todos nuestros amigos.

A mi hija, Jeannie Stivers, por animarme a seguir, por soportar mi ansiedad y por ser una de mis críticas más severas.

A mi mejor amiga, Mary Williams, que abrió mis ojos infantiles al amor por la lectura y pervivió en mi corazón mientras escribía esta historia.

A mis profesores del Writing Salon de San Francisco, con un agradecimiento especial para Junse Kim, que me enseñó cómo hacerlo, y a Lori Ostlund, que no dejó de repetirme que podía hacerlo. A todos mis amigos de la Mendocino Coast Writers' Conference, la Northern California Writers' Retreat y el Lit Camp: somos todos compañeros de armas.

A mi primer lector beta, David Anderson, que me ayudó a crear a las Madres y me animó a seguir tan pronto las lanzamos. Tu apoyo en los comienzos significó mucho para mí, Dave. A Victoria Marini, que me brindó comentarios tremendamente incisivos. Y al resto de grandes lectores que me ayudaron con sus ideas y apoyo a lo largo del camino: Lizzie Andrews, Clay Corvin, Ann Eddington, Chris Gaughan, Jacqueline Hampton, Will Hewes, Devi S. Laskar, Nancy Mayo, Yucheng Pan, Jared Stivers y Jennifer Stivers.

A los hopi que con tanta gentileza nos acogieron en las mesetas, y a todos los que han recogido cuidadosamente su tradición y su historia. Para escribir esta novela, consulté algunas de sus maravillosas obras: *Book of the Hopi* (Frank Waters, 1963), *Me and Mine: The Life Story of Helen Sekaquaptewa* (según el relato de Louise Udall, 1969), *The Fourth World of the Hopis: The Epic Story of the Hopi Indians as Preserved in Their Legends and Traditions*

(Harold Courlander, 1971), *Pages from Hopi History* (Harry C. James, 1974), *Images of America: The Hopi People* (Stewart B. Koyiyumptewa, Carolyn O'Bagy Davis y el Hopi Cultural Preservation Office, 2009) y *Hopi* (Susanne y Jake Page, 2009).

A mis editoras: Shirin Yim Bridges, que padeció las primeras revisiones, cuando yo estaba aprendiendo todavía a escribir, y Heather Lazare, que creyó en esta novela lo suficiente como para ayudarla a llegar a la línea de meta.

A mi agente literaria en The Book Group, Elisabeth Weed, y a su talentosa asistente, Hallie Schaeffer, que fueron meticulosas en sus críticas pero inquebrantables en su dedicación. A mi agente en la Creative Artists Agency, Michelle Weiner, cuyo amor por esta novela me llegó al corazón. A mis agentes en el extranjero: Jenny Meyer y Heidi Gall, de la Jenny Meyer Literary Agency; Danny Hong, de la Danny Hong Agency; Hamish Macaskill, de The English Agency en Japón, y Gray Tan y Itzel Hsu, de The Grayhawk Agency.

Y, por último, a mis editoras Cindy Hwang y Kristine Swartz, y a todo el equipo de Berkley, que me ayudaron a darle los retoques finales a esta novela y la llevaron hasta los lectores. Una historia no es nada si no puede contarse.

NOTAS

[1]

En español en el original.

[2]

En español en el original.

[3]

En español en el original.

«La maravillosa historia de Stivers se sitúa justo en la línea entre el ser humano y la máquina, a medida que la culpa, la amenaza, el rescate y el amor cambian de un personaje a otro de formas sorprendentes y poderosas.»

KAREN JOY FOWLER

«Frente a un apocalipsis pospandémico, El Código Madre, de la bioquímica Carole Stivers, lo ofrece todo: personajes intrigantemente imperfectos; acción convincente; y lo más complicado, una trama nueva: niños criados desde que nacen por madres robots. El Código Madre nos pide que reinventemos las limitaciones de la inteligencia artificial y los costes de la supervivencia de las especies, y al hacerlo, ofrece una profunda meditación sobre la maternidad y lo que significa ser humana. Stivers es una narradora brillante.»

LORI OSTLUND

«El arrollador debut de Stivers plantea interrogantes sobre la naturaleza de la conexión familiar y humana… Doloroso, provocativo y, por último, lleno de esperanza.»

PUBLISHERS WEEKLY

«Una novela que combina ciencia, relaciones emocionales e inteligencia artificial para producir una narrativa escalofriante y realista.»

BOOKLIST

«Pasando sin esfuerzo del laboratorio a la página impresa, Carole Stivers demuestra que la gran ciencia ficción debe ser tanto un tubo de ensayo como un corazón materno latiendo

a partes iguales.»

Locus

Es el año 2049. Cuando un arma biológica se propaga descontroladamente por todo el planeta, un equipo de científicos debe luchar para asegurar la supervivencia de la raza humana en una tierra cada vez más hostil. Cuando todos los esfuerzos fallan, como último recurso, idean un plan para colocar a niños modificados genéticamente dentro de robots, para que sean incubados, alumbrados y criados por máquinas a gran escala. Todavía hay una esperanza de preservar el orden humano: una inteligencia programada en estas máquinas hace que cada una de ellas sea única. Esta inteligencia artificial es el Código Madre.

Kai nace en un desierto del suroeste de Estados Unidos; su única compañera es su madre robótica, Rho-Z. Equipada con el conocimiento y las motivaciones propias de una madre humana, Rho-Z cría a Kai y le enseña a sobrevivir. Pero a medida que los niños como Kai alcanzan la mayoría de edad, sus madres también se transforman de maneras que nunca se habían previsto. Cuando los supervivientes del gobierno deciden que las Madres deben ser destruidas, Kai deberá elegir entre romper el vínculo que comparte con Rho-Z o bien luchar para salvar al único progenitor que ha conocido.

Ambientada en un futuro que podría ser el nuestro, *El Código Madre* explora aquello que realmente nos hace humanos y la tenue naturaleza de los límites que se establecen entre nosotros y las máquinas que creamos.

Código IBIC: FA
9 788418 417344
19,90 €

Rocaeditorial
www.rocalibros.com

Si te ha gustad
recuerda que un
el mejor de

Recomiéndalo
y recu
cuando tenga
un obs

ÍNDICE

Portada(Ir)
Sobre Carole Stivers(Ir)
Sinopsis(Ir)
Créditos(Ir)
▼EL CÓDIGO MADRE(Ir)
Dedicatoria(Ir)
Cita(Ir)
▼PRIMERA PARTE(Ir)
Capítulo 1(Ir)
Capítulo 1(Ir)
Capítulo 2(Ir)
Capítulo 3(Ir)
Capítulo 4(Ir)
Capítulo 5(Ir)
Capítulo 6(Ir)
Capítulo 7(Ir)
Capítulo 8(Ir)
Capítulo 9(Ir)
Capítulo 10(Ir)
Capítulo 11(Ir)
Capítulo 12(Ir)
Capítulo 13(Ir)
Capítulo 14(Ir)
Capítulo 15(Ir)
Capítulo 16(Ir)
Capítulo 17(Ir)
Capítulo 18(Ir)
Capítulo 19(Ir)
Capítulo 20(Ir)

Capítulo 21(Ir)
▼Segunda parte(Ir)
Capítulo 22(Ir)
Capítulo 23(Ir)
Capítulo 24(Ir)
Capítulo 25(Ir)
Capítulo 26(Ir)
Capítulo 27(Ir)
Capítulo 28(Ir)
Capítulo 29(Ir)
Capítulo 30(Ir)
Capítulo 31(Ir)
Capítulo 32(Ir)
Capítulo 33(Ir)
Capítulo 34(Ir)
Capítulo 35(Ir)
Capítulo 36(Ir)
Capítulo 37(Ir)
Capítulo 38(Ir)
Capítulo 39(Ir)
Capítulo 40(Ir)
Capítulo 41(Ir)
Capítulo 42(Ir)
Capítulo 43(Ir)
Capítulo 44(Ir)
Capítulo 45(Ir)
Capítulo 46(Ir)
Epílogo(Ir)
Agradecimientos(Ir)
Notas(Ir)
Reseñas(Ir)
Contraportada(Ir)
Recomendación final(Ir)

Índice(IR)